NOCHE DE FUEGO
CATHERINE COULTER



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

Rendel Hall, Sussex, Inglaterra Noviembre de 1812

Ahora, él sabía que podía controlarla. Oh, sí, ciertamente podía. Y ella sabía que no podía contar con que obtendría ni siquiera lo más mínimo de su codicioso medio hermano. Y Dorcas, la criada de cara arrugada que ella tenía -una mera amenaza al bienestar de la anciana, que él doblegaba con satisfactoria rapidez-. Había sido estúpido en él no haberlo descubierto antes. En el futuro se limitaría a recordarle de vez en cuando que la anciana podía ser enviada fácilmente a su hacedor. Oh, sí, ahora ella haría exactamente lo que él le ordenase.

La miró y sonrió. Su joven y tierna esposa de diecisiete años. Estaba desnuda, de rodillas, con los brazos apretados contra el cuerpo y la cabeza inclinada. A él le agradaba sobre todo el modo en que los cabellos abundantes y espesos le caían a cada lado de la cara, y rozaban el suelo. Ella continuaba jadeando, temblándole los angostos hombros nada más que de recordar el cinturón de cuero del hombre.

-Has sido una muchacha mala -dijo, él, y suavemente le rozó el hombro con el extremo del cinturón de cuero. El cuero tocó un cardenal reciente, pero ella no dijo nada, ni se movió. Eso a él lo complació. La muchacha había intentado luchar, huir de él muchas veces. Pero ahora él no dudaba que permanecería donde se le ordenase, y todo el tiempo que él deseara.

-Jamás volverás a abandonarme -continuó diciendo-. Arielle, tu actitud me desagradó muchísimo. Y como sabes, has avergonzado a tu querido hermano, cuando huiste y fuiste a contarle esas cosas absurdas.

Ella no dijo nada. No se movió.

-No, no debiste hacer eso -agregó él, pensativo, un rato después. Hizo restallar el cinturón de cuero un poco más abajo, cerca de la cintura de la muchacha. Ella era esbelta, siempre lo había sido, pero ahora se la veía delgada, y eso no agradaba al hombre. No le agradaba verle las costillas. Quería que sus mujeres tuviesen carne sobre los huesos-. ¿Cómo pretendes que cumpla con mi deber si pareces una bruja huesuda?

Ella no dijo nada.

Él frunció el entrecejo.

-¡Mírame, muchacha! Estoy cansado de hablar a tu tonta nuca.

Vio que a ella se le endurecía el cuerpo, que levantaba lentamente la cabeza y se apartaba los cabellos de la cara. A pesar de sus evidentes defectos como mujer, todavía lo atraía. Esos cabellos hermosos -rojizos, había dicho la madre del hombre-, pero él era poeta, y había visitado Italia en su Gran Gira, y sabía a qué atenerse. Sí, esos cabellos lo habían atraído, y esos ojos azules, tan claros y puros, sin una gota de gris o verde. Y generalmente lo miraban con temor. Eso a él le agradaba. Imaginaba que el miedo determinaba que su carne pálida fuese aun más incolora.

-Me complació tanto que no tuvieses pecas, querida -dijo, más para sí mismo que para ella-. Realmente extraño. Mírame, Arielle, y acaba con esa tontería. -A veces ella lograba disimular el miedo que ese hombre le inspiraba y lo miraba directamente, y clavaba los ojos en un lugar que estaba más allá, más lejos. Eso le irritaba muchísimo.

Lo miró, ahora a los ojos. El no vio nada, absolutamente nada, en esa mirada clara de la muchacha. Ni odio, ni miedo, sólo una suerte de percepción ciega. Él prefería que la

muchacha temiese, pero imaginaba que no había que reprenderla más; estaba seguro de que ella al fin comprendía lo que sería para él, y lo que continuaría siendo mientras él lo deseara.

-Bien dijo, y le sonrió-. Ahora, ya estás bastante castigada por tu pecadito. Ahora te autorizo a que me hables, Arielle. Quiero que me digas lo que le dijiste a tu hermano, todo lo que dijiste, porque de lo contrario descargaré el látigo sobre esa hermosa carne de tus nalgas. Caramba, esta vez apenas te marqué. Creo que me siento benigno. Me hablarás, Arielle, y me dirás toda la verdad, porque si no lo haces, me sentiré tentado de traer aquí a esa anciana, y de obligarla a saborear también ella la caricia de mi cinturón.

Ella le creía. Estaba tan cansada, cansada hasta lo más profundo de su ser. Con respecto a las pulsaciones de dolor originadas en los latigazos que él había descargado sobre la espalda y los muslos, por lo menos eso demostraba que ella aún estaba viva. Era lo único que ahora podía decir -estaba viva, y aún respiraba y veía y oía. Sólo deseaba continuar sintiendo, continuar riendo, por lo menos en su fuero íntimo.

Dijo con voz pausada, con palabras bien moduladas, de modo que él no pudiera acusarla de tener una actitud de resistencia, y volviese a golpearla: -Me lastimaste mucho, y no podría continuar resistiéndolo. -La sorprendió percibir qué tranquila sonaba su propia voz, y de ese hecho extrajo cierta fuerza. Antes de que pudiese continuar, él la interrumpió bruscamente.

-¿Qué esperabas? Te enseñé a excitar a un hombre, pero de nuevo confundiste mis órdenes. ¿Qué tenía que hacer? ¿Elogiarte porque me dejabas pasivo e insatisfecho?

Arielle tuvo la sensación de abstenerse de responder. -Continúa -dijo él, irritado.

Ella lo vio apartarse, y sintió deseos de aflojar un poco los músculos. Comenzaban a dolerle a causa de la rigidez de la postura, arrodillada. Vio que él se sentaba en una silla de respaldo recto, y sujetaba el cinturón de cuero con las manos, como habría podido hacer una señora con una madeja de hilo. Se preguntó por qué él deseaba obligarla a que relatase su encuentro con Evan. Y de pronto comprendió el motivo que lo animaba, y de nuevo deseó encontrarse en condiciones de reír... reír de sí misma, de su increíble ingenuidad. Él quería vanagloriarse, pavonearse, pasearse frente a ella, obligarla a decir que él era muy poderoso. Hizo un esfuerzo para continuar, con voz pausada y neutra. Mentalmente se vio en el dormitorio, sintió lejanamente el dolor, ahora casi olvidado, que había experimentado entonces...

-No puedo continuar soportándolo -había dicho Arielle a Dorcas, mientras su doncella y acompañante de toda la vida aplicaba suavemente a los verdugones de la espalda una toalla húmeda y tibia.

-Esos cardenales no durarán mucho tiempo -dijo Dorcas-. No te muevas, y yo trataré de tocarte con la mayor suavidad posible al aplicar esta crema.

-Lo odio. No puedo soportarlo.

-Entonces, tú y yo saldremos de aquí apenas puedas caminar.

Arielle se volvió, sin hacer caso del dolor lacerante en la espalda, para mirar la cara de Dorcas.

-Quise huir y dirigirme a casa de Evan, pero tú me dijiste que no serviría de nada. Dijiste que mi hermano se reiría de mí. Y que esperase a Nesta y su esposo.

-Jovencita, es lo que te dije, pero ahora... bien, tienes en la espalda la prueba de su crueldad. No aprecio al señor Goddis, pero cuando vea estas marcas, ¿podrá permanecer cruzado de brazos? Y con respecto a tu media hermana y el marido, la señora Nesta y el barón Sherard, quizás estén en China. Una carta cada tres meses, pero jamás dicen cuándo regresarán a Inglaterra. Te ayudaré... hasta Leslie Farm hay sólo unos quince kilómetros.

Arielle enderezó el cuerpo, y rechinó los dientes. -Dorcas, quiero irme ahora.

-No, niña, todavía no. Tenemos que esperar a que él se acueste y que reine el silencio en la casa. Después, nos marcharemos. Ahora, acuéstate de nuevo y permíteme terminar con esta crema. No quiero que quedes marcada.

-¿Marcada? Ya estoy marcada. Y me imagino que a él le agrada ver las cicatrices, sobre todo las que él deja. -Pero de nuevo se recostó sobre el estómago. Estaba desnuda. Recordó un instante la joven recatada que había sido antes, y una especie de odio a esa muchacha inocente y tonta le recorrió el cuerpo. Le pareció que había estado desnuda y que la habían golpeado desde el momento mismo en que Evan la había obligado a casarse con Paisley Cochrane, vizconde Rendel. Y las otras cosas. Tuvo náuseas, y no pudo contenerse. Pero no había nada en su vientre. Si permanecía más tiempo allí, seguramente acabaría acostumbrándose a todas las exigencias sexuales de ese hombre.

Dorcas la ayudó a preparar una pequeña maleta. Salieron en silencio de Rendel Hall a medianoche, la hora de las brujas, según murmuró Dorcas, ante el asentimiento de Arielle, que en ese momento no sentía deseos de hacer bromas con respecto a ninguna superstición. Arielle se había criado en medio de los caballos, y los tranquilizó lo mejor que pudo; hablaba en voz baja, porque no quería despertar a nadie. Con movimientos rápidos y eficaces ensilló dos de las yeguas de menor alzada de su marido; mientras estaba en eso, no hizo caso del dolor que le recorría la espalda. Ayudó a Dorcas, que no era muy liviana, a montar su caballo.

La noche de noviembre era clara y fría, y las estrellas brillaban en el cielo. No se cruzaron con nadie en los caminos rurales. Llegaron al hogar de Arielle, a su verdadero hogar, a la una de la mañana. La casa rectangular de estilo Reina Ana recibía sencillamente el nombre de Leslie Farm, por el padre de Arielle; a ella se agregaban unas lamentables cincuenta hectáreas, donde se cultivaba un poco de trigo. Arielle no había visto la casa en casi ocho meses. Cerró los ojos un momento, y su plegaria fue sencilla y directa: por favor, que Evan la ayudase y protegiese.

El viejo mayordomo Turp, un individuo de hábitos severos, estaba de pie en el estrecho vestíbulo de entrada, con el gorro de dormir ladeado, y miraba a su ex ama, preguntándose qué había pasado para llevarla allí en mitad de la noche, llevando a remolque a la vieja Dorcas.

-Hola, Turp -dijo Arielle-. Por favor, llame al señor Goddis.

-¡Está durmiendo! -explotó Turp.

-Imagino que así es. De todos modos, llámelo. No se enojará.

Enojado o no, Evan Goddis descendió quince minutos después. Se reunió con Arielle en la biblioteca de la casa, el lugar que antaño había sido el orgullo del padre de Arielle, y que ahora era un lugar cerrado y polvoriento, porque Evan sentía a lo sumo desprecio por los centenares de volúmenes encuadernados que contenían ideas que no eran suyas, y que por lo tanto no le servían. Permaneció de pie en el umbral, vestido con su bata de brocado gris, y se limitó a mirar a su media hermana con el delgado ceño arqueado.

-¿Bien? -rezongó con ese tono afectado que provocaba la rigidez instantánea de la espalda de Arielle-. ¿Qué demonios haces aquí, Arielle? Una entrada más bien dramática, y tu sentido de la oportunidad es lamentable. Como sabes, estamos en mitad de la noche. Vaya, vaya, me parece que no veo a mi querido Paisley. Ella se apresuró a hablar.

-Abandoné a mi marido. Es cruel y sádico, y... no es un hombre normal, Evan. Vine a buscarte para pedir protección. -Interesante -dijo él, y entró lentamente en la habitación. Era alto, más alto que la mayoría de los hombres, pero delgado como una cigüeña, y los brazos y las piernas parecían excesivamente largos para su cuerpo. Tenía los cabellos color arena. Los ojos, del color de las gachas de avena. Arielle pensó por primera vez que en él todo era delgado. Por favor, rogó, mirándolo con ojos ansiosos, por favor, no permitas que su compasión sea tan desmedrada como su cuerpo.

-Siempre desprecié esta habitación -continuó Evan, mirando los estantes de los libros, con el juego de sombras proyectadas por la luz parpadeante de la vela-. El fantasma de tu padre está por aquí; a veces lo siento. Y por otra parte, tu padre jamás me agradó; ni él, ni su maldito espectro.

-¡Evan, tienes que ayudarme! Evan se detuvo frente a ella. -¿Todavía no estás embarazada?

Arielle palideció intensamente, y de pronto comenzó a reír, una risa profunda, áspera y desordenada.

-¿Embarazada? ¡Oh, Dios mío, qué cosas divertidas dices, Evan! ¡Dios mío!

Él la miró mientras Arielle se inclinaba hacia adelante y hacia atrás en el sillón, y escuchó esa risa áspera y terrible, y después dijo bruscamente: -Cálmate, Arielle. Contrólate, De modo que el viejo estúpido ni siquiera consiguió eso, ¿eh?

Ella movió la cabeza, sin decir palabra, tratando desesperadamente de dominarse.

-Por supuesto, por eso quería casarse contigo -continuó Evan, y su largo índice rozó apenas su propio mentón.

Sus palabras atrajeron la atención de Arielle. -¿Qué quieres decir?

-El viejo tonto jugó todas sus cartas hace muchos años. Un individuo disoluto y perverso. Te conoció, vio tu belleza y tu juventud extrema, y creyó que tú... bien, le devolverías su virilidad. ¿Entiendo que fracasaste?

-Sí -dijo ella.

-Entonces, ¿mi pequeña medio hermana todavía es virgen? Ella lo miró, tenía en los ojos esa luz de experiencia y de saber que no hubiera debido tener, y de nuevo brotó de su garganta esa risa áspera.

-¿Virgen? Ah, Evan, qué divertido. Una virgen. Habría preferido esa cosa tan sencilla a lo que él me hace, a lo que él me obliga a hacer. -Hizo una pausa, y enderezó el cuerpo.- Evan, me golpea y abusa de mí. No puedo continuar con él. He vuelto a casa. Tú me protegerás. No debes permitirle que se me acerque; tienes que ayudarme.

-Arielle, eres muy tonta.

Ella se puso lentamente de pie, y al hacerlo desabrochó el abrigo verde, que cayó al suelo. Después, abrió el vestido, y se volvió para mostrar la espalda a Evan. Permitió que el vestido cayese hasta la cintura, al mismo tiempo que la camisola blanca. Se recogió los cabellos sobre los hombros.

-Eso es lo que él hace -dijo.

Oyó que Evan contenía la respiración, pero él no dijo nada. Sintió un dedo largo y fino que le rozaba apenas uno de los cardenales, se detenía y después tocaba otro. Esperó paciente hasta que los dedos de Evan se apartaron. Se arregló nuevamente las ropas y se volvió para mirarlo. Se dijo distraídamente que era extraño que no hubiese ningún parecido entre ellos, pese a que provenían de la misma madre. Seguramente él se asemejaba a su padre, John Goddis, un hombre de quien la madre de Arielle jamás había hablado, por lo menos cuando ella estaba presente.

-Bien -dijo al fin-. ¿Evitarás que ese viejo pervertido se me acerque? ¿Me protegerás?

Evan le sonrió, y después miró el dedo que había tocado la espalda de Arielle.

-Arielle, sube a tu antigua habitación. Te veré por la mañana.

La esperanza se encendió en los ojos de la joven.

-¿Me ayudarás? -preguntó, y se arrojó sobre él-. ¡Oh, Evan, gracias! Sabía que Dorcas no podía tener razón en sus opiniones acerca de ti.

Él alzó las manos, comprendió que la espalda de Arielle seguramente estaba repleta de lugares muy dolorosos, y las dejó caer de nuevo.

-Ve a acostarte, Arielle.

Ella lo miró, pero él se limitó a repetir: -Ve a acostarte ahora mismo...

Ahora, Arielle miró con expresión neutra a su marido. Él conocía el resto. Esperó. Vio que descargaba suavemente el cinturón sobre su propia palma.

-A la mañana siguiente -dijo al fin Arielle-, tú estabas allí, en el comedor, devorando morcillas y huevos revueltos, y esperándome. Evan estaba contigo.

-Sí -dijo Paisley-. Me molestaste, Arielle. Por eso te castigué con el látigo esta vez. No toleraré la deslealtad. Has fracasado en tus funciones femeninas. Oh, sí, muy distinto. Por lo menos ahora sabes cómo están las cosas.

Paisley hizo una pausa, y la sonrisa en sus labios consiguió que ella temblase de miedo y repugnancia.

-¿Dices de Evan que es tu hermano o tu medio hermano?

Ella se limitó a mirarlo fijamente.

-Digamos que es tu medio hermano, pero no le importas en absoluto, mi querida muchacha. A decir verdad, te desprecia, pues eres el fruto de la relación de su madre con otro hombre. Cómo es posible que tu padre haya sido tan estúpido que designó a Evan tu tutor. Es algo que siempre me sorprenderá. Bien, a decir verdad apenas importa. ¿Sabías que él concertó conmigo tu venta? Pagué quince mil libras para que fueses mi esposa. Y esta vez, Arielle, tu querido medio hermano te retuvo como rehén. Cuando esta mañana llegué a Leslie Farm, me informó que podía recuperarte por la suma de cinco mil fibras. Volvió a venderte. ¿Qué te parece eso?

Al principio Arielle no sintió nada. Después sintió que la cólera se acentuaba en su interior, sintió que la dominaba y que ella perdía completamente el control. Se puso bruscamente de pie, incapaz ahora de pensar claramente, y corrió hacia él, con los dedos curvados como garras, mientras de su garganta brotaban gritos ásperos y duros. Estaba gritándole. Sintió que se abría la piel de las gruesas mejillas de Paisley, sintió la sangre de ese hombre en sus dedos, lo oyó proferir maldiciones contra ella. Incluso cuando vio el puño que él descargaba, no pudo detenerse. Cayó al suelo, abatida por la fuerza del golpe. Su cabeza tocó la pata de un sillón, y vio relámpagos blancos y brillantes antes de desmayarse.

Rendel Hall, Sussex, Inglaterra Un año después Arielle tenía miedo. No estaba segura de la causa de su temor. De todos modos, allí estaba ese sentimiento. Miró al hijo ilegítimo de su marido: Etienne DuPons, hijo de una costurera francesa ahora fallecida. Tenía una leve semejanza con el padre de Paisley cuando era joven; incluso la nariz era un tanto curva, reproduciendo el mismo estilo; y el labio inferior era más grueso que el superior. Tenía el mentón igualmente prominente, los ojos azul grisáceos, igualmente pálidos, y también muy penetrantes. Comprendió que le temía, y lenta, muy lentamente, pues no quería atraer la atención de su marido, depositó el tenedor sobre el plato.

Etienne ahora ya llevaba allí casi dos semanas. No es que pareciese que él la admirara francamente, o le mostrara una cortesía excesiva. Pero de todos modos, ella lo evitaba. Sabía que a veces Paisley la observaba, y después miraba a su hijo, y en sus ojos se manifestaba una expresión calculadora. Pero, ¿qué calculaba?

-Arielle, ¿el faisán no te agrada?

Él lo veía todo, lo cual era extraño, porque su visión estaba disminuyendo.

-Es delicioso. Sucede únicamente que esta noche no tengo mucho apetito, Paisley.

-De todos modos, comerás tu cena. Me desagradaría que no lo hicieras.

Ella retomó su tenedor y comió el faisán. Paisley no la había castigado desde la segunda noche de la llegada de su hijo ilegítimo a Rendel Hall. Tampoco la había obligado a permanecer desnuda durante horas y horas en el dormitorio, colgando de esa cuerda unida al gancho del techo, o con las manos en las rodillas frente a él, o las manos de Arielle sobre el cuerpo masculino, con su boca acariciadora... Ella se estremeció, y sintió deseos de vomitar el faisán.

Oyó que Paisley decía a Etienne: -No, no se diría que tiene dieciocho años, ¿verdad? Pero es así. Ya lleva casi dos años de casada.

¿Por qué a Etienne le importaba la edad de Arielle? Le dirigió una mirada. El también la miraba fijamente. Arielle sintió que el corazón le latía con fuerza, y que las manos se le ponían pegajosas. -¿Más vino, Etienne?

-Non, madame -dijo Etienne con desenvoltura. Se volvió hacia su padre, imponiendo a sus rasgos una expresión amable mientras observaba a ese canalla sucio y viejo. Por extraño que pareciera, él lo había aceptado con algo que se asemejaba a una actitud de brazos abiertos, y le había pedido que permaneciera en la casa; pero esa actitud inquietaba a Etienne, porque no conocía el motivo que animaba a su progenitor. La única razón por la cual había viajado a Inglaterra era que su madre se lo había pedido en el lecho de muerte. ¿Quizá lord Rendel deseaba que él asesinara a alguien? Eso sonaba melodramático, pero Etienne muy bien podía concebir que eso estaba en la mente del viejo degenerado. ¿Quizá quería legitimarlo y convertirlo en su heredero? Bien, eso podía ser interesante. Pues no era probable que tuviese hijos con esta esposa.

-¿Te parece aceptable?

Etienne miró la mano venosa del anciano descansando cerca del brazo de su hijo. Imaginó esa mano sobre el cuerpo de Arielle.

-Que es más que aceptable -dijo-. Creo que no te habrías casado con ella si no hubiese sido hermosa.

Arielle escuchaba todo lo que decían. ¿Por qué el viejo hacía eso?

-Es cierto -dijo Paisley, y volvió a su plato.

Después de la cena, Paisley dijo a Arielle que tocase el piano.

-Su ejecución es apenas tolerable -explicó a su hijo-. Cómo es perezosa y no practica, ¿qué podemos esperar? Su talento es mínimo, y por eso me limito a escucharla de vez en cuando.

El piano estaba desafinado, las teclas eran amarillentas, y muchas de ellas estaban agrietadas o se habían soltado. Arielle se sentó en el taburete y trató de ejecutar una balada francesa. Sonaba horrible, pero ella no podía hacer nada al respecto. Tocó hasta que Paisley le dijo que interrumpiera. Al escuchar la orden, ella retiró inmediatamente las manos de las teclas y las plegó sobre el regazo, y esperó.

En ocasiones anteriores ella interrumpía la ejecución cuando lo deseaba. Y entonces Paisley la golpeaba, sin preocuparse siquiera de comprobar si el mayordomo Philfer entraba en la sala.

-Bebamos una taza de té, mi querida muchacha -dijo Paisley a Arielle-. Llama a Philfer.

El mayordomo trajo el té, y después miró a su amo y no a la señora, esperando nuevas instrucciones; Paisley las impartió debidamente. Después que Philfer cerró las puertas del salón, Paisley dijo: -Arielle, ahora subirás a tu habitación. No beberás té.

Arielle se puso de pie inmediatamente.

-Buenas noches, Etienne. Buenas noches, mi señor.

Pensó que se le ofrecía otra noche de libertad, y apresuró el paso. Quería gozar de la seguridad de su dormitorio. Apenas miró la puerta contigua cerrada, que daba acceso al dormitorio de Paisley.

-Dorcas -llamó, con voz un poco más aguda que de costumbre, pues su criada estaba cada vez más sorda. Incluso sonrió a la anciana cuando esta entró en su dormitorio.

Quince minutos después Arielle se había puesto el camisón, y luego de cepillarse los cabellos se había metido en su cama. Deseaba permanecer así, y sencillamente saborear el momento de libertad; pero se durmió muy pronto. Una hora después, una luz le dio en los ojos

y sintió que alguien le sacudía el hombro. La voz de Paisley dijo: -Querida, es hora de que hagas lo que te mando. Ahora, fuera de la cama.

Ella retrocedió, incapaz de contenerse. -No -murmuró-. Oh, no.

-¡Haz lo que te digo, putita, o te desollaré viva! Y después me encargaré de tu criada. ¡Te dejaré sola unos días para que reflexiones de tu propia insolencia!

Arielle se puso de pie inmediatamente y extendió la mano hacia su bata.

-No, no la necesitarás -dijo, y arrancó de las manos de Arielle la bata, y la arrojó al fondo de la habitación-. Ven conmigo. Entumecida, Arielle siguió a su esposo, y después de atravesar la puerta contigua entró en el dormitorio que él ocupaba. Paisley estaba completamente vestido. ¿Qué pretendía de ella? ¿Deseaba que lo desnudase? Arielle lo había hecho muchas veces, con movimientos lentos, acariciándolo al mismo tiempo que retiraba una prenda, de modo que cada uno de sus movimientos era un rito que él le había enseñado. Arielle cerró los ojos un momento y se dijo que era necesario obedecer. Incluso aunque no hubiese aprendido nada más durante los últimos dos años, ciertamente sabía que cuando Paisley formulaba sus exigencias ella no tenía alternativa. -¿Verdad que es hermosa?

Arielle se detuvo bruscamente. Allí, de pie frente al hogar, con el cuerpo recortado por las llamas anaranjadas que bailoteaban, estaba Etienne. Se había puesto una bata, y estaba descalzo. -Sí -dijo Etienne, con su inglés de fuerte acento-. Es exquisita.

Paisley se echó a reír.

-Y bien, querida. ¿Adivinas lo que deseo que hagas?

Ella se volvió hacia su marido, tenía los ojos desbordantes de comprensión y odio, odio hacia él y hacia ella misma.

-No -murmuró-. No, no puedes, por favor...

-Arielle, puedo hacer lo que deseo. Me fallaste. Tienes que darme un heredero. Como Etienne es mi hijo, aunque su madre era una trotona de poca monta, le permitiré que te embarace. Él lo haría por mí aunque tú le parecieras desagradable, lo cual no es el caso. Esta noche, mi querida muchacha, quiero que le muestres lo que yo te enseñé. Quiero que él vea tus progresos. Y como tienes muy poco que mostrar fuera del dormitorio, bien... te recomiendo, querida, que hagas todo lo posible. Complacerás a Etienne; sí, estoy seguro de eso.

-¡No!

Ella echó a correr pero él la derribó, y Arielle continuaba debatiéndose cuando él le arrancó el camisón, y seguía luchando cuando Paisley la obligó a retornar a Etienne y dijo: -Bien, Etienne, ¿su cuerpo te complace, o te parece demasiado delgada? -¡No!

-Es hermosa -dijo Etienne-. Pero nunca he violado a una mujer. Y no quiero violarla.

Paisley se echó a reír, y sus brazos apretaron las costillas de Arielle, hasta que ella no pudo respirar.

-No tendrás que violarla. Esta noche te complacerá. Y mañana por la noche, muchacho, ella se mostrará perfectamente serena y dispuesta, y yo la sostendré mientras tú la posees. Como sabrás, es virgen.

Se echó a reír otra vez.

-Una muchacha no siempre se embaraza con un solo... encuentro -dijo Etienne.

-No, tú trabajarás el terreno hasta que ella se embarace, y te verás muy bien recompensado, muchacho. Oh, sí, te lo aseguro. Arielle sollozaba, y las lágrimas le corrían por las mejillas, y los cabellos formaban una enmarañada confusión sobre la cara. Paisley la obligó a volverse, alzó la mano y la abofeteó con fuerza. -Suficiente, Arielle. Termina con tus estúpidas quejas, pues de lo contrario te flagelaré. Espero que le muestres a Etienne qué bien entrenada estás. Todas las mujeres son putas en el fondo del corazón, y eso te incluye a ti. Sucede únicamente que has tenido que esperar para llegar al momento en que te llenen ese vientre pequeño que tienes. Te doy una noche de expectativa. Etienne, quítate la bata. Deseo

que Arielle vea tus adornos masculinos. Levanta la vista, y mira el regalo que te entrego, querida.

Ella obedeció. Vio que Etienne se quitaba la bata, y que la prenda caía a los pies del muchacho. Arielle suponía que el cuerpo de Etienne estaba bien formado, por lo menos si se lo comparaba con el de su padre. Tenía el miembro erecto, apuntando hacia ella, y Arielle gimió. Sintió la mano de su marido que le acariciaba los pechos. Protestar le habría acarreado más humillación, más sufrimiento, un dolor infinito, y además habría perjudicado a Dorcas. Se impuso permanecer perfectamente inmóvil.

-¿Qué te parece, Arielle? ¿Te agradaría que este joven semental te cubriera?

Ella no contestó.

-No importa. Bien, Arielle, te soltaré. Atenderás graciosamente la evidente necesidad de Etienne. Y después, regresarás a tu cama y pensarás en el placer que te espera.

Ella obedeció. Era diferente, porque el miembro de Etienne estaba hinchado, y era duro y grueso. Cuando terminó, ella cayó hacia atrás y permaneció inmóvil, la cara apretada sobre el verde intenso de la alfombra Aubusson, extendida frente al hogar.

-Muy bien hecho, querida muchacha. Ahora, vete.

Ella se puso inmediatamente de pie, y se pasó la mano por la boca. Oyó la risa de Paisley mientras ella atravesaba la habitación y pasaba por la puerta contigua.

Arielle corrió hacia la mesa de noche y levantó la jarra de agua que estaba allí. Se lavó la boca, y después vomitó.

Era demasiado.

No podía soportar más.

Volvió los ojos hacia los barrotes de la ventana, instalados por un obrero silencioso un año antes, después de que ella se había fugado hacia la casa de su medio hermano. Sabía que la puerta ya estaba cerrada por fuera. Paisley no había querido correr riesgos con ella después del intento de fuga. Incluso con tantas amenazas contra Dorcas, de todos modos él se mostraba cuidadoso.

Sin duda, si se mataba, él no tendría motivos para lastimar a Dorcas. El único problema de Arielle era cómo lograrlo. Miró una figurilla de cristal puesta sobre la mesa de noche. Si la rompía, los bordes tendrían filo suficiente. Miró fijamente la figurilla, y volvió los ojos hacia sus propias muñecas. Durante largo rato no se movió.

A la mañana siguiente su marido ordenó que Dorcas se retirase del dormitorio de Arielle, y arrancó a la joven de la cama. La observó bañarse, vestirse, y después la acompañó hasta la planta baja. No le permitió estar sola, e incluso fue al retrete con ella.

Y esa noche, durante la cena, Paisley Cochrane, vizconde Rendel, se atragantó con una espina de arenque, y murió, en presencia de su esposa y su hijo ilegítimo.

Capítulo 1

Batalla de Toulouse. Toulouse, Francia Abril de 1814

El hedor lo obligó a reaccionar. Abrió los ojos y contempló el cielo estrellado, sin comprender que el hedor que le llenaba las fosas nasales y se infiltraba en sus pulmones se originaba en el sufrimiento humano, en la sangre humana y la muerte de seres humanos. Oyó un gemido, pero eso no lo conmovió. Era extraño, y nada más.

Le llevó más tiempo advertir que no podía moverse. Ignoraba por qué no podía moverse, pero esa era la situación. ¿Qué le sucedía? ¿Qué había pasado?

Pensó que estaba muerto. No, se dijo que no estaba muerto, pero quizá cerca de la muerte. Comenzó a recordar todos los detalles de la batalla, tal como era su costumbre. Del mismo modo que nunca había olvidado los alaridos a la muerte del sargento Hallsifer en Massena, el año 1810, y conservaba el recuerdo del soldado Oliver, de Sutton-on-Tyne, un joven de notable buen humor y excelente puntería, que se había desangrado hasta morir. Trató de desechar esas ideas. Más tarde, pensó, si se le otorgaba la bendición de tener un momento posterior, se dedicaría a recordar.

Se preguntó imprecisamente si Wellington había ganado la batalla. Era dudoso, pues si Wellington no había logrado traer la artillería pesada, no se habría llegado a la rendición, y los franceses habrían escapado de la ciudad y a esas horas ya habrían recorrido la mitad de la distancia que los separaba de París. ¿Qué demonios había sucedido? De nuevo trató de mover las piernas, y entonces comprendió sobresaltado que un caballo muerto las apretaba.

Se preguntó si él había sido herido, pero no podía sentir nada. Se hubiera dicho que su cuerpo estaba separado de su mente consciente. ¿Lo habían dejado por muerto? No, eso no era probable. ¿Dónde estaban sus hombres? Por favor, rogaba a Dios que no estuviesen muertos.

Tuvo un momento de pánico, y después se impuso respirar profundamente, para controlar su temor. Entonces sintió el murmullo del dolor en el costado. Concentró la atención en ese dolor. Después, se dijo que tendría que esperar hasta que Joshua viniese a buscarlo; y Joshua llegaría.

Empezó a recordar, y evocó un hermoso día de primavera en Sussex. Pensó en ella. Sus recuerdos continuaban siendo vivaces, no imprecisos y desdibujados por el tiempo, como solía suceder. No, podía ver claramente la cara sonriente de la joven, el hermoso resplandor de los cabellos iluminados por la luz del sol.

Arielle Leslie, en realidad una niña, que tenía apenas quince años en 1811, y que él la había deseado más que a cualquier otra cosa en la vida.

Aún recordaba su risa, alta y pura, no la risa de un ángel romántico, sino la risa placentera y saludable de una muchacha joven...

Sussex, Inglaterra 1811

Ese mes de mayo de 1811 estaba en su casa, para curarse de la herida en el hombro, la herida profunda provocada por una bala, que lo había debilitado a causa de la pérdida de sangre y el dolor constante durante semanas. Pero él había sobrevivido, y había regresado a Ravensworth Abbey. Había llegado a su hogar a tiempo para asistir al funeral de su hermano. Montrose Drummond, séptimo conde de Ravensworth, descansaba en la bóveda de la familia Drummond, cerca de su padre, Charles Edward Drummond, y de su madre, Alicia Mary Drummond. No era que mereciese pasar la eternidad al lado de los viejos Drummond; era un asno sin remedio. Montrme se había batido en duelo por una mujer casada, y el marido le había atravesado el corazón con una bala. Maldito estúpido. Y ahora había necesitado un tiempo para advertir que él, Burke Carlyle Beresford Drummond, era el octavo conde de Ravensworth. Recordaba claramente el día del funeral, pues había sido también el día que conoció a Arielle. Él estaba en la biblioteca de Ravensworth, con sus largos y gruesos cortinados recogidos para permitir la entrada de la luz del sol. La voz de Lannie era aguda e irregular, adaptada al oído de su audiencia cautiva.

-¿Qué será de mí? ¿Qué será de mis pobres angelitos huérfanos? Oh, oh, gemiré sobre mi almohada, completamente sola. Oh, qué horror. Moriremos de hambre. Tendré que venderme para salvar a mis niños. -A juzgar por su tono, la degradación final no parecía tan abrumadora.

Lloyd Kinnard, lord Boyle, era el único cuñado de Burke, y el marido de Corinne, su hermana mayor. Burke sonrió, mientras observaba cómo Lloyd intentaba contener la risa. La risa se convirtió en tos.

-Discúlpenme -jadeó, y se ganó una mirada de reproche de Lannie.

Burke miró a su cuñada y deseó obligarla a cerrar esa boquita mimosa. Las quejas de la mujer ahora eran repetitivas, pues su capacidad creadora se había agotado. ¿Venderse? También deseaba reír, pero la expresión de desconcierto en la cara de lord Boyle lo indujo a reprimir su regocijo. Lannie no había conocido un día de escasez en toda su vida. Sin duda, ella no podía creer ni por un instante que él, Burke, la arrojaría a la calle en compañía de sus hijos.

Nadie dijo nada, pero lady Boyle dirigió a Lannie una mirada que la habría convertido en papilla si ella hubiese tenido la cortesía de prestar atención a su cuñada.

-Voy a cabalgar-dijo Burke, cuando vio que Lannie abría la boca para iniciar otra serie. Salió rápidamente de la biblioteca. Aún tenía el brazo en cabestrillo, pero el dolor ahora era apenas una punzada ocasional.

-Burke, regresa a eso de las cuatro -le dijo Corinne-. El señor Hodges vendrá a leer el testamento de Montrose.

-Muy bien -dijo Burke por encima del hombro, y continuó alejándose. Oyó que lord Boyle decía algo acerca de un brandy, y sonrió cuando su hermana le dijo sin rodeos que ya tenía la nariz demasiado hinchada a causa de la bebida.

Darlie ensilló el gran corcel negro, Cenizas, y después le dio una mano para montar.

-Milord, ahora tiene una responsabilidad -y Burke se sobresaltó al escuchar ese apelativo.

-Así es -dijo, y sonrió al anciano que lo había ayudado a montar su primer pony.

Cabalgó para recordar las impresiones de su niñez. No había vuelto a la casa en casi cuatro años, y aquella visita la había hecho en ocasión de la muerte de su padre. No había sido un feliz momento, y Burke se había marchado con toda la rapidez permitida por la decencia. Ahora había vuelto de nuevo, esta vez para enterrar a su hermano y convertirse en el octavo conde de Ravensworth, un condado maldito. Era algo que no deseaba, y jamás había deseado. Ya no era libre.

Burke cabalgó por el largo sendero curvo, con sus altos arbustos de tejos, inmaculadamente cortados a ambos lados. Por lo menos, Montrose había mantenido la propiedad. Recorrió el perímetro de la propiedad Drummond, orientándose inconscientemente hacia el este, en busca del pequeño lago que se reposaba como una esmeralda exquisita en el limite entre las tierras de los Drummond y las de los Leslie. El lago Bunberry estaba precisamente como él lo recordaba desde la última vez que había estado allí, unos buenos quince años antes. El lugar no era más pequeño, como solía suceder con las cosas cuando uno se alejaba de la niñez. En realidad, parecía más precioso, sencillamente porque había sobrevivido, y sobreviría mucho tiempo después de que Burke se hubiese desprendido de su envoltura mortal.

Desmontó con cuidado del ancho lomo de Cenizas y lo ató a una rama de arce. Respiró hondo. Había nenúfares, ramas de sauce que se inclinaban casi hasta la superficie del agua quieta, y margaritas que alfombraban el suelo, y florecían intensamente bajo el influjo del cálido sol de primavera.

Se sentó apoyando la espalda en el grueso tronco de un roble. Perezosamente, arrancó una brizna de pasto y la masticó. Escuchó el canto de las ranas y se preguntó si se trataba de una suerte de rito de apareamiento. Oyó el canto irritado de un colibrí, sin duda protestando ante la presencia de un intruso, y escuchó la dulce quietud que lo rodeaba, y la paladeó.

De pronto, Cenizas alzó la cabeza, olió el aire y relinchó. Aun así, Burke no se movió. De modo que alguien se acercaba. No tenía intención de abandonar ese lugar tan cómodo. Después de todo, él había llegado primero.

Y entonces, la vio. Ella montaba una yegua de pelo castaño, y reía de las travesuras del animal, o eso suponía Burke, pues el caballo brincaba y bailoteaba de costado. Burke no alcanzaba a ver la cara de la joven, porque un sombrero adornado con una pluma escarlata le cubría los cabellos y se curvaba sobre la mejilla. El traje de montar estaba confeccionado con una tela verde brillante, y cuando la yegua realizó un movimiento lateral particularmente vivaz, Burke vio un pie calzado con una bota. Se preguntó quién era. La joven tenía una montura excelente. Él esperó a que lo viese.

Cuando lo vio, se detuvo apenas un instante, y después lo saludó, hablándole con su voz pura y dulce.

-¿Cómo le va? ¿Usted es el nuevo conde? Es así, ¿verdad? Después de todo, veo que usted está herido, y según me dijeron el nuevo conde está herido, y usted tiene la apariencia de un héroe, aunque es el primero que he visto uno en mi vida. Bien, mi nombre es Arielle, y en realidad no soy una intrusa en tierras de Drummond. Más aun, este lugar pertenece a las tierras de los Leslie; o por lo menos debería pertenecer, si no es el caso.

Durante este discurso desenfadado, Burke se puso lentamente de pie.

-Acérquese -dijo a la joven. Se sacudió las ramitas que salpicaban sus pantalones de montar, y se enderezó la chaqueta de color leonado.

Ella asintió, y la pluma escarlata le acarició la mejilla. Avanzó con cuidado guiando a la yegua a través del extremo menos profundo del lago, a unos veinte metros de distancia. Después, avanzando sobre tierra firme, se acercó a él, y con un gesto elegante detuvo la marcha de la yegua. Lo miró y sonrió, y le ofreció una mano enguantada: -Milord, soy Arielle Leslie.

-Y yo soy Burke Drummond.

-El mayor lord Ravensworth -lo corrigió ella, con buen humor.

-Sí, así es. ¿Podemos conversar un rato? Durante un momento este será territorio neutral, ni Leslie ni Drummond.

-De acuerdo -dijo ella amablemente y desmontó sin esperar que él la ayudase; Burke comprendió que lo hacía para evitar que él usara su brazo. Cuando la tuvo enfrente, mirándole a los ojos, él advirtió que era hermosa. Pero no era su belleza lo que originaba en él una sensación tan extraña. Burke había conocido a muchas mujeres hermosas, y algunas eran más impresionantes que esta. No, en ella había otra cosa, y él podía sentir que su corazón latía con movimientos lentos y constantes, y sentía que algo cambiaba en lo profundo de su ser. También vio que ella era joven, muy joven, demasiado joven. Le parecía increíble. Sabía que estaba mirándola fijamente, pero no podía evitarlo. En definitiva, el asunto era sencillo. La deseaba. Y no como un adulto desea cuidar a un niño. No, la deseaba.

Santo cielo, ¿qué le sucedía? ¿Había pasado demasiado tiempo sin una mujer? Movió la cabeza. Se sentía como el protagonista de una novela ridícula, que se enamora perdidamente apenas ve a una mujer. Era totalmente ridículo, y en cierto modo inquietante.

-Venga a sentarse -dijo Burke después de un momento-. Lo siento, pero no puedo ofrecerle refrescos.

-No tiene la más mínima importancia. Por mi parte, solamente tengo media zanahoria para entregársela a Mindle si se comporta bien, lo que siempre hace. Además, debo decirle que admiro mucho a su Cenizas.

-¿Conoce a mi corcel?

-Oh, sí, pero Montrose nunca me permitía montarlo. Dijo que yo era demasiado joven y para colmo una mujer de cuerpo pequeño. Por supuesto, eso es una tontería. Ni soy

demasiado joven ni demasiado pequeña, y no veo que el ser mujer tenga nada que ver con este asunto.

-Por supuesto, tiene toda la razón del mundo. -Creo que usted se ríe de mí.

-De ningún modo. Me agrada hablar con usted. ¿Cuántos años tiene?

Ella hizo una breve pausa, inclinando la cabeza a un costado, y él la miró a los ojos. Burke estaba perdiendo la partida, y lo sabía. Tragó saliva convulsivamente y agradeció a las estrellas porque ella era demasiado joven para percibir el evidente embobamiento que él sufría.

-Tengo quince años -dijo Arielle-. ¿Y usted, milord? -Veinticuatro.

-Tengo casi dieciséis años, o por lo menos los tendré en octubre, y no es una diferencia tan importante.

-No, en el futuro no, pero ahora es un abismo... -Se interrumpió, asombrado de su propia actitud. Había que detener eso. -Nueve años. No, ocho años y medio. Bien, hace nueve años yo era una niña pequeña, realmente tenía muy pocos años. En cambio usted, milord, ya era un joven.

-¿Del mismo modo que a los quince usted es una joven? -Exactamente. -Ella parecía hablar con absoluta seriedad, pero él alcanzó a ver cierto temblor en la mejilla izquierda de su interlocutora-. Muy bien -dijo ella, elevando las manos-, debo reconocer que ahora usted es muy joven para ser todo lo que es.

-¿Todo lo que soy? Arielle, soy sencillamente un hombre. Y por favor, llámeme Burke. Como comprenderá, este ambiente campestre no justifica el exceso de formalidad.

-Eso no tiene lógica. Usted es mayor, y conde. Comprendo que el título de conde tiene poco que ver con sus cualidades mentales o su valía, pero sin duda el grado de mayor -no dudo que usted envió al infierno a muchos demonios franceses, y que lo hizo de un modo absolutamente heroico-. Confío en que ahora se sentirá bastante bien, ¿eh? ¿Regresará a la Península?

-Sí, ahora estoy casi curado, y pronto regresaré a la Península.

-No me agrada el dolor, pero en realidad nunca estoy enferma, de modo que mi observación no tiene mucho sentido.

-No, supongo que no lo tiene. Sus cabellos son hermosos, si no le molesta que lo diga. Tienen un color extraño.

-Vea, mi padre, sir Arthur, dice que es un ejemplo perfecto del Tiziano, una alusión a cierto pintor famoso que vivió hace mucho tiempo en Italia.

-Sí, yo diría que tiene razón.

-De todos modos es rojo, por mucho que uno lo adorne.

Siempre hay que afrontar las cosas, ¿no le parece?

Él comenzó a decir que sí, que estaba de acuerdo, pero eso habría sido la más grosera mentira de su vida, porque de un modo absolutamente consciente ahora se negaba a afrontar esa embriaguez instantánea y abrumadora con una muchacha de quince años.

¿Era a causa de los hermosos cabellos? ¿De esos ojos azules, claros y límpidos? Dios mío, estaba cayendo deprisa en la imbecilidad. No deseaba enamoriscarse de ninguna mujer. Y esta era una muchacha, no una mujer.

Además, jamás en su vida había amado.

No deseaba comenzar ahora. Pero al parecer no tenía muchas alternativas.

-No, no estoy de acuerdo.

-Lo siento, milord -discúlpeme, Burke-, pero no recuerdo mi pregunta. Usted guardó silencio mucho tiempo. ¿Qué es exactamente lo que usted no acepta?

-Yo tampoco lo recuerdo. Usted tiene una hermana, ¿verdad? No recuerdo su nombre.

-Sí, mi medio hermana, Nesta. Se casó con Alec Carrick, barón Sherard.

-Santo Dios, lo conozco. Nos vimos en Londres hace varios años. Él era muy joven, por lo que recuerdo, pero incluso entonces afirmaba que sería soltero toda su vida. Asombroso. ¿Su hermana se parece a usted?

-En absoluto. Con respecto a su barón, bien, parece que se enamoró perdidamente de Nesta. Por lo que me dijeron, conoció a Nesta poco después de hablar con usted, milord. Oh, Dios mío, ¿le parece impropio mi modo de decir las cosas?

-Usted puede decir exactamente lo que se le antoje. Yo no me opondré en lo más mínimo.

-Usted es muy amable, Burke. ¿Está seguro de que corresponde llamar por el nombre de pila a un conde y un mayor? Está bien, después de todo, usted decide. Nesta y su barón partieron hace tres meses para Estados Unidos. No la veré durante mucho tiempo. Ahora, también tengo un medio hermano que se llama Evan Goddis. Lo he visto muy de tarde en tarde. Como sabe, mi madre estuvo casada con John Goddis, y Nesta y Evan fueron sus hijos. Después, él falleció, en circunstancias escandalosas si se pueden creer los rumores que se escuchan cuando se aguza el oído, aunque mi madre nunca quiso revelarme la verdad. Sea como fuere, ella se casó con mi padre y así nací yo. Falleció hace dos años.

-Lo siento. No lo sabía. De todos modos, me parece muy bien que usted haya nacido.

-Milord, no creo que ellos tuviesen mucho que decir en relación con ese asunto.

-Usted insiste en olvidar. Llámeme Burke. Me agradaría que seamos amigos.

-Está bien. Y yo soy Arielle. Mi querido padre ha tenido inclinación por los nombres románticos, un poco fantasiosos.

-Ese nombre le sienta a la perfección.

-¿De modo que cree que soy fantasiosa? Como no puedo hacer nada para remediarlo, imagino que debo acostumbrarme a eso.

-¿Esa es otra de las cosas que uno tiene que afrontar? ¿Como sus cabellos rojos disfrazados de Tiziano?

-Usted exagera un poco. Sí, tiene razón. El ejemplo más perfecto es la querida Lannie. Es tan quejicosa. Dios mío, olvidaba que es su cuñada.

-Es quejicosa. Ciertamente, si estoy aquí es con el propósito de evitar sus infernales melodramas.

-Sin embargo, en eso es bastante buena. -No cuando se inspira en un solo tema.

-Oh, sí, Montrose. ¿No le ha dicho a todo el mundo, incluso a los criados, que usted, como es el nuevo conde, muy probablemente la obligará a trabajar acarreando carbón a los dormitorios, antes del alba, no lo olvide, y que ese será el único modo de obtener comida para sus pobres hijitos?

Burke se echó a reír.

-Si hubiera dicho eso, probablemente yo me habría quedado en la casa. No, antes de mi salida su eje principal era que tendrá que vender su cuerpo para alimentar a sus angelitos. Por lo que veo, usted conoce bien a mi cuñada.

-Sí, Lannie en realidad no es mala. Sólo un poco irritante. Y yo lamento mucho lo de Montrose; también mi padre. Por supuesto, él no cree en los funerales. Por desgracia, los incluye en la categoría de las orgías paganas, y por lo tanto no los tolera. Perdone nuestra aparente desconsideración.

-Está perdonada -dijo Burke. De pronto descubrió que estaba mirando fijamente las líneas puras del perfil de la joven cuando ella se volvió para contemplar el lago. En ese momento no le habría importado que sir Arthur clasificase a los funerales en la categoría de las piras de los vikingos.

-¿Por qué me mira fijamente? -preguntó Arielle, volviéndose hacia él. Sus ojos estaban iluminados por el regocijo y la burla-. Es por mi nariz, ¿verdad? Cuando yo tenía seis años mi

madre me dijo que jamás debía manifestar pretensiones de belleza. Es la nariz de los Leslie, no la nariz de los Ramsay.

-Es una nariz perfecta. Digamos de pasada que su madre estaba totalmente equivocada.

-¡Ah! Usted es un hombre muy amable, mayor y conde. Ahora debo marcharme, pues de lo contrario mi padre se preocupará. Es un buen hombre, sabe, pero como soy su única hija se preocupa. -¿Puedo verla en su casa?

-¿Conoce a mi padre?

-Lo vi cuando yo era niño. Han pasado por lo menos catorce años desde la última vez que nos cruzamos.

-En ese caso, es mejor que no venga. Está realizando una traducción -creo que de Aristófanes- y como tiene ciertas dificultades con algunas frases griegas, se muestra un poco brusco con la gente de su entorno. Es posible que lo trate como a un viajante de comercio inoportuno, ¡y eso no sería muy agradable! Soy la única que parece saber cuándo lo ataca uno de estos períodos; y si no me ve, grita a todo el mundo. Adiós, Burke. Creo que ahora no tardará mucho en curarse.

-Por supuesto. -La ayudó a montar. Le dolió pero necesitaba tocarla. Tenía la cintura muy pequeña, y lo mismo podía decirse del resto de su cuerpo. Si no tenía otro modo de salvarse, al menos podía cobrar conciencia de que ella tenía el cuerpo de una niña pequeña, todo ángulo y huesos y vacíos y líneas rectas. De todos modos, le hormiguearon los dedos. Permaneció inmóvil, como un payaso embobado, mirándola fijamente. Al fin, ella se volvió en la montura, lo vio allí, de pie, y con un gesto alegre se despidió.

La vez siguiente que Burke vio a Arielle fue durante un té en Ravensworth Abbey. Ella escuchaba obediente la perorata de Lannie.

-¡Oh, sí, en efecto, ese infame testamento! ¡Juro y afirmo, Arielle, que en mi vida jamás me sentí tan conmocionada!

-Pero Lannie -dijo Arielle con voz razonable, evitando firmemente mirar a Burke-, Poppet o Virgie no podían ser el conde de Ravensworth. Por desgracia, no se atribuye demasiado valor a las niñas.

-No estoy de acuerdo -dijo Burke, que pensaba que Arielle tenía más influencia que cualquier otro ser humano sobre el pobre conde de Ravensworth.

--Sin duda -dijo Lannie con encantadora ambigüedad, mientras esbozaba un petulante encogimiento de hombros-. Y Montrose lo designó el tutor de mis pobres niños.

Arielle apretó los labios para contener la risa.

-Lannie, Burke será un tutor excelente. ¿Habría preferido al miope señor Hodges?

-¡Oh, ese miserable tacaño!

-Ya lo ve. Burke jamás apretará los cordones de la bolsa, ¿verdad?

-De ningún modo -dijo Burke-. Lannie, soy el más generoso de los hombres. -Miró otra vez hacia donde estaba Arielle, tratando de llevar su enamoramiento con cierta sutileza. Ella tenía puesto un vestido de muselina color lavanda, un vestido propio de una escolar, con el cuello alto y una ancha faja de satén a la cintura. Pero los cabellos... Burke tragó saliva. Tenía los cabellos sueltos, formando una cascada de rizos que descendía sobre la espalda. Él había rogado que ese día, cuando Arielle viniese de visita, -la vería como debía verla -como una joven encantadora que debía pasar la mayor parte de su tiempo en el aula, una jovencita deliciosa y nada más. Pero cuando ella entró en la sala, experimentó el mismo sentimiento agobiador que el día del funeral, o quizás algo peor. Maldición, ni siquiera estaba totalmente desarrollada. Era de lejos demasiado inocente y cándida para un hombre adulto. Maldijo por lo bajo sobre su taza de té.

-¿Dijo algo, Burke?

-Sin duda, nuestro querido Burke desea todo lo que tiene derecho a reclamar -dijo Lannie con expresión astuta-. Después de todo, es el conde.

-Estoy de acuerdo -dijo Arielle, con esos inocentes ojos azules tan perversos y malignos como los de la coqueta más veterana de Londres-. Debemos asegurarnos que se le conceda todo el respeto debido. Precisamente, Joshua me decía que...

-¿Usted conoce a mi Joshua? ¿Joshua le habló? -Burke la miró con cierta sorpresa. Joshua Tucker no era exactamente un misógino, pero tenía muy baja opinión general con respecto a la hembra de la especie, y no vacilaba en manifestarla. También era un amigo de fidelidad absoluta, y su ingenio había salvado a los dos varias veces durante los últimos cinco años.

-Ciertamente -dijo Arielle-. Él estaba hablando con Darlie, y yo me presenté. Joshua me ha asegurado que cuida de usted del mejor modo posible, pero que en todo caso usted es una persona sumamente seria.

Lannie emitió una risa aguda.

-¡De veras, Arielle, no sabes de lo que estás hablando! Montrose me habló de esa muchacha con quien se enredó Burke cuando estaba en Oxford...

-Suficiente, Lannie -dijo él amablemente.

-Ya lo ve -dijo Arielle-, usted ni siquiera permite que Lannie se vanaglorie de sus hazañas con las mujeres.

-Dudo que su intención fuera vanagloriarse.

-Lannie es muy bondadosa -dijo Arielle, y volvió sus ingenuos ojos azules hacia lady Ravensworth. Lannie tuvo la elegancia de contraer un poco el entrecejo. Burke se recostó en su sillón. Era extraño, pero Arielle, no Lannie, mantenía el control de la reunión; y Lannie era siete años mayor que la jovencita.

-Lannie, más té, por favor. -Burke se preguntó qué opinaba Joshua de esta mujer.

-Burke, ¿ahora renunciará a su grado? Él movió la cabeza.

-No, no puedo, Lannie. No puedo hacerlo mientras no se resuelvan las cosas.

-Yo tampoco renunciaría -dijo Arielle, y en sus ojos había una expresión decididamente sanguinaria-. Ojalá fuese hombre. -Querida, aun así serías demasiado joven para el ejército.

-Si murieses, el primo Radnor sería el conde de Ravensworth -dijo Lannie, y su tono expresaba desdén e inquietud. -Vaya, vaya-dijo Burke-. Hace seis o siete años que no veo a Radnor. ¿Qué estuvo haciendo?

-Es vicario -le dijo Lannie-, pero todavía no tiene mentón. Se dejó crecer una barbita para disimularlo.

Burke la miró fijamente, y después se echó a reír.

-¿Rad es vicario? -Era demasiado. Se le atragantó el té, y un instante después sintió las manos de Arielle que le golpeaban la espalda. Cuando se le pasó el sofoco, respiró el perfume de la joven y sintió deseos de arrancarle ese tonto vestido de escolar, y de arrojarla sobre la alfombra Aubusson. Deseaba...

-Burke, ¿ahora se siente mejor?

-Sí, siéntese, Arielle. Me pregunto por qué nuestro primo no vino al funeral.

-Está en Escocia -dijo Lannie-, atendiendo a una tía abuela, y sin duda abriga la esperanza de que ella le deje algún dinero a la hora de su muerte.

-Parece que es una persona muy desagradable -dijo Arielle. -Sin duda. Bien, Árielle, ¿le agradaría montar a Cenizas? El jamás olvidaría esa tarde. Fue la tarde en que Burke Carlyle Beresford Drummond se enamoró por primera y única vez en su vida. Del modo más inapropiado, en condiciones de absoluta impotencia, irrevocablemente. Fue la tarde en que comenzó a trazar planes para regresar a la Península.

Tres días después vio por última vez a Arielle Leslie. La visitó en Leslie Farm para despedirse. Volvió a ver a sir Arthur, el padre de la joven. Ella tenía los ojos de su padre, claros y seguros, un límpido azul como el cielo de primavera.

-No me olvide -había dicho Burke, con una voz que pretendía ser superficial y humorística.

-¿Cómo podría olvidarlo? -Burke vio que había tristeza en los ojos de la joven, y oyó que su voz se quebraba un poco.- Pero usted me olvidará, mi estimado lord y conde. Soy una muchacha tonta, y en cambio usted es un héroe y...

-Querida, de ningún modo tonta. Por un tiempo, quizá varios años, no regresaré a Inglaterra. Después, si usted lo desea, la visitaré.

Ella sonrió dulcemente, y apoyó la mano sobre el antebrazo de Burke.

-Esperaré que llegue ese momento. Pero dudo que usted disponga de tiempo para mí. Habrá tantas damas revoloteando alrededor de su persona, reclamando sus favores y su atención. Prometo que estaré con ellas, en primera fila, si eso le complace:

-Sí, me complacerá más de lo que puedo decir. -Ansiaba desesperadamente pedirle que le escribiese, pero eso hubiese implicado llegar demasiado lejos. Vio que sir Arthur fruncía levemente el entrecejo. Ignoraba si lo hacía a causa de un problema con sus traducciones del griego o al evidente embobamiento del conde de Ravensworth con esa hija tan joven e inocente.

Burke se despidió...

Toulouse, Francia 1814

Oyó de nuevo ese gemido. Ahora Burke comprendió que provenía de su propia garganta.

No estaba con Arielle. Yacía en un campo de batalla cercano a Toulouse, tres años después, y lo apretaba el cuerpo de un caballo, y tenía una herida en el costado. El dolor ahora se acentuaba y adoptaba la forma de oleadas cada vez más agobiadoras, llevándolo sin vacilar al presente, y obligándolo a rechinar los dientes en un esfuerzo por dominar el deseo de gritar.

--¡Mayor! Gracias a Dios que al fin lo encontramos. -Joshua -dijo Burke, sorprendido al comprobar que su voz sonaba muy débil-. Sabía que vendrías. Parece que un caballo cayó muerto sobre mí.

-Sí, ya lo veo. No se mueva. Regresaré enseguida con ayuda. Pasó una hora larga antes de que Burke yaciera con la mayor comodidad posible sobre un catre, en su propia tienda. Joshua estaba al lado, sentado con las piernas cruzadas sobre el suelo, y relataba a su amo la retirada francesa de Toulouse. Salvo el vendaje que cubría la herida de sable en el costado, Burke estaba desnudo bajo una sábana. Escuchaba sin prestar mucha atención. Los recuerdos y el dolor continuaban dominándolo.

-Bien, mayor -dijo Joshua, incorporándose para inclinarse sobre su amo-, el doctor dijo que usted debía beber un poco de láudano. Perdió demasiada sangre, y tiene que descansar para recuperarse, de modo que no quiero escuchar sus excusas.

-No diré nada -afirmó Burke, y tragó el agua con el láudano. Joshua le cubrió el pecho con una manta.

Satisfecho con la comodidad de su amo, Joshua continuó hablando.

-Wellington no pudo llegar a tiempo con su artillería pesada, de modo que los malditos franceses se abrieron paso y se alejaron.

-Me pareció que eso era lo que había sucedido. ¿Dónde está Wellington?

-Vendrá a verlo en poco tiempo más. Está discretamente furioso, si sabe a qué me refiero.

-Sí -dijo en voz baja Burke-, lo sé. -Consiguió sonreír a Joshua, al percibir que el hombre temía por la vida de su amo.- Pronto me recuperaré. Continúa llamándome mayor. Suena muy agradable.

Se durmió entonces, y un rato después oyó la voz de Joshua que lo llamaba.

-¡Mayor! ¡Mayor!

Sintió una bofetada en la cara, y trató de esquivar el golpe, y regresar al pasado, a Arielle, pero no pudo.

-¡Mayor! Vamos, ahora tiene que despertarse. El duque vino a verlo.

-No quiero verlo -dijo muy claramente Burke.

-Bien, Ravensworth, a su comandante no le importa lo que usted desee.

Burke trató de abrir los ojos. Wellington estaba de pie al lado del catre, con la sonrisa un poco forzada y las arrugas alrededor de los ojos. Su uniforme estaba inmaculado, como de costumbre, y sus botas negras brillaban como espejos.

-Señor -dijo Burke, y trató de alzar una mano.

-Quieto, Burke. Muchacho, dispongo de poco tiempo; después, debo ir a París. Deseaba decirle personalmente que todo esto ha sido inútil. El combate, las muertes, todo para nada. Napoleón ha abdicado, y había abdicado antes de que comenzara el combate.

Burke lo miró fijamente.

-Usted bromea-dijo con voz lenta.

-Ojalá así fuese. Es algo que yo había pedido a Dios, pero Él consideró oportuno que yo perdiese cinco mil hombres más antes de satisfacer mi ruego. Bien, celebro este desenlace, pero hubiera sido preferible evitar tantas bajas. El médico me dice que usted sanará muy pronto. Burke, regresará a Inglaterra. Ahora todo ha terminado... por lo menos, terminó su papel en esto.

Burke pensó más tarde- Sí, al fin eso había terminado. Ahora, Arielle tenía dieciocho años, y por lo que él recordaba cumpliría diecinueve en octubre. Tenía edad suficiente para casarse. Edad suficiente para Burke. ¿Y si había establecido una relación con otro hombre?

Rehusaba aceptar esa hipótesis. Los últimos tres años había recibido cartas esporádicas pero informativas de Lannie. Burke se preguntaba a veces si ella sospechaba cuál era el motivo que lo inducía a pedirle de un modo tan definido que le comunicase las novedades de Ravensworth, y las andanzas de sus vecinos. Se había enterado de la muerte de sir Arthur, un episodio súbito, que había sobrevenido apenas seis meses después de la partida de Burke; y él había escrito a Arielle una carta de condolencia. Por supuesto, no había recibido ninguna respuesta.

¿Qué había estado haciendo la joven desde la primavera de 1811? Lannie había escrito acerca del matrimonio de todos los varones y todas las mujeres que habitaban en un radio de ochenta kilómetros de Ravensworth. No había mencionado a Arielle. Quizá la joven estaba esperándolo.

Era una idea que lo complacía y que le permitió curarse con más rapidez que lo que el médico había pronosticado.

Capítulo 2

Abadía de Ravensworth Junio de 1814

Burke continuaba sintiéndose incómodo en su hogar. Era el octavo conde de Ravensworth, y en el lugar, un gobernante tan absoluto como lo había sido el Rey Sol en Francia más de dos siglos atrás. Era el responsable de todos los que habitaban su dominio, y también responsable de traer al mundo otro ser de sexo masculino que continuara el linaje

después que el propio Burke hubiese desaparecido. Paseó la mirada por el Salón Dorado, un lugar que a él siempre le había parecido temible, con su conjunto de sillas de patas doradas, las aplicaciones de mármol italiano, y los complicados adornos filigranados que ocupaban un lugar de honor sobre una mesa de marquetería del siglo XVI. Abrigaba la esperanza de que la trabajada silla que parecía demasiado antigua para sostener un peso lo soportara a él mismo. Y por extraño que pareciera, lo sostuvo. En su niñez rara vez le habían permitido entrar en esa habitación, la favorita de su madre. Le habían dicho que el lugar mostraba la impronta marcada por ella; pero Burke no sabía muy bien qué significaba eso. Por la razón que fuere, no podía imaginar a su madre frágil y débil en esa habitación recargada, casi abrumadora.

La cuñada de Burke ocupaba un asiento enfrente, y estaba enderezando la faja que ajustaba el vestido de Poppet. Burke dijo: -Son hermosas, Lannie. Por lo que veo, las educaste muy bien. Lannie pareció animarse un poco ante el elogio, y después batió palmas. La señora Mack, la niñera de Virgie y Poppet, tomó de la mano a cada niña y las retiró de la sala.

Poppet se volvió a la entrada.

-Tío Burke, ¿vendrás a jugar con nosotras después? -Seguramente, Poppet. En cuanto pueda. ¿A qué jugaremos?

-A los soldados-dijo Virgie-. Quiero ser tu sargento, y disparar cañones y matar franceses.

-Dios mío -dijo Burke, un poco desconcertado ante la respuesta-. ¿No jugamos al servicio de té? ¿No hay conversaciones con las muñecas?

Las preguntas le merecieron una mirada de desagrado de las dos niñas, y Lannie suspiró.

-No me preguntes nada, Burke. No sé por qué estas pequeñas son tan sanguinarias. Desde que Montrose murió...

-Está bien, Lannie. Creo que no habrá inconveniente en que juguemos a los soldados.

Hizo un gesto en dirección a sus sobrinas, y no volvió a hablar hasta que las niñas desaparecieron de la vista. Lannie se apoderó de un bollito y dijo: -Burke, ¿supongo que volviste a casa para quedarte?

-Si, ahora la guerra ha terminado. Abrigamos la esperanza de que Napoleón no volverá a molestarnos.

-No imagino por qué Wellington no se limitó a fusilarlo. Gastar tanto dinero para enviarlo a su propia isla... bien, me parece una tontería.

Burke se limitó a sonreír al oír las palabras de su cuñada. Quizá de ella las niñas habían heredado las actitudes sanguinarias. Lannie no había cambiado, no había cambiado en absoluto a pesar de los años transcurridos. ¿Arielle había cambiado? De una cosa podía estar seguro. Era una mujer. Y pronto se convertiría en su propia esposa.

Burke miró a Lannie, y se preguntó de qué modo podía introducir el tema de Arielle en la conversación. Ella decía con su voz altanera: -Bien, abrigo la esperanza de que decidas contratar un nuevo administrador. Cerlew es un torpe, no te quepa la más mínima duda, Burke. Caramba, ese hombre siempre está cuestionando mis gastos, como si yo fuera una especie de burguesa. Es muy irritante.

Burke pensó: Bien por Cerlew. En realidad, la Abadía tenía mucho mejor aspecto que durante el período en que Montrose era el amo. Todo estaba bien cuidado, limpio y lustrado. Incluso Joshua aprobaba el estado de la casa.

Burke se aclaró la voz para abordar el tema que le interesaba, pero Lannie se le anticipó y dijo: -Corinne sin duda vendrá a conversar con nosotros. Le escribiste, ¿verdad?

-En realidad, estuve con ella y Lloyd en Londres a mi regreso de Francia. Como sabes, Jocelyn está en Oxford.

-Sí, es un muchacho muy extraño-dijo Lannie acerca del hijo único de lord y lady Boyle-. Recuerdo que lo único que hacía era leer constantemente.

-Lannie, es un estudioso. La amplitud de su saber es asombrosa.

-Bien, creo que...

Lannie continuó pensando en voz alta acerca de Jocelyn y sus rarezas, sin duda resultado de la influencia abrumadora de Corinne, y Burke dejó errar sus propios pensamientos.

Londres había enloquecido con la abdicación de Napoleón. El zar Alejandro de Rusia había llegado a Inglaterra el 6 de junio. Ahora, todo lo que era ruso estaba de moda... desde los vestidos de las damas a las corbatas de los caballeros. El zar Alejandro y su hermana Catalina de Oldenburgo eran siempre el tema de conversación en el hogar conservador de los Kinnard, y en las diferentes fiestas a las cuales Burke había concurrido. Él solía sonreír y charlar con las damas, discutía seriamente la batalla de Toulouse con los caballeros, y pensaba en Arielle. Había contemplado la posibilidad de tomar una amante esa semana, pero descubrió que sencillamente no se decidía a dar ese paso. No quería otra mujer. Quería a Arielle y sólo a ella.

-¡Burke, de veras! ¿No escuchaste una palabra de todo lo que dije? Bien, aquí está Montague con el té.

Recibió su taza de té, se acomodó mejor en su sillón, y trató de adoptar una actitud indiferente. Sorbió el té.

-Háblame de nuestros vecinos -dijo.

Así lo hizo Lannie, casi hasta el hartazgo. Cuando al fin terminó de hablar, Burke dijo: -¿Los Leslie? Recuerdo que me escribiste que Arthur Lesfe había fallecido.

-¡Dios mío, eso fue hace varios años!

-Bien, no tantos. ¿Qué le sucedió a la familia? -¿Te refieres a Arielle?

-Sí -dijo Burke, y casi sin advertirlo se inclinó hacia adelante, olvidando su té, con los ojos clavados en Lannie.

-Te escribí acerca de eso-dijo Lannie-. Lo recuerdo. -¿Me escribiste de qué? ¿Cuándo?

-Dios mío, también eso fue hace varios años. Arielle se casó. La taza de té cayó al suelo. Burke la vio rodar sobre la alfombra Aubusson, hasta tocar la madera dura. Crujió. Él vio cómo el líquido marrón se filtraba por las grietas y formaba pequeños charcos sobre la madera reluciente. Se sentía demasiado aturdido para pensar.

-¡Burke! ¿Qué sucede? ¿Te duele la herida?

-No, no, estoy muy bien, sólo me siento un poco torpe. -En realidad, le parecía que no podía respirar. Sentía una punzada de dolor. No estaba en condiciones de soportarlo. Se humedeció los labios secos.- ¿Cuándo? ¿Con quién?

-Bien, enviudó hace varios meses... el año pasado, aunque no habla con nadie. Se casó con Paisley Cochrane cuando tenía sólo dieciséis años.

Burke miró fijamente a su cuñada. ¡Paisley Cochrane! Santo Dios, ese sátiro viejo y lascivo, que ya era conocido por su perversidad durante la infancia de Burke. ¿Casado con Arielle? Movió la cabeza y preguntó: -¿El padre permitió una cosa así?

-Oh, no. Su medio hermano Evan Goddis pasó a ser su tutor a la muerte de sir Arthur. Se ocupó de la boda... todo con mucha prisa, si quieres conocer mi opinión, apenas seis meses después de la muerte de sir Arthur. Y por supuesto, después el viejo Paisley murió de un modo tan misterioso. Todos comentaron el caso. Pero Burke ya no escuchaba.

-¿Ella vive en Rendel Hall? -La propiedad de Cochrane estaba a sólo unos quince kilómetros de Ravensworth. -Ciertamente, heredó todo. A diferencia de mi caso, yo tengo que vivir de la caridad de otro y...

-Suficiente, Lannie -dijo Burke, y se puso de pie. -¿Adónde vas?

-Arriba, a descansar. Te veré a la hora de la cena.

Cuando Joshua terminó de atenderlo, Burke se acostó en su cama y miró a los querubes desnudos que adornaban las molduras del techo. Ella se había casado con el

vizconde Rendel cuando tenía dieciséis años. ¡Dios, ese hombre debía tener por lo menos cincuenta! Y él la había tocado y acariciado y... Burke debía pensar en otra cosa. No podía cambiar el pasado. Tenía que aceptar las cosas como eran o bien olvidar a la joven. A decir verdad, todo era muy sencillo.

Y durante esos años él no había sabido, no había pensado que otro hombre... La única carta perdida -realmente, era algo peor que una ironía del destine. Pero ahora Arielle era viuda, de modo que eso poco importaba. Nada importaba, excepto verla, cortejarla, casarse con ella. Burke no permitiría que el pasado se entrometiese.

Había olvidado preguntar a Lannie si Arielle había tenido hijos. Si la respuesta era afirmativa, Burke los criaría como propios. Preguntó esa noche, a la hora de la cena.

-No, no los tuvo -dijo Lannie-. Por eso el viejo Paisley se casó con ella. Como sabes, deseaba desesperadamente tener un heredero. Pero no hubo hijos. ¿Por qué te interesa el asunto, Burke?

-Recuerdo que ella era una joven muy agradable -dijo Burke, con los ojos fijos en la vajilla de los Ravensworth-. ¿Volviste a verla después del matrimonio?

-No, ni una sola vez. A decir verdad, fue bastante extraño. Estaba casada, y después todo fue como si la hubiesen enviado a otro país. No la vi una sola vez. Por supuesto, uno oye rumores, pero los deseché. Después de todo, estamos en los tiempos modernos, no en la Edad Media.

-¿Qué rumores?

Lannie se encogió de hombros.

-Cosas estúpidas, por ejemplo que el vizconde Rendel la mantenía encerrada en Rendel Hall, y no le permitía ir a ninguna parte, o ver a nadie, o hacer nada...

-Pero tú dijiste que no la habían visto después de su matrimonio.

-Sí, pero el vizconde no pudo retenerla como una especie de prisionera. Hubiera sido una situación realmente tonta. Asimismo, no sé si jamás oíste hablar de Evan Goddis, el medio hermano de Arielle. Pero ese hombre no tenía y tampoco ahora tiene la reputación más favorable. Oí decir que obligó a Arielle a casarse con el pobre Paisley a cambio de una enorme suma. No sé si en todo eso hay algo de verdad.

-¿Por qué dices el pobre Paisley?

-Bien, él no tenía hijos, ¿verdad? Poco antes de morir -tan misteriosamente como ya te lo dije- su hijo ilegítimo vino de Francia para visitarlo.

-¿Por qué dices que su muerte fue misteriosa?

-Burke, atragantarse durante la cena no es un episodio muy usual. De acuerdo con la versión de los criados -mira, la prima de Martha es parte de la servidumbre de Rendel Hall-, el hijo ilegítimo y Arielle sencillamente permanecieron sentados, y lo vieron morir sofocado.

-Eso parece bastante improbable.

-Me lo imagino. Créeme, ¡yo no me limitaría a permanecer sentada y ver cómo te mueres ahogado!

-¿Viste a Arielle después que su mari... desde que Rendel falleció?

-Una vez, en que yo estaba visitando a una amiga en East Grinstead... tú la conoces, lady Fanchaut. Me llevó a esa maravillosa modista que tiene cerca, frente a la Calle Mayor, y encontré las cintas más elegantes para mi nuevo gorro, y...

-¿Cuándo fue eso? ¿Y cómo la viste?

Lannie concluyó su sopa de vermicelf y se preguntó un momento si su cintura soportaría otro plato. Suspiró y movió la cabeza. Con un gesto indicó a su criado Robert que le sirviese más pollo.

-¡Lannie!

-¿Qué? Oh, sí, Arielle. Como dije, la vi en East Grinstead. Creo que tenía buen aspecto. Bien, en realidad no tan bueno. Diferente. Muy delgada, pero por otra parte siempre

lo fue. Era extraño. No llevaba luto. -Lannie hizo una pausa, la cabeza inclinada a un costado.- Burke, ¿a qué viene tanto interés por lady Rendel? Antes de que Burke pudiese formular una respuesta apropiada, Lannie dijo: -Es ridículo llamarla lady Rendel. Tiene sólo dieciocho años. Bien, cuando la veas salúdala. Cuando era más joven su compañía me agradaba mucho.

Rendel Hall

Arielle depositó lentamente el bastidor de su tejido. -Dorcas, ¿dónde oíste eso?

-Caramba, en la aldea. La señora Cranage lo vio y me dijo que él no estaba solo.

-Evan -dijo muy lentamente Arielle, con los ojos de pronto muy grandes y la expresión tensa.

-Sí, en efecto. Etienne DuPons estaba con ese sinvergüenza, tu medio hermano. Lo único que no atino a comprender es la razón. ¿Qué podía desear Evan Goddis con ese hombre? No me parece que él tenga dinero.

-No lo sé-dijo Arielle-. Creí que Etienne había regresado a Francia inmediatamente después del funeral de su padre. -Quizás así lo hizo, pero ahora regresó. Yo diría que de Francia nos devuelven la basura de la peor especie.

-Dorcas, ¿hay basura de buena clase? Dorcas alzó la cabeza y miró a su ama.

-Una sonrisa. Excelente, señorita Arielle. Debería sonreír más. Hace mucho tiempo ya que lord Rendel murió. Tendría que salir, ir a fiestas y bailes. Debería...

Arielle levantó la mano para contener la serie de consejos. -No, todavía no. Saldré cuando esté preparada para hacerlo. Dorcas pensó: ¿Cuándo sería eso? Retornó a su encaje. Pobre señorita Arielle; la niña había sufrido tanto a manos de ese monstruo, ¿y qué era ahora lo que la retenía en Rendel Hall, como si aún hubiera sido una prisionera?

-¿Seguramente no se propone guardar luto por él un año entero?

Arielle contempló el amarillo pálido de su vestido de muselina. No era ropa de duelo. En realidad, parecía más bien el color de la celebración. Miró a Dorcas, que era no sólo su antigua niñera y su criada, sino ahora también su acompañante. La anciana era la única persona en la tierra que se interesaba por Arielle. Aún no tenía idea del lugar en que estaban Nesta y su esposo. Había recibido un manoseado sobre con una breve nota de Nesta, unos cuatro meses atrás; provenía de un lugar llamado Macao. Nesta no decía nada de su regreso al hogar.

Arielle se levantó de su silla y se acercó a las anchas ventanas de arco que daban al prado del frente de Rendel Hall. Ahora toda la propiedad le pertenecía. No era enormemente rica, pero tenía dinero suficiente para hacer lo que le agradaba; por lo menos, era lo que el señor Harold Jewells, administrador de la propiedad, le decía siempre durante las reuniones de los lunes por la mañana. Dos lunes atrás, él había sugerido que Arielle viajase a Londres para divertirse, y la joven se había limitado a mirarlo. No, ella no podía ir a ninguna parte. Todavía no. Tenía demasiado miedo. Y también estaba muy avergonzada. La gente sabría a qué atenerse si la veía. Vería la verdad en sus ojos. Y ella aún no podía afrontar la situación.

Tampoco podría enfrentar a los hombres y el modo en que ellos seguramente la tratarían y la mirarían. Incluso el señor Jewells, que era delgado como un junco, calvo y absolutamente inofensivo.

Se volvió hacia Dorcas, e intentó una sonrisa.

-Creo que saldré a cabalgar. La pobre Mindle ya lleva dos días completamente ociosa. Por lo menos, ha salido el sol.

-Lleve consigo a un criado -dijo Dorcas.

-Llevaré a Geordie -dijo Arielle, pero su decisión no se fundaba en razones de propiedad. Temía estar sola. Incluso en la propiedad Rendel. Temía a su medio hermano, lo cual en realidad era un temor tonto. Pero no podía modificar sus sentimientos, y ahora estaba Etienne. Arielle se sentía tan cansada de vivir con miedo. ¿Por qué todo no había

desaparecido mágicamente a la muerte de Paisley? ¿Por qué aún se sentía perseguida? Por Dios, ¿qué podía hacerle Evan? ¿O para el caso Etienne? ¿Mostrarse desagradables? Eso era nada, absolutamente nada, y de todos modos el temor persistía... ese miedo que la paralizaba.

Cuando Geordie terminó de ensillar a Mindle, la ayudó a montar.

-Señora, permítame ensillar al viejo Rigby. Y después, saldremos.

-No tengo prisa -dijo ella, mirando con afecto a su criado. Era un escocés de Glasgow; de baja estatura, duro y musculoso, y tenía los brazos y las manos tan fuertes que podía quebrar con un golpe el cuello de un hombre. Y pertenecía a Arielle. Ella había despedido a casi todos los criados de Paisley inmediatamente después del fallecimiento de su marido. Eran fieles a Paisley, no a Arielle. Había conservado únicamente al mayordomo Phyfer. No se trataba de que le tuviese especial simpatía, porque no era el caso. Sucedía sencillamente que era demasiado viejo para conseguir otro empleo y carecía de familia.

Orando Arielle salía a cabalgar, invariablemente seguía la dirección contraria a la que llevaba a su antiguo hogar, Leslie Farm. ¿Etienne estaba con Evan? En caso afirmativo, ¿por qué? Arielle se estremeció, y recordó la actitud de Etienne poco después de la muerte de su padre. El funeral había concluido, se había leído el testamento, y Arielle había enfrentado a Etienne en la sala penumbrosa. Siempre que lo veía, se veía a ella misma: de rodillas ante él, los puños cerrados sobre los muslos del joven, recibiéndolo en su boca...

-Te marcharás por la mañana -le dijo.

Él la miró y dijo con voz pausada: -Arielle, quiero que de nuevo me complazcas.

Ella lo miró fijamente.

-Nunca llegué a tenerte, como me prometió mi padre. Esta noche, no, ahora mismo, vamos al piso alto.

El no podía perjudicarla, no podía obligarla. Paisley estaba muerto. Ahora nadie podía obligarla.

-Contigo no iría ni siquiera a la tumba. Etienne parecía sinceramente desconcertando.

-¿Por qué? Yo no soy mi padre. Tú ya me complaciste, y yo te he visto. Ahora quiero tu cuerpo bajo el mío. Quiero penetrarte. Te agradará. Mi padre me dijo que te complacía que te acariciaran y mimaran. Te deseo, Arielle. Quiero que estés siempre conmigo. Quiero casarme contigo después que haya pasado un período decente.

Arielle se acercó al cordón de la campanilla y le dio un tirón. -¿Qué haces?

Ella se limitó a mover la cabeza. Cuando Philfer llegó, unos tres minutos después, Arielle dijo: -Por favor, prepare el equipaje de monsieur DuPons. Después, ocúpese que esté fuera de Rendel Hall y de mi propiedad en el plazo de una hora.

-Muy bien, señora.

Etienne esperó por lo menos hasta que Philfer hubiese salido de la habitación, y después gritó: -¡Non! ¡No puedes hacer eso! Esta es mi casa... mi padre quiso que estuviese aquí. Yo te deseo, Arielle.

Era demasiado. ¿Él había creído realmente que Arielle se había enamorado esa noche terrible en que Paisley la había obligado a ...? Movió la cabeza.

-Escúchame, Etienne. No me agradas, y no deseo tener nada más que ver contigo. Tu padre me obligó a hacer esas cosas. Yo no quería. ¿Me comprendes? No quiero volver a verte.

-Estás pensando en lo que es correcto. Vosotros los ingleses os preocupáis tanto por esas tonterías y...

Ella deseaba matarlo. En cambio, dijo con voz que trasuntaba una serenidad sorprendente: -Te marcharás. Ahora.

El se volvió, y sus ojos brillaron. Ella retrocedió un paso, incapaz de rechazar el miedo.

-Te tendré, Arielle. Mi padre me dijo que yo podía tenerte. Me lo prometió.

-¡Tu padre está muerto! ¡Muerto y enterrado!

Etienne le dirigió una última mirada, hizo una reverencia y salió.

Esa era otra razón, ahora lo suponía Arielle, por la cual temía reincorporarse a la sociedad, incluso a la reducida sociedad de Castlefields y el territorio que se extendía hasta East Grinstead. Etienne había creído que a ella le había agradado ejecutar ese acto despreciable. Esperaba que ella deseara continuar la experiencia. ¿Se trataba de algo que se manifestaba en la propia Arielle, en el modo de mirar, o de hablar, o en la postura de la cabeza? ¿Quizá se lo había dicho a otros? Oyó un pequeño ruido quebrado, y comprendió que era un gemido que había brotado de su garganta. Necesitaba salir de todo eso. Habían pasado muchos meses, y ella era libre, totalmente libre.

-¿Adónde va, mi señora? Arielle trató de reaccionar. -A ningún lugar especial, Geordie. ¿Tiene alguna sugerencia?

Él le dirigió una mirada muy franca.

-Sí. Me agradaría ir a la guarida del león sarnoso y tirarle de la melena.

Ella permaneció inmóvil un momento. -¿Cuál sería el león sarnoso?

-Hay uno que es muy especial, un verdadero sinvergüenza, si usted me disculpa el lenguaje.

-El león sarnoso y flaco -dijo Arielle.

Arielle jamás había dicho una palabra a Geordie de su medio hermano. ¿Dónde se había enterado de la existencia de ese hombre? Pensó en ello. Ella había sido una cobarde, una lamentable cobarde, y esa actitud ya se había prolongado más de siete meses. Se había atribuido la culpa, y creía que era la persona responsable. Quizá, sólo quizá, podría exorcizar un fantasma.

-Muy bien -dijo, obligando a mirar a Mindle-. Exploremos el terreno. Veamos si monsieur DuPons está viviendo con Evan Goddis.

Geordie se frotó las manos.

--Sí, la pequeña comadreja. -Arielle se echó a reír, y su risa fue un sonido franco y puro; pero en el fondo experimentaba temor, una sensación parecida a la de la leche agria en el estómago.

Entraron en las tierras de Leslie Farm poco menos de una hora después. Arielle miró alrededor, esperando que se manifestara el sentimiento de añoranza; pero no sintió nada por el estilo. Pronto vieron la casa. El lugar parecía decaído, no como si sus ocupantes no dispusieran de bastante dinero, sino como si la persona que vivía allí simplemente no se interesara por la apariencia de la antigua residencia.

-¡Señorita Arielle!

-Hola, Jud. ¿Cómo está? ¿El señor Goddis está hoy en casa?

-Sí, señora. Yo estoy bien, y también mi esposa. ¿Quiere ver al amo?

-¿Por qué no? -Arielle desmontó con la ayuda de Jud. Se volvió hacia Geordie.- No puedo permitir que entre conmigo, pero le pediré que permanezca cerca de esas ventanas. Trataré de estar en esa habitación. Geordie, ¿se siente como San Jorge?

-En efecto, señora.

Geordie la vio acercarse a las puertas dobles, con los delgados hombros firmes y el mentón alto. Pobrecita, pensó, pero ella necesitaba acercarse, y afrontar a ese condenado medio hermano. Había permanecido demasiado tiempo encerrada en ella misma. Tenía que retornar a la vida y lidiar no sólo con sus propios temores sino también con la propiedad Rendel, pues ahora ella había asumido toda la responsabilidad. Después, quizás ella pudiera retornar a un modo más normal de vida. Recordó un episodio, seis meses atrás, cuando había encontrado a un compañero, un hombre despedido poco antes de Rendel Hall por lady Rendel. El hombre había expresado desprecio, formulado insultos y suministrado información. Al día siguiente Geordie se había presentado ante lady Rendel, y ella lo empleó inmediatamente, y él le dijo sin hablar: No pierdas la cabeza, muchacha. Por lo menos, estaba

mostrando cierta fibra. La vio desaparecer después de pasar la puerta principal. Y Geordie se trasladó deprisa al costado este de la casa, y vio que las ventanas estaban abiertas.

Evan recibió de su mayordomo Turp la noticia de que su hermana lo esperaba en la salita del frente. Frunció el entrecejo. Qué extraño que después de todos esos meses ella hubiese ido a verlo. Estaba preguntándose cómo comunicarse con ella, pues las varias veces que había visitado Rendel Hall se le había impedido la entrada. Pensó que más valía que ahora ella esperase un poco, y entre tanto repasó lo que deseaba decirle. Durante un tiempo mantendría fuera del asunto a Etienne. De todos modos, comenzaba a dudar de la utilidad real de Etienne; era un sujeto muy desagradable.

Entró lentamente en la sala.

-Mi querida Arielle. Qué hermosa se te ve. De ningún modo diría que eres una viuda doliente.

Arielle sintió que palidecía, y que las palmas de las manos se le ponían pegajosas.

-Hola, Evan -dijo, aliviada ante la serenidad de su propio tono de voz-. A ti también se te ve muy bien. Por supuesto, no hay motivo que impida que tengas buen aspecto, ¿verdad?

El se inclinó. Vestía ropas apropiadas para la mañana, y su elegante chaqueta disimulaba la delgadez del pecho y los hombros. Pero las piernas protegidas por las calzas de cuero parecían dos briznas de paja.

-Qué honor verte después de tanto tiempo -dijo.

-Sí, supongo que así es. -La mirada de Arielle recorrió lentamente la habitación.- A mi padre le encantaba esta sala. Por las noches jugábamos al ajedrez junto al hogar.

-Tu pequeño círculo encantado. Bien, eso ya no importa, ¿verdad? Arielle, hace mucho que deseaba verte. Estaba muy preocupado por ti.

-Creo que me sentaré -dijo la joven, y ocupó una silla egipcia con patas de animal, y arregló su falda de montar. Dirigió una mirada subrepticia hacia la ventana, y en efecto, ahí estaba Geordie, inmóvil como una estatua a la sombra de un tejo.

-Como dije, estaba preocupado por ti -afirmó Evan, su voz neutra y fría. La pequeña tonta parecía distinta. Estaba intentando controlar a su medio hermano. De eso se trataba-. Arielle, parece que no me crees. Eres mi hermana.

-Medio hermana, Evan.

-Arielle, me tienes sólo a mí. ¿Quién sabe dónde está ahora Nesta, o cuando los veremos a ella y al barón?

Arielle miró atentamente a Evan. Era necesario exorcizar al fantasma.

-Evan, Paisley me dijo lo que hiciste. No hay motivo para que todavía continúes representando el papel del hermano afectuoso. Sé que me vendiste. Paisley dijo que pagó por mí quince mil libras, y después cinco mil libras la vez que vine a pedirte que me protegieses. Dijo que tú lo obligaste a pagar rescate.

Evan palideció, y sus manos se convirtieron en puños. -¡Eso es mentira! Dios mío, ¿creíste en la palabra de ese viejo canalla y disipado? Arielle, te juro que no es cierto.

Ella lo miró tranquilamente.

-Quizás es una actitud perversa de mi parte, pero creo que todo eso es cierto.

-Escúchame, Arielle. Tuve que permitirle que esa mañana te llevase. ¡No había alternativa! Es... era... tu marido; y tenía la ley de su parte. Me amenazó. Dijo que me arruinaría.

Ella no le creyó. No podía creerle. Arielle se levantó lentamente de la silla.

-Lamento muchísimo el hecho de que comparto contigo la misma sangre -dijo, y caminó hacia la puerta.

-¡Arielle! ¡Espera! Escucha, esa mañana juró que jamás volvería a golpearte. ¡Lo juró! Yo lo obligué. Le dije lo que pensaba de di, y él juró que no volvería a golpearte.

Ella no dijo nada, y se limitó a continuar caminando. -Detente... no puedes marcharte. -Arielle sintió los dedos largos y delgados de Evan que se cerraban sobre su brazo. Tuvo un momento de miedo horrible y paralizador, y después se impuso una actitud serena, hasta que él la soltó. No temería. Nunca más. Pero en el momento mismo en que lo pensaba, comprendió que no era cierto. Se preguntó si temería por el resto de su vida. -Escúchame, Arielle. ¡No era cuestión de rescate, maldito sea! No conoces la verdad. Paisley tenía información que condenaba a mi padre. Amenazó revelarla si yo no le concedía tu mano. Es la verdad. Todo esto no me enorgullece, pero amo a mi padre y no podía permitir que Paisley arruinase su reputación. Me había jurado que me entregaría esa información después de casarse contigo, pero mintió. Volvió a usarla cuando viniste a mi casa. ¡Yo no tenía alternativa!

-Suéltame, Evan.

Evan obedeció. Ella dijo en voz muy baja: -Tu padre ha muerto. En ese momento ya estaba muerto. Y yo no. Te preocupaste más por la reputación de un hombre muerto que por la vida de tu propia hermana. Eres despreciable, Evan. Creo que vine aquí para decírtelo.

La voz de Arielle era grave, con un matiz despectivo, y él retrocedió.

-Arielle, por favor, debes tratar de entender.

-Vine aquí para exorcizar un fantasma. Ya lo hice. Evan, en realidad eres una persona minúscula.

-¡Mi padre no está muerto! Habría subido al patíbulo si yo no lo salvaba.

-Eres un mentiroso. Recuerdo que hace mucho tiempo los criados hablaban en voz baja de John Goddis y su vida escandalosa y su sórdido final. Pero no importa. Si tanto te preocupas por mí, ¿qué hace aquí Etienne? -Esperó, pero Evan guardó silencio. Veo que no tienes cómo responder a eso. Adiós, Evan. Ojalá no vuelva a verte jamás.

Apoyó la mano sobre el picaporte, y sus dedos se cerraron sobre el metal, y entonces él dijo casi en un murmullo: -Etienne DuPons está enamorado de ti. Vino a pedirme que intercediera ante ti. Odiaba a su padre. Ni siquiera lo conocía bien, Arielle. No se parece a Paisley Cochrane.

Arielle experimentó una leve punzada de incertidumbre, pero después movió la cabeza. Jamás olvidaría esa noche terrible en que Paisley la había obligado a complacer a su hijo. Aún podía oír los gemidos de Etienne, sentir los dedos del muchacho aferrando los cabellos de la propia Arielle, mientras apretaba contra su carne la cabeza de la muchacha. Comprendió que estaba temblando.

-No -dijo, y abrió bruscamente la puerta-. No, ¡maldito sea!

-Arielle, te has convertido en una mujer muy fría -dijo

Evan-. Pobre Etienne, ahora no tiene nada.

Ella se limitó a mirar a Evan.

-No merece nada. Adiós, Evan.

El no dijo nada más. La vio atravesar el largo y angosto vestíbulo de entrada, y hablar en voz baja al viejo Turp, antes de retirarse.

Evan no se sintió totalmente derrotado. Había percibido esa breve incertidumbre en Arielle, y ahora tenía que decidir cuál era el mejor modo para promover esa actitud. Silbó por lo bajo mientras ascendía la escalera, en dirección al dormitorio de Etienne.

-¿Y bien, muchacha?

-Mezquino -dijo complacida Arielle-. Mi medio hermano en realidad es muy mezquino.

Pero, a semejanza de Evan Goddis, Geordie percibió la falta de verdadera convicción en la voz de su joven ama. Frunció el entrecejo, pero no dijo nada.

-Geordie, ¿sabe lo que me agradaría hacer?

-Ciertamente, no lo sé.

-Creo que iré al Lago Bunberry. Sola. Allí nunca hay nadie.

Creo que tengo que pensar un poco.

-¿Se refiere a ese pequeño estanque entre la propiedad de Drummond y la de Leslie?

-Sí, viejo cascarrabias, me refiero a eso. Oyéndolo, cualquiera diría que es un charco minúsculo y lodoso.

El no dijo nada más. Arielle se burlaba de Geordie, y sonreía. No era una sonrisa muy ancha, pero de todos modos era una sonrisa. Quizás ella comenzaba a curarse, ahora que había visto que Evan Goddis no era nada más que un hombre, y por cierto no muy impresionante. Se despidió de Arielle, y la miró hasta que ella desapareció de la vista.

Arielle llevó lentamente a Mindle al borde del espejo de agua verdeazulado. Cuando Mindle alzó la cabeza y relinchó, a Arielle se le endureció el cuerpo.

Entonces, vio un hombre. No pudo identificarlo. Pero reconoció al corcel. Era Cenizas.

Burke Drummond había regresado a su casa.

Capítulo 3

Arielle experimentaba sentimientos que según creía no podían existir; sentimientos que, de existir, debían pertenecer a la otra muchacha, la que alimentaba esos recuerdos suaves y amables.

Esa muchacha estúpida, crédula e ingenua.

Desde la distancia que los separaba pensó que él tenía el mismo aspecto de siempre. Estaba de pie bajo un roble, alto, delgado y poderoso. Era un héroe muy apuesto, un hombre que había sido muy amable con una jovencita tres años atrás. Esa tarde de primavera se habían visto por primera vez allí, a orillas del Lago Bunberry, y el recuerdo atravesó la mente de Arielle, y ella sintió una extraña sensación inevitable.

Comprendió tardíamente que él había regresado a casa porque la guerra había terminado. Ella había estado tan aislada, no sólo en la propiedad sino en su propio espíritu, que había prestado poca atención a los sucesos de Francia. Había oído decir que Napoleón estaba prisionero en cierta isla.

Burke le hacía señas. -Acérquese -le dijo.

Su voz profunda y vibrante evocó los recuerdos. Qué extraño que ella recordara con tanta claridad esa voz. Se llevó los dedos a la mejilla y sonrió al evocar otro recuerdo. Estaba viendo la pluma carmesí de su sombrero de montar, la que había usado esa tarde, mucho tiempo atrás. Se preguntó durante un momento qué había sido de esa pluma.

Arielle respondió al saludo, y después guió a Mindle lenta y cuidadosamente a través del sector menos profundo del lago. Burke había sabido, había tenido la certeza de que ella vendría. Se había preguntado, con cierto acento de burla respecto de él mismo, si esa sensibilidad reciente acertaría. Esta primera vez no había deseado ir a Rendel Hall para verla. No había aceptado verla en la casa de otro hombre. No había querido hablarle diciéndole milady y reconociendo que ella había pertenecido a Paisley Cochrane. Cenizas relinchó de nuevo y tiró de sus riendas, y casi las arrancó de la rama del tejo. Burke sintió que su pulso comenzaba lentamente a acelerarse.

Vio que ella guiaba a su yegua atravesando el extremo menos profundo del lago, a unos veinte metros de distancia; la observó mientras se aproximaba. Se dijo que estaba bien que él la viese allí por primera vez en tanto tiempo. Tantos años. Si él no se hubiese mostrado antes tan estúpidamente noble. Podía haber sido el marido. Podía haberla tomado a los dieciséis años. No debía haber esperado.

Ahora ella estaba acercándose. A caballo tenía el mismo aspecto; la espalda recta como una vara, la falda de montar flotando alrededor, una pluma de avestruz rozándole la mejilla. No era una pluma roja, sino gris claro. Qué extraño que él recordase eso. Muchas veces se había preguntado lo que sentiría en ese momento. ¿La miraría, y reiría de las fantasías románticas de un joven, las fantasías que habían adquirido un sabor rancio durante todos esos años? ¿Aún querría acercarla y hacerle el amor, hasta que ambos quedaran aturdidos y desconcertados?

Cuando la vio, cara a cara, olvidó todo eso. Estaba pálida, y los ojos azules le parecieron agrandados, las pupilas dilatadas. Sintió deseos de abrazarla, de apretarle la cara contra su hombro, de acariciarle los cabellos abundantes, de volcar todas las palabras acumuladas en su interior.

-Burke.

La voz de Arielle era suave y fina. Burke comprendió que estaba conteniendo la respiración, y soltó el aire. Sonrió a la joven. Ahora él se sentía maravilloso. Todas las preguntas y las dudas habían desaparecido. Ella era Arielle, y le pertenecía. Su matrimonio con Paisley Cochrane no significaba nada. Le pertenecería. Eternamente.

Comprendía, lo había sabido mucho antes de este encuentro, que no podía apresurarse. Ella no tenía idea de la profundidad de los sentimientos de Burke. Y Dios sabía que tampoco él tenía idea del asunto, por lo menos hasta ese momento. Debía tranquilizarse.

-Hola, Arielle. Desmonte y venga conmigo. -Mientras hablaba extendió la mano para ayudarla a abandonar la montura. Vio sorprendido que ella se retraía. Retiró el pie del estribo, descendió de la montura, y ató a Mindle al lado de Cenizas.

-Recuerdo que la primera vez que la vi, no me permitió ayudarla, pero eso fue porque yo tenía el brazo en cabestrillo. ¿Y ahora, Arielle?

-No soy impotente -dijo ella. Arielle se preguntó de dónde habían salido esas palabras. Se preguntó por qué estaba allí. -Aún tiene cabellos rojo Tiziano.

-¿Qué? Ah, eso. -Se pasó nerviosamente los dedos sobre los cabellos.- No creo que nadie pueda cambiar eso.

-Está más alta.

-Sí, crecí un poco después que la mayoría de las muchachas, pero ahora soy más alta.

Burke percibió algo extraño en la voz de Arielle.

-Sí, se la ve hermosa -dijo, y dirigió a la joven una sonrisa cálida. Ella no correspondió a la sonrisa, y se limitó a mirarlo, como si él hubiese sido un fantasma.

Arielle deseaba ahora no haberse acercado al lago Bunberry. Era extraño cuántas sensaciones distintas provocaba en ella ese hombre. Él había cambiado; eso era visible. Oh, aún parecía un individuo encantador y amable con ella, pero tenía la cara más severa, quizás endurecida, como si hubiese visto más de lo que un hombre debía ver. Aún tenía los maravillosos hoyuelos que se ahondaban al sonreír, y las cejas espesas que se elevaban un poco, confiriéndole un aspecto ligeramente atrevido e inquisitivo.

-Finalmente volvió a casa -consiguió decir ella-. Ha pasado mucho tiempo. ¿Cuánto lleva por aquí?

Burke no podía apartar de ella los ojos. Ya no era la muchacha de quince años, ese libro abierto e ingenuo. Esta Arielle se mostraba nerviosa e insegura, quizás incluso prevenida contra él. También era un misterio para Burke, y lo fascinaba. Advirtió que el cuerpo era más o menos el mismo. Le parecía que demasiado esbelto, pero Burke podía ver la curva de los senos altos, la cintura angosta. Ya no eran los ángulos duros de una muchachita muy joven, sino la esbeltez de una mujer. Pero lo que lo atrajo ahora, como tres años antes, era su cara. La pureza de sus rasgos, la inocencia de... Interrumpió sus pensamientos, pues advirtió que ella le había formulado una pregunta, y que en lugar de contestar él la miraba como un tonto embobado. Lo mismo que tres años antes.

-¿Cuánto tiempo hace que estoy en Ravesworth Abbey? Sólo dos días. Venga y siéntese, Arielle.

Ella se alisó la falda de montar, y su nerviosismo ahora era evidente.

-Yo... no sé, milord...

-Aquella muchacha me llamaba Burke. ¿Lo recuerda? ¿La mujer no hará lo mismo?

¡Por supuesto, lo recordaba! ¿Y qué significaba esa alusión a la muchacha y ahora a la mujer? Arielle deseaba marcharse, y deprisa.

-Muy bien, Burke. Creo que debo regresar a Rendel Hall.

-Qué tontería. Allí usted es el ama. Si llega tarde, ¿el mayordomo la enviará a su habitación sin cenar?

La pregunta provocó en ella una sonrisa.

-Probablemente no, aunque tratará de intimidarme con una de sus miradas. -Y Philfer sabe dirigir esas miradas intimidatorias.

Él observó cómo Arielle se acomodaba sobre el pasto, y extendía alrededor la falda de montar azul. Cruzó sobre la falda las manos enguantadas. Y Burke sufría nada más que de mirarla. -¿Supongo que esta vez no viene herido?

El se sentó al lado de Arielle y se sorprendió cuando ella se movió un poco para distanciarse más.

-Sí, pero en realidad no es gran cosa.

Un sablazo en el costado.

Ella esbozó una mueca.

-Lo siento. ¿La herida le provoca mucho dolor? -Ahora no.

-¿Permanecerá en Inglaterra?

-Sí, puesto que Napoleón ha sido eliminado. Es hora de que cumpla mi deber como jefe de la familia, y merezca mi título y mi manutención.

-Sin duda tiene muchas cosas en las que ocuparse.

Burke pensó: No deseo hablar de estas tonterías. Se sentía frustrado. Deseaba decir a Arielle que quería que se casara con él.

Ahora, hoy mismo.

En cambio, le dijo: -Arielle, ¿recuerda lo que me dijo hace tres años?

Ella inclinó la cabeza a un costado, y miró a Burke mientras recorría sus recuerdos. Sí, ahí estaba, con lo que entonces había sentido, con lo que ella había experimentado después que él se marchó. Le había dicho que lo esperaría con todas las restantes damas. Pensó: Oh, no. Comenzó a mover la cabeza.

-¿Por qué? -preguntó.

Él sonrió, tratando de disimular su propia tensión.

-Por lo que veo, usted se ha convertido en una mujer bastante coqueta.

Ella necesitaba cambiar el curso de esa conversación... era indispensable.

-¿Su esposa está en Ravensworth? ¿Cómo se llama? ¿Tienen hijos?

Las preguntas sobresaltaron a Burke, que arqueó un entrecejo oscuro.

-¿Por qué cree que estoy casado? ¡Porque es inevitable que lo esté!

-Supuse que así es. Es el conde, y necesita un heredero. Ahora tiene más años, es un individuo totalmente adulto, y yo... -Se interrumpió, tan avergonzada que sólo pudo mirar las briznas de pasto que sin duda mancharían su falda.

-Era un hombre completamente adulto esa primera tarde, hace tres años, Arielle. Por lo que recuerdo, me lo dijo usted misma.

-Yo era una niña, una niña tonta y confiada. No sabía nada. La amargura en la voz de Arielle era como un ser vivo. ¿Qué demonios había sucedido? ¿Todo eso era a causa de Paisley Cochrane? Burke dijo serenamente: -Ahora he regresado para hacer lo que debo. Tiene razón. Soy el conde de Ravensworth, y necesito un heredero. Y para eso necesitaré una

esposa. -Sonrió a Arielle, y a pesar de sus buenas intenciones, toda la ternura que sentía se manifestó en sus ojos.- ¿Tiene alguna idea al respecto? ¿Quizás una recomendación?

No, pensó desesperada Arielle, él no podía aludir a lo que ella creía. Oh, no. No podía desearla, por lo menos no podía desearla como esposa. Ella era una mujer usada y sucia y... eso significaría acostarse con él, hacer todas esas cosas repulsivas, que volviesen a castigarla y que ella llorase de dolor e impotencia. Comprendió que estaba moviendo la cabeza. Se puso bruscamente de pie.

-No, no tengo ideas. Bien, en realidad sí, hay muchas damas hermosas en la región. Estoy segura de que muy pronto las conocerá a todas. Ahora, debo marcharme. En serio.

Burke la miró. Vio temor en los ojos de Arielle, y también repugnancia. Trató de retroceder deprisa, diciendo con voz suave y neutra: -Arielle, no se vaya todavía.

-No debería estar aquí, sola, con usted.

-Eso no la preocupó cuando tenía quince años. Tampoco me inquieta a mí. Vamos, quédese, y tratemos de volver a conocernos. Lamenté enterarme de la muerte de sir Arthur. Le escribí.

Árielle lo miró, insegura. Él parecía bastante controlado y sereno. Quizás ella lo había interpretado mal. De él guardaba nada más que recuerdos amables. Siempre había sido un perfecto caballero, pero de todos modos era hombre, y por lo tanto un ser imprevisible, en quien no podía confiar.

-Sí, recibí su carta. Gracias. Por supuesto, no le respondí.

-Sabía que no me respondería. Usted era muy joven.

Joven y tonta y estúpida.

-¿Cómo está Lannie? ¿Y Poppet y Virgie?

Burke pensó: Por lo menos no huyó a la carrera. Dijo con aire desenvuelto: -Lannie es la misma, quizá con algunos rasgos todavía más acentuados. Y ahora que he vuelto a casa, es probable que de nuevo me convierta en su Némesis. Mi administrador Cerlew es el destinatario de toda la cólera melodramática de Lannie. Como usted probablemente recordará, es una mujer muy adaptable. Me dijo que la extrañaba. Con respecto a mis sobrinas, de veras son muy inteligentes.

-Excelente -dijo Arielle.

Burke pensó: ¿Y eso es todo? Volvió los ojos hacia las aguas serenas del lago.

-Recuerdo que pensaba en que usted y yo éramos amigos.

¿Eso ya no es cierto?

Amigos. Ser amiga de un hombre era un pensamiento extraño. Exigía confianza, un elemento que era muy esquivo, e incluso inverosímil en la experiencia de Arielle.

-No -dijo ella con sinceridad-. Creo que ya no es cierto.

Eso desconcertó a Burke.

-¿Por qué no? No me han crecido dos cabezas, y todavía se me juzga un hombre honorable. -Había pretendido que sus palabras sonaran despreocupadas, incluso humorísticas, pero la expresión de Arielle continuó siendo grave, retraída.

El no sabía, y no podía adivinar que en ese momento ella lo veía como una amenaza muy real. Veía un hombre alto, de cuerpo musculoso, tan fuerte, que él cómodamente podía destrozarla, que la intimidaba fácilmente, y que de haberlo deseado podía castigarla sin mucho esfuerzo. Con respecto a su apostura, eso determinaba que ella desconfiase todavía más. Un hombre que había sido el héroe soñado por una joven durante varios meses, probablemente no era más que una quimera, una fantasía absurda tejida con materiales irreales. Y después, el padre de Arielle había muerto, y Evan se había apoderado de la vida de la joven. Ella había excluido de su mente al conde de Ravensworth exactamente como había excluido a todos los hombres que se habían acercado a su refugio. Una suave brisa agitó los cabellos castaños de Burke, agitándolos, y él los recogió con un movimiento impaciente.

Tenía los ojos castaños oscuros, las cejas espesas y largas, más hermosas que las de una mujer. La cara era enérgica, e incluso sin hablar, tenía la aureola de un hombre nacido para mandar, un hombre acostumbrado a que lo obedecieran, y que no toleraría la desobediencia.

Arielle sintió el miedo, frío y penetrante. Burke era un hombre. No merecía confianza. No, no aceptaría la oferta de amistad.

Ya no era una jovencita crédula y estúpida.

-¿Arielle? -¿Qué?

-¿Qué pasa? ¿Dije algo que la turbó?

Un hombre apuesto y encantador, un hombre fuerte, que podía descuartizarla incluso antes de darle el golpe de gracia. Le ofrecía la mano, una mano bronceada y fuerte que podía lastimar tan fácilmente, abofetearla, marcarla. Se pasó la lengua sobre los labios secos. Descubrió que estaba mirándolo, y su temor se acentuó. A diferencia de Evan, el conde de Ravensworth en ropa de montar era un espectáculo impresionante, desde la ajustada chaqueta azul hasta las relucientes botas negras. Y de pronto, lo vio desnudo, lo vio de pie, exactamente como había visto a Etienne, de espaldas al fuego del hogar, las llamas formándole marco, envolviéndolo en el juego de luces y sombras.

Ella contuvo la respiración y se puso bruscamente de pie.

-¿Por qué no me explica cuál es el problema? -La voz de Burke era suave y tenía un acento razonable, era la voz de un adulto calmando a un niño asustado.

-¡Debo irme! ¡Adiós!

Se apartó bruscamente de Burke y montó en Mindle. Advirtió que no había desatado las riendas de Mindle, y permaneció sentada un momento, sintiéndose estúpida y experimentando un miedo intenso.

Vio que él se ponía de pie lentamente, y se sacudía las briznas de pasto de los calzones. Se aproximaba a ella, y Arielle sintió tanto miedo que quedó como paralizada sobre la montura.

Burke no entendía. Se sentía ofendido, irritado y confuso. Con movimientos lentos desató las riendas de Mindle. Vio que Arielle clavaba los ojos en su mano mientras él le acercaba las riendas.

La expresión en los ojos de Arielle lo molestó; tenía las pupilas grandes y la mirada fija. ¿Qué demonios sucedía?

-Deseo visitarla -dijo, con voz formal-. ¿Estará mañana en su casa?

-¿Porqué?

Él sonrió, mostrando los dientes blancos y parejos.

-Para renovar nuestra amistad. Por la razón que sea, creo que la tarea que me espera es difícil. Quizás usted me explique las causas.

¿Qué podía decir? ¿Qué haría?

-Está bien -dijo ella, y la enfureció la escasa cordialidad que se expresaba en su voz. Por Dios, él no era un monstruo. No era feo, ni viejo. Tenía todos sus dientes; no era obeso, y no corría peligro de serlo. Ahora tenía un título; y era rico. ¿Qué demonios le sucedía a la propia Arielle?

Él agregó en voz alta: -Entonces, la veré al principio de la tarde. Después del almuerzo. Adiós, Arielle.

Ella lo miró insegura. Ese hombre no podía hacer nada para lastimarla, por lo menos en Rendel Hall. Ella se encargaría de que Dorcas estuviese cerca. Asintió y espoleó a Mindle.

Burke no se movió, y se limitó a mirar a Arielle. Vio cómo ella iniciaba un galope en el extremo poco profundo del lago, de modo que la espuma se elevó en el aire y le empapó el vestido de amazona.

El primer encuentro no se había desarrollado como él había previsto.

En efecto, había sido un fiasco.

Esa no era la Arielle que él recordaba. No entendía a esta Arielle. Pero la deseaba más que nunca. Movió la cabeza. ¿Por qué Dios, en Su infinita sabiduría, había creado a esa mujer y la había destinado a Burke?

Palmeó el hocico de Cenizas.

-Bien, amigo, menuda tarea me espera, ¿eh? Cenizas relinchó cortésmente.

-¿Qué demonios le pasa? Cenizas volvió a relinchar.

-¿Por qué me trata como si estuviese enfermo de peste? Cenizas guardó silencio esta vez.

Arielle tenía frío, tanto frío que le castañeteaban los dientes. Estaba desnuda, atada a la cama, las piernas y los brazos abiertos, las muñecas y los tobillos atados con tiras de lienzo a los postes de la cama. Por supuesto, él estaba allí. Lo vio de pie, junto a la chimenea, el cuerpo flojo, un látigo de montar en una mano. Con él se golpeaba suave y rítmicamente la palma abierta de la mano. Estaba completamente vestido.

Ella no rogaba; habría sido inútil. Miró fijamente el látigo de montar, sabiendo que la golpearía muy pronto, casi sintiendo el dolor candente de cada golpe. Pero él la había atado boca arriba. Generalmente ella estaba arrodillada en el suelo, la cabeza inclinada hacia el suelo. Tragó dolorida, incapaz de controlar el temblor del cuerpo.

Y de pronto, hubo otros. Ahora, en la habitación había por lo menos seis hombres, y todos bebían brandy. Ignoraba cómo había llegado a saber que era brandy, pero lo sabía. Reían, hablaban en voz alta, pero ella no podía distinguir lo que decían. Un hombre la miró y realizó gestos obscenos con las manos. Ella observó, muda de terror, mientras los hombres se acercaban a la cama, la rodeaban y la miraban fijamente. Todos tenían látigos de montar. El hombre que estaba más cerca de la cabeza se inclinó de pronto, le apretó el mentón entre los dedos gruesos para inmovilizarla, y la besó con fuerza.

Ella trató de apartarse, de gritarle que la dejase en paz. Ahora sintió las manos de todos los hombres, y la tocaban y palmeaban. Abrió la boca, pero no emitió ningún sonido.

Y del mismo modo repentino, todos los hombres desaparecieron, con excepción de él, Paisley. Profería insultos contra ella, con voz despectiva, y le decía que era tan asexuada que no podía interesar a un hombre. Le gritó que incluso los había emborrachado, pero incluso así no la deseaban. Ella era una trotona sin valor, que no servía ni siquiera para divertir a los hombres.

Quiso gritarle para decirle que se alegraba de ser una mujer inútil, se alegraba de que ningún hombre la deseara; pero aun así no pudo emitir sonidos. Sintió las lágrimas que descendían por sus mejillas, saboreó la sal en su boca. Ahora, él le sonreía. Arrojó el látigo de montar al suelo y se abrió los calzones. Ella lo miró. Ese hombre tenía el miembro duro y preparado.

Ahora, dijo él, ahora la poseería. Al fin. Subió sobre ella, apoyándose en los talones. Se inclinó hacia abajo, apretando con sus manos el cuerpo femenino, y de pronto ella gritó, un alarido estridente y agudo.

No era Paisley quien penetraba en su cuerpo. Era Burke Drummond.

Arielle se sentó en la cama, completamente despierta. Con movimientos inconscientes se frotaba las muñecas y los tobillos, como si quisiera suavizar la presión que habían ejercido las cuerdas.

Se dijo y se repitió que era un sueño. Pero, ¿por qué Paisley se había convertido en Burke Drummond?

Arielle percibía en él una amenaza, esa era la razón. El pobre hombre probablemente no había tenido ninguna intención en ese sentido, y sin embargo el temor de Arielle a los hombres lo había convertido en un ser perverso, duro y grosero, como Paisley Cochrane.

Se acomodó bajo las mantas, tratando de calentar el cuerpo. La habitación no estaba fría, pero ella sentía frío, y esa sensación la penetraba profundamente. Se preguntó sombríamente si alguna vez recobraría la tibieza.

-Milord, la señora no recibe hoy.

Burke miró la expresión astuta del viejo, y comprendió que probablemente pagando podría arrancar a este tipo la información que deseara. Dios santo, ¿por qué Arielle no lo expulsaba de la casa?

-Dígale que el conde de Ravensworth vino a verla. -Milord, ella estaba al tanto de su visita. Me dijo que le transmitiese sus disculpas. -Philfer sacudió puntillosamente un hilo que se había posado sobre la manga negra.- Quizá la señora no está tan indispuesta como podría creerse.

¡Miserable canalla! Burke no había visto en mucho tiempo un intento tan descarado de obtener soborno.

-Confío en que así sea -dijo al fin, con voz suave-. Dígale que regresaré por la mañana. Mis mejores saludos. -Ciertamente, milord.

Burke permaneció allí un momento más, indeciso. No deseaba retirarse. No quería ceder terreno en esa situación absurda. Sabía que ella no estaba enferma. En lo profundo de su ser sabía que ella sencillamente no deseaba verlo. El problema era: ¿Por qué? ¿Él le repugnaba? ¿Por algún motivo Arielle le temía? ¿Afín lloraba a ese miserable marido que había fallecido?

Caminó pensativo hacia los establos de la residencia Rendel, donde había dejado a Cenizas con Joshua. Joshua había pedido acompañarlo, y Burke aceptó, sin prestar mucha atención a su asistente. No, se corrigió para sus adentros el propio Burke, Joshua ya no era su asistente. Ahora Joshua era su ayuda de cámara. Cuando llegó a los establos con techo de pizarra, vio a Joshua conversando con un hombre mayor cuyo cuerpo delgado y musculoso no engañó a Burke ni por un momento. Ese hombre era tan fuerte como el propio Burke, o quizá más.

-Milord -dijo Joshua-. Desearía presentarle a Geordie. Es el criado de lady Rendel y el jefe del establo.

Burke pensó que se trataba de una presentación un tanto extraña, pero asintió cortésmente y dijo: -Geordie.

-Milord -dijo Geordie, y Burke comprendió que estaba siendo estudiado, evaluado y juzgado. Se sintió al mismo tiempo divertido e irritado.

Joshua, volveremos mañana-dijo al fin, ignorando a Geordie. -Sí -dijo Geordie-. Mañana, milord. Joshua.

-¿Qué demonios significaba todo eso? -preguntó Burke mientras descendían por el estrecho sendero, alejándose de Rendel Hall.

Joshua se inclinó hacia adelante y rascó las orejas de su caballo.

-Bien, mayor. Vine porque deseaba saber qué le sucedió a esa tierna y hermosa niña a quien conocí hace tres años. Y Geordie quería saber quién era usted, y cuáles eran sus intenciones en relación con lady Rendel.

Burke se volvió en la silla, y su mano apretó las riendas. -Joshua, ¿tienes idea de qué...?-Burke se contuvo. Se mordió el labio inferior, buscando palabras que expresaran su indignación sin insultar a su antiguo asistente y amigo.

-Sí, mayor. Una actitud muy atrevida, lo reconozco de buena gana.

-Además, a ti no te agradan las mujeres.

-Eso es cierto, pero esta pequeña... bien, nunca pensé en ella precisamente como en una mujer, si sabe a qué me refiero.

-No, no tengo la más nebulosa idea de lo que quieres decir. Arielle... es decir, lady Rendel... ¿no es una mujer?

-Como dije antes, mayor, era una cosita pequeña y agradable, pero en todo su cuerpo no había nada que fuese maligno. Y era una mujer franca y honesta.

-¿Realmente honesta, verdad?

-Sí. Al extremo de que me simpatizaba, a pesar del desagrado que me inspira el sexo más bello. Bien, Geordie, está dispuesto a matar en defensa de la muchacha... así la llama. Según me dijo, ella expulsó a todos los criados inmediatamente después de la muerte de su marido. Como usted comprende, eran fieles a ese hombre. Oyó a uno de ellos haciendo comentarios acerca de ella, y de que era una trotona, y bien, eso la enfureció. Lady Rendel contrató a Geordie, y puede decirse que él la protege.

-¿Te enteraste de todo esto durante los pocos minutos en que un mayordomo absolutamente desagradable me dijo que no podía entrar?

-Sí. Bien, Philfer es el mayordomo; Geordie dijo que lady Rendel no lo echó, a pesar de que es un viejo miserable, precisamente porque ella es una mujer bondadosa.

-Magnífico. Pero podría darle una jubilación. Es ineficaz, y deshonesto, y en todo su cerebro no hay un solo pensamiento honorable o limpio.

Joshua se limitó a asentir, y guardó silencio; había terminado su informe. Burke meditó lo que su asistente le había dicho. ¿Por qué Arielle necesitaba que Geordie la protegiese?

Arielle devolvió suavemente a su lugar la cortina de encaje. Él se había marchado. No había provocado una escena. Se apartó de la ventana, deseando rechazar las imágenes de la pesadilla.

Cuando una hora después Philfer le dijo que lord Ravensworth regresaría al día siguiente, Arielle no hizo ningún comentario; se limitó a asentir.

Esa noche su medio hermano le hizo una visita. Philfer le permitió entrar. Evan estaba de pie en la sala, antes de que ella siquiera supiese que había llegado.

Se puso de pie, preguntándose dónde se había metido Dorcas. Ella estaba sola, y de nuevo tenía miedo.

Capítulo 4

-Buenas noches, Arielle. Espero no incomodarte demasiado. Arielle miró fijamente a su hermano.

-Evan, creí que no volveríamos a vernos -dijo al fin con la voz muy fría-. ¿Cómo conseguiste entrar en mi casa?

-No eres muy amable, dulce hermana. Sólo vine a ver cómo estabas. Tu mayordomo -no recuerdo el nombre de ese anciano-, bien, no estaba en su puesto, y la puerta se encontraba abierta. ¿Supongo que no te molestará que haya entrado?

Ella enarcó el entrecejo y la miró, sabiendo muy bien que él mentía. ¿De modo que Philfer no estaba disponible para atender la puerta principal? Imposible; por lo menos eso es lo que ella habría pensado. ¿Philfer le había permitido entrar? ¿Por un soborno? Era un pensamiento desagradable.

-¿Supongo que querrás té o algo semejante? -Apreciaría un brandy, si no tienes inconveniente.

Arielle pensó en el brandy, y recordó vívidamente la pesadilla de la víspera.

Asintió y se acercó al aparador. Le preparó una bebida y se la entregó. De pronto recordó esa noche, mucho tiempo atrás, en que había huido para pedirle protección y los dedos de Evan habían acariciado suavemente los verdugones de la espalda de Arielle. ¿En qué

había pensado Evan mientras hacía eso? ¿En el total de la suma que reclamaría a Paisley para devolverla?

-¿No me acompañarás? Ella movió la cabeza. -¿Qué deseas, Evan? Date prisa. Quiero que salgas de mi casa.

Él bebió el brandy, y examinó atentamente a Arielle. -Ya te lo dije. ¿Por qué tendría que mentirte?

Ella sintió deseos de gritarle: Eres hombre. Para ti es natural, todo lo que es horrible y engañoso es natural para ti, pero se limitó a decir: -Si deseas aferrarte a esa historia, ¿quién soy yo para dudar?

-¿Qué amable? -murmuró Evan.

-Creo haberte dicho que deseaba no verte nunca más. No te mentí, Evan. Quiero que salgas de mi vida

-Y yo quiero que tú sepas cuánto lo lamento. Realmente no tenía idea de que Paisley Cochrane era un individuo tan...

-Basta -gritó Arielle.

-Muy bien. Arielle, mi padre no está muerto, y puedo demostrártelo. Puedo demostrar que yo no mentía. Y te pregunto: ¿No habrías protegido a toda costa a tu padre, incluso sacrificándome?

-En un instante -dijo ella-, si eso te perjudicaba.

El no hizo caso de las palabras de Arielle y continuó con voz pausada: -Está en París, muy enfermo. Debo ir a buscarlo. Aquí está la carta que me envió. Léela. Léela y sabrás que no te mentí. Te juro que jamás te habría perjudicado conscientemente, Arielle. Con gesto desganado, Arielle se apoderó de la hoja de papel y la desplegó. La escritura era un conjunto de trazos finos, con tinta azul oscura, un mínimo número de palabras. La carta decía simplemente lo que Evan acababa de explicarle, y estaba firmada "tu amante padre".

Ella le devolvió la carta.

-De modo que está vivo. ¿Y qué quieres que yo haga al respecto? -Hizo una pausa, y le brillaron los ojos.- Ah, ahora comprendo. Qué estúpido de mi parte. Si tu padre vive, mi madre nunca estuvo casada con Arthur Leslie, y yo soy una bastarda. Es eso, ¿verdad, Evan?

Pareció que Evan se sentía dolorido. -No creerás que voy a anunciar esto a todo el vecindario. No soy un canalla capaz de hacer eso.

Ah, pensó Arielle. -Entonces, ¿qué pretendes? -Necesito dinero -dijo Evan descaradamente.

-¿Por dinero guardarás silencio acerca de mi nacimiento irregular?

-No, no es eso lo que quise decir.

-Mira, realmente eres una persona muy mezquina. ¿Cómo conseguiste nada más que en tres años las veinte mil libras esterlinas que recibiste por entregarme?

Él rechinó los dientes. Por otra parte, ¿qué había pretendido? Ella lo estaba mirando con tanto desprecio que Evan se irritó y sintió deseos de golpearla.

-Sí, ciertamente -continuó diciendo Arielle, al ver que él permanecía en silencio-. Qué lástima. Y dudo que tu padre lo valga.

-¿Y tu padre, Arielle? ¿El buen nombre de tu padre? -Evan, eso se llama chantaje. -Le dirigió una sonrisa y dijo con voz muy pausada.- Si deseas que se sepa que tu media hermana es bastarda, allá tú. Pero créeme una cosa, Evan. A decir verdad, no me importa.

-¿Qué demonios te sucede? -Maldición, él había pensado que su silencio vaga algo para Arielle; pero evidentemente se había equivocado.

-En realidad, no me sucede nada. Tú y tus amenazas me parecen ridículas. Vete, Evan.

-Muy bien, ahora me marcharé. Gracias por haberme concedido unos minutos.

-No lo habría hecho si Philfer hubiese estado en su puesto. -No, creo que no me habrías concedido esos minutos. Bien, ¿qué podía esperar? ¿Que me perdones los errores que

no pude evitar? -Suspiró profundamente, y de nuevo Arielle se sintió insegura. Movió la cabeza. No, todavía se trataba de esas veinte mil libras esterlinas. El no podía engañarla en eso. Paisley había llevado el registro de las sumas entregadas.

-Adiós, Evan. -Arielle se volvió y salió de su propia sala. No se volvió para ver si él la seguía. Al mirar de reojo vio que Philfer salía de la cocina. Había una expresión extraña y furtiva en la cara del viejo, pero ella no le prestó atención cuando Philfer comenzó a disculparse; y continuó caminando hacia el pequeño comedor de diario.

Vio sorprendida que Dorcas estaba sentada allí, y que se la veía tensa.

-¿Se marchó?

-Eso creo. Me sorprende que no hayas aparecido montada en tu corcel, la lanza en la mano, para salvarme.

-¿Qué quería?

-Extorsionarme. Mira, afirma que su padre está vivo, y si eso es cierto significa que yo soy bastarda. Quiere dinero para mantener cerrada la boca en ese asunto. Le dije que no me importaba. -¿John Goddis vivo? ¡Eso es absurdo! Yo estaba con tu madre cuando trajeron su cadáver; tenía el pecho abierto a causa de una herida de bala. El canalla estaba muerto. Absolutamente muerto.

Arielle frunció el entrecejo.

-En ese caso, ¿por qué Evan intentó esta maniobra? ¿No sabía que tú estabas allí?

Dorcas se encogió de hombros.

-Imagino que no. ¿Por qué tenía que saberlo? Ese día no vi a ese sinvergüenza. -Arielle pensó que todo eso era muy interesante.

La cena en el elegante comedor de Ravensworth Abbey era algo diferente. En mitad de la pata de cordero, acompañada con zanahorias y el perejil más verde que Burke había visto nunca, Lannie anunció que viajaría a Londres exactamente tres días después.

Burke pensó en el silencio que remplazaría a las quejas tan verbosas, y se vio en dificultades para evitar que su alegría se manifestase muy ostentosamente. Se limitó a decir cortésmente: -Comprendo. ¿Te alojarás en la Residencia Ravensworth?

-No, con Corinne y Lloyd. Como sabes, ella me invitó. Y por supuesto, también a las niñas.

El no lo había sabido, y estaba francamente sorprendido. Incluso Lannie parecía un tanto sorprendida. Su hermana mayor no disimulaba sus sentimientos. Lannie era una tonta. ¿A qué venía la invitación?

-¿Cuánto tiempo permanecerás en Londres?

Lannie olvidó su pata de cordero y el tocino hervido, y miró a Burke con la cara roja de excitación.

-Burke, ahora suceden muchas cosas en Londres. ¡Los reyes extranjeros y los zares, y tantas otras cosas! Corinne me escribió que hay bailes todas las noches, a pesar de que La Temporada terminó hace mucho; y me dijo que hay mucha alegría.

-Sí, cuando estuve en la ciudad vi más alegría que la que yo mismo podía soportar.

-Caramba, ¡eres hombre! Qué aburrido. Visitaré a mi modista... Se llama Madame Giselle. Y ahora, no hagas ese gesto, Burke. No tendrás que preocuparte ante la posibilidad de que gaste tu dinero. Como sabes, tengo mi renta como viuda, y me he mostrado muy cuidadosa desde la muerte de Montrose, pues por supuesto sabía que mi existencia misma dependía de tu permanente buena voluntad y...

Burke contempló la tarta de grosellas depositada sobre su plato y fingió que estaba absorto escuchando el monólogo de Lannie. Dispondría de Ravensworth Abbey para su uso exclusivo. Pediría a Arielle que lo visitase. Así podría ver si la residencia agradaba a la joven; podría... Interrumpió esos pensamientos sugestivos. ¿Y si ella rehusaba volver a verlo?

-...Corinne me escribió acerca de cierto caballero, si quieres saber cuál es el fondo del asunto, y ya veo que tu curiosidad masculina es irrefrenable. Bien, su nombre, si insistes en saberlo, es Percy Kingstone, y por desgracia es sólo baronet, creo que lord Carver. Sin embargo, de acuerdo con la opinión de Corinne es un hombre atractivo y encantador, y yo...

La tarta de grosellas continuó siendo objeto de estudio en el plato. No, Arielle no podía hacer eso. El propio Burke no lo permitiría. La amaba y deseaba casarse con ella. Adelantó el mentón obstinado y entrecerró los ojos.

-...y por supuesto, llevaré a Virgie y a Popet, aunque tú sabes tan bien como yo que se asustan cuando están encerradas en un carruaje. Lo que haré sencillamente es...

Trataré esto como un problema militar, se dijo Burke, y levantó su copa de vino. Imprimió un movimiento giratorio al líquido color rubí, y vio los cabellos de la joven. Ese glorioso rojo ticiano... Maldijo por lo bajo. Haría lo que fuese necesario.

-...Sé que insistirás, querido Burke, de modo que informaré a James que me llevo el carruaje. Con respecto a los lacayos y la protección, quizá tenga por lo menos un acompañante.

Él levantó la cabeza y miró a su cuñada. Comprendió que había estado hablando sin detenerse. No tenía idea del tema, de modo que se limitó a asentir y a decir con simpatía: -Como tú quieras, Lannie -y rogó al cielo que, a diferencia de Salomé, no hubiese pedido que le entregasen la cabeza de Burke sobre un plato. Más tarde, en su biblioteca, la habitación favorita de Burke en esa mansión, se sentó frente al fuego ardiente, las piernas extendidas, una copa de brandy en la mano. Era extraño que hiciese tanto frío en julio. Quizás él se había debilitado después de todos esos años en España y Portugal. De pronto comenzó a preguntarse qué hacía Knight. Lo había visto poco tiempo en París, después de su regreso a Inglaterra, y se había sentido terriblemente débil a causa de la herida en el costado. Después de casarse con Arielle, invitaría a Knight. Arielle simpatizaría con él; todas las damas lo veían con buenos ojos. Frunció el ceño al pensar en eso. No, Knight era hombre de honor; jamás se metería en el territorio de otro. Burke recordó de pronto esos tres días maravillosos en Portugal, en que él y Knight habían tenido licencia y buscaban aventuras amorosas.

Habían encontrado exactamente lo que buscaban. El nombre de la joven era Gabriela, y era muy bonita, y estaba más que dispuesta a gozar de las atenciones de dos oficiales ingleses. Felizmente, también tenía una hermana, llamada Sancha, que era igualmente atractiva. De pronto, Burke comenzó a sentir que se le calentaba la sangre al pensar en esos tres días agotadores. Maldijo por lo bajo ante su propia reacción física, y se puso de pie.

Deseaba a Arielle, deseaba volver a ver sus ojos, La frustración aguzó la astucia de Burke. No dudaba que ella intentaría evitarlo de nuevo. Al día siguiente, ordenó a Joshua que vigilase la entrada principal de Rendel Hall. Por su parte, Burke se dedicó a observar el jardín que se extendía detrás de la casa; se sentía un verdadero asno, pero de todos modos lo hizo. Una hora después, Joshua se acercó, escondiéndose detrás de los árboles y los arbustos como un soldado que está detrás de las líneas enemigas.

-Mayor, la señora se dirige al establo.

-Por favor, eso parece ahora muy extraño. Llámame como quieras, pero elimina el grado de "mayor".

-Sí -dijo Joshua, dirigiendo una mirada reflexiva al conde-.

¿Qué proyecta hacer con la muchacha?

-¿La muchacha?

-Eso es -dijo Joshua-. Una joven demasiado corta en años para ser lo que es, por lo menos eso es lo que Geordie me confió.

-Me propongo hacerle compañía, y nada más -dijo Burke-.

¿Creíste que me proponía secuestrarla, llevarla a una región lejana y mantenerla prisionera? -Se echó a reír antes de que Joshua pudiese contestar, y después continuó diciendo con gesto más serio:

Joshua, vuelve a la Abadía. Hiciste bien tu trabajo.

Joshua asintió, pero su intención definida era visitar a Geordie después que lady Rendel y su amo se hubiesen alejado. El conde estaba absolutamente enamorado, un fenómeno que hasta ese momento Joshua nunca había visto, por lo menos en el caso de Burke, y deseaba conocer mejor las características de la muchacha.

Arielle acarició el suave hocico de Mindle.

-Mi niña, hoy haremos un poco de ejercicio. Gracias, Geordie. Ahora no te necesitaré. Me mantendré en las tierras de Rendal. -No, pensó, mirando la montura de cuero de Mindle. Hoy no habría excursiones a lugares más lejanos. No iría al lago Bunberry, ni visitaría Leslie Farm. Un simple galope sobre el campo del norte, eso sería todo.

-Niña, si usted está segura. -Estoy segura.

Geordie ayudó a Arielle a montar, y después retrocedió un paso. Dirigió un breve saludo a su ama y sonrió.

-Volveré dentro de una hora, poco más o menos. Vendrá el señor Jewells. -Espoleó a Mindle, y pronto Arielle sintió el viento que sacudía su sombrerito de montar.

No vio a Burke hasta que él estuvo casi al lado, y en ese momento ya era demasiado tarde. Durante un instante pensó que era Paisley, después creyó que se trataba de Etienne, y se le endureció el cuerpo. Paró a Mindle, y trató de encontrar por lo menos un mínimo de compostura.

-Hola -dijo al fui, rehuyendo la mirada de Burke. -Arielle. Me alegro de que haya salido a cabalgar. -¿Qué desea? -explotó ella.

-Por supuesto, nada. Así como quise verla ayer, pero usted se negó. De veras, me agradaría conocer la causa.

-No me sentía bien.

Él examinó la cara pálida de la joven. Podía contestar que esa alusión a una presunta dolencia era mentira. Los cabellos de Arielle estaban un poco desordenados a causa del viento, y los gruesos mechones le caían sobre el pecho. Burke comenzó a extender la mano pero se apresuró a retirarla. Estaba perdiendo la cabeza.

-Realmente, ¿qué le sucede?

Mentir era una solución absurda, porque no resolvía nada.

-Debido a la jaqueca.

-Ah -dijo él. En ese momento advirtió que ella intentaba apartar de é l a su yegua, y eso lo irritó hasta el nivel de la furia.

Arielle advirtió que estaba mirándolo fijamente. En efecto, era un hombre apuesto, quizá más que lo que ella recordaba, pues tenía los rasgos más definidos, quizá mejor cincelados. Ahora que había abandonado el ejército tenía los espesos cabellos castaños más largos. Pero los ojos castaños eran iguales, luminosos, inteligentes y expresivos. Vestía una chaqueta de montar azul, los calzones del mismo color, y las botas negras y relucientes. Se veía realmente poderoso, dominante e implacable. Ella se sentía aterrorizada ante él, y todo a causa de esa absurda pesadilla.

Burke comprendió que estaban mirándose uno al otro sin decir palabra. El silencio entre ellos era incómodo. Burke dijo bruscamente, aprovechando sus años de férreo control: -Desearía que viniera a tomar el té el viernes en la Abadía.

Ella casi empezó a mover la cabeza, y después cambió de idea. Era mejor terminar de una vez; quizá de ese modo él la dejaría en paz. No era peligroso que ella visitase Ravensworth Abbey.

Lannie con toda su charla sería un amortiguador perfecto.

-Está bien -dijo al fin.

-Es lo que usted me dijo antes, exactamente las mismas palabras. ¿Puedo creerle esta vez?

En las palabras de Burke había cierto filo, y ella encogió el cuerpo. ¿Qué deseaba de Arielle? La joven elevó el mentón y su voz era tan fría como un día de enero en Yorkshire.

-Puede tener la certeza de que le enviaré un mensaje si me afecta otra enfermedad.

-Creía que la jaqueca atacaba a las damas una sola vez por mes.

Arielle movió el cuerpo, como si hubiese recibido una bofetada. Ese hombre era peligroso, y ciertamente no era un caballero.

Sin decir una palabra más, descargó un latigazo sobre Mindle y la obligó a galopar.

La reacción de Arielle sorprendió a Burke. Se maldijo en voz alta por su estupidez y su abominable impertinencia. -¡Arielle! ¡Espere!

Vio que ella se volvía al oír el grito, sólo un instante, y en ese brevísimo lapso Mindle se desvió a la izquierda, y saltó sobre una empalizada: Burke sintió que se le helaba la sangre.

-¡Arielle! ¡Cuidado!

Era demasiado tarde.

El grito de Arielle se convirtió en un alarido. Mindle no consiguió salvar la tabla más alta de la empalizada de madera. La yegua golpeó la madera con sus patas traseras, y se agitó frenéticamente en el aire. Arielle vio la angosta zanja del otro lado de la empalizada, y trató de forzar a Mindle a salvar el obstáculo. La yegua alcanzó el borde opuesto de la zanja, pero las patas delanteras se doblaron y Arielle salió despedida sobre la cabeza del animal. El mundo se convirtió en una mancha confusa. Ella no tenía miedo, todo sucedía muy deprisa.

Golpeó con fuerza la tierra pedregosa, y le dolió el hombro con mucha intensidad, pero sólo un momento, porque la cabeza golpeó contra una piedra y Arielle se desmayó.

Burke nunca había tenido tanto miedo en su vida. Espoleó a Cenizas, controlándolo con firmeza, y sintió el salto del corcel sobre la empalizada; llegó al lado opuesto de la zanja con un metro largo de ventaja. Burke frenó a su caballo y desmontó. Ahora, Mindle se había detenido, y tenía la cabeza baja, y resoplaba con fuerza.

Pero Arielle atrajo la atención de Burke. Comprendió que estaba rezando mientras se acercaba al lado de la muchacha. Sus dedos largos buscaron el pulso en la garganta de Arielle. Gracias a Dios, era fuerte y regular. Con gestos lentos y los movimientos tan cuidadosos como él podía lograrlo, le palpó cada brazo y cada pierna. No había nada roto. Pero pensó en las heridas internas. Quizás estaba sangrando interiormente, y podría morir, y él no lograría hacer nada para evitarlo.

Reaccionó. Le quitó el sombrero de montar, y comenzó a palparle la cabeza. Había una protuberancia detrás de la oreja izquierda. Sintió que respiraba aliviado. Tal vez tuviera que preocuparse únicamente de una contusión. Ella se curaría, tenía que ser así. Burke la acomodó mejor, y él mismo apoyó el cuerpo en el tronco de un arce, y con movimientos suaves deslizó las manos y le sostuvo la cabeza. Le tocó la nariz, el mentón, los pómulos salientes. Las cejas eran un poco más oscuras que los cabellos, y distraídamente pasó un dedo sobre ellas, alisándolas. La miró, como hipnotizado. Dijo en voz baja: -Te necesito, Arielle. Cásate conmigo.

Ella gimió.

Apoyó la cabeza de la joven sobre la palma abierta de su mano, y con la otra mano le acarició suavemente el cuello. Deseaba desesperadamente tocarla, y no se privó dé hacerlo. Alzó una mano y la apoyó sobre un seno de Arielle. El latido del corazón era fuerte bajo la palma. Cerró los ojos, y tenía el cuerpo tan saturado de esa extraña mezcla de sensualidad y ternura que ella le provocaba que durante algunos instantes no pudo pensar con claridad.

Desplazó su mano del seno de Arielle al raso. Estaba perdiendo la cabeza. ¡Por Dios, ella yacía allí, inconsciente, y él sólo podía pensar en hacerle el amor!

-Arielle, despierta. Vamos, abre los ojos.

Le sacudió los hombros.

Ella gimió de nuevo y abrió los ojos. Lo miró fijamente, al principio sin comprender.

-Está bien -dijo él-. Estarás bien. Fue una caída. ¿Duele la cabeza?

Arielle comprendió que estaba acostada de espaldas, con la cabeza sostenida por la mano de Burke. Por culpa de Burke, Mindle había saltado esa empalizada. Todo era culpa de ese hombre. Dijo con voz dura: -Sí, tengo jaqueca.

Burke le sonrió y la sostuvo con firmeza cuando ella intentó apartarse.

-Calle, y no se mueva. Será mejor que se mantenga quieta un rato.

Arielle comprendió que cualquier movimiento estaba más allá de sus posibilidades. Un dolor intenso le atravesaba la cabeza, y ella tragó convulsivamente, cerrando los ojos.

-Silencio -dijo él en voz baja-. ¿Necesita vomitar?

La idea de vomitar frente a él era irritante. No dijo nada, se limitó a mantener muy cerrados los labios y a rezar.

-Respire hondo y no se mueva. -Él comenzó a pasarle la yema de los dedos sobre la frente. No se acercó a la protuberancia, pero de todos modos pareció que esa especie de masaje la aliviaba un poco.

-No debió escapar de mí. Estuve mal al mostrarme tan hiriente, pero usted me irritó y contesté. Quizás usted consiga olvidarlo y perdonar mi comentario tan perverso. Vea, generalmente soy un caballero.

En ese momento, a ella no le habría importado que Burke hubiese sido el demonio.

-Quiero volver a casa -dijo-. Quiero morir en mi propia cama.

Era una lástima que estuviesen tan próximos a Rendel Hall.

Él habría preferido llevarla a la Abadía. Pero Lannie continuaba allí, y una Lannie embrollona y charlatana fácilmente podía enviar a Arielle o a cualquier ser humano al más allá con un suspiro de gratitud.

-Está bien. Continuemos aquí unos pocos minutos, hasta que usted comience a reaccionar.

Arielle no dijo nada. Sintió la tibieza del muslo de Burke bajo los hombros. También la mano izquierda sobre su hombro, un contacto suave y gentil. Arielle odiaba esa debilidad. Odiaba el miedo que se movía como una cosa viviente en su fuero interno. Detestaba esa dependencia de él, a pesar de que debía durar muy poco tiempo. No advertía que las lágrimas comenzaban a descender por sus mejillas.

Burke vio las lágrimas y tuvo la sensación de que algo lo había golpeado. No podía soportarlo. Enjugó las lágrimas, dijo palabras absurdas a la joven, tratando de calmarla.

-Está bien -dijo, y repitió constantemente las palabras-. En muy poco tiempo mejorará.

Y en el momento mismo en que le habló, ella consiguió ponerse de rodillas y vomitó el escaso desayuno que había ingerido. Continuó teniendo arcadas, sin vomitar nada, pues no tenía alimento en el estómago, y él le sostuvo los hombros para ayudarla a mantener el equilibrio, y después la apoyó, pues sabía la tremenda debilidad que seguía a la náusea. Le pasó su propio pañuelo y ella se limpió la boca. Él deseaba llevarla a su propio hogar y no separarse jamás de la joven. Deseaba...

-Ahora quiero volver a mi casa -dijo Arielle, sin mirar a Burke. Ella estaba sumida en el sufrimiento y el dolor, y no tenía modo de evitarlo-. Por favor, quiero volver a mi casa.

-Está bien. ¿Confía en mí lo suficiente para permitir que yo haga lo que creo necesario?

Ella se sentía demasiado mal para contestar. No, no confiaba en él, pero no parecía que hubiese alternativa.

Sintió las manos de Burke alrededor de los muslos, y que él la alzaba en brazos al mismo tiempo que se incorporaba.

Burke pensó: Dios mío, qué liviana es. Demasiado delgada, demasiado liviana. La llevó hasta donde estaba Cenizas. -Sosténgase -dijo, y sosteniéndola con un brazo consiguió montar el corcel-. Enviaré a Geordie en busca de Mindle. No se preocupe, la yegua estará bien.

Durante el breve trecho hasta Rendel Hall, ninguno de ellos dijo palabra. Burke la apretó con fuerza, atento al más mínimo sonido que ella podía emitir.

Comprobó aliviado que Geordie se hacía cargo eficazmente de todo. Burke entró con Arielle en Rendel Hall, subió la escalera y caminó por el estrecho corredor hasta el dormitorio de la joven.

Algo en él se agitó al advertir que ese dormitorio no era la suite del dueño de casa. Vio que la anciana Dorcas le pisaba los talones, y avanzaba y después retrocedía, y se frotaba las manos, hasta que al fin él dijo: -Tráigame un poco de agua, ella tiene que lavarse la boca y la cara.

Y después, ese viejo tonto de Philfer, que se comportaba como si Burke se hubiese entrometido en su dominio. Bendijo a Geordie, que dijo a Philfer con voz seca: -Cállese la boca, viejo. Traiga un brandy a su señoría y haga pasar al médico cuando llegue.

El doctor Mortimer Arkwright, encorvado y flaco como un junco, en la proximidad de sus sesenta años, saludó a Burke con la voz agria que había sido parte de su persona durante casi cincuenta de esos años. El viejo había traído al mundo a Burke, y por eso el propio Burke le estaba profundamente agradecido. Asimismo, creía que el doctor Arkwright había muerto mucho tiempo atrás, y se lo dijo.

-Todavía no -dijo el doctor Arkwright, ofreciendo a Burke una sonrisa casi desdentada-. Estoy jubilado, pero el muchacho del establo fue a buscarme. Como estoy tan cerca, me pareció tonto enviarlo en busca de Mark Brody. Conoce a Brody, ¿verdad?

-Sí, lo conocí hace tres años, cuando llegó a la comarca. -Después, Burke dijo al médico lo que sucedía.

-Arielle Leslie, pobrecita. Bien, veamos un poco. Y ya que estamos, ¿qué hacía usted con ella?

Burke pensó que era una buena pregunta, pero no contestó, y se limitó a caminar con más prisa hacia la habitación de Arielle. -Ha crecido -dijo el doctor Arkwright mientras miraba a Arielle-. Bien, muchacha, abra los ojos y dígame dónde le duele. Arielle se limitó a decir: -La cabeza. Terrible. Por favor, calme el dolor.

El doctor Arkwright rezongó: -Me agradan las mujeres de pocas palabras. Bien, muchacha, abra los ojos... Así, y dígame cuántos dedos le muestro.

Burke retrocedió un paso, sin decir palabra, y observó el eficaz tratamiento que el anciano aplicaba a Arielle. El doctor Arkwright se volvió hacia Burke unos minutos después, y dijo: -Todavía no puedo administrarle láudano. Contusión. Despiértenla cada par de horas y pregúntenle quién es y dónde está. Dentro de unas ocho horas le dan un poco de láudano. Dejaré instrucciones.

Dorcas finalmente reaccionó.

-¡Su Señoría no vive aquí! Lo único que hizo fue traerla a casa.

El doctor Arkwright miró a Burke, y después gruñó: -De modo que así son las cosas, ¿eh?

Burke salió de la habitación con el doctor Arkwright. -¿Está seguro de que sanará?

-Si no lo creyera, no me iría de la casa. No sea tonto, muchacho. Esta niña estará cantando en su baño mañana por la mañana. Y si usted fuera el marido, formaría con ella un coro.

-Eso es muy cierto -dijo Burke-. Me asusté muchísimo cuando salió volando sobre la cabeza de su caballo.

-Una reacción bastante natural -dijo el doctor Arkwright-. Es una belleza. Cuando era más jovencita yo me preguntaba cómo se desarrollaría. Hace tres años que no la veo; la última vez fue poco antes del fallecimiento de sir Arthur. ¿Imagino que usted regresará mañana para verla?

Burke asintió. Vio cómo el doctor Arkwright ascendía a su pequeño carricoche y se marchaba.

-¿Ella está bien?

-Sí, Geordie, estará muy bien. El doctor Arkwright lo asegura. Pero usted vigilará, ¿verdad?

-Sí, por supuesto. La muchacha me prometió preparar para mañana un plato de picadillo de carne con avena, y yo se lo recordaré. -Geordie se rascó la cabeza.- El viejo Philfer seguramente también estará por aquí.

Burke no deseaba marcharse, pero no tenía alternativa. Finalmente, regresó a Ravensworth Abbey y pasó una tarde y una noche muy largas.

-¿Ya comenzó a cantar? -fue su primera pregunta cuando a la mañana siguiente saludó a Dorcas.

La anciana sonrió, y Burke advirtió que le faltaban casi todas las muelas.

-Casi. ¿Desea verla, milord?

Burke no podía creerlo. Todo el personal al servicio de Arielle parecía deseoso de ayudarlo. Sólo Arielle lo rechazaba con uñas y dientes.

-Ciertamente -dijo, en una actitud muy serena y confiada; y ascendió detrás de Dorcas al primer piso.

-Usted estuvo con Arielle desde que ella era niña, ¿verdad? -Sí, era una muchachita muy dulce, franca y vivaz, y muy honesta, si usted sabe lo que quiero decir. Lástima que haya cambiado.

-¿Qué podía esperarse? Era inevitable que sucediera algo por el estilo. Ah, querida, tienes un visitante.

Se volvió en el umbral e hizo un gesto a Burke. Él oyó la voz áspera y desconfiada de Arielle: -¡No, Dorcas! Por favor, no quiero ver...

-Hola, Arielle. Soy yo. Se la ve otra vea bastante bien.

¿Cómo está esa cabeza?

En realidad, tenía un aspecto horrible; los hermosos cabellos enmarañados en parte, y en parte lacios; la cara pálida, y en la sien izquierda un feo cardenal púrpura y amarillo. Ella trataba de cubrirse con las mantas hasta el mentón, y tenía la espalda apretada contra el respaldo de la cama. Burke avanzó un paso, y oyó la exclamación de la joven.

Arielle se comportaba extrañamente, y eso indujo a Burke a detenerse en seco. Por Dios, no podía adoptar la actitud de una jovencita que no sabe lo que es el matrimonio. Su reputación estaba a salvo, sobre todo porque su anciana y respetable niñera se encontraba en la habitación. ¿Por qué adoptaba una actitud tan remilgada? Burke intentó sonreír, y consiguió esbozar una mueca mecánica.

-Estaba preocupado por usted. ¿Puedo contar con su presencia a la hora del té, el viernes?

Ella asintió, sin hablar, pero Burke comprendió que mentía nada más que de ver la expresión en los ojos. Arielle había cambiado de idea. Quizás estaba más enferma que lo que el doctor Arkwright creía.

¿Qué demonios podía hacer ahora el propio Burke? No deseaba salir de allí, por lo menos todavía.

-De acuerdo con la opinión del doctor Arkwright, usted debería cantar en su baño esta mañana.

-Si usted se marcha, prometo que cantaré. -¿Ya desayunó?

Ella movió la cabeza, y se estremeció un poco. -¿Desea que le traigan algo?

-Sí -dijo Dorcas, acercándose a la cama-. Diré a Bessie que te traiga una taza de té con tostadas.

Arielle no advirtió que Dorcas salía hasta que la anciana ya estaba casi en la puerta. Arielle la llamó, pero Dorcas no le hizo caso.

-Usted está a salvo conmigo -dijo Burke, enarcando el entrecejo-. Nunca fue mi costumbre seducir o forzar a las damas que tienen esos cardenales en la cara.

Arielle no contestó, y Burke, que no sabía de qué hablar, paseó la mirada por el dormitorio. No sabía muy bien qué había esperado, pero en todo caso no era lo que estaba viendo. Era casi la celda de un monje, una habitación escasamente amueblada, y las pocas piezas que había allí respondían a un gusto severo. En el cuarto no había un solo toque femenino. De pronto miró la puerta de comunicación con la habitación contigua. ¿La suite del dueño de la casa estaba detrás de esa puerta? No deseaba pensar en ese anciano sucio abriendo la puerta y acercándose a esta cama, aproximándose a Arielle. Oyó su propia voz que preguntaba ásperamente: -¿Allí está la habitación de su esposo?

Arielle percibió la furia en la voz de Burke, pero no quiso entender esa actitud. Quería que Burke saliera de su dormitorio. Ocupaba todo el espacio, con su aroma, su vitalidad, su masculinidad.

-Milord, por favor, váyase. El se volvió para mirarla.

-Me iré, si me da su palabra de que el viernes vendrá a Ravensworth Abbey.

Ella se mordió el labio inferior.

Él sintió que su frustración se acentuaba. Finalmente, en voz muy baja, ella dijo: -No.

Capítulo 5

Burke la miró fijamente, tratando de asimilar las consecuencias de esa sencilla palabra. No podía recordar la última vez que una mujer lo había rechazado. Pero de todos modos, en lo profundo de su corazón sabía que nunca una negativa lo había herido tan profundamente. Y lo había irritado tanto, que no atinaba a pensar con claridad.

-¿Por qué?

-Por favor -dijo ella-, por favor, déjeme en paz. No quiero ver a nadie o... o estar con nadie. Soy viuda. Y quiero continuar así. -Su marido está muerto... -La dureza de su propia voz impresionó a Burke.- ¿cuánto tiempo lleva muerto? ¿Siete, ocho meses? Por Dios, Arielle, ¡era un anciano! ¿No quiere estar con un hombre joven, que podría darle mucho más que lo que estaba al alcance de su esposo?

Arielle quiso echarse a reír, pero cuando abrió la boca brotó un sonido feo y duro. Trató de dominarse. Burke no sabía lo que estaba diciendo. Y ella guardaría silencio. Él tenía que marcharse. Pero Burke tenía una fibra más resistente que lo que Arielle había imaginado.

-¡Usted no pudo haber amado a ese viejo sátiro! ¡Era un anciano repugnante! Míreme... ¿no recuerda lo que sintió hace tres años? ¿Los sentimientos que yo provoqué en usted?

Arielle recordaba, pero los recuerdos no eran suyos; pertenecían a otra joven. Guardó silencio, con los ojos fijos en las manos unidas.

-¡Maldito sea!

Se inclinó sobre ella, la sostuvo por los brazos, y la acercó a su pecho. La boca de Burke se cerró sobre la de Arielle, dura y agresiva, y la lengua exploró los labios- cerrados.

-¡Abra la boca!

Ella abrió la boca para gritarle y sintió la lengua de Burke. -Querida, aquí está su desayuno... ¡Oh, Dios mío!

Burke quedó paralizado al oír la voz de Dorcas. Lentamente, como si hubiera sido un hombre que despierta de un sueño, retiró sus manos y enderezó el cuerpo para mirar a Arielle.

-Arielle, nos veremos de nuevo. -¡No!

-Oh, sí. Esto no ha terminado. -Movió la cabeza, con una expresión dolorida en la cara.- Jamás terminará. -Atravesó el dormitorio y salió al corredor.

Arielle miraba fijamente al frente, en dirección a la puerta abierta.

-Es mucho más fuerte que Paisley-dijo con expresión serena-. Absolutamente más fuerte que Paisley.

Después, sin pronunciar una palabra más, se levantó de su cama y se acercó a las anchas ventanas que miraban al frente de la casa. Vio cómo Burke caminaba hacia el establo. Se inclinó hacia adelante, con la frente pegada al vidrio. Y en ese mismo instante comprendió lo que haría.

El señor Gregory Lapwing, ex procurador de Arthur Leslie, estaba sentado frente a la hija de su antiguo amigo. La había conocido desde el primer día de su vida, y le tenía tanto afecto como podía ser el caso de un hombre mayor embobado con su nueva y joven esposa. Ciertamente, su esposa, de diecinueve años, era más vivaz, más bonita que esta muchacha de rostro abotagado.

-Aprecio que haya venido a mi casa, señor Lapwing -dijo

Arielle, ofreciéndole la mano.

-Es un placer, Arielle. ¿Qué desea?

El señor Lapwing pensó que ella parecía enferma, pues la veía muy pálida y delgada. ¿Todavía lloraba a su esposo fallecido? Era la primera vez que la veía después de la muerte del padre, más de tres años atrás. Qué extraño, haber dejado la tutoría de la joven a su medio hermano; pera Lapwing suponía que Arthur no había tenido alternativa. El precipitado matrimonio con lord Rendel había chocado a Lapwing, pero por lo demás él no tenía nada que ver en ese asunto, de manera que lo había olvidado. Hasta ahora.

-Deseo vender Rendel Hall, toda la tierra, y todos los muebles y accesorios. Todo, inmediatamente.

El señor Lapwing no parpadeó. Mucho tiempo atrás había perfeccionado el gesto inexpresivo. Nada de lo que un cliente podía decir lo turbaba.

-¿Puedo preguntarle la razón? -preguntó cortésmente. -Quiero abandonar el país. Deseo trasladarme a París. Napoleón ya no está, y Luis XVIII ocupa el trono. Ya no hay peligro. -Agregó, y en su mejilla izquierda se dibujó un hoyuelo.- Como usted sabe, hablo francés. Mi padre insistió en que aprendiese el idioma.

-Entiendo -dijo el señor Lapwing, frunciendo el entrecejo-. ¿Puedo preguntarle por qué quiso tratar conmigo y no con el procurador de lord Rendel?

-No lo conozco -dijo Arielle. La respuesta era una mentira sólo a medias. No confiaba en él sencillamente porque había sido un hombre de Paisley-. Realmente, señor, no hay nada que me retenga aquí. Deseo viajar.

El señor Lapwing se puso de pie.

-Por supuesto, es algo desusado que una dama desee salir de viaje... muy desusado. Usted necesita que la protejan y acompañen debidamente...

Arielle pensó: Qué ridículo. Aquí, en la bella y justa Inglaterra nadie me protegió. ¡Los hombres! Cuántas tonterías decían. De todos modos, tenía que conseguir algo, y por eso habló con voz serena y respetuosa.

-Por supuesto, señor Lapwing. Le pe. Tendré la compañía que necesito. -Pero...

-Señor, mi decisión es firme.

-Muy bien. ¿Quién es el procurador de lord Rendel? -Jeffrey Chaucer. Oí decir que su finada madre era poetisa. ¿Usted lo conoce?

-Sí -dijo secamente el señor Lapwing-. Y no podría olvidarlo, en vista de su apellido. Bien, no importa. Querida, haré averiguaciones inmediatamente, ruego que no se preocupe. También enviaré a un hombre a hablar con su administrador...

-Se llama Harold Jewells.

-S; ciertamente, y él levantará un inventario completo. No sólo de los muebles de la casa, sino del ganado, los anexos, las viviendas de los arrendatarios... usted comprende.

-¿En cuánto tiempo cree que podré salir de Inglaterra?

-No lo sé... quizás en un mes. Como comprenderá, no podemos hacer mucho si no contamos con un comprador.

De modo que ella tendría que ocultarse durante un mes. Tal vez en Brighton. Ella y Dorcas podían permanecer allí hasta que todo concluyese. Nadie se enteraría.

-Está bien -dijo en voz alta-. Ah, una cosa más, señor Lapwing. El comprador no debe expulsar a ninguno de los arrendatarios o criados de Rendel, ni podrá cambiar las condiciones en que se encuentran.

-Es improbable que un comprador quiera hacer tal cosa, pero de todos modos dejaré aclarados sus deseos. Ah, ¿sus tierras no se tocan por el este con Ravensworth?

-Sí -dijo Arielle, y su voz de pronto cobró un matiz de frialdad-. ¿Por qué lo pregunta?

-Por mera curiosidad, eso es todo. -La respuesta había sugerido una idea excelente al señor Lapwing, pero él no quería hablar del asunto con Arielle. Quizás el comentario anticipado podía provocar una decepción. No, le hablaría sólo si tenía éxito. Almorzó con ella, y después regresó a East Grinstead. Concertó una cita para ver al conde de Ravensworth el lunes siguiente por la mañana. Aunque aún tendría escasos hechos o cifras, siempre podría decidir si el conde estaba interesado o no.

Cuando el señor Lapwing entró en la biblioteca de Ravensworth, el lunes siguiente por la mañana, precedido por George Cerlew, que se encargó de las presentaciones, Burke se preguntó qué demonios querría con él ese hombre. No tuvo que esperar mucho tiempo.

Comprobó que no alcanzaba a entender muy bien lo que el otro decía.

-¿Cómo dice, señor?

-Milord, lady Rendel desea vender todo con la mayor, rapidez posible. La tierra que usted posee continúa con la de Rendel. Deseo ofrecerle la primera oportunidad de realizar la compra. Por el momento, mi representante no ha realizado una evaluación o un inventario, de modo que no puedo ofrecerle un cálculo de su valor. Pero si usted está interesado, su hombre puede cooperar con el mío.

Burke no lo escuchaba. Movía la mano.

-Un momento, señor. ¿Por qué lady Rendel desea vender? El señor Lapwing sonrió, comprensivo. Nadie deseaba comprar una propiedad afectada por algún problema grave, o deteriorada por una mala administración.

-Milord, la decisión no tiene nada que ver con la propiedad. Lady Rendel ha enviudado hace un tiempo. Me dijo que deseaba salir de Inglaterra y vivir en París, en vista de que el Borbón ha vuelto a ocupar el trono. La causa probablemente es el dolor por la pérdida de su esposo. Como usted sabe, la casa pertenecía a lord Rendel. Los recuerdos deben ser dolorosos para ella. Usted sabe que las damas sienten muy profundamente esta clase de cosas.

-Entiendo -dijo Burke. Guardó silencio varios minutos. Comprendió enseguida que ella deseaba vender a causa de él mismo. Quería huir. Volvió a preguntarse: ¿Por qué? ¿Por qué lo rechazaba de ese modo? El señor Lapwing no dijo nada, y se limitó a observar al conde. Finalmente, Burke dijo: -Compraré todo. Diré a mi administrador el señor Cerlew que trabaje con el representante que usted ha designado. Y le ofreceré un precio equitativo.

-Milord, imaginé que usted haría eso. Pero hay una condición que lady Rendel impone a la venta. No quiere que se obligue a salir a los arrendatarios y a los criados.

-No, por supuesto -dijo distraídamente Burke.

-A lady Rendel le agradará recibir una oferta tan rápidamente. Le dije que podía pasar un mes antes de que yo pudiese hallar un comprador. Como señalé antes, desea marcharse cuanto antes.

-Señor Lapwing, yo también tengo una condición. El señor Lapwing enarcó el entrecejo.

-Lady Rendel no debe saber que yo soy el comprador. De ningún modo usted se lo dirá.

-Eso es muy extraño, milord. ¿Y cómo conseguiremos evitar que lo sepa si su administrador cooperará con el señor Jewells?

-Una observación excelente -dijo Burke, frunciendo el entrecejo-. Tendré que pensarlo un poco. De todos modos, usted puede continuar con las diligencias.

El señor Lapwing aceptó continuar con los preparativos, pues no vio motivo para detener el procedimiento. No sabía muy bien por qué el conde imponía esa condición, pero no creía que por ese lado las cosas cambiaran. Se despidió del conde, sintiéndose muy complacido consigo mismo. Con la comisión que ganara compraría un hermoso collar a Lottie, su deliciosa esposita. Sí, pensó, esmeraldas. Silbaba cuando dijo al conductor que se dirigiese a Rendel Hall.

Burke fue a Londres para ver a su propio procurador. Ese hombre podía atender todo el asunto. ¿Y después qué? Arielle no estaría en poder de Burke. Al contrario, recibiría el dinero que él debía pagar. ¿Qué podía hacer al respecto?

Se sintió sorprendido de sí mismo. ¿De veras deseaba tenerla en su poder? ¿Como un amo con su esclavo? Recordó el último encuentro. Endureció el mentón. Sí, de ese modo, y en efecto, la tendría.

Visitó a su hermana Corinne, y al marido, lord Boyle, y a Lannie, que acababa de llegar. Informó de su compra a esos parientes, pues no deseaba que se enterasen por casualidad. Adoptó una actitud tan distante, que casi los aburrió.

-Qué extraño -dijo Corinne, lady Boyle, cuando Burke terminó-. ¿Una joven que se aleja de Inglaterra? Muy extraño. -Probablemente en el asunto hay un hombre -dijo Lloyd Kinnard, lord Boyle-. Es muy probable.

Burke se sobresaltó. Con respecto a Lannie, dijo que, conociendo como conocía a Arielle -lo que significaba que de hecho no la conocía en absoluto- no se trataba de un hombre. Era evidente que la muchacha tenía pajaritos en la cabeza.

-Me pregunto -dijo Corinne con expresión reflexiva- por qué esa joven desea vender todo y alejarse.

-No lo sé -dijo Burke-. Confío en que la propiedad justifique el precio que tú pagarás -dijo lord Boyle a Burke.

-Todavía no conozco el precio -dijo Burke-. Pero confío en que será bastante razonable.

Burke rechazó la invitación a cenar de su hermana, y se ganó una de las miradas de Corinne, que podían freír un huevo a la distancia de tres metros, y fue a White's. Comprobó muy complacido que allí estaba el vizconde Castlerose, es decir Knight Winthrop, con una impresionante pila de billetes de banco frente a él, y tres naipes en la mano. Hizo un gesto negligente en dirección a Burke, y señaló la silla que estaba cerca, y depositó sobre la mesa un diez de corazones.

Su contrario, lord Lucy, que era un verdadero tonto, por lo menos en opinión de Burke, estaba rechinando los dientes. Como no había calculado bien, no tuvo más alternativa

que continuar rechinándolos. Mostró su carta. Knight depositó serenamente dos corazones más.

-Lo siento, viejo -dijo, y comenzó a recoger la pila de billetes de banco.

-¿Otra vuelta, Winthrop? -preguntó lord Lucy. -Disculpe, pero mi amigo me necesita, ¿verdad, Burke? -En efecto.

Lord Lucy se quejó un poco más, hasta que le encontraron otro compañero de juego. Era lord Davies, y ciertamente el hombre que despojaría a lord Lucy hasta de la última moneda de oro que guardaba en su bolsillo.

Burke vio cómo Knight guardaba su dinero. -Knight, eres un tiburón.

-Ese hombre es un estúpido. ¿Puedes creer que no conservó sus corazones? ¡Lo único que tenía era algunos diamantes! La partida me agradó mucho, como viste.

Knight Winthrop hizo un gesto en dirección a Henry, uno de los camareros de White's, y pidió una botella del mejor brandy francés.

-¿Cómo está tu costado?

-Muy bien. No duele demasiado.

-Excelente. Ahora que Napoleón está fuera de las costas francesas, y para siempre, no necesitarás temer más orificios en tu cuerpo. Bien, Burke, ¿qué te trae a Londres? ¿El juego? ¿Mujeres? ¿Drury Lane? Espero que no vengas por negocios.

Burke examinó, en silencio, un momento a su mejor amigo. Dijo al fin con una sonrisa retorcida.

-Ojalá pudiese tener en este momento una mujer. Estoy tan necesitado, que creo que no le daría descanso durante varios días. Knight se echó a reír.

-Por lo menos, eres todavía bastante joven como para convertir en realidad ese deseo.

-Vete al infierno, Knight. -Burke suspiró y se pasó una mano por los cabellos.- ¡Maldición!

-No, no, si quieres una mujer, tendrás una mujer. Se llama Laura, y no es francesa, ni pretende serlo. Es cálida y tierna, y sin duda lo pasará bien contigo. No tan bien como conmigo, naturalmente, pero será bastante. Te acompañaré personalmente, por la mañana, amigo mío, y tú y yo podremos desayunar en mi casa. Quizá después te sientas mejor.

Burke se echó a reír, y en su cara se dibujó una expresión de incredulidad.

-¿Estás ofreciéndome a tu amante? -Knight movió la cabeza.- ¿Quién es?

-La amiga de mi amante.

-No sé... Es verdad que me siento solo, pero es fruto de la frustración. Mira, la muchacha a quien amo, la que he deseado durante casi tres años, no quiere saber nada conmigo. Incluso está dispuesta a salir de Inglaterra para evitarme.

Knight se sorprendió. Dirigió a Burke una mirada dolorida. -Amigo, sabes lo que pienso del matrimonio. ¡ Dios mío, y tú piensas entregarte! ¿Estás contemplando la posibilidad del matrimonio?

-Sí.

-¿No puedo disuadirte de esa idea? ¿Convencerte de que tomes como amante a la muchacha?

-No.

-¿Quieres revelarme el nombre de esa maravilla? -Me parece que no. Todavía no, Knight.

-Está bien. Pasa la noche con Laura. Hablaremos del asunto por la mañana. Y otra cosa, Burke: no puede decirse que tu actitud sea desleal. Todavía no estás casado con la muchacha. Después que el párroco haya dictado su sentencia, podrás eliminar para siempre de tu mente y tu diccionario la palabra "amante", si así lo deseas. Pero esta noche olvídate de la muchacha y permite que Laura te tranquilice.

Burke contestó afirmativamente. Knight lo acompañó a una casita de aspecto respetable de la calle Curzon. Con respecto a Laura, era todo lo que Knight había prometido. Suave, cálida, provista de pechos inmensos, y muy sensible. Burke no creyó que la muchacha fingiera placer, pero en realidad eso no importaba. Él estaba muy necesitado. Y cuando al fin él la penetró, arqueó salvajemente el cuerpo, echó hacia atrás la cabeza y exclamó: -¡Arielle!

El shock de la liberación fue tan intenso, que yació inerte sobre la muchacha, incapaz de moverse. Incluso le sorprendió comprobar que estaba respirando.

-Amigo, ¿estuviste viviendo en un monasterio?

Burke se incorporó a medias, apoyándose en los codos. -Imagino que bien puedes creer eso -dijo, sonriendo a la muchacha-. Lamento haberme dejado llevar así, pero...

Ella lo abrazó y le besó el hombro desnudo.

-Está bien. -Se movió bajo el cuerpo de Burke, y él entró inmediatamente en erección, y penetró a la joven, y su cuerpo musculoso se estremeció a causa de la necesidad.

Dirigió una sonrisa renuente a la muchacha y se inclinó para besarla. Todo lo que hizo ahora fue tierno y considerado, con gran placer de Laura.

Laura lo contempló mientras dormía. Era un hombre bello, un hombre maravillosamente normal en sus necesidades sexuales, y le agradaba complacer a la mujer. ¿Quién era esa Arielle? ¿Su esposa? No, no creía que él estuviese casado. No se comportaba como si lo estuviese. Entonces, ¿quién era? Cuando él despertó media hora más tarde, de nuevo preparado para amarla, Laura se le entregó sin vacilar.

Un rato después, Laura lo miró a los ojos y dijo sin rodeos:

--Ahora no tengo protector. Amigo mío, de buena gana sería tuya.

Burke se sintió maravillosamente satisfecho, con los sentidos amortiguados y brumosos. Ya llevaba cuatro años sin tener amante. Sencillamente no había tenido oportunidad, porque el ejército levantaba campamento y marchaba sin el más mínimo preaviso. Pero tenía que contemplar la posibilidad de Arielle; en efecto, deseaba casarse con ella con la mayor rapidez posible. En el momento mismo de pensarlo comprendió que estaba incurriendo en el típico razonamiento masculino: mantener una amante hasta el matrimonio. De ese modo no perdería el control cuando estuviera con Arielle.

Sintió los músculos de Laura que lo apretaban, pero por suerte él ya había gozado lo suficiente para mantener la serenidad un momento, en lugar de atender al cuerpo. Sin duda, ella era encantadora, y lo satisfacía sexualmente. Maldijo por lo bajo y se apartó del cuerpo de la muchacha. Se acostó de espaldas, y apoyó la cabeza en los brazos.

-No sé -dijo en voz alta. -¿A causa de esa Arielle?

Él recordó que había pronunciado en voz alta el nombre de Arielle. Maldijo de nuevo, ásperamente.

-Perdóname, amigo... ¿quizás es tu esposa?

-No -fue la dura respuesta. Después, suspiró y dijo:- Lo será... es cuestión de tiempo, y si quieres, también de energía.

Laura no entendió esto último, y tampoco él lo comprendió' muy bien. Burke sabía únicamente que haría todo lo que fuese necesario para conquistar a Arielle.

Sintió la mano suave de Laura que le acariciaba el costado. Sintió los dedos femeninos que se deslizaban sobre el vientre y lo buscaban y acariciaban. Burke hubiera debido estar completamente agotado, pero no era así.

-Está bien -dijo, y se volvió otra vez hacia ella-. Hasta que me case.

Laura se sintió complacida. También un poco dolorida, pero eso no le parecía importante.

Rendel Hall

-No, Dorcas, no hablaré con nadie antes de firmar el traspaso a la persona que compró Rendel Hall. Sabes tan bien como yo que algo podría cambiar en último momento.

Dorcas asintió. Observó a su joven ama que se levantaba de la silla, y dejaba caer al suelo el bordado. La vio caminar hasta la ventana del frente, y permanecer de pie contemplando el prado que se extendía delante de la casa. Había asistido a la conversación de Arielle con el señor Jewells dos días antes, en el momento en que ella le había informado de su decisión y ordenado que ayudase al señor Lapwing. Él la miró de un modo extraño. También comenzó a transpirar profusamente.

-¿Qué sucede, señor Jewells? -había preguntado Arielle. -¡Oh, nada, señora! Tal vez usted desee considerar que... quizá...

-No, no quiero. Por favor, no se preocupe por la posibilidad de perder su puesto. Es una de mis condiciones. Y el comprador tiene que aceptarla.

No apreciaba mucho al señor Jewells, a quien consideraba uno de los esbirros de Paisley, un hombre regordete de anteojos grandes y modales untuosos. Pero era eficiente, y a cada momento ratificaba ese hecho. Él dijo poco más y se apresuró a salir.

Se sintió todavía más sorprendida cuando llegó el señor Jeffrey Chaucer, procurador de Paisley. Si el señor Jewells parecía inquieto, el señor Chaucer estaba decididamente frenético.

Pero ahora ella tenía un comprador, y para todo. Aún no había informado del hecho al señor Jewells, o al señor Chaucer. La propia Arielle imaginó que no deseaba más discusiones con ninguno de ellos. Por el sendero apareció un pequeño carruaje. Arielle se acercó más a la ventana. Era el señor Lapwing.

Parecía inquieto, o algo peor, pensó Arielle, al observarlo mientras se acercaba en pos de Philfer y entraba en la sala. Parecía que el mundo se le había caído encima. Arielle conocía la existencia de su nueva esposa, una mujer muy joven, y se preguntó si esa era la causa.

-¿Señor? -preguntó.

El señor Lapwing miró un instante a Dorcas, y dijo: -Deseo hablar con usted, lady Rendel, a solas.

-Muy bien -dijo Arielle.

El no volvió a hablar hasta que estuvieron solos. -¿Qué sucede, señor?

Lapwing respiró hondo.

-Jewells y Chaucer han robado todo. Y huyeron de Inglaterra.

Arielle se limitó a mirarlo. -¿Cómo?

-Usted concedió poder legal a Chaucer. Hipotecó Rendel Hall y todas las tierras arrendadas. Jewells se apoderó de todo el dinero de los arrendatarios a partir de la muerte de su esposo. No queda nada. Nada. ¡Dios mío, esto es ridículo! ¿Usted no investigó? ¿Usted no...?

-No. Creí lo que me dijeron el señor Chaucer y el señor Jewells. Pero el dinero que gasté después de la muerte de mi marido...

-Jewells lo tomó prestado a través de Chaucer. Y habrían continuado así hasta que el banco ejecutase la deuda.

Arielle se sentó.

-Entonces, ¿lo que usted me dice es que no me queda un centavo?

Él pareció muy afligido al asentir.

-Lo siento, querida. Mantendré a raya a los acreedores todo lo posible, pero la noticia de esta estafa se difundirá con bastante rapidez. Y después... -Calló al ver la expresión en la cara de Arielle.- Lo siento.

-Por supuesto. No creo que mi comprador todavía desee cerrar la operación. ¡Aunque eso ya no me importa en absoluto! -No lo sé. Todavía no hablé con él.

-¿Quién es? Como ahora el asunto carece de valor concreto, bien puedo saberlo.

-Burke Drummond. El conde de Ravensworth.

Arielle contuvo la respiración, y palideció intensamente. -¡Señora! -Lapwing extendió la mano hacia ella, pero Arielle retrocedió un paso.

-Señor, ¿no me queda absolutamente nada? Él movió la cabeza.

-Únicamente un poco de tiempo. Ojalá que disponga de un mes más, pero ni siquiera de eso puedo estar seguro.

Se preguntó qué haría ahora esa pobre niña. Lapwing no simpatizaba en absoluto con Evan Goddis, el medio hermano de Arielle. No imaginaba a la joven viviendo con ese individuo; pero por otra parte, ¿acaso podía ir a otro lugar?

-¿Sabe dónde está su media hermana, la baronesa Sherard? -No. -Arielle no miró durante largo rato a Lapwing. Después, alzó la cabeza.- Estuve viviendo en la luna. A decir verdad, nunca confié del todo en el señor Jewells o el señor Chaucer, pero no quise molestarme en averiguar. Realmente, la culpa es mía.

Lapwing pensó que esa afirmación era cierta, pero no le agradaba la idea de que ella tuviese que pagar un precio tan elevado por su error.

-Arielle, he pensado un poco en este asunto. ¿Por qué no vuelve a casarse?

Ella se encogió y palideció. No dijo nada, y se limitó a negar con la cabeza.

-Sé que todavía no pasó un año entero desde la muerte de lord Rendel, pero en su caso la necesidad es de veras apremiante. Querida, usted es una joven muy hermosa. Sin duda hay muchos caballeros...

-¡No! No, no vuelva a mencionar eso, señor Lapwing. ¿Hablará con lord Ravensworth? Puede decirle que ahora ciertamente pagará muy poco por la propiedad.

-Sí, lo haré.

-Bien -dijo Arielle. Quizás ahora que ella se había convertido en una mujer muy pobre, Burke la dejara en paz definitivamente-. Señor, le ruego que ahora me disculpe, pero tengo muchas cosas en qué pensar.

Cuando el señor Lapwing reveló la situación a Burke, el conde sonrió, se frotó las manos y dijo por lo bajo: -Ahora la tengo. Comenzó a trazar planes incluso antes de que el señor Lapwing hubiese salido por la puerta.

Capítulo 6

Arielle no podía creer el testimonio de sus ojos. Releyó la carta de Nesta. Sintió deseos de gritar aliviada. Quería bailar. En cambio, volvió a leer la misiva.

Nesta y su marido, el barón Sherard, estaban en Boston, Massachusetts, ¡en Estados Unidos! La carta enviada por Arielle siete meses antes, informándoles de la muerte de Paisley, finalmente les había llegado. Y ahora la invitaban a ir a Estados Unidos para estar con ellos.

Arielle elevó al cielo una oración de agradecimiento. Al fin estaba a salvo. No veía el momento de hablar a Dorcas. Con la carta en la mano, Arielle irrumpió fuera de la habitación, y se detuvo bruscamente al llegar al vestíbulo principal. Allí estaba Philfer, conversando animadamente con Evan. Vio cambiar de mano una suma de dinero. Siempre había creído que Philfer era un hipócrita obsequioso, y ahora comprendió que estaba en lo cierto.

Eso no la molestó en lo más mínimo. Ese anciano antipático pronto iría a parar a la calle. Y entonces recibiría su merecido. Habló en voz alta, alegremente: -¡Evan! ¡Bienvenido! Entra. Quiero comunicarte mis novedades.

Philfer se volvió, con la cara notablemente grisácea, pero Evan, siempre aplomado, se limitó a sonreír y caminó hacia Arielle.

-Bien, buenos días, querida hermana. ¿Cuáles son tus maravillosas novedades?

-Evan, eres el primero en enterarte. Parto cuanto antes para Boston. -Al ver la mirada neutra de Evan, agregó: - Es una ciudad importante de Estados Unidos.

-Lo sé -dijo Evan-. ¿Quién está en Boston?

-Nesta. Me invita a permanecer con ella todo el tiempo que desee.

-Pero, ¿qué me dices de Rendel Hall y todas tus responsabilidades?

-¿Te refieres a la residencia de Paisley Cochrane? Estoy absolutamente segura de que todo se desenvolverá sin tropiezos. Evan no dijo nada, y Arielle se sentía demasiado feliz para prestar atención al hecho. No deseaba explicarle la situación miserable en que ella se encontraba, porque eso ahora carecía de importancia. Que lo descubriese por sí mismo, quizá cuando llegasen los acreedores y expulsaran de la casa a Philfer. Arielle imaginaba la situación. El viejo protestaría, renegaría y trataría de resistir, pero eso no importaba. Con respecto al resto de los empleados, no tendrían dificultades para encontrar nuevos empleos. El caso de Geordie era distinto. Ella abrigaba la esperanza de que él aceptaría acompañarla a Estados Unidos.

-Bien -dijo al fin Evan-. Imagino que eso es lo que deseas. Buena suerte, Arielle. Estaré a cargo de las cosas en tu ausencia, ¿verdad?

Ella sintió deseos de reírsele en la cara. Ese hombre apenas disimulaba su codicia.

-Ciertamente, Evan. Estoy segura de que cuidarás de todo en mi ausencia.

-Oh, Arielle, puedes confiar totalmente en mí.

Arielle pensó que tal vez no fuera posible transferirle el poder legal sin que Evan descubriese lo que habían hecho Jewells y Chaucer. Y ella no deseaba que Evan se enterase antes del viaje.

-Bien, quizás eso no sea conveniente. No, creo que no haré tal cosa. -No le dio explicaciones. Sonrió animosamente.- ¿Deseabas algo especial, Evan?

Lo que él deseaba era estrangularla allí mismo.

-No -dijo Evan, tratando desesperadamente de controlar su voz-, no, en realidad no deseo nada. ¿Cuándo te marchas? ¿Quién te acompañará?

-Parto para Southampton el jueves. -¡En apenas dos días más!

-En efecto. -Lo había decidido en ese mismo instante. Seguramente no tardaría en encontrar un barco que partiese muy pronto de ese enorme puerto.- Llevaré conmigo a Dorcas y a Geordie, si desean viajar. Estoy segura de que Philfer de buena gana te mostrará la salida. Después de todo, fue evidente que lo complació verte llegar.

Ella se volvió y salió canturreando de la sala, sin prestar más atención a su medio hermano.

Etienne DuPons estaba nervioso y excitado, y tenía demasiado calor cubierto por esa larga capa de lana negra. En su fuero íntimo pensaba que era ridículo vestirse como un salteador de caminos; pero Evan había insistido.

-No podemos correr el riesgo de que te identifiquen-había dicho Evan-. Después de cometido el hecho, nada importará. Etienne obligó a su caballo a refugiarse en las sombras de un gigantesco roble. El criado, llamado Geordie, seguramente cabalgaría delante del carruaje. Etienne no deseaba matar al hombre, sólo quería retirarlo del juego, por así decir.

¿Dónde estaba Arielle?

Sintió una oleada de sensualidad nada más que de pensar en ella. Cerró los ojos un momento, y la vio de nuevo arrodillada ante él, con las manos suaves acariciándolo, su boca tocándolo...

Su propio gemido lo devolvió al presente.

¿Dónde estaba?

Oyó un caballo que se acercaba al galope. Con movimientos lentos desenfundó la pistola y la amartilló con cuidado. Espió a través del espeso follaje, manteniéndose tenso e inmóvil. Pasaron varios momentos. Finalmente, vio un hombre que se acercaba; un

desconocido. Se apresuró a retroceder con su caballo hacia la protección de las sombras, y maldijo por lo bajo.

¿Dónde demonios estaba Arielle?

Mientras esperaba protegido por las sombras de un arce de gruesas ramas, Burke pensó que nunca le había dicho a Arielle que la amaba, que la había amado durante tres años, y que deseaba casarse con ella. No la había visto desde aquel viernes por la mañana en que la había besado y se había ido, tan furioso y frustrado que sentía deseos de escupir. Y había enloquecido cuando el señor Lapwing le dijo que ella estaba dispuesta a vender la propiedad y a salir de Inglaterra.

Un loco. Movió la cabeza, con los ojos siempre fijos en el camino, sabiendo muy bien que un hombre en su sano juicio no podría hacer lo que él proyectaba. Bien, al demonio con todo eso. Cuando supo por el relato del señor Lapwing que ella había sido estafada por su procurador y su administrador, había ido inmediatamente a Rendel Hall. Y ahora mismo él no sabía muy bien qué podía haber dicho a la joven si le hubiesen permitido entrar en la casa.

Quizás era mejor que no la hubiese visto. Podía haberse comportado con precipitación. Su visita al señor Lapwing, la víspera, estaba presente en su recuerdo. Si no hubiese ido... Dios mío, jamás habría sabido que Arielle abandonaba Inglaterra. Pero había ido...

-Entiendo, milord -había dicho el señor Lapwing, sosteniendo en la mano una pluma-. Es evidente que si desea adueñarse de la propiedad Rendel, ahora puede comprarla por un precio excelente a los acreedores.

Burke movió la cabeza. No quería tener nada que ver con la propiedad Rendel. Lo único que importaba era que no deseaba que Arielle se sintiese obligada a desposarse con él porque ahora no tenía un centavo. No, quería que ella lo aceptara libremente. Y ya encontraría el modo de poner a salvo el orgullo de la joven, restableciendo en la medida necesaria sus caudales.

-Milord, eso ya no importa -continuó diciendo el señor Lapwing-. Su decisión nada tendrá que ver con lady Rendel.

-¿Qué? Disculpe. Estaba pensando en otra cosa. ¿Qué es lo que ya no importa?

-Nada de todo esto, milord. Lady Rendel recibió una carta de su hermana, que la invita a ir a Boston. Según creo, lady Rendel parte mañana. Todavía estamos en guerra con los norteamericanos, pero yo conseguí encontrar un mercante holandés que le permitirá viajar con bastante seguridad.

Burke sólo pudo mirar a su interlocutor. Lo primero que pensó fue: Al demonio con el orgullo de la muchacha.

Y la misma idea continuaba en su mente.

-Estoy loco -dijo en voz alta, y Dandy, un corcel enorme y huesudo que sin duda Arielle nunca había visto antes, relinchó cortésmente. Burke se inmovilizó cuando oyó el ruido de los cascos. Sin duda ese era Geordie y el problema de Joshua. Movió una mano, y vio que Joshua le contestaba.

El camino era liso y bastante recto, de modo que los dos pudieron ver a Geordie unos buenos veinte metros antes de que él se acercara. Y entonces Joshua, con la cara cubierta por una máscara, salió de su escondrijo con una enorme pistola en la mano.

-¡Alto, la bolsa o la vida!

Geordie frenó a su caballo, y se volvió hacia la voz. ¡Qué individuo estúpido! Por Dios, él no tenía dinero que justificara ese asalto.

El hombre estaba envuelto en una larga capa negra, y tenía la cara cubierta en parte por una máscara también negra.

-¡No se mueva, o lo mato!

Geordie pensó que ese individuo era un aficionado. Por su parte, no tenía la más mínima intención de hacer nada.

-¡No me moveré! -se apresuró a decir, y se mantuvo totalmente inmóvil.

-Desmonte y acuéstese boca abajo en el suelo.

Geordie hizo lo que se le ordenaba, con un ojo puesto en la pistola sostenida por la mano enguantada del hombre. La voz de ese hombre le parecía conocida, pero por el momento no podía identificarla.

Joshua se apresuró a atar a la espalda las manos de Geordie, le aplicó una máscara a los ojos y dijo: -Está bien, ahora, en marcha. No me traiga problemas, porque lo tumbo de un culatazo.

-Está loco -dijo Geordie-. ¿Qué quiere conmigo?

-Nada -dijo Joshua, y empujó a Geordie hacia el interior del bosque. Se volvió, hizo un gesto en dirección a Burke, y desapareció.

Burke sintió que se acentuaba la tensión. Se le aceleraban los latidos del corazón; tenía las palmas pegajosas. Después vio el carruaje, con un solo conductor. Allí viajaban Arielle y su doncella Dorcas.

Pensó: La parte difícil.

Se acercó al centro del camino, desenfundó la pistola y esperó.

El conductor, llamado Samuel, miró al hombre y la pistola negra que lo apuntaba, y se puso de pie, y obligó a los caballos a detenerse.

Arielle extendió la mano hacia la correa de cuero pero no alcanzó a sostenerla. Cayó boca abajo, al lado de Dorcas, que ocupaba el asiento de delante.

-¡Vaya, vaya! -dijo Dorcas.

Arielle consiguió incorporarse, y asomó la cabeza por la ventanilla del carruaje.

-Sam, ¿qué sucede...?

Su voz cayó como una piedra a un abismo al ver al salteador. -¿Qué quiere? -preguntó, y pensó en las cien libras esterlinas que llevaba en su bolsito; era todo el dinero que tenía en este mundo. Qué injusticia. ¿Dónde estaba Geordie?

-Salga de allí -gritó el hombre.

-No -dijo Dorcas, y aferró el brazo de Arielle-. Ese hombre es un bandolero, y te lastimará.

-Suéltame, Dorcas. Me quitará el dinero y nos permitirá continuar.

Después de decir estas palabras, Arielle abrió la portezuela del carruaje y descendió al camino polvoriento. Ser asaltada a plena luz del día era demasiado. ¿Dónde estaba Geordie?

Burke la miró fijamente. Se la veía hermosa, pero muy pálida y asustada. No deseaba atemorizarla, pero no tenía otra alternativa. La respiración de Burke se hizo más intensa y rápida.

-Acérquese -dijo, tratando de modificar su acento de manera que ella no lo identificase.

-Tome mi dinero -dijo Arielle, arrojándole su bolsito-. ¡Maldito sea!

Burke recibió el bolsito, y lo sopesó en la mano. -¿Cuánto hay aquí?

-¡Sin duda suficiente para la gente como usted! -dijo Arielle, rechinando los dientes.

-Después lo contaré, y ya veremos. ¿Adónde iba, preciosa? Vio que ella palidecía todavía más, si eso era posible.

-A Southampton, ¡para abandonar este condenado país! -Burke vio con sorpresa y regocijo que ella golpeaba el suelo con el pie.- ¡Váyase! Esto no es justo. ¿Y en definitiva, qué quiere? ¿Qué hizo con mi hombre?

-Le prometo que no lo lastimaremos. Y con respecto a usted, bien... no tengo planes.

Mientras hablaba, Burke espoleó a Dandy para que se acercase a Arielle. Ella retrocedió un paso. Él habló otra vez, tratando de distraerla. En verdad, en su fantasía enloquecida no contemplaba lastimar a nadie.

-¿Cuándo parte su barco?

-Mañana por la mañana temprano. ¡Por favor, debo partir! ¡No puedo perder mi oportunidad!

-¿Y adónde va? -Ahora ya estaba bastante cerca de la joven. -A Boston, con mi hermana. ¿No puede despojar a otra persona? Yo... de veras, no dispongo de mucho dinero, y lo necesito desesperadamente. No puedo llegar a Boston sin...

Dios santo, él detestaba esa expresión de ruego. Un paso más, y sin advertencia Burke se inclinó, le pasó el brazo alrededor de la cintura y la alzó. Ella permaneció inmóvil unos instantes, y después estalló el infierno. Usaba guantes, y por eso no lastimó a Burke. Con las manos desnudas, le habría desgarrado la cara.

-¡Basta, ahora! -dijo él apretándola con fuerza. Ella jadeó, dolorida, pero continuó golpeando a Burke. Si él estaba loco, ella ciertamente era una bruja.

Burke la dejó caer, y Arielle cayó al suelo frente al caballo. Como desde lejos, Burke oyó los gritos y los insultos de Dorcas, dignos de un sargento de caballería. Y en cuanto al conductor, se limitaba a mirar fijamente, con la boca abierta.

Arielle se revolvió frenéticamente, tratando de escapar, pero la mano de Burke la sostuvo por la cintura, impidiéndole que se moviera.

-Arielle, no se mueva o la lastimaré. -Sus palabras no produjeron el más mínimo efecto, y él le dijo con la voz más dura posible: - Quieta, o la tumbaré de un golpe.

Ella se detuvo.

Pensó que su amenaza parecía verosímil a la joven. Gritó a Dorcas, cuya cara furiosa la miraba desde la ventanilla del carruaje: -¡No la dañaré!

Clavó las espuelas, y Dandy avanzó por el camino. De pronto comprendió que había pronunciado en voz alta el nombre de Arielle. Maldijo por lo bajo.

Arielle sintió que el movimiento del caballo le cortaba la respiración.

-¿Cómo me conoce? Burke no contestó. -Me llamó Arielle. ¿Quién es usted?

Él mantuvo cerrada la boca. No deseaba que ella lo reconociera todavía. Cuando se diese a conocer, quería que ambos estuviesen en un ambiente más agradable. Sin duda, ella estaría n dispuesta a escuchar razones si no estaba cruzada sobre la silla, apoyada en su propio estómago.

-¿Adónde me lleva?

Esta vez ella no esperaba que él contestase. Tenía la cara apretada contra el muslo de Burke, y la lana de la capa negra le irritaba la piel. Podía sentir la fuerza de ese hombre, los músculos que presionaban mientras guiaba al caballo con las piernas. Y en ese momento ella sintió que su propio miedo se acentuaba. Él apoyaba la palma de su mano sobre la cintura de Arielle, y ella la sentía cálida y fuerte.

El movimiento del caballo le provocaba náuseas. -Vomitaré si no permite que me siente.

-Está bien -dijo él, frunciendo un poco el entrecejo. Ella era pequeña, y no tenía fuerza suficiente para rechazar a Burke. Detuvo el caballo, y la sentó frente a él. El vestido estaba recogido sobre los muslos, y él tuvo una visión maravillosa de las piernas enfundadas en las medias. Tragó saliva, y no dijo nada.

Cerró los brazos alrededor de Arielle, sosteniendo frente a la joven las riendas del caballo.

-No se mueva, porque si lo hace volveré a ponerla cruzada sobre la montura; y si vomita, lo siento, tendrá que soportarlo. -¿Quién es usted? ¿Qué desea?

Burke no contestó. -¿Adónde me lleva? Él le apretó la cintura con los brazos.

-Cállese -dijo en voz baja acercando los labios al oído izquierdo.

Arielle sintió que se le aflojaba el cuerpo. Era demasiado. Durante mucho tiempo se había sentido impotente; después, había percibido por primera vez, y por poco tiempo, el sabor de la libertad. Y ahora eso se había esfumado. Era probable que él la violase y la

golpease. Era un hombre, y eso sabían hacerlo muy bien. Habría dado cualquier cosa por tener una pistola en ese momento. Un arma cualquiera.

-¿Qué le hicieron a Geordie?

Burke no dijo nada. Percibió el temor en la voz de Arielle, y eso lo molestó. Trató de disfrazar su voz.

-Está perfectamente. No sufrirá daño, se lo prometo. -Por favor, dígame lo que desea.

-Todo a su tiempo. ¿Por qué no descansa? Tenemos que recorrer un largo trecho.

¿Ese estúpido había perdido el seso? ¡Descansar! Para sorpresa de ambos, ella se durmió, apoyada sobre el pecho de Burke. El se sintió aliviado. Habría tenido que vendarle los ojos para evitar que viese dónde estaba.

-Sí, estoy loco -murmuró Burke, mirando hacia adelante, entre las orejas de Dandy.

Acomodó mejor a Arielle en el hueco de su brazo. Ahora podía mirarla tranquilamente. El sombrero era un objeto sencillo, de tela amarilla clara con cintas, y el lazo bajo el mentón estaba desatado. De modo que ahora el bonete caía sobre la nuca. A Burke le costaba mantener los dedos alejados de esos hermosos cabellos. Suaves y espesos, de ese color increíble. Sintió deseos de que fuese octubre. Le parecía ahora que el matiz era una mezcla de colores otoñales intensos. Pensó que estaba convirtiéndose en un loco fantasioso. Retiró suavemente el gorro, y ató las cintas alrededor del pomo de la montura. Retiró los alfileres de los cabellos de Arielle, y después los alisó con los dedos. Imaginó los cabellos distribuidos alrededor de la cara, sobre la almohada, con él encima de la joven, su virilidad presionando contra ella, y ella abriéndose, acogiéndolo de buen grado, cediendo ante él.

Su propio gemido lo arrancó de ese censurable sueño erótico, y por el momento mantuvo los ojos en el camino. Dandy avanzaba con paso regular. Tenían que recorrer a lo sumo unos veinte kilómetros más, y el lugar de destino era la pequeña cabaña de Knight Winthrop, unas dos millas al norte de Shepherd Smeath.

Cuando la miró de nuevo, le pareció que Arielle estaba recuperando parte de su color. La palidez de su cutis lo había alarmado. Esa boca lo atraía, con los labios tan suaves y llenos, y el color rosa pálido de la piel. Esa naricita recta. Imaginaba las aletas de la nariz moviéndose coléricas. Los hijos de ambos tendrían mentones obstinados, pensó Burke, mientras deslizaba las yemas de los dedos sobre el mentón de Arielle.

Burke reconoció el cartel al costado del camino. Decía que para llegar a Rowhams había que desviarse hacia la izquierda, y hacia la derecha para ir a Shepherd Smeath. Obligó a Dandy a ir hacia la derecha. El camino se angostó, y los robles se cruzaron a cierta altura formando un generoso dosel verde. Pasó frente a la granja del viejo Hookham, situada exactamente donde Knight había prometido que estaría. La cabaña de Knight estaba retirada del camino, y era una construcción pequeña y rectangular de dos plantas, cubierta de enredadera y oliendo a rosas e hibiscos.

Burke desmontó, sosteniendo con cuidado a Arielle. Era mejor que la joven no despertase todavía. Logró abrir la puerta y subió con la joven hasta el dormitorio principal, agradablemente amueblado. La cubrió, y después salió, cerrando tras de sí la puerta. Dejó a Dandy en el pequeño establo, y después regresó a la casa.

Cuando Arielle abrió los ojos, no se movió. Ya no estaba viajando sobre el lomo de un caballo. Nadie la sostenía. Permaneció perfectamente inmóvil. Al mirar alrededor, comprendió que descansaba sobre una cama con un dosel de brocado azul. Una sola manta tejida la cubría. Estaba completamente vestida, e incluso los zapatos continuaban protegiendo sus pies.

El hombre no estaba por allí.

Se sentó con movimientos lentos. Ya no sintió náuseas, nada. Se puso de pie, dio un paso, y vio que la cinta de su zapato izquierdo estaba desatada. Se inclinó y la ajustó. Después, se enderezó y miró alrededor. No tenía idea del lugar en que se encontraba. La

habitación no tenía toques especialmente masculinos ni femeninos, pero advirtió que los muebles y los adornos eran caros. El armario era de roble y mostraba una complicada talla, lo mismo que la pequeña cómoda; y la jarra y la jofaina, al costado, eran de porcelana fina. La alfombra verde y azul era suave y gruesa.

Por supuesto, la puerta estaba cerrada con llave. ¿Qué había esperado? ¿Encontrar su bolsito con el dinero y la puerta abierta? Arielle caminó deprisa hasta la ancha ventana y apartó las cortinas. Estaba en el primer piso, pero eso no cambiaba la situación. Con movimientos rápidos abrió una ventana y se asomó. Pasó una pierna sobre el borde y miró hacia abajo. Hasta el suelo había unos buenos siete metros. En el mejor de los casos se rompería un hueso, y estaría peor que ahora. De todos modos...

Se abrió la puerta. Arielle se volvió bruscamente. Ella aferró el borde de la ventana.

-Burke -murmuró, tan sorprendida que no pudo pensar con claridad.

-Vamos, Arielle. No quiero que se lastime.

-No -dijo Arielle, y apoyó un pie en el reborde de piedra que corría por el lado exterior-. Apártese de mí o salto.

-¿Por qué?

-¿Qué significa por qué?

-¿Por qué querría saltar por la ventana?

-Está bien. Tiene razón. Estoy precipitándome. Ante todo, dígame lo que desea... y después decidiré si salto o no.

Burke pensó que era una situación desagradable. Había esperado gritos, alaridos, lágrimas, quién sabe qué, pero no una negociación con Arielle encaramada sobre el borde de una ventana. La joven parecía perfectamente serena.

-Usted no me permitió entrar en su casa -dijo Burke, y el comienzo no era muy prometedor, pero por el momento su cerebro no le respondía bien.

-¿Y qué? Era... mi casa. Tampoco permití la entrada de Evan, pero él sobornó a ese canalla de mi mayordomo.

-Ojalá lo hubiese sabido -dijo Burke-. Yo también habría podido sobornarlo.

-Le repito, milord, ¿qué pretende?

-Alimentarla, Arielle. Vea, es bastante entrada la tarde. ¿Cuándo comió por última vez?

Ella inclinó la cabeza a un costado, y respondió automáticamente: --El desayuno, muy temprano,

-Bien, traeré la cena.

Ella vio que se volvía y caminaba hacia la puerta. -¡Un momento! -gritó.

-¿Sí? -preguntó él, sin volverse.

-¡Esto es ridículo! No quiero comer nada. Exijo saber qué estoy haciendo aquí.

-Pronto lo sabrá -dijo Burke, y cerró tras él la puerta y le echó llave. Arielle quedó con un pie adentro y el otro afuera, sin tener la más mínima idea de lo que podía hacer.

-Todo esto es muy extraño-dijo, pero mantuvo un pie afuera.

Por extraño que pareciese, en realidad ahora ella no temía. Burke era un caballero, y podía controlarlo. Por lo menos, eso esperaba. Pero, ¿por qué la había secuestrado? Lo imaginó claramente, recordó cómo la había abrazado y besado. Sintió la lengua de ese hombre sobre sus labios, y el calor de su cuerpo. Y supo, por supuesto, supo lo que deseaba.

Quería que ella fuese su amante. La trataría como un hombre trataba a una mujer, y eso sería todavía peor porque ella no era su esposa. Una amante seguramente recibía un trato espantoso.

Arielle aplicó sus frenos mentales. No, quizá se trataba a las amantes mejor que a las esposas. Después de todo, ¿verdad que una amante sencillamente podía marcharse? No estaba atada legalmente. Sí, ser una amante era de lejos preferible.

-Bien, no lo aceptaré -dijo en voz alta a la habitación silenciosa. Ella ya estaba planeando correr el armario y dejarlo frente a la puerta. Parecía tan fuerte como para soportar un asedio. Se volvió, y quiso introducir la pierna en la habitación, y de pronto el borde irregular de piedra enganchó la falda, y ella se vio impulsada hacia afuera.

Gritó una vez.

Capítulo 7

La cabaña de caza de Hobhouse

Arielle giró en el aire y miró la cara sobresaltada de Burke Drummond. El único pensamiento claro que concibió fue: ¡Voy a aplastarlo!

Y fue lo que hizo. En el último momento, Burke soltó la escalera y extendió los brazos. No sirvió de nada. Arielle aterrizó sobre el pecho, los brazos y las piernas de Burke, y los dos cayeron al suelo.

Había llovido la víspera, y el pasto estaba húmedo. Burke pensó que debían agradecer a Dios que no había piedras. Se quedó sin aliento, pero no soltó a Arielle. Ella quedó pegada al costado de Burke, y él mantuvo los dedos unidos sobre la espalda de la joven.

Arielle estaba aterrorizada, no por ella misma, sino por él.

Trató de separarse de Burke, pero no pudo.

-¡Burke! ¿Está bien? ¡Burke!

Él abrió un ojo y vio la cara de Arielle que estaba muy cerca, y advirtió que ella se encontraba muy asustada. Le pareció bien; temía haber dado muerte a su secuestrador.

-¿Por qué saltó? -preguntó Burke muy interesado, y con un solo ojo abierto. Al parecer, todavía no podía manejar bien el otro ojo.

-No sea ridículo. No salté. ¡Suélteme!

-No, quieta. Me lastima.

-¡Lo merece!

Ahora, los dos ojos la miraban.

-¡Ah! ¡Si yo no hubiese estado aquí, mujer tonta, se hubiera roto una pierna, o un tobillo, o su maldito cuello! -Burke gimió para subrayar el efecto.

-Muy bien, usted me salvó de una posible herida. Ahora, suélteme. Quiero salir de aquí. Debo llegar a Southampton. Mi barco parte mañana, y...

-No -dijo Burke secamente, y cerró los dos ojos.

Tenía conciencia de la presión del cuerpo de Arielle, extendida sobre él; un muslo entre las piernas de Burke, los senos aplastados contra el pecho masculino. Habría sido maravilloso si él no hubiese estado de espaldas en el suelo, mirando un cielo que ya no era una extensión límpida, sino que estaba ocupado por nubes ominosas y cada vez más oscuras. Sin advertencia y sin hablar, él rodó de costado, obligándola a acompañar su movimiento. Ahora estaban nariz contra nariz.

Ciertas cosas comenzaban a aclararse en el cerebro de Burke, y la idea de que ella lo odiaba tanto o le temía tanto que estaba dispuesta a saltar desde esa altura, bastaba para obligarlo a detenerse.

-¿Por qué saltó?

Ella le dirigió una mirada de sufrida paciencia.

-Usted es realmente absurdo. Ya se lo dije, no salté. Deseaba empujar el armario para cerrar la puerta y evitar que usted entrase, pero mi falda se enganchó en algo que estaba fuera de la ventana, y salí despedida. ¡Dios mío, esto es injusto! ¿Qué desea, Burke?

El se sentía tan aliviado porque ella no había saltado, que deseó ponerse a cantar. Pero todavía no estaba seguro de festejarlo también con un baile. De modo que dijo: -Quiero que entremos. Acaba de caerme una gota de lluvia en la oreja izquierda.

Los dos se incorporaron.

-Vamos -dijo Burke, sosteniendo firmemente la mano de Arielle, y cuando ella quiso plantar los pies en el suelo, sencillamente la arrastró hasta el frente de la cabaña.

-¡Debo ir a Southampton! -Arielle tiró frenéticamente de la mano de Burke.- ¡Maldito sea, está arrancándome el brazo!

El no dijo nada, y se limitó a empujarla hacia el interior de la casa y a cerrar con fuerza la puerta.

-¿Qué hizo con Dorcas y Sam? ¿Dónde está Geordie? Si usted los lastimó, yo voy a...

-Yo habría empujado fácilmente el armario -la interrumpió Burke. La soltó y vio que ella retrocedía. Tenía los cabellos enmarañados, el vestido amarillo desgarrado bajo el brazo derecho, y los cordeles de un zapato arrastrados por el pie. Se la veía maravillosa. -El armario es de roble macizo, y muy pesado.

-De todos modos, soy un héroe, como usted me dijo cierta vez, y los héroes pueden mover los armarios con poco esfuerzo. -¡Quiero marcharme ahora!

Él la miró sonriendo.

-¿Le agrada este lugar? Pertenece a un amigo. Se llama Hobhouse. Aunque no sé muy bien por qué. Creo que es un nombre bastante vulgar.

Arielle prestó poca atención al techo de vigas oscuras, a los paneles de madera, y las ventanas de vidrios cuadrangulares.

-Este lugar me agrada tanto como usted. Ahora, milord, deseo irme.

Él avanzó un paso hacia Arielle, y esta retrocedió. Burke se detuvo en seco. Ahora, vio miedo en los ojos de la muchacha. Eso le desagradaba profundamente. Por supuesto, una mujer de sensibilidad razonable no podía sentirse muy segura sola con un hombre que no era su marido, en una cabaña de caza levantada en un lugar desierto, exactamente lo que era Shepherd Smeath.

-No tema -dijo amablemente Burke-. Venga a la sala, y beba un jerez conmigo.

-Quiero irme -repitió Arielle, sin ceder un centímetro.

-Todavía no se irá. -Él extendió la mano, y continuó diciendo con su mejor acento militar: - Vea, si no me obedece la obligaré.

Arielle pensó: Obediencia, eso era lo que el poder traía. No tenía duda de que él la obligaría a hacer lo que deseaba. En todo caso, una copa de jerez no era el colmo de la humillación. Se encogió de hombros, sin mirarlo, dio dos pasos y tropezó a causa del zapato desatado.

-Quédese quieta un momento -dijo Burke. Se arrodilló y ató las cintas alrededor del tobillo de la joven. Arielle miró los espesos cabellos castaños oscuros. Paisley había tenido un círculo de calvicie directamente en la coronilla. Arielle se estremeció, pero al fin consiguió mantenerse quieta.

-Está listo -dijo Burke, y se puso de pie. Dirigió su sonrisa más seductora a la joven-. Por supuesto, habría preferido transportarla en mis brazos.

Ella entró en la sala. Burke la siguió, se acercó al angosto aparador, y sirvió dos copas de jerez.

Cuando entregó la copa a Arielle, percibió el frío en los dedos de la joven y frunció el entrecejo.

-¿Tiene frío? -preguntó.

-No -dijo ella. Estaba asustada.

-Muy bien. Siéntese, Arielle.

Arielle se sentó. La sala estaba adornada con la misma elegancia y la misma sencillez que el dormitorio del primer piso; los muebles eran un sofá tapizado con seda celeste y dos sillas haciendo juego, con algunas mesitas aquí y allá. Había una sola alfombra en el centro de la habitación, de un rosado intenso.

-No seré su amante-dijo bruscamente Arielle, sin preámbulos -.

No lo seré. De modo que bien puede llevarme ahora a Southampton.

-Mi amante -repitió Burke con voz pausada, tan sorprendido que su mente cesó de funcionar durante un rato.

-En efecto. No lo aceptaré.

Burke se acercó al hogar, y apoyó un hombro en el reborde.

Dirigió una mirada larga y reflexiva a su jerez, y después dijo: -Quizá se me escapó algo. Me mantuve en contacto bastante estrecho conmigo mismo las últimas semanas, y estoy casi seguro de que jamás le pedí que fuese mi amante.

-Yo suponía que usted ya tiene una.

-Bien, sí, así es, pero sólo hasta...

-Excelente. Entonces, ¡déjeme en paz! -Bebió el jerez y se puso de pie.

-Siéntese, Arielle.

Ella conocía ese tono de voz masculino y se estremeció. Se sentó, sin atreverse a mirar a Burke, y clavó los ojos en sus propias manos unidas sobre el regazo.

-¿Usted cree que ansío tanto una mujer que estoy dispuesto a secuestrar a una dama para satisfacer mi sensualidad? Arielle, usted no es muy cortés conmigo. Ni demasiado razonable.

-Bien, no, sucede únicamente que... ¡No sé!

-¿Qué la induce a pensar que usted puede ser una buena amante?

Ella lo miró, con los ojos muy grandes y la expresión confundida.

-Si no es eso, ¿por qué tuvo que usar estas maniobras tan complicadas?

-¿Usted cree que porque ahora es pobre no puedo aceptarla de ningún otro modo?

-De modo que está enterado de eso, ¿eh? Por lo que veo, el señor Lapwing estuvo muy atareado.

-Sí, y muy deseoso de complacer al conde de Ravensworth. Él fue quien me informó de su proyectada fuga a Estados Unidos.

Como usted sabe, tiene una esposa joven y muy hermosa, de modo que capturar a un conde e incluirlo en su red de clientes lo convertirá en un ejemplar más atractivo para esa dama.

Arielle no dijo nada, pero ella sabía muy bien a qué atenerse con respecto a los viejos y las esposas jóvenes. Aunque en realidad no imaginaba al señor Lapwing castigando a su esposa; pero a decir verdad, uno nunca podía saber. Burke hablaba como si la esposa gobernara al señor Lapwing, un concepto completamente extraño para Arielle.

-Soy pobre -dijo Arielle. Mientras él estuviese allí, de pie junto al hogar, a unos buenos tres metros de la joven, la voz de Arielle se mantenía fría y firme, y ella podía tratar de razonar con Burke. -Terriblemente pobre. Más aun, esas cien libras en mi bolso es todo lo que tengo en el mundo. Voy a vivir con mi media hermana en Boston.

-En realidad -dijo Burke, sin hacer caso de las palabras de Arielle-, el señor Lapwing también me habló de su medio hermano, Evan Goddis, un verdadero canalla. Y de Etienne DuPons, el hijo ilegítimo de su marido fallecido. Una situación complicada, ¿verdad? ¿Usted desea casarse con ese francés? ¿El se retiró cuando supo que usted era pobre?

Ella miró sus propias manos, y después elevó los ojos hacia Burke.

-Usted está loco -dijo.

Vio sorprendida que él se echaba a reír, con una risa burlona.

-Así es, querida, pero no puedo evitarlo. Ciertamente, hoy mismo cuando ataqué su carruaje llegué a la conclusión de que mi estado mental no tiene arreglo. Y lo acepté. Pero la culpa es suya.

Cuando un hombre hacía algo impropio, lo achacaba a una mujer. Eso no era sorprendente. Arielle no se molestó en contrariarlo.

-Quiero irme -repitió.

-Lo siento, Arielle, pero no puedo permitírselo

-¿Por qué no? ¿Por qué hace esto? Usted es un caballero, ¿verdad? Dijo que no me deseaba como amante, y por lo tanto...

-No recuerdo haber dicho nada por el estilo, pero como usted está tan segura, quizás en efecto la quiero como amante. Cuanto más pienso en ello, más me convenzo de que usted tiene razón. Yo...

-¡No se burle de mí!

-Está bien -dijo Burke, y ahora habló con voz y una expresión totalmente serias-. No, no la deseo como amante.

-Muy bien, entonces... ¿de qué se trata?

Ella lo miró, y esos ojos grandes y claros parecieron explorar el alma de Burke, aunque en realidad no hacía otra cosa que mirarlo. Él respiró hondo y se zambulló.

-La quiero por esposa.

Arielle se encogió, y apretó el cuerpo contra el sofá. ¡Por esposa!

-Usted está loco -murmuró Arielle.

-Creo que ya habíamos coincidido en eso. Vea, hablo en serio. La he deseado desde que la conocí a orillas del Lago Bunberry, hace tres años. Traté de combatir eso durante un tiempo por una razón sencilla, el hecho de que usted era tan joven. Pero siempre ocupó mi mente, y estuvo conmigo en España y finalmente en Francia. Pensar en usted después de la batalla de Toulouse salvó mi razón. -Arqueó el entrecejo al oír la palabra pronunciada por él mismo.- Quizá hablar de razón no es lo más acertado. Digamos que usted mantuvo mi integridad en medio de una carnicería que podía destruir el alma de un hombre. No supe que usted se había casado hasta que volví al país. Parece que la única carta de veras importante de Lannie se perdió. Pero su esposo está muerto, y yo no, y usted es libre. Cásese conmigo, Arielle. Sea mi condesa, mi amante, y la madre de un futuro conde.

Arielle lo miró, y más allá de la persona física de Burke, contempló lo que él podía hacerle. Ya lo había visto en esa pesadilla, y de nuevo ahora lo veía claramente, y sabía que podía lastimarla como no lo había hecho Paisley, y se veía ella misma en el papel de suplicante, la esclava de su amo. Parpadeó y lo vio ahora, el cuerpo de ese hombre tan alto y fuerte y poderoso. Tan controlado y seguro de sí mismo. Invencible. El sufrimiento que él le provocaría, eso era lo real, no las palabras que estaba diciendo. Jamás podría escapar de él. Dios mío, el dolor. Un sollozo escapó de su garganta. Desvió la cabeza, se puso de pie lentamente y caminó hacia la puerta.

-¿Arielle?

La mano de Arielle se cerró sobre el picaporte de la puerta.

-No se vaya. Venga aquí.

Ella movió la cabeza, sin volverse.

-Venga aquí.

Su severa voz masculina.

Ella movió de nuevo la cabeza y trató de abrir la puerta. Oyó el chasquido metálico, pero la puerta no se abrió. La mano de Burke la sostenía sobre la cabeza de Arielle. Ella ni siquiera había oído que él se acercaba. Cerró los ojos un momento, tratando de dominarse. Decía que deseaba casarse con ella. Era absurdo, y él estaba loco.

-¿Y qué si le digo que no deseo casarme con usted? -murmuró—. Ella estaba aterrorizada de sus propias palabras.

¿Que haría? ¿Ahora la castigaría?

Burke no dijo nada. La miraba Deseando leer lo que ella pensaba.

-¿Tanto amaba a su marido? Ella sintió el sabor de la bilis. -¿Por qué piensa eso?

-Se diría que todavía lo llora.

-No, no es así -dijo Arielle, y eso fue todo.

-Arielle, usted se casará conmigo. He tomado una decisión, y si usted cree que estoy forzándola, bien, supongo que así es. Considérese obligada. No saldrá de aquí hasta que se case conmigo.

-¡No! -Giró al gritar esa única palabra, y descargó los puños sobre el pecho de Burke. Un instante después ella levantó la rodilla, pero él fue más rápido y la rodilla de Arielle chocó con el muslo de Burke. Ella sintió que los brazos de Burke se cerraban alrededor de su cuerpo, sosteniéndola con tanta fuerza que no podía moverse. Se preguntó casi enseguida: ¿Por qué lo había hecho? Qué estupidez. Ahora, él la lastimaría. Sintió que el dolor comenzaba a insinuarse en su cuerpo, pues sabía lo que se aproximaba. Durante muchos meses no había sentido ese dolor, pero no lo había olvidado. Jamás lo olvidaría. Esperó, sin advertir que lloraba en silencio, desesperadamente.

Burke elevó lentamente la mano para apretar la cabeza de Arielle sobre su hombro.

-Calle -dijo, besándole los cabellos-, está bien, Arielle. No, no, querida, no llore. Por favor, no llore.

-Déjeme ir.

-Todavía no. Padezco esta inexplicable necesidad de proteger mi virilidad. Soy muy afortunado porque usted no tiene muy buena puntería.

Ella no entendió la broma de Burke; no le interesaba. Era una comedia, tenía que ser una comedia para atraerla. Se volvería enseguida contra ella. Era inevitable.

Burke era tan fuerte. Ella no tenía alternativa. No luchó, se limitó a apoyarse sobre él, esperando. Esperando.

No sucedió nada.

Ella continuó esperando, y tampoco ahora sucedió nada. -¿Quizá desea una taza de té?

-Sí -dijo Arielle, deseosa de que él la soltara. Si podía distanciarse de Burke, se sentiría segura al menos un rato. Había aprendido a pensar y vivir en tramos de sólo unos pocos minutos.

Había creído que esa costumbre estaba olvidada durante los meses que siguieron a la muerte de Paisley, pero ahora había retornado a ella, con la misma naturalidad que la respiración.

-No la entiendo -dijo Burke, pero la soltó, y la llevó de regreso al sofá,

-¿Por qué le interesa comprenderme?

-La mejor pregunta es: ¿por qué usted ha de creer que a mí me importa? Ya le dije que usted me importa mucho, y que deseo casarme con usted.

-No, no, no es eso -dijo Arielle moviendo la mano-. Usted es un hombre -explotó-, y nada de lo que yo pueda hacer o decir

cambiará en lo más mínimo la situación, de modo que...

-¿Qué? ¿Usted cree que sus sentimientos no significan nada para mí?

Parecía realmente desconcertado.

-Muy bien, en ese caso, los sentimientos que tanto le importan y que yo aliento son estos: quiero partir. No quiero casarme con usted o con otro. Jamás, jamás, ¿me oye?

-Sí, la oigo. Casi está gritándolo. Me alegro de que no haya criados, pues si estuvieran creerían que está cometiéndose un asesinato en la sala.

Esa tendencia de Burke a bromear la agotaba, la sacudía como si hubiese sido una sábana puesta a secar en un día ventoso. -Arielle -dijo Burke, y avanzó una paso hacia ella.

Arielle se sobresaltó y palideció, y Burke se detuvo en seco.

-¿Qué le sucede? No la atacaré. Mi intención no es atacarla.

Él estaba jugando ese juego masculino con normas que ella no identificaba. Estaba jugando con ella, algo que Paisley rara vez hacía, y nunca al final, por la sencilla razón de que ella tenía demasiada experiencia con las actitudes de su esposo, y no se dejaba engañar. Burke parecía tan sincero, tan bien intencionado.

-Por favor -murmuró ella, consciente de que su cuerpo la empujaba de regreso al sofá.

Burke se sentó al lado y le tomó la mano. Sintió la resistencia de Arielle, a pesar de que la mano de la joven era un cuerpo inerte.

-Arielle, ¿se casará conmigo?

Sintió el escalofrío que recorría el cuerpo de Arielle. Ella miraba la mano de Burke que cubría su propia mano de mujer. Burke tenía los dedos largos con las yemas chatas y las uñas cortas. Esas manos podían arrancarle las ropas y arrojarla al suelo y abofetearla. Esas manos podían esgrimir un látigo. Esas manos podían cerrarse sobre su cuello, y apretar hasta que ella cayese desmayada.

-¿Y si me niego? ¿Qué hará?

Él le sonrió, pero Arielle no se dejó engañar. Continuó sentada, con el cuerpo rígido.

Burke se encogió de hombros.

-La mantendré aquí hasta que acepte. O puedo llevarla a Francia o a Italia. No puedo permitir que vaya a visitar a su media hermana antes de que sea legalmente mi esposa. Mi locura fundamental no incluye tanta confianza.

Ella le dirigió la mirada más patética que él había visto jamás.

-¿Realmente estaría dispuesto a permitir que yo visitara a Nesta y al barón?

-Después de que se case conmigo, la llevaré donde quiera ir. Arielle movió la cabeza.

-No, no, sé que no hará tal cosa. Está mintiéndome.

-No, no es así. Y quisiera que no continúe considerando esto como si yo intentara arrojarla a la cárcel de Newgate. Le prometo que la llevaré a ver a su media hermana.

-¿Lo hará realmente? ¿De veras?

Él sonrió al ver las múltiples y variables expresiones en ese rostro que tanto amaba. Concibió la idea de que, en su estado del momento, ella incluso podía aceptar el matrimonio para abandonar después a Burke. Comenzó a decirle que pensaba llevarla a Boston apenas ella se embarazara. Pero no, era mejor guardar silencio. Que Arielle planease el modo de abandonarlo. La tejería alrededor de la joven el cordón mágico que ella había usado tres años antes para sujetarlo.

Podía hacerlo. Tenía que hacerlo. Tenía que creer en esa posibilidad, porque de lo contrario su locura de nada serviría.

Soltó la mano de Arielle, echó hacia atrás el cuerpo, cruzó los brazos sobre el pecho y unió los pies.

-Cásese conmigo, e inmediatamente comenzaremos a trazar los planes para la visita.

Ahora, le sonreía.

Usted es un hombre apuesto, pensó Arielle, deseosa de concederle por lo menos esa cualidad. Pero de todos modos es un hombre.

-¿Por qué no trata de conquistar a una mujer que lo desee? Lo que usted ha hecho es bastante absurdo.

-La única alternativa que me restaba era seguirla a Estados Unidos. Y no quise correr ese riesgo. Los dos países continúan en guerra. No deseaba correr el riesgo por su seguridad.

Ella se limitó a mirarlo fijamente. -¿Me secuestró para salvarme? -Sí, así están más o menos las cosas.

De pronto, sin previo aviso, Arielle se vio a sí misma como era tres años antes, con los ojos expresivos y enamorados mientras contemplaba a ese héroe magnífico tan interesado en ella. Oía su voz profunda, alegre y gentil, un poco burlona ... cuando le convenía. Exactamente como ahora. Arielle movió la cabeza. Esa joven tal vez existía en otro continente, en otro mundo. Pero la propia Arielle ya no existía; la pobre tonta. Pero, ¿y Burke? Le asustaba la idea de que Burke podía interesarse realmente por ella; después de todo, ¿un dios perfecto podía amar a una muchacha tonta? Aun así, Arielle había alimentado las fantasías más románticas acerca de Burke hasta que la muerte de su padre había sobrevenido bruscamente, esa luminosa tarde de otoño.

Y entonces, había aprendido a sufrir. Entonces, se había casado con Paisley Cochrane, y aprendido la verdad de las cosas.

Y la verdad era que los hombres usaban a las mujeres del mismo modo que usaban a los caballos o a los perros o a los criados. Los usaban porque eran más fuertes. De pronto dijo:
-¿De veras tiene una amante?

-Sí, pero apenas nos casemos la dejaré. En realidad, como mi intención es que usted no se separe jamás de mí, creo que ya no tengo derecho a continuar hablando de la posesión de una amante.

Arielle casi gritó: Porque yo le haré todas las cosas que ahora hace la amante

Quizá si conservaba a su amante, él la dejaría en paz con más frecuencia que si se separaba de ella.

-¿Cómo se llama? -preguntó, decidiendo que debía hacer todo lo posible para mostrarse sutil.

-Laura. -Él inclinó la cabeza en dirección a Arielle.- ¿Por qué demonios desea saberlo?

Arielle se encogió de hombros.

-Es un bonito nombre. Yo diría que usted prefiere mantenerla en lugar de abandonarla.

Burke no podía entender esa conversación. Parecía que Arielle hablaba con absoluta seriedad. Lo que la joven decía, hasta cierto punto representaba un golpe para la imagen que él tenía de sí mismo; eso era indudable.

-No, yo no aceptaría eso. No creo que un hombre casado deba mostrarse desleal o infiel a su esposa.

A su vez, Arielle no atinaba a entender la posición de Burke.

La muchacha que había sido tres años antes hubiera podido comprender; pero no era el caso de Arielle Leslie Cochrane, lady Rendel.

-No creo que nada de todo eso sea muy importante, o que modifique ninguna situación.

-¿Eso significa que usted no vacilaría, si fuese mi esposa, y desea tener un amante?

Arielle se echó a reír. La idea le parecía tan absolutamente ridícula. Casi se sofoca de la risa.

-¿Un amante?

-¿Su actitud significa que querrá tenerlo o que no querrá?

Ella negó con la cabeza, y la risa continuaba burbujeando en su garganta.

-Arielle, esta conversación es muy extraña. ¿Aceptará casarse conmigo?

Arielle cesó de reír, miró a Burke y no se dejó engañar por la forma descuidada de la pregunta; y temió responder de nuevo con una negativa. Sin duda, este hombre estaba dispuesto a recaer muy pronto en la violencia; para él era inevitable.

-Yo... no lo sé. Necesitaré un poco de tiempo para pensarlo.

-Eso ya es un comienzo -dijo Burke, y sonrió a Arielle.

Arielle sonrió aliviada. Había dado en el clavo. Burke continuaba controlando sus propias reacciones. La joven se puso de pie muy lentamente, medio esperando que él la obligase a sentarse otra vez; pero Burke no la tocó.

-Creo que ahora iré a descansar un poco.

-No saltará por la ventana, ¿verdad?

-No, no lo haré.

Pero estaba pensando en la posibilidad de unir las sábanas. -Ah, querida, otro asunto minúsculo. El dinero. Me apoderé de sus cien libras esterlinas. Si en efecto consigue llegar intacta al suelo, sin que yo esté para recibirla, comprobará que no dispone de medios para ir a ninguna parte.

Ella giró bruscamente y lanzó un grito.

-¡No! ¡Usted no tenía derecho de robar mi dinero! ¡Dios mío, lo odio!

Esta vez, ella consiguió abrir la puerta y huyó al piso alto. Burke no se movió. Intentaría huir nuevamente. El hombre objetivo y racional decía que debía permitir que se alejase. Pero no podía adoptar esa actitud. Creía firmemente que podía conquistar el amor de Arielle. Necesitaba creerlo o enloquecer. Se puso de pie y salió de la sala. Le concedería unos pocos minutos -no tantos que pudiese anudar varias sábanas- y después iría a buscarla. Tendría que retenerla en el dormitorio principal. Las ventanas eran largas y angostas, tan angostas que ni siquiera ella podría salir por allí. Burke no creía que esa situación agradase a la joven. Lo lamentaba. Subió lentamente la escalera, y la imaginó en su cama, con las ropas arrojadas al suelo, las piernas abiertas, y su... Frunció el entrecejo y apartó su mente de esa deliciosa imagen. Recordó la conversación sostenida en la sala, si era posible llamar así a ese conjunto desordenado de frases. La conducta de Arielle parecía inexplicable a Burke. Temerosa en un momento dado, desafiante un instante después. Para él eso no tenía sentido. Tendría que llegar a comprenderla, y ella debía comprender a Burke. No se apartaría de ese curso. No podía. ¿Tal vez ella mentía? ¿Aún lloraba a su marido muerto? No, él no lo creía. Algo no estaba muy claro, y no se trataba sencillamente del alarmante rechazo que él inspiraba. Ah, bien, disponía de todo el tiempo del mundo para descubrir los pensamientos que se formaban en esa cabeza. Contempló la velada que se aproximaba. Arielle ciertamente no se sentiría muy complacida.

-Lo lamento mucho -dijo en voz alta a uno de los retratos oscurecidos por el paso de los años que colgaban de la pared en el descanso-. Estoy haciendo lo que es más conveniente para ambos.

Capítulo 8

A causa de la tormenta oscureció temprano. Arielle estaba sentada en silencio sobre el borde de la cama, con los ojos vueltos hacia las ventanas. La lluvia golpeaba los cristales. La humedad se filtraba en la habitación. Se frotó enérgicamente los brazos, y pensó que incluso si hubiese tenido sábanas para anudar no podía escapar en una noche como esa. Arielle suspiró y se preguntó qué demonios haría. A decir verdad, no deseaba dormir sobre el colchón desnudo. Burke la había seguido hasta el piso alto y había entrado al dormitorio para retirar las sábanas de la cama. Se había limitado a sonreír a la joven, sin pronunciar palabra.

Oyó los pasos de Burke en el corredor y se puso de pie, un poco tensa. La única vela que ella había encendido sobre la mesita, al lado de la cama, estaba casi consumida.

-¿Arielle? Venga, tiene que cenar. Yo preparé la comida, y su responsabilidad es sentirse impresionada con mi talento culinario.

Ella no sabía muy bien qué había esperado que él dijese; pero en todo caso no había previsto que oiría esa voz irónica diciendo tonterías. ¡Él la había secuestrado, por Dios! Contestó: -Un hombre... y sobre todo un conde... no se acerca a la cocina, y un hombre no prepara comida para una mujer.

-Está bien, preparé la cena principalmente para mí, pero usted puede probar un bocado, si está dispuesta a mostrarse amable. ¿Vendrá conmigo?

-Ahora voy -dijo Arielle. Por supuesto, bajaría. ¿Acaso podía hacer otra cosa? Después de todo, era lo que él deseaba. No se miró al espejo. No veía motivo para asustarse. Se alisó el vestido, miró distraídamente el desgarrón bajo el brazo derecho, tomó la única vela y abrió la puerta. Él estaba de pie en el corredor.

Ella parecía un pillete, y la visión era tan maravillosa que él apenas consiguió contenerse, pues su verdadero deseo era abrazarla y comérsela a besos. Burke sonrió y le ofreció el brazo.

-¿Mi señora? ¿Vamos?

El se había puesto ropas más formales, y parecía el auténtico señor de la propiedad. Sus prendas de hilo eran muy blancas, y los calzones y la chaqueta de tela negra. Arielle no dijo nada. Comprendió que la esperaba una tarea muy dificultosa. Tenía que convencer a Burke -a un hombre- de que él no la deseaba, y que debía dejarla marchar. El aspecto que ahora ella mostraba hubiera debido facilitarle la tarea; pero parecía que él era miope, o simplemente había perdido el juicio.

-Preparé bocadillos de jamón -dijo Burke mientras entraba con ella en el pequeño comedor que se abría a la derecha del vestíbulo. La mesa podía recibir a lo sumo a ocho personas, y tanto la mesa como las sillas, a diferencia de los restantes muebles, tenían un aire español; eran piezas pesadas de madera oscura, con una complicada talla.

-En realidad, corté rebanadas de jamón y pan y puse todo en la misma fuente, de manera que casi forman un bocadillo. Y hay sopa de tortuga, regalo del ama de llaves que vive cerca. No tuve nada que ver con el vino, salvo descorchar la botella con notable precisión.

Acercó una silla para Arielle.

Burke no la había sentado sobre un extremo de la mesa, sino más bien a su derecha. Estaba demasiado cerca de él, pero Arielle trató de acomodarse en la silla.

-¿Le sirvo un poco de sopa? Lo siento, pero le veo cierto tono verdoso...

-Así tiene que ser -dijo Arielle, y asintió. Tenía mucho apetito, y su estómago emitía sordos rezongos.

Mientras se sentaba, Burke pensó: -Al fin ella ha dicho algo. Ahora Arielle tomaba la sopa, y cabía suponer que le agradaba. Vio que la joven extendió la mano hacia el salero y agregó una porción generosa al líquido. Él probó la sopa y extendió la mano en provisión del condimento. Comieron en silencio. No era un silencio especialmente cómodo, pero por otra parte tampoco era especialmente desagradable.

El comedor estaba en sombras, con excepción de la mesa, donde había un candelabro con velas encendidas, que iluminaban la sopa de tortuga y a los dos comensales. Y los hermosos cabellos de Arielle. Ella ni siquiera se había molestado en separar los mechones enredados, pero eso a Burke no le importaba. Le agradaba que ella tuviese los cabellos desordenados y libres, cayendo en cascadas sobre la espalda.

-Vea, es extraño -dijo Burke, después de terminar su sopa-, pero es muy entretenido buscar un tema de conversación que interese a la dama que me vi obligado a secuestrar. Hasta ahora no se muestra muy receptiva a mis avances, y yo no deseo que se sienta infeliz o que se asuste. A propósito, ¿tiene alguna sugerencia?

-Deje partir a la dama, como usted sabrá ella es muy discreta, y no dirá una sola palabra a nadie. Pero usted debe informarle qué hizo con los criados, porque ella tiene que recogerlos. Y también necesita recuperar el caballo y el carruaje.

-Pero la reputación de la dama me preocupa mucho. Después de todo, está sola en compañía de un hombre que no es todavía su marido...

-A ella no le importa en lo más mínimo su reputación.

Podría estar sola con usted un año y aun así no importaría.

Burke se sirvió un poco de jamón.

-¿Desea una porción de este fiambre? -preguntó.

Arielle se sirvió. Hubo un silencio que duró lo que Burke tardó en comer su bocadillo.

-En realidad -dijo Burke, levantando su copa de vino e imprimiendo un movimiento giratorio al burdeos- la dama es maravillosa, pero desconcertante, y el caballero desea que ella lo sepa y que crea que él le dice la verdad.

-La dama no puede creerle -dijo Arielle, y dirigió una rápida mirada a Burke.

-¿Por qué diablos no?

-Por favor, milord...

-Burke.

-Muy bien, Burke. La dama no es tan tonta. Por favor, esta tontería ya duró demasiado. Déjeme ir. Y es cierto, no se lo diré a nadie.....

-Cállese, Arielle.

Ella calló en el acto, y se mantuvo tan quieta como el tenedor depositado al lado de su plato.

-No pretendí que se convirtiese en estatua o que dejara de respirar. Sólo pretendía que suspendiera sus quejas, porque de nada le servirán. No permitiré que se marche. Le enseñaré que no puede vivir sin mí. -Bien, ya lo había dicho.- Voy a enseñarle a amarme, y eso es todo. Usted no me concedió antes la oportunidad, de modo que tuve que creármela yo mismo.

-Amarlo -repitió ella con voz pausada, moviendo la cabeza para mirarlo.

-Así es.

-Es imposible -¿Por qué?

Arielle quiso decirle que el amor era una trampa que los hombres tendían a las mujeres. Pero se contuvo. Tenía que mostrarse lógica, convincente.

-Burke, usted está recordando a otra muchacha. Sin duda, ella le pareció encantadora porque era muy evidente que lo veneraba. Pero esa muchacha está muerta. Usted la perdió. Ella se perdió a sí misma. Busque otra. Lo siento, yo no le mentiré. Ella ha muerto.

-Querida, esa muchacha está sentada aquí, a mi lado. No murió. Sencillamente creció. Si se refiere a la pérdida de la inocencia, me tiene sin cuidado que no sea virgen, que haya conocido a otro hombre. Lo digo en serio. Créame, Arielle, habría deseado casarme con usted cuando usted tenía dieciséis años; no lo hice, y lo hecho, hecho está. Es ridículo ponerse un cilicio y llorar por el pasado. Lo que quiero es que compartamos el futuro, y me propongo lograrlo.

-Pero yo no quiero estar con usted.

-No puedo creer eso. No lo aceptaré. Me amó una vez, y volverá a amarme.

Ella quiso gritarle. Pero entrecerró los ojos y dijo: -No sólo conocí a otro hombre. Conocí a varios. En realidad, carezco totalmente de inocencia. Sé muchas cosas. Quizá demasiadas. Probablemente más de lo que sabe una amante. No soy una dama, y por cierto no soy la mujer apropiada para representar el papel de condesa. Burke, vaya a buscar una joven pura e inocente.

-Arielle, ¿tuvo amantes?

-Creo que esa palabra es extrañamente inadecuada.

-Bien, ¿hubo otros hombres en su lecho? Su esposo era anciano, ¿y usted estaba sola y fue seducida?

Ahora ella comprendió claramente lo que tenía que hacer. Asquearía de tal modo a ese hombre, que de buena gana la alejaría. -No, no me sedujeron. Yo seduje a otros. Y usted acertó con respecto a Etienne, el hijo ilegítimo de Paisley. Ese joven gozó enormemente con mi cuerpo. -Arielle pensó que esa era la verdad, y sintió que la bilis le subía a la garganta.- Y

yo con él. -No fue fácil para ella decir esto. No había advertido que podía ser tan difícil hablar de ese modo.

-¿Su esposo estaba enterado? -Burke hablaba calmosamente, casi sin interés, y Arielle estaba tan absorta en inventar su mentira y en contener la náusea que le provocaban sus propias palabras, que no advirtió la cólera profunda que él sentía.

-Ciertamente, lo sabía, y lo aprobaba. -¿Por qué se casó con él?

Porque me lo ordenaron y no creí que tuviese alternativa, y había cumplido apenas dieciséis años y era tan inocente y sufría por la muerte de mi padre y... Sólo atinó a mover la cabeza. Contempló el resto de su jamón. Las palabras surgieron con bastante facilidad. -Él era rico.

-No tanto. Si se trataba de conseguir dinero, hubiera sido mejor esperarme. Le dije que volvería.

-Sólo una tonta habría creído en eso.

En verdad, era extraño. Burke se dijo que ella estaba mezclando verdades con mentiras, y él no estaba muy seguro de poder distinguirlas.

-¿La idea de que más vale pájaro en mano que....?

Sin duda, había sido la teoría de Evan. Arielle asintió. Por supuesto, ella nunca había hablado del conde de Ravensworth a su medio hermano. En realidad, nunca le había hablado mucho acerca de nada. La habían casado con Paisley Cochrane en un abrir y cerrar de ojos. Esa muchacha pálida, de ojos tristes, en la pequeña iglesia, sin entender lo que sucedía, y al llegar la noche él le desgarró el camisón y... Arielle dejó escapar un grito.

Burke le apretó la mano.

-¿Qué sucede? ¿Qué estaba pensando?

-Nada -dijo Arielle, y la palabra brotó casi como una exclamación.

-Está bien -dijo Burke. Se movió en su silla y se encerró en su frustración-. Hace rato que usted y yo practicamos esta esgrima. Quiero terminar de una vez. Deseo que comprenda algo, Arielle, y que lo entienda muy claramente. Esta noche vendrá a mi dormitorio. Se acostará conmigo.

Ella nunca había dormido con un hombre. -¿Por qué?

Burke inclinó la cabeza hacia ella.

-¿Por qué querrá dormir conmigo? Eso me parece bastante extraño.

Burke estaba confundido.

-Quiere decir que... no, olvide eso. Hablaré con absoluta claridad. Dormirá conmigo después que yo le haya hecho el amor. Sabía que provocaría una reacción, pero lo que sucedió fue totalmente inesperado. Arielle le arrojó a la cabeza el plato con los pedazos de jamón. Arielle se había puesto de pie y estaba en el vestíbulo antes de que él hubiese retirado del ojo izquierdo la última rebanada de jamón.

-¡Arielle! -Burke también se puso de pie y derribó su silla. Vio que ella tiraba furiosamente del picaporte de la puerta de salida; finalmente consiguió abrir y salió en un instante. Él estaba a seis pasos de distancia. Volvió a pronunciar el nombre de la muchacha, pero ella no se detuvo. En realidad, corrió más rápido.

Aún llovía con fuerza, una lluvia densa y fría que empapó a Burke apenas dio tres pasos. Estaba furioso con ella. Estaba asustado por ella. En realidad, no sabía qué hacer. Vio que corría hacia el establo, con los cabellos al viento, empapándose enseguida y embarrándose; con la falda mojada cayó como un peso muerto.

Arielle sintió una puntada en el costado, pero no le hizo caso. El establo estaba a oscuras y olía a caballo, a cuero, a aceite de linaza y a heno. No hay luz, pensó tontamente Arielle. Oyó el relincho de un caballo y corrió en la dirección del sonido. Entonces oyó la puerta del establo que se cerraba con fuerza.

Burke sabía donde estaba la linterna. Logró acercarse y después de varios intentos fracasados consiguió encenderla. La sostuvo en alto. Vio que Arielle estaba pegada la pared del fondo del establo. En la mano ella sostenía un látigo de montar. Jadeaba, y sus pezones tensaban la pechera empapada de su bata. De todos modos, él mantuvo los ojos fijos en el rostro pálido de la joven.

-¡No se me acerque!

Burke no había esperado nada semejante. Arielle estaba descontrolada, casi histérica.

-Está bien -dijo tranquilamente Burke. Depositó la linterna sobre un fardo de heno, y lentamente se enderezó para apoyarse en el cajón vacío que estaba al lado del que ocupaba su caballo. -¡Hablo en serio!

-Así parece. Bien, ¿qué significa todo esto?

Arielle alzó el látigo de montar, y la voz le tembló, él no supo si de frío o de miedo.

-Váyase. Me voy. Lo golpearé con esto si no se aparta. -¿De veras? Quisiera ver si puede.

Burke pensó que ya había tolerado bastante, y se apartó del cajón. Caminó hacia ella con paso decidido, y Arielle sintió tanto miedo que creyó que moriría. Un temor paralizador, del tipo que, había conocido durante tanto tiempo, se apoderó de ella. Cerró los ojos, y en el instante siguiente descargó el latigazo.

Alcanzó el blanco, y Arielle advirtió que él contenía la respiración. Burke aferró el brazo de Arielle, y le arrancó de la mano el látigo.

-Me dolió -dijo, y la soltó. Retrocedió un paso, todavía con el látigo en la mano. Se frotó el brazo, y Arielle vio que el látigo había rasgado la manga de la chaqueta.

Arielle estaba aturdida. Miró el látigo, vio que él lo sostenía con mucha familiaridad, y comprendió que había ido demasiado lejos. Había perdido la cabeza, y ahora pagaría las consecuencias.

--Por favor, no me lastime -murmuró, sin apartar los ojos del látigo-. Por favor.

-Usted me lastimó -dijo Burke, mientras se preguntaba qué demonios podía hacer ahora.

-Yo... haré lo que usted desee -consiguió decir. -Arielle, usted sabe lo que deseo.

-Está bien, por favor, pero no...

Él la miró, completamente desconcertado, cuando Arielle empezó a soltar la larga hilera de botones de su vestido. Estaba temblando de miedo y frío. Algunos botones se resistían, y ella los arrancó.

¿Ella deseaba que Burke le hiciera el amor allí, en el establo? ¿Sobre el piso húmedo? ¿Sobre el heno? De pronto, Burke experimentó la más extraña sensación. Estaba contemplándose él mismo, y mirando a la muchacha que casi se desgarraba las ropas, tan terrible era su frenesí.

Avanzó un paso hacia ella, y Arielle trató de protegerse con las manos, y de rechazarlo.

-Estoy dándome prisa jadeó-. Por favor, sólo un momento. Burke vio que la bata mojada y desgarrada caía al suelo. Debajo, la camisa no tenía lazos, y era de lienzo fuerte. Húmeda, delineaba claramente los senos y los pezones. Ahora, ella estaba frenética, y se arrancaba pedazos de la camisa y las enaguas. Un momento después estaba quitándose los zapatos y las medias. Y entonces quedó desnuda y estuvo de pie frente a Burke, con los brazos a los costados, las manos convertidas en puños.

Burke la miró fijamente.

-Por favor -murmuró de nuevo Arielle. Vio que ella se le acercaba, y se arrodillaba. Sintió sus dedos en los botones de los calzones. Los abrió con sorprendente rapidez. Burke tenía el miembro erecto, y Arielle se había desnudado para complacerlo, y estaba arrodillada...

Sintió las manos de Arielle que le subían por los muslos, y las manos que lo apretaban, y después ella se inclinó hacia adelante y lo recibió en su boca. Burke quedó paralizado. Abrió y después cerró la boca, No podía creerlo.

-¿Qué demonios estás haciendo?

Ella lo miró, con los ojos extraviados y las pupilas dilatadas. -Por favor, haré lo que usted quiera, pero concédame un momento...

Y el otro Burke estaba mirando fijamente a la muchacha a la cual amaba, con la que había deseado desposarse desde hacía mucho tiempo. Ese Burke gimió cuando ella lo recibió más profundamente en su boca, cuando sintió que esos dedos expertos lo acariciaban, y sintió la lengua y la boca de Arielle...

Le aferró los hombros desnudos. -¡Basta!

Ella se apartó un poco. Comenzó a cubrirse con los brazos y las manos; después, apoyó las manos sobre los muslos. Respiraba con un jadeo.

Burke la miró, tratando de pensar y de comprender. Su miembro continuaba inflamado, y todavía la deseaba salvajemente; irritado, enderezó el cuerpo y se abotonó los calzones.

-¿Por qué? -dijo finalmente. Vio que ella se estremecía violentamente y maldijo. Extendió la mano hacia la bata de Arielle, y se detuvo cuando ella inició un discurso frenético.

-¡Por favor, no! Si me dice lo que quiere, y me concede un poco de tiempo, juro que podré hacerlo. ¡Lo juro!

Ella no miraba a Burke, sino la bata tirada sobre la paja. Tenía los ojos casi opacos a causa del miedo y su cara estaba tan pálida como su blanco vientre. Burke movió la cabeza y alargó la mano hacia la bata.

Arielle gritó: -¡No, por favor! -Arielle, no la entiendo. Y ahora qué...

La miró, desconcertado. Se había apartado de él y apretaba el cuerpo contra la pared, y recogía las rodillas y las rodeaba con los brazos. Parecía un pequeño animal salvaje acorralado por un cazador implacable.

-¿Arielle? -Si tal cosa era posible, ella se había encogido todavía más, pero por lo menos miraba a Burke. Los cabellos húmedos le caían sobre los hombros y a lo largo de la espalda.- Yo solamente quería entregarle su bata. -Él habló con voz serena y pausada. Arielle no se movió. Parecía un animalito atrapado y paralizado, con los ojos atentos, esperando. Ahora, él la miró, la miró con verdadera atención y distinguió la línea de visión de los ojos de Arielle. Comprendió que ella no miraba su bata, sino el látigo de montar caído cerca, sobre el suelo. Burke sintió que se le cortaba la respiración, sintió una furia que al parecer no podía controlar ni entender.- ¿Usted creyó que pensaba castigarla con el látigo?

Una bocanada de aire provino de Arielle, y la joven se incorporó bruscamente.

-No -aulló-, ¡nunca más! -Y corrió hacia la puerta del establo.

Ahora él la alcanzó antes que la primera vez, pero ella aún estaba allí, resbaladiza a causa de la lluvia, cuando consiguió aferrarla.

-¡Basta! -Burke tuvo que emplear un caudal considerable de fuerza para someterla. Esto es absurdo, pensó, mientras medio la arrastraba, medio la llevaba en brazos, de regreso al establo. ¡Maldición, no continúe resistiéndose! Tenemos que conseguir su bata y la linterna.

Ella oyó únicamente la irritación y la cólera del hombre. -¡Usted quiere el látigo de montar!

Oh, Dios mío, pensó Burke. Levantó la bata de Arielle, se la puso lo mejor posible, y recogió la linterna, pero entonces vio que no podía lidiar con el cuerpo de Arielle, que se debatía, y la condenada linterna. Dejó la linterna, y salió del establo, tratando de inclinarse sobre ella para protegerla de la lluvia.

Burke no se detuvo hasta que pudo dejarla de pie en el dormitorio. Ella trataba de cubrirse con la bata empapada. Burke se apoderó de su propia bata de terciopelo azul. Arrebató la que Arielle tenía encima, y ella permaneció de pie, en silencio, los ojos clavados en el suelo, mientras él le ayudaba a ponerse la prenda. Le ató el cinturón y retrocedió.

-Espere un momento -dijo, y fue a buscar algunas toallas. Cuando regresó, Arielle no se había movido. -Acérquese al fuego y siéntese.

-No hay fuego -dijo Arielle.

-Lo habrá apenas pueda encenderlo. Tome, séquese los cabellos mientras yo enciendo la leña.

Burke advirtió que sus propias manos se movían seguras, y eso lo alivió. Toda la situación debía remitirse a una extraña pesadilla provocada por el exceso de comida o por algo igualmente peculiar. Pocos momentos después él estaba en cuclillas, y miraba el resultado de su esfuerzo. Agregó más papel, y las llamas se extendieron y cobraron fuerza.

-Acérquese, Arielle.

Se volvió al hablar. La joven estaba secándose serenamente los largos cabellos, con el rostro inexpresivo. No miraba a Burke. A él le pareció que no miraba nada. Burke se puso de pie y extendió la mano. Ella no le hizo caso, y abandonó la silla y se acercó al fuego. La bata de Burke tenía longitud suficiente para arrastrarla por el suelo, como si hubiera sido un vestido de boda. Acercó la silla de Arielle, y se la señaló a la joven con un gesto.

Ella volvió a sentarse, siempre silenciosa. Burke fue a la mesa de tocador, y recogió su peine. Acercó una silla a la de Arielle, se sentó, y se apoderó de una larga trenza y comenzó a peinarla.

Ahora Arielle lo miró. No comprendía la actitud de Burke. Con movimiento muy lentos y cautelosos, se apartó y dijo: -Por favor, permítame hacerlo yo.

Él le entregó el peine.

-Me quitaré las ropas húmedas -dijo Burke, dirigiéndose tanto a Arielle como a nadie en particular. No había biombo en la habitación. El pudor era una cualidad que sólo podían tener las mujeres. Sin embargo, él se sintió extraño ante la idea de desvestirse en la misma habitación en que ella estaba. De hecho, sabía que era tonto, pero en el momento en que ella había puesto al desnudo el órgano viril de Burke, y lo había acariciado y besado, él no sólo se había sentido avergonzado, sino también en cierto sentido violado. Respiró hondo, pues advirtió que ella en realidad no le prestaba la más mínima atención, y se desnudó. Se puso la otra bata, de un terciopelo borgoña intenso, tan vieja que los codos estaban deshilachados.

Arielle terminó de peinarse. Ahora sus cabellos estaban apenas húmedos. Burke se inclinó sobre ella, preguntándose qué demonios debía hacer. La enormidad de la situación todavía continuaba inquietándolo. Se sentía impotente, completamente desconcertado.

-Arielle -dijo en voz muy baja-, debemos hablar, pero primero le traeré un brandy.

Cuando regresó, ella continuaba en silencio, inmóvil como una piedra.

Se detuvo frente a Arielle y se puso en cuclillas. Ella retrocedió; Burke había previsto esa reacción. Incluso el miedo sin disimulo de esos ojos no lo sorprendió mucho, pero aun así lo conmovió profundamente.

-Vamos, beba el brandy. Le calentará el cuerpo. -El láudano que había agregado también debía ayudarla a dormir, por lo menos él así lo esperaba.

Arielle contempló el líquido, como si hubiese sido el veneno más repulsivo de la tierra. Burke entrecerró los ojos, y ella vio el gesto y con un movimiento rápido se apoderó de la copa. Bebió el brandy, tosiendo y estornudando a causa de la salvaje calidez del licor.

El se apoderó de la copa.

-Ahora, dígame por qué usted... bien, por qué hizo lo que hizo en el establo.

Ella lo miró como si Burke hubiese enloquecido, como si no tuviese la más mínima cordura, y explotó: -No creí que usted quisiera ver que yo perdía el tiempo desnudándolo.

Hacía frío en el establo, y no me pareció que usted quisiera tener frío. Hice únicamente lo que creí que podía complacerlo. No quiso decirme qué debía hacer, y yo intenté... ¿usted deseaba que lo desvistiese?

Burke cerró los ojos porque no deseaba escuchar lo que ella decía. Ya no podía soportarlo.

-Arielle, basta -dijo con voz dura, una dureza que él no escuchó, pero ella sí, y que la paralizó. Burke miró las llamas en el hogar-. No le pedí que me sirviera-dijo finalmente.

-Que lo sirviera -repitió ella con voz lenta-. ¿Eso significa acariciarlo, y recibirlo en mi boca y...?

-Sí, eso mismo. No le pedí que hiciera eso.

De nuevo ella lo miró con una expresión extraña en el rostro.

-¿Por qué lo hizo?

-Usted tenía el látigo de montar -dijo Arielle, como si estuviese explicando el hecho más evidente del mundo al peor de los retardados. Burke vio que los dedos de Arielle plegaban y alisaban la tela de terciopelo.

-No, usted tenía el látigo de montar, y me golpeó con él. Yo no hice nada. -Inconscientemente Burke se frotó el brazo izquierdo. El látigo no le había abierto la piel, pero de todos modos le dolía.

De pronto, ella pareció muy joven, una mujercita perdida en el desierto.

-¡No le creo! ¡Me habría castigado! Sólo intenta engañarme, pero no lo logrará, ¿me oye?

Se puso de pie, avanzó dos pasos y tropezó con la bata demasiado larga. Él la sostuvo y la apretó contra su pecho.

-No debe continuar escapando de mí. Vea, siempre la alcanzaré. Y ahora, voy a acostarla.

Ella se puso rígida.

-No, esta noche no le haré el amor. Arielle, usted necesita dormir. Hablaremos de todo esto por la mañana.

Ella no le creyó ni un instante.

-Quiero ir a mi propio dormitorio.

-Allí no hay sábanas.

-No me importa. -No.

Burke la condujo a la cama, retiró las mantas y se volvió hacia ella, diciendo: -Vamos, sea buena, métase entre las sábanas.

La abrigó como habría hecho con una niña. Y ella lo miró, atenta y cautelosa, y desconfiada, mientras elevaba las mantas hasta el mentón.

-Hablaremos de todo esto cuando usted haya descansado.

Burke apagó la vela, de modo que la cama quedó en sombras, y regresó al hogar. Agregó en silencio para sí mismo: Y hablaremos cuando yo haya descansado. Cerró con llave la puerta del dormitorio, y guardó la llave en el bolsillo. Después, retornó al hogar, acomodó el cuerpo cansado en la silla, y miró fijamente las llamas. Ella lo había atendido con los movimientos expertos de una prostituta experimentada. Eso lo irritaba tanto que temblaba a causa del enojo. Y ese maldito látigo de montar.

En la habitación reinaba l silencio; el único ruido era el golpeteo de la lluvia en las ventanas. Oyó el rumor del trueno, seguido pocos momentos después por la llamarada blanca del rayo. ¿Qué demonios podía hacer?

Estaba casi dormido cuando oyó el sollozo ahogado. No se movió. Otro sollozo. Y otro. Y después un gemido grave, seguido por un grito ahogado.

Se puso bruscamente de pie y corrió hacia la cama.

Capítulo 9

Burke se apresuró a encender una vela junto a la cama. Había supuesto que ella tendría pesadillas, pero cuando la miró, Arielle se agitaba y revolvía. Parecía dormir profundamente. Después, se quejó por lo bajo y volvió lentamente la cabeza a un lado y al otro sobre la almohada. Tenía la cara sonrojada, la respiración dura e irregular, y cuando él apoyó la palma de la mano sobre la frente de la muchacha sintió la calidez seca. Tenía fiebre. Burke maldijo por lo bajo.

-Arielle -dijo con voz premiosa, y le sacudió suavemente los hombros-. Despierte. Está soñando.

Ella oyó la voz del hombre, y supo que era él. Estaba de pie en las sombras del establo, y era la primera vez que hablaba. Pronunciaba claramente el nombre de Arielle, y después mascullaba cosas que ella no alcanzaba a entender. Sonreía a Arielle, y le ofrecía la mano. La otra mano estaba detrás de la espalda.

-Arielle.

De nuevo la llamaba. Arielle deseaba creerle, deseaba correr hacia él. De pronto, mostró la mano que tenía oculta a la espalda. Con ella sostenía el látigo de montar. Y ahora se reía, y decía a Arielle que había que castigarla por su torpeza. Ella le gritó: ¿Por qué se ríe?, pero de la garganta de ese hombre no brotó el más mínimo sonido. Vio descender el látigo, y vio también su propio cuerpo desnudo corno desde lejos; pero no, no sintió el látigo, no sintió el dolor lacerante. De todos modos gritó, y se encogió.

-¡Maldito sea, despierte!

Él estaba sacudiéndola, y ella se debatió como un animal salvaje.

Burke se acomodó en la cama al lado de Arielle, y la obligó a apretar su cuerpo sobre él. Arielle continuó debatiéndose, pero él la retuvo, y una de sus piernas la obligó a mantenerse inmóvil.

-Basta -dijo él, sosteniéndose la cabeza con las dos manos-.

Basta, amor mío.

Ella sintió las manos que la tocaban, y el hálito cálido en su oreja. No era un sueño. Él la sostenía, y quería lastimarla, y ella estaba aterrorizada.

-Por favor -murmuró-, por favor, no me lastime.

Burke cerró los ojos un momento y trató de luchar contra ese terrible dolor que le provocaban las palabras de Arielle. Deseaba que Paisley Cochrane no estuviera muerto. Deseaba tenerlo allí, para asesinarlo. Eso le habría dado a Burke el mayor placer.

-No, Arielle, no. No la lastimaré. Juro que jamás la lastimaré.

Ella no le creía, pero su voz sonaba dulce y sincera. Burke mentía, tenía que ser así. En ese momento ella comprendió que no se sentía bien. Tenía la cabeza pesada a causa del dolor; la garganta quebrantada, el pecho lastimado a causa de las punzadas.

-Por favor, váyase.

-Tiene la frente muy caliente. Hay fiebre.

Ella sintió el aliento cálido sobre la sien izquierda, y también el calor maravilloso de ese cuerpo.

Burke suspiró.

-Todo estaría mejor si confiara en mí.

-Váyase.

Él obedeció. Tomó una toalla, y hundió un extremo agua de la palangana depositada sobre la cómoda.

-Quieta -dijo, y comenzó a refrescarle la cara.

La tela húmeda era muy agradable, e inconscientemente ella buscó el contacto, presionando la mejilla contra la frescura de la toalla. El continuó, consciente de que también debía refrescar el cuerpo de Arielle; pero no lo hizo. No deseaba que ella volviese a debatirse.

Finalmente, Arielle recobró el sueño. Burke le tocó la frente. Estaba fresca. Abrigaba la esperanza de que ahora se sentiría mejor. Quizá no era más que un leve resfriado. Agregó más mantas, arropó bien a Arielle, y permaneció de pie mirándola, y preguntándose qué demonios debía hacer ahora. Pensó que lo más conveniente era que durmiese, y se metió en la cama, al lado de la joven. No la tocó.

Cuando despertó, había amanecido. Ya no llovía, y la luz del sol entraba por las ventanas largas y estrechas. Movió la cabeza sobre la almohada. Arielle continuaba durmiendo.

Durante un momento Burke sonrió, y pensó que así debía continuar el resto de la vida de ambos. Él compartiría el lecho con Arielle, y despertaría a su lado todas las mañanas. Y de pronto, recordó.

Se puso de pie lentamente, evitando molestarla. Después de bañarse y vestirse, regresó a la cama. Y de nuevo le tocó la frente.

-Oh, Dios mío, no -dijo a la habitación silenciosa. Permaneció inmóvil otro instante; después, decidido, salió del dormitorio. Casi una hora después, introdujo en la habitación a un corpulento escocés, el doctor Armbruster.

-Milord, usted dijo que su esposa enfermó repentinamente. -Sí -dijo Burke, de pie, al lado opuesto de la cama-. Le pasé un paño frío por la cara hasta que la fiebre descendió. Y como le dije, cuando esta mañana desperté estaba así.

El doctor Armbruster se había inclinado sobre ella. Arielle abrió los ojos, vio al desconocido y gritó. Estaba débil, pero consiguió retirar los brazos que estaban bajo las mantas, y golpeó al intruso. El doctor Armbruster le aferró las muñecas y dijo a Burke: -Milord, supongo que no estaba así, pues en ese caso usted no se habría separado de ella. La fiebre la ha trastornado. Delirio. Calma, señora, calma. Venga aquí, milord, y sosténgala. Tengo que escuchar sus pulmones.

Burke obedeció. Nunca había sentido tanto miedo en su vida. Trató de suavizar y calmar a Arielle, pero fue inútil. Ella no tenía idea de la identidad de Burke, pero creía que no era un hombre bueno. Comenzaba a creer que no había lo que podía denominarse un hombre bueno. Continuó hablándole, diciéndole palabras sin mucho sentido, porque tanto Arielle como él necesitaban distraerse.

El doctor Armbruster enderezó el cuerpo. Solía decir que un escocés tal vez no supiera cuál era la dolencia, pero nunca mataría al paciente con medicinas.

-Milord, esto es lo que debemos hacer. -Impartió instrucciones detalladas a Burke, y agregó: - Pediré al ama de llaves de Hobhouse que regrese; y también a la criada. Puedo pedir a una mujer de la localidad que venga a cuidarla.

-No, yo me ocuparé de eso -dijo Burke-. Ella se curará, ¿verdad, señor?

El doctor Armbruster era un hombre franco, a veces hasta la exageración, pero el miedo desesperado que vio en los ojos del joven conde lo movió a moderar su discurso.

-Es joven, y pese a su apariencia un tanto frágil, creo que es fuerte. Veremos, milord. Volveré bien entrada la tarde.

Cuando salió de Hobhouse, el doctor Armbruster decidió solicitar la visita del vicario. No haría daño a nadie.

Dos horas después, la señora Ringlestone, que era la cocinera y ama de llaves, y la criada Ruby, habían regresado a Hobhouse.

-Está helada o ardiendo -dijo la señora Ringlestone cuando Burke entró en el dormitorio, después de una breve ausencia-. Pobrecita. Trate de conseguir que beba un poco de mi sopa. A mí no me la acepta.

Burke asintió y se sentó al lado de la enferma.

-Arielle -dijo con voz severa, consciente de que la muchacha no reaccionaría ante una voz que intentara seducirla-. Abre la boca. Vamos.

Ella no demostró que lo hubiese oído.

-¡Abre la boca, muchacha! ¡Haz lo que te digo!

Esta vez ella obedeció sin vacilar, y él consiguió que bebiese una buena media taza de sopa. Si la señora Ringlestone consideró que él se comportaba con cierta rudeza, en todo caso no dijo nada.

Después de todo, ese hombre obtenía resultados.

-Será una noche larga -dijo la mujer.

Lo fue; en realidad, la noche más larga de la vida de Burke. Hacia el alba había llegado a la conclusión de que Arielle moriría. Y no había nada que él pudiera hacer para salvarla, nada que el doctor Armbruster pudiera hacer. Por momentos, ella se agitaba inquieta, completamente descontrolada; después, estaba tan pálida, quieta e inerte, que Burke sentía que se ahogaba en sus propias lágrimas. Finalmente Burke se durmió en un sueño de agotamiento, con los dedos sobre la muñeca de Arielle, sintiendo el pulso para asegurarse de que aún vivía.

-¿Por qué no quiere luchar? -dijo el doctor Armbruster, más para sí mismo que para Burke al día siguiente-. No comprendo. Es joven, y hermosa, y no hace mucho que está casada. ¿Por qué?

En ese momento Burke adoptó una decisión. Habló extensamente con el doctor Armbruster. El médico fue a realizar su demorada visita al vicario. Durante la espera, Burke permaneció sentado al lado de Arielle y reanudó el rito de pasarle el lienzo frío y húmedo sobre la cara.

Habló del pasado, como solía hacer. De ese modo se entretenía, y al parecer ella conservaba la calma. Burke estaba seguro de que, en cierta manera, ella lo escuchaba y comprendía.

-Arielle, mi hermano era muy expansivo, tenía buen carácter, amaba las bromas, aunque fueran repetidas. Bien, también mostraba la meta más obstinada que puedas concebir. Yo era generalmente el destinatario de su terquedad. Decidía ignorarlo, y nada de lo que yo pudiera decir o hacer lo movía a cambiar de actitud. Recuerdo que cierta vez... Dios mío, fue hace muchísimo tiempo... papá me regaló un pony. Se llamaba Víctor. Tenía el pelaje de color tostado, era fuerte como un demonio, y comía como una tropilla entera. Bien, mi hermano quería tener a Víctor. Apenas lo vio, quiso tenerlo. Por extraño que parezca, el pony quería del mismo modo a mi hermano. Pero era mío. Y yo no estaba dispuesto a cederlo. ¿Sabes lo que hizo mi hermano?

-Milord, ha llegado el vicario. -Burke ignoró momentáneamente a la señora Ringlestone.

-Bien, no, mi hermano no llamó al vicario, por lo menos esa vez. -Burke se puso rápidamente de pie para mirar al frágil anciano. Era un hombre muy delgado, de cabellos ralos y una sonrisa amable y fatigada. Ahora, sonrió a Burke y le estrechó la mano.- Le agradezco que haya venido, señor -dijo-. Por favor, siéntese. Tengo que pedirle algo muy importante. -Le dijo lo que deseaba.

El vicario, que no creía que hubiese nada irregular en el análisis de la situación realizado por el conde, asintió y dijo: -Por supuesto, milord, debo hablar con mi obispo, pero...

-Como comprenderá, es esencial darse prisa. Ella podría morir de un momento a otro.

-Oh, Dios mío, por supuesto, está en lo cierto. ¿Qué debo hacer?

-Sencillamente, cumplir la ceremonia. Yo mismo hablaré después con el obispo, cuando ella se haya curado, o... -No pudo decir la palabra. Finalmente, consiguió continuar.- Estoy seguro de que el obispo aceptará. En definitiva, es una emergencia.

-Milord, todo esto es muy irregular, pero de todos modos... No puedo creer que es algo impropio, de ningún modo. Tal vez después consigamos una licencia especial.

-Traeré a nuestros testigos.

-Pero sus respuestas, milord... ella no podrá decir si acepta

-Por supuesto, podrá -dijo Burke-. Le ruego que se prepare, señor. Traeré inmediatamente a las mujeres.

Treinta minutos más tarde Burke estaba sentado en la cama al lado de Arielle, sosteniéndole la mano. Ella deliraba, pero en ese momento se sentía bastante bien.

El doctor Armbruster estaba de pie del lado opuesto de la cama. La señora Ringlestone y Ruby permanecían detrás del vicario.

-Bienamada -comenzó el vicario-. Estamos aquí para realizar un acto de compasión, de gracia y bondad. Uniremos a esta...

-¡No fue así! -gritó de pronto Arielle.

-No, sé que no fue así -dijo la voz grave de Burke-. Ahora, amor mío, calla. Estás casándote.

-¡No se saldrá con la suya!

-No, ciertamente no. No se lo permitiré. Confía en mí. El vicario se aclaró la voz.

-Bien, veamos... este hombre y esta mujer unirán sus vidas, por la voluntad de Dios, y...

-Padre, por favor, ¡no me abandone!

-Lo siento, amor mío. No, Arielle, no te abandonaré.

Jamás...

-...lo que el Señor nuestro Dios unió, que ningún hombre lo desuna.

-Amén -dijo Burke.

-Ahora, lady Rendel, debe repetir conmigo: Yo, Arielle Leslie Cochrane, solemnemente te acepto a ti, Burke Carlyle, ah, Beresford Drummond, como mi legítimo esposo...

-No puede decir eso -intervino Burke-. Cuando quiera que ella diga "acepto", dígamelo.

-¡No iré con usted! ¡Jamás!

-No, querida, no creo que lo aceptes.

-"... hasta que la muerte nos separe". Milord, ahora debe decir "acepto".

-Arielle, escúchame. ¡No, maldito sea, escucha! -Le sostuvo el mentón entre los dedos y la obligó a permanecer así. Con su voz más dura ordenó: -Di "acepto". Dilo ahora, o te pesará.

-Acepto.

-Excelente. Bien hecho, querida.

-Qué extraño -dijo el doctor Armbruster-. Reacciona bien cuando se le habla con dureza.

El vicario se preguntaba cuál era realmente la relación entre esos dos.

-Y ahora usted, milord. Oh, caramba, esto es muy irregular. La señora Ringlestone resopló en ese momento. Ruby parecía al borde del llanto.

Burke repitió serenamente los votos, de acuerdo con las instrucciones del vicario. Sonreía a Arielle cuando dijo: -Acepto. -Milord, los declaro marido y mujer. Oh, Dios mío, ¿se mantiene consciente?

-Apenas -dijo el doctor Armbruster-. Milord, usted se desempeñó muy bien.

La señora Ringlestone y Ruby salieron del dormitorio en busca de los bollitos y el vino.

-Milord, aunque este no es un auténtico banquete de bodas, algo significa.

-Sí, milord -dijo el vicario-. Si la joven... en fin... no resiste, llegará a la presencia de nuestro amado Señor como una mujer virtuosa. Milord, usted es un hombre muy bondadoso. -De pronto pareció preocupado.- Ambos deben firmar los documentos.

¿Cómo...?

-Tráigalos -dijo Burke-, yo me ocuparé de que ella firme con su nombre.

El doctor Armbruster no dudó un minuto de que el joven conde haría firmar el documento. Observó cómo Burke apoyaba el cuerpo de la condesa sobre su propio pecho, le ponía la pluma entre los dedos, y le decía con voz muy serena que firmase su nombre.

El vicario contuvo la respiración, sorprendido porque la joven dama al instante hizo lo que se le ordenaba. Se apoderó del papel, y vio que el nombre era bastante legible. Movió la cabeza.

-Es muy extraño -comentó de nuevo.

Burke deseaba reírse, pero no lo hizo. Estaba asustado.

Ahora, Arielle guardaba silencio, y mostraba una quietud ominosa; se mantenía inerte, apoyada en el pecho de Burke.

-Está durmiendo -dijo el doctor Armbruster, y pareció al mismo tiempo sorprendido y aliviado-. Le aseguro que duerme.

Quizás usted tenía razón y su falta de voluntad era imputable al hecho de que no se había casado con usted, y de que por lo tanto se sentía condenada. Cuando era su amante, se sentía culpable. Cuando se embarazó sin haberse casado, sus sentimientos de culpa y desesperanza se acentuaron. Milord, al desposarse con ella, usted expió su culpa, y logró que se sintiera nuevamente digna, porque ahora tiene seguridad y un lugar donde refugiarse. Y de ese modo, recupera la voluntad de vivir. Es una teoría interesante, y la discutiré con mis colegas de Londres.

Burke creía que el presunto embarazo de Arielle había sido un toque refinado y necesario. En todo caso, había logrado que el vicario se mostrase mucho más dispuesto a colaborar.

-Usted ha allanado su camino al cielo -continuó el vicario pues ha rescatado a esta joven de su lodazal de iniquidad. El buen Dios mirará con buenos ojos su excelente acto.

-Yo fui quien la sedujo-dijo Burke, que sintió que no podía soportar un momento más todas esas tonterías-. ¿No soy yo quien debe ser juzgado con dureza?

-Usted es hombre, milord -dijo el vicario sin parpadear-. Si usted recuerda el texto de la Biblia, sabrá que la mujer, que es la tentadora, ejerce el poder maligno. Un hombre puede ser débil, milord, pero no muchos hombres se comportarían tan noblemente como usted lo hizo hoy. Rogaré devotamente que la joven llegue a merecer el honor que usted le concedió.

Burke pensó: Eso es poco probable, Cuando Ruby y la señora Ringlestone regresaron al dormitorio trayendo bandejas con tortas y vino, se sintió profundamente aliviado.

Ella era su esposa. No lo sabía, pero eso poco importaba. Ahora, tenía que vivir.

-Por favor, ruegue por ella, señor -dijo al vicario mientras ayudaba a salir al anciano-. Como ve, la amo, y no quiero perderla ahora. No creo que podría soportarlo.

-Como ella tiene de su lado tanto a Armbruster como al buen Dios, me atrevo a pensar que sobrevivirá. Vendré a visitarlos mañana.

Burke, reanimado, cauteloso, y tan asustado que apenas podía pensar con claridad, reanudó su vigilia junto al lecho de su esposa.

Arielle abrió los ojos. Se sintió desganada y poseedora de una extraña paz. Pero pronto comprendió que no tenía la más nebulosa idea del lugar en que estaba. Miró lentamente alrededor, y vio las ventanas largas y angostas con las cortinas abiertas, que permitían el paso

de débiles rayos de luz de sol; los pocos muebles, y él calor de la habitación. En el hogar ardía entusiastamente un fuego. Comprendió que estaba transpirando, y se preguntó por qué diablos la criada había alimentado así el fuego.

Era verano, ¿verdad?

-Dorcas --llamó, pero de su boca surgió únicamente una especie de graznido-. Dios mío -murmuró. Quiso sentarse, pero la pila de mantas que la cubría no se lo permitió.

¿Por qué se sentía tan débil? Alzó una mano y se apartó los cabellos de la frente, y comprendió que alguien se los había trenzado. La gruesa trenza cayó, pesada y untuosa.

Bajó el brazo e intentó pensar.

-Paisley -murmuró, y supuso que él la había llevado allí. Sentía ese horrible miedo que la traspasaba. No, él había muerto, hacía mucho, varios meses atrás. Había pasado muchísimo tiempo desde entonces.

-Hola. ¿Arielle, cómo está?

Ella volvió la cara hacia el sonido de la voz. Una voz masculina. Profunda y serena. La voz de Burke. ¿Qué hacía allí?

-No, no, querida, no tema. Ahora está bien... por lo menos, creo que está bien. Sus ojos parecen luminosos. Bienvenida. -Eso no era precisamente lo que él sentía ahora, pero no había motivo para asustarla pegando alaridos y bailoteando de un extremo al otro del dormitorio. La sonrisa de Burke se ensanchó. Sí, ahora ella estaba realmente bien.

Ella abrió la boca y esta vez, concentrando sus fuerzas, consiguió decir: -¿Qué hace aquí? ¿Qué lugar es este?

-Responderé a todo: Ante todo, ¿desea comer algo? ¿Beber?

Ella sintió que la boca se le hacía agua. Burke sonrió y se apartó de la cama.

Oyó que desde la puerta de la habitación él hablaba con una persona que era la señora Ringlestone. Cuando regresó, le ofreció un vaso de agua.

-Le ayudaré. No se asuste.

La sostuvo mientras ella bebía muchísima sed.

-Muy bien -dijo Burke, y con movimientos suaves volvió a acostarla-. La señora Ringlestone -nuestra cocinera- traerá comida. ¿Cómo se siente?

-Muy bien -dijo Arielle distraídamente-. Sólo un poco débil.

-No me extraña. Estuvo muy enferma. Me asusté tanto, que prometí comportarme años enteros con abnegada rectitud si usted se curaba.

-¿Cuánto tiempo estuve enferma?

-Ocho días. Una inflamación del pulmón, resultado de su absurdo paseo en la tormenta. ¿Lo recuerda?

Arielle frunció el entrecejo, tratando de recordar, pero sólo consiguió que le doliese la cabeza.

Él percibió el súbito gesto de dolor, y se apresuró a decir: -Lo siento. No trate de recordar. Cálmese, y trate de recuperarse. -Burke, usted adelgazó.

Él sonrió, consciente de que así era, y extrañamente complacido porque ella lo sabía.

-No debió perder peso. Ahora lo veo muy delgado.

El se prometió que no daría un espejo a Arielle. No sólo estaba tan delgada como el bastón de caña de Burke; además, tenía la piel grisácea y los hermosos cabellos estaban opacos y carecían de vida.

-Pero a usted -dijo Burke- se la ve maravillosa.

Ella guardó silencio al oír estas palabras, y él se maldijo porque se había apresurado.

-Ah, la señora Ringlestone, un poco de alimento para nuestra enferma. Arielle, querida, esta es nuestra cocinera; la señora Ringlestone.

-Mi señora -dijo la señora Ringlestone. -Hola -dijo Arielle.

Burke la ayudó a sentarse. La señora Ringlestone había preparado un poco de sopa de cebada, con varias rebanadas de pan caliente y manteca. También había traído un pequeño recipiente con miel.

-Gracias, señora Ringlestone, que no se vuelque encima la sopa.

Arielle no intentó protestar ante ese comentario; estaba muy atareada llevándose a la boca una cucharada de sopa.

Burke la observaba con una semisonrisa en los labios, y se le acercó rápidamente cuando vio que estaba demasiado exhausta para continuar.

-¿Más? -preguntó, mientras le retiraba la cuchara. -Por favor.

Pareció que poco después se adormecía. Burke le retiró la bandeja, y casi la deja caer al suelo cuando ella le dijo con voz muy clara: -¿Dónde está el hombrecito de los cabellos blancos ralos?

De modo que ella recordaba algo.

Yo vigilaré para cuidar de ti

Cuando más tarde despertó, casi había oscurecido. Burke había despedido una hora antes a la señora Ringlestone y a Ruby, y ahora ocupaba un sillón junto a la cama de Arielle, y leía un libro de poemas de John Donne. No le interesaba especialmente el poeta, pero la biblioteca de Knight en la planta baja no incluía muchas obras. Estaba leyendo, sin concentrar demasiado la atención, un poema acerca de los hombres que no eran islas, cuando sintió que ella había despertado. No supo cómo llegó a percibirlo, pero así fue.

-Hola -dijo Burke antes de que ella moviera siquiera los párpados.

-¿Puedo beber un poco de agua? -Ciertamente.

Bebió una copa entera. Burke pensó que sin duda ella necesitaría ir al retrete, y se preguntó qué demonios podía hacer él al respecto. Dudaba que Arielle tuviese fuerza suficiente para afrontar sola la situación. Preguntó: -¿Tiene apetito? La señora Ringlestone le dejó un poco de comida.

Arielle asintió y no dijo nada más.

Cuando él salió del dormitorio, ella buscó el orinal. Pensó: Tengo que empezar a moverme.

Lo hizo, con mucha dificultad. No imaginaba que podía sentirse tan débil y temblorosa. Tampoco había creído que podría arreglarse, pero lo hizo. Cuando la puerta se abrió de nuevo y apareció Burke con la bandeja de la cena, ella estaba medio de pie, medio sentada a los pies de la cama, aferrándose del poste. Tenía el camisón recogido hasta las rodillas y jadeaba.

Estaba pálida y sudorosa. Burke no dijo nada. Se limitó a depositar la bandeja sobre la mesa, al lado de la cama.

-La ayudaré a acostarse. Ella elevó el mentón.

-No necesito su ayuda. Sólo un minuto más y...

Sintió que él la alzaba y la depositaba suavemente en la cama. Esta vez ella consiguió comer bastante antes de fatigarse; y permitió que Burke le suministrara el resto de la pechuga de pollo. Más tarde, suspiró satisfecha y se recostó sobre la almohada.

-¿Casi me muero?

Él depositó la taza de café negro caliente sobre la bandeja. -Sí -dijo-, sí, casi murió. Me asusté mortalmente. Pero ahora está muy bien.

Entonces, ¿podré marcharme? Él movió la cabeza.

-No es posible. Ahora no.

-¿Por qué?

-Gasté sus cien libras en el médico.

-¿Qué?

El le dirigió una sonrisa torcida.

-No llevaba dinero conmigo. Tuve que darle el suyo al médico.

-¡Ciertamente me lo devolverá!

-Tenía la intención de suministrarle una generosa asignación trimestral. No tiene por qué preocuparse.

-¡Burke! ¡Escúcheme! No quiero saber una palabra más de toda esta tontería, y no tengo la intención...

-Calle. ¿Quiere darse un baño? Sus cabellos son un desastre.

Un baño parecía tan maravilloso que ella olvidó momentáneamente sus agravios.

-Sí, pero usted tendrá que retirarse de la habitación.

-Arielle, necesitará mi ayuda.

A eso ella no dijo sí ni no. Cuando al fin la bañera estuvo llena, Burke la ayudó a abandonar la cama. Pensó que se la veía tan delgada, tan frágil. Excepto su voluntad, gracias a Dios.

Él la ayudó a entrar en la bañera, y después la obligó a mirarlo, sosteniéndole con firmeza la cara.

-Escúcheme. La cuidé desde que enfermó. Hice todo lo que había que hacer por usted. No hay motivo que justifique que ahora se sienta avergonzada conmigo. No puede bañarse sola. La ayudaré a entrar en la bañera, y después le lavaré los cabellos. ¿De acuerdo?

Arielle dijo en voz baja, con un gesto dolorido: -¿Todo?

-Todo.

-¿Por qué?

-Le diré la razón más tarde, cuando regrese a su cama.

La ayudó a quitarse el camisón, y lo hizo con movimientos eficaces y neutros. Cuando Arielle estuvo en el agua caliente, Burke le desató los cabellos y deshizo las trenzas.

Le lavaré primero los cabellos-dijo. Era una tarea compleja, y él no estaba acostumbrado a eso; pero se las arregló. Después de enjuagarle todo el jabón, Burke dijo-: Ahora, le cambiaré la ropa de cama. Usted lavará el resto de su propio cuerpo, ¿eh?

Arielle estaba más allá de la vergüenza. Temblaba a causa de la debilidad, pero no dijo nada.

Burke se puso de pie y la miró un momento. Los pechos de Arielle estaban cubiertos por el agua, pero él conocía su forma y su tacto bastante bien. Pechos hermosos, casi demasiado grandes para ese cuerpo tan delgado, y él se maldecía cada vez que la atendía, porque su propio cuerpo masculino inmediatamente comenzaba a reaccionar. Incluso ahora él trataba de contener sus pensamientos y sus imágenes, tan sensuales que casi le temblaban las manos, mientras se dirigía a la cama desordenada.

Él acababa de cambiar la ropa de cama cuando oyó detrás un grito. Se volvió bruscamente y vio a Arielle tratando de salir de la bañera, una toalla en una mano, la otra batiendo salvajemente el aire. La joven perdió el equilibrio, y cayó al suelo antes de que él pudiera moverse.

Capítulo 10

Arielle yacía de espaldas, los brazos y las piernas abiertos, y sentía que su actitud era tremendamente estúpida.

-¡Arielle!

Ella vio el miedo en los ojos oscuros y se apresuró a decir:

-Estoy bien, sólo que me siento muy torpe. -Deseaba cubrirse, pero no tenía fuerza. Todo eso era demasiado. Desvió la cara, y contuvo un sollozo.

Él alzó el cuerpo de la muchacha y la toalla, y la llevó junto al hogar; allí, se sentó en una silla. Comenzó a secarla. En lugar de debatirse, ella se sometía, con la cabeza apoyada sobre el hombro de Burke. El trataba de mantener las manos apartadas del cuerpo de Arielle, pero era imposible. Sus dedos rozaron apenas el seno izquierdo. Se dijo que no debía mirar. No reaccionaré. No seré un maldito animal. Pero no podía evitarlo. Miró, y vio que el pezón estaba duro, y eso casi lo descalabra.

Pensó que se preparaba para entrar en combate, y trató de alcanzar ese control frío y objetivo que lo había mantenido con vida muchísimas veces. No se demoró, y sus movimientos incluso fueron un tanto bruscos, hasta que llegó a los pies de la muchacha. Por lo menos ellos eran más seguros que el resto del cuerpo femenino; pero incluso allí lo que encontró le pareció hermoso. Tenía los pies angostos, finamente arqueados. Él estaba mirándole los dedos de los pies y de pronto dijo: -Muy delgada. Tendremos que alimentarla diez veces por día.

No había pretendido afirmar nada especial, y menos todavía algo tan inocuo.

-De todos modos, son hermosos dedos -agregó, tratando de dar a la frase cierto humor, pero sin lograrlo. Suspiró, y comenzó a secarle los cabellos.

Pero eso era sencillamente demasiado. La condenada toalla con que él había cubierto a Arielle no era suficiente. Todo eso lo torturaba, y no había posibilidad de que ella lo aceptara más que lo que había hecho hasta ese momento. La llevó a la cama, le puso la bata, con el cinturón dio dos vueltas y lo aseguró con un buen nudo. Ella no protestó durante esta operación. Burke sabía que había luchado contra él hasta el límite de haber tenido la fuerza necesaria. Arielle no dijo una palabra cuando la devolvió al sillón, junto al fuego.

Cuando los cabellos de Arielle estuvieron apenas húmedos, a Burke le dolía el brazo de tanto desenredar los mechones y sostener el cuerpo de la muchacha. Aflojó un poco la tensión, y se acomodó mejor en la silla. Los largos cabellos de Arielle colgaban sobre el brazo de Burke, y casi tocaban el piso. Ella estaba bien abrigada, el fuego había recibido un caudal considerable de leños y, poco después, los dos se durmieron profundamente.

Burke despertó en la habitación a oscuras. En el hogar había sólo algunas brasas relucientes. Se sentía acalambrado, con el cuello dolorido, y el brazo izquierdo entumecido. Arielle estaba acurrucada contra él, aún dormida, tenía el cuerpo tan flojo, que pronto provocó las más atrevidas fantasías eróticas en Burke.

Él la acercó más, y respiró el dulce aroma de la mujer. Mi esposa, pensó; finalmente es mi esposa. Era poco más de la medianoche. Oyó los sonidos de la casa, los gemidos y los crujidos de la madera, el movimiento suave de las ramas de los árboles contra las ventanas. Se sentía en paz, y sus pensamientos eran gratamente confusos. La realidad no tenía nada que ver con lo que ahora sentía.

-Vamos a acostarnos, esposa -dijo Burke, y sonrió al oír sus propias palabras. Realmente, el sonido de lo que decía le parecía muy grato.

Arielle despertó primero a la mañana siguiente, y ahora se sentía maravillosamente caliente. Le llevó un momento comprender que la calidez provenía de Burke. Ella yacía contra el cuerpo del hombre, con la cabeza sobre el pecho masculino y la pierna sobre los muslos de Burke. Un brazo del hombre la sostenía con firmeza. Podía escuchar su respiración profunda y regular. Ella apoyó la palma sobre el pecho de Burke, y se inmovilizó. Él estaba desnudo. El vello se deslizó entre los dedos abiertos de Arielle.

-¿Burke?

Él masculló algo en sueños y la apretó con más fuerza. Lenta, muy lentamente, ella consiguió apartarse. La bata de Burke se abrió, y Arielle consiguió sujetarla mejor. Casi había logrado separarse, cuando oyó la voz de Burke que decía: -Buenos días. ¿Dormiste bien?

Las mejillas de Arielle se habían sonrojado, y sus cabellos formaban mechones que caían alrededor de la cara y sobre la espalda. El podía haberle dicho que a su juicio era la criatura más exquisita del mundo.

Se miraron: ella veía a un extraño, y él a su esposa. -Tienes bigotes -dijo Arielle.

-Los hombres suelen tenerlos por la mañana. -También tienes vello en el pecho.

-Casi por todas partes, excepto en la espalda. Pero si te parece bien, prefiero que no me obligues a afeitar el cuerpo. Espero que ese vello no te ofenda demasiado.

Arielle comprendió que todo eso era ridículo. -Ahora quiero marcharme.

-¿Ahora mismo? ¿Vestida con mi bata?

Arielle inclinó la cabeza. El se burlaba, en una actitud que parecía amable, pero que no calmaba los temores de Arielle. Nada de eso modificaba la realidad de las cosas. El estaba acostado con ella, desnudo, preparado para hacer lo que le agradaba.

-Me siento mucho mejor -dijo al fin Arielle, apartándose unos pocos centímetros de Burke.

-Magnífico. También yo. Ahora me retiraré un rato. Trataré de ponerme presentable... ¿Estarás bien hasta que yo regrese? Arielle asintió.

-Creo que incluso puedo encontrar un camisón para ti. -¿Un camisón? ¿Y de dónde saldrá el camisón?

-Te compré uno. -Ahí está, pensó Burke; Arielle, afronta la realidad.- En Londres, cuando planeaba secuestrarte. No podía ocuparme de traer el equipaje de tu carruaje, de modo que tuve que comprarte algunas cosas. Si hubieses inspeccionado el armario del otro dormitorio, habrías encontrado varios vestidos, algunos pares de zapatos y ropa interior. Pero no sombreros. Lamento no haberme ocupado de eso. En realidad, te compré un camisón, y tú lo usaste durante tu enfermedad. No estoy seguro de que la señora

Ringlestone lo haya lavado.

Burke no pudo saber si Arielle afrontaba la realidad, o lo que fuese, porque no respondió palabra.

Ella continuó muda hasta que él salió del dormitorio. Cuando Burke abandonó la cama, Arielle se volvió. Y tampoco miró al hombre cuando él le dijo que ya estaba vestido. Burke dirigió a Arielle una larga mirada desde la puerta, y después salió, cerrando suavemente detrás.

Burke no quería dejarla sola demasiado tiempo. Sabía que el momento decisivo ya se aproximaba. Después de todo, no podía pretenderse que la señora Ringlestone y Ruby callasen indefinidamente. Burke tendría que informar a Arielle, y debería deslizar el anillo de oro en el tercer dedo.

Cuando entró en el dormitorio, la encontró sentada junto al hogar, con una manta sobre las piernas y la cabeza apoyada en el cojín. Arielle se había cepillado casi todos los mechones de cabello, y los había unido sobre la nuca, asegurándolos con una gruesa cinta para mantenerlos en el lugar. Tenía los ojos muy grandes en esa cara delgada, y Burke pensó que era la mujer más hermosa que él había visto nunca; y en todo caso, la más bella que él hubiese amado jamás. Sonreía con sus propios pensamientos absurdos y agradables mientras decía: -La señora Ringlestone pronto traerá nuestro desayuno. ¿Tienes apetito?

-Sí. A este paso, cuando llegue el invierno pareceré un lechón sobrealimentado.

-Magnífico, me encantan los lechones sobrealimentados. Bien, Arielle, necesitamos hablar de cierto asunto.

-Quiero irme.

-Se trata de otra cuestión.

-No quiero hablar contigo de nada más.

-Lo lamento, pero es necesario. ¿Recuerdas que te dije que si te casabas conmigo te llevaría a Boston, para ver a tu media hermana?

Ella frunció el entrecejo al oír esto, sin confiar ni un milímetro en él, pero intrigada por la pregunta.

-Sí. ¿Por qué?

Él respiró hondo y extrajo del bolsillo la alianza. Tomó la mano de Arielle, y antes de que ella supiera qué estaba haciendo, había conseguido deslizar el anillo sobre el tercer dedo. Ajustaba bien, y eso era del agrado de Burke.

-Estamos casados -dijo.

Arielle miró el anillo. Trató de quitárselo, pero no pudo. Continuó agitando el dedo.

-¡No seas ridículo! Por supuesto, no estamos casados. Caramba, yo... -Sintió una oleada de pánico, y se sintió insegura y agobiada.- Ese hombrecito... y el otro, que tenía un acento extraño.

-El hombrecito es el vicario. El nos casó. El otro es el doctor Armbruster. Es escocés, y de ahí su acento.

-¡Eso es imposible! Sé que una mujer debe consentir. Burke se inclinó hacia adelante, apoyando una mano en cada brazo del sillón y acercando su cara a pocos centímetros de la cara de Arielle.

-Si me escuchas, te lo diré todo. -Se enderezó, y se apoyó en el reborde del hogar.- En realidad, es muy sencillo. Pensé que te morías. En tu delirio, hablaste de muchas cosas. Pero a cada momento decías que me deseabas. Decías que no podías soportar cómo era y como había sido tu vida. Te pedí que te casaras conmigo, y respondiste afirmativamente.

-¡Mentira! Yo jamás...

-En tu delirio, Arielle. En todo caso, consideré que era lo que deseabas en el fondo de tu mente, y por eso hablé con el vicario. Estuvo de acuerdo. Nos casó. Después, me ocupé del obispo, de las licencias especiales y todo eso. Estamos casados legalmente. -¡No puedo recordar nada!

Él odiaba el sentimiento de pánico, el miedo que se expresaba en la voz de Arielle, odiaba la necesidad de mentir acerca de los sentimientos de la muchacha.

-Arielle, yo no podía obligarte a que te casaras conmigo. Pero dijiste "acepto" con bastante claridad cuando el vicario te preguntó si me aceptabas por esposo. Hubo tres testigos. Firmaste los papeles. Está hecho.

-No puede ser cierto.

-Ya verás que todo se arregla entre nosotros. Ella le dirigió una mirada ácida.

-¿No temes que te asesine como hice con mi marido anterior?

-No. ¿Lo hiciste? Quiero decir, ¿lo asesinaste?

-Sí -dijo Arielle, con expresión perversa-. Sí, lo maté, ¡y lo mismo haré contigo!

Ella estaba sufriendo mucho. Burke deseaba que él pudiera hacer algo, algo mágico.

-Arielle, trataré de hacerte feliz. -¿De veras?

-¿Por qué no crees que yo querré hacerte feliz? Después de todo, te amo. ¿Por qué no querré hacer feliz a la mujer a quien amo?

Se oyó una llamada a la puerta. Burke respondió impaciente.

-Adelante, señora Ringlestone.

La mujer entró en la habitación sonriendo de oreja a oreja.

-Ah, señora, sabía que esta mañana estaría mucho mejor. Su señoría ordenó un desayuno suficiente para un batallón. Sí, eso hizo, y yo estuve de acuerdo...

Arielle miraba a Burke, y prestaba poca atención a la charla de la señora Ringlestone. Su marido. Ahora Burke era su propietario, exactamente como había sido Paisley. La poseería completamente, y como se le antojara, y él tenía el derecho de tratarla como quisiera. Ahora veía claramente el sueño que había tenido antes. Paisley se había convertido en Burke, y él estaba sobre ella, desnudo, y, a diferencia de su esposo, no era impotente. Ella había anticipado el futuro, y eso era lo que había sucedido.

Ella no advirtió que de sus ojos brotaban lentamente las lágrimas y descendían por las mejillas. La señora Ringlestone las vio, y se sintió tan sobresaltada y deprimida que cesó de hablar, y miró con un gesto de impotencia a Arielle.

-Por favor, déjenos, señora Ringlestone -ordenó en voz baja Burke.

Cuando la mujer se retiró, Burke tomó en sus brazos a Arielle y la puso sobre sus rodillas. La muchacha no protestó. No dijo nada. Parecía estar muy lejos, separada totalmente de él.

Burke no podía soportar esa situación.

-Dime por qué lloras.

Arielle movía la cabeza contra el hombro de Burke.

-Arielle, dímelo ahora.

Era su voz más cruel, y detestaba usarla con ella, pero de nuevo fue eficaz.

-¡No lo haré! ¡No lo haré! -Estaba temblando de cólera, y miedo, y él no sabía por qué.

-¿Qué es lo que no harás? ¡Contéstame, maldición!

-¡Ese terrible sueño, se convirtió en realidad, pero no permitiré que me lastimes, no lo permitiré!

-Háblame del sueño.

Ella no se negó a hablar. Él usaba su voz masculina, y ella respondía instantáneamente a la orden.

-Después que volví a verte a orillas del Lago Bunberry, soñé.

Allí estaban Paisley y otros hombres, y todos tenían. ; entonces Paisley se convirtió en ti, y tú estabas en mi cama y me forzabas. No podía detenerte. Eres demasiado fuerte. ¿Comprendes?

-Sí -dijo él en voz baja-, comprendo. Pero, ¿por qué te forzaba? Eso carece de sentido.

-¡Eres hombre!

-Un hombre que te ama.

-Eso es estúpido, no importa, y estás mintiendo.

Burke echó hacia atrás la cabeza y cerró los ojos. Su mano comenzó a acariciar el brazo de Arielle. Las lágrimas de la muchacha cesaron. Arielle suponía que lloraba tan poco porque las lágrimas significaban cierta forma de esperanza. Ella no tenía ninguna.

Y él le había ordenado que terminase, y Arielle obedecía.

Burke deseaba desesperadamente en ese momento decirle que conocía la verdad, pero no estaba seguro de la reacción de Arielle. Descubrir que estaba casada con él era más que suficiente para colmar el nivel de tolerancia de la muchacha, por lo menos momentáneamente. Burke reconocía también que experimentaba cierto temor ante la idea de revelar a Arielle la situación; y temía su propia reacción frente a lo que ella le diría. Mientras viviese, él no olvidaría la rabia impotente que lo había consumido al comprender la verdad. Su hermosa e inocente muchacha, sometida a los abusos de ese monstruo.

Jamás olvidaría ese momento. Ahora se perfilaba tan claramente en su espíritu como en aquel momento. Era entrada la noche, y en realidad la noche de bodas de ambos. La fiebre de Arielle se había elevado como sucedía siempre por la noche, y tenía la

respiración dificultosa. Él había estado bañándola, y ahora se mostraba bastante eficiente en la tarea; pensaba distraídamente que en todas sus fantasías acerca de esa muchacha jamás había contemplado una situación así en su noche de bodas. Finalmente, la había puesto boca abajo, y apartado la gruesa trenza de cabellos apoyándola en el hombro. Comenzó a pasar el lienzo frío y húmedo sobre la espalda, las caderas y las largas piernas. Lo hacía con ritmo regular, casi sin presionar, y en silencio recitaba versos en latín para controlar sus propios deseos. La vela se apagó súbitamente, y él interrumpió lo que hacía para encender otra. La sostuvo en alto un momento. Y después miró a Arielle, la miró realmente, con esa luz intensa y firme, y entonces quedó como paralizado.

Movió mecánicamente la cabeza. Tenía que ser una trampa originada en la luz de la vela. Pero no era así. Acercó más la vela.

Rozó apenas con un dedo una de las delgadas marcas blancas. Después otra. Había tantas. Le miró las nalgas y los muslos. Más líneas blancas, y Burke quiso gritar y protestar, pero no dijo nada. Eso no hubiera servido. No modificaba las cosas. La habían castigado, a menudo y con minucioso detalle. Burke cerró los ojos, incapaz de asimilar la realidad de esas marcas. ¿El padre? ¿El medio hermano? Movió la cabeza en el acto mismo de pensar esto. No, por supuesto, el marido. Por eso los hombres la aterrorizaban tanto, y por eso no había querido casarse con él.

La enormidad de la situación golpeó a Burke en medio de los ojos. Continuó pasando el lienzo sobre el cuerpo de Arielle, hasta que finalmente la temperatura descendió y de nuevo pareció que ella se recobraba. Con movimientos suaves la puso boca arriba. Vio ahora varias líneas blancas atenuadas en los pechos y el vientre. Tragó convulsivamente. Se acostó en la cama, sosteniendo con fuerza a Arielle, y tratando de pensar. Golpear a una niña de dieciséis años. Y no era cualquier niña, sino una joven dama. La verdad ponía a prueba su credulidad, y Burke no estaba seguro de que podía haber aceptado eso, si no hubiese tenido la prueba ante los ojos.

Mientras él pensaba en Arielle esos últimos tres años, entretejiendo fantasías que cubrían toda la gama, desde los episodios intensamente eróticos hasta los tiernamente afectuosos, la desnudaban, la golpeaban y la obligaban a arrodillarse frente a su marido, a recibirlo en su boca y a llevarlo al goce, de tal modo que había aprendido a hacerlo con la experiencia de la cortesana más veterana.

Santo Dios, Burke no podía soportar la idea de todo ese asunto; pero en efecto, pudo sobrevivir. La habían quebrado de un modo tan absoluto, que Arielle había aceptado a Burke nada más que de verlo esgrimir el látigo de montar. Recordaba el sentido de urgencia de Arielle, sus movimientos frenéticos para desnudarse. Creía que él la castigaría si no se daba prisa.

Se preguntó si Paisley Cochrane la había entregado a otros hombres. Que si así hubiese sido no lo habría sorprendido en absoluto.

Y volvía siempre al mismo pensamiento: Si él se hubiese casado con Arielle tres años antes... Al demonio con los escrúpulos en relación con la juventud de la muchacha, al demonio con todo.

Y ahora, ¿qué podía hacer?

Desvió la mirada, consciente de que había permanecido encerrado en sus pensamientos. Arielle había comenzado a desayunar. Él trató de sonreír, pero era difícil. ¿Cómo resolver el asunto?

Cuando Arielle terminó, Burke la ayudó a acostarse. Puso la bandeja frente a la puerta del dormitorio, y después regresó para sentarse a los pies de la cama.

En ese momento-Burke comprendió que no deseaba revelar a Arielle que él sabía a qué atenerse. No podía concebir siquiera cuál sería su reacción. No, pensó, después de adoptar su decisión, primero necesitaba lograr que confiase en él.

¿Y la intimidad sexual entre un marido y su mujer? El no sabía a qué atenerse. Sabía únicamente que conseguiría que Arielle se acostumbrase a él, a su cuerpo, a su contacto y sus abrazos.

-Eres muy fuerte -dijo de pronto Arielle, y sus palabras sorprendieron a Burke.

Ahora, todo lo que ella decía cobraba un significado distinto para Burke, pero él no estaba dispuesto a revelarlo. Todavía no.

Dijo con actitud desenvuelta: -Sí, y esa fuerza es para protegerte.

Arielle, no temas mi fuerza; al contrario, alégrate de que exista.

-Sabes hablar muy bien, Burke.

El se interrumpió un momento, y después reveló el sentido de las palabras de Arielle.

-¿Sugieres que todos los hombres son mentirosos, son bestias crueles y depredadoras?

-Sí. -Ella elevó el mentón, pero Burke vio el miedo que acechaba en los ojos de la joven incluso mientras manifestaba su pequeño desafío. Burke se puso de pie y ella se encogió.

El no hizo caso de la reacción de Arielle, y dijo: -Cuando recobres fuerzas, iremos a Ravensworth Abbey. Tus criados sin duda están allí, esperando a su ama.

-Quiero ir a Boston. Lo prometiste.

-Sí, y eso haremos. Apenas estés embarazada. Y Burke sabía que esa sería probablemente una tarea formidable. La mentira dicha para beneficio del médico y el vicario había estado tan lejos de la realidad como hubiera podido concebirse.- Apenas la guerra entre los dos países termine -continuó diciendo Burke-. Este otoño seguramente todo acabará. Bien, ¿deseas descansar un rato?

Ella asintió, y Burke pensó: Cualquier cosa, con tal de desembarazarte de mí. Sea, decidió, y salió del dormitorio.

-¿Qué estás haciendo?

La voz de Arielle sonó muy aguda.

Él le sonrió y continuó desabotonándose los calzones. Se quitó estos y las prendas interiores, y permaneció así, desnudo, siempre sonriendo a Arielle. Burke no se sentía muy excitado, pero si ella continuaba mirándolo llegaría a estarlo.

-Voy a bañarme -dijo Burke con aire desenvuelto-. ¿Quieres acompañarme?

-¡ No! Por favor, ¿no puedes ir a otra habitación? ¿ o permitir que yo salga de aquí?

Burke caminó hacia ella y los ojos de Arielle se apartaron de la cara de su secuestrador, y él comprendió que ella estaba mirándolo, y todos los sentimientos masculinos en su persona respondieron, y él sintió que su órgano se inflamaba y avanzaba. Bien, ella no era una inocente. Tenía que saber que él la deseaba como mujer.

Entonces vio el miedo en los ojos de Arielle, y se detuvo. Serenamente recogió su bata y se la puso. Él había logrado algo. La vez siguiente en que él estuviese desnudo, Arielle no reaccionaría con tanta intensidad; o por lo menos esa era la esperanza de Burke. Poco a poco se acostumbraría a él. Burke conocía el cuerpo de Arielle tanto como conocía el suyo propio. No deseaba que ella continuara desconociendo el físico de su esposo. Tenía que aprender a conocerlo; se acostumbraría a él.

-¿Desearías conversar conmigo?- dijo mirándola con el ceño fruncido.

-Desearía vestirme y salir de este cuarto.

-Está bien. El doctor Armbruster vendrá en poco rato más.

Si dice que estás bien, te llevaré a la planta baja.

Después, se quitó tranquilamente la bata y se metió en la bañera. Cantó mientras se lavaba, y miraba de reojo a Arielle. La expresión de la joven parecía dolorida. ¿A causa del canto o de la amenaza del cuerpo masculino?

El doctor Armbruster no pareció muy sorprendido cuando el conde lo obligó a esperar abajo varios minutos. No, dijo, no diría nada a la señora acerca de su embarazo. Ciertamente, comprendía que ella podía sentirse molesta.

Santo Dios, pensó el doctor Armbruster unos cinco minutos después, ¡ella me teme! Armbruster era un hombre sumamente áspero, pero esta joven, que se cubría los senos con los brazos, cuyos ojos inquietos jamás se apartaban del médico, lograba que él deseara usar toda su habilidad para tranquilizarla, como hubiera podido hacer con un niño mortalmente enfermo.

Retrocedió un paso y se acomodó en una silla. Sonrió a Arielle. Procedería con muchísima lentitud.

-La veo tan saludable como el señor McGee, que ahora puede bailar una danza con su pata de palo. Señora, ¿cómo se siente?

-Muy bien, señor.

Esa joven tenía una hermosa voz. Pero Armbruster deseaba que no manifestara tanto temor. Miró al conde, el marido era paciente. La cara de Burke no tenía expresión, pero el doctor Armbruster se preguntaba qué estaría pensando. ¿Percibía el miedo de su mujer? El médico necesitaba auscultar a Arielle. Comenzó a incorporarse, pero interrumpió su movimiento.

-Señora, su esposo estuvo muy preocupado. Y por otra parte, ha sido un excelente enfermero. Los dos parecen un tanto agotados. Les recomiendo mucho descanso.

-¿Cuándo puede viajar? -preguntó Burke.

-A juzgar por su saludable aspecto, mañana. -El doctor Armbruster se puso lentamente de pie, consciente de que ella lo miraba con cautela.- Señora, ¿puedo auscultarla?

Vio que ella tragaba convulsivamente. No se movió hasta que Arielle asintió con la cabeza, y dijo: -Está bien.

El no le quitó el camisón. Tampoco la tocó con las manos. Era difícil, pero se inclinó todo lo posible hacia el pecho de Arielle sin tocarla. Felizmente, los pulmones estaban limpios. Como no pudo evitarlo, rozó apenas la frente de Arielle con la palma de la mano. Sintió que ella se encogía, pese a que pareció que no se movía en absoluto.

Se apartó de Arielle.

-Sí -dijo a Burke-, mañana, pero haciendo etapas cortas.

¿Adónde van?

-No es lejos. A Sussex, cerca de East Grinstead.

-Milord, ¿su propiedad está allí?

-Sí. Ravensworth Abbey está en el límite del bosque de Ashdown.

El doctor Armbruster vio que ella estaba aflojándose y dijo:

-Un hermoso lugar, el bosque de Ashdown. Estuve visitando el Weald no hace mucho tiempo. Tengo una hermana en Hammerwood.

-Un hermoso pueblecito -dijo Burke.

-Milord, ¿la acompañará en el carruaje?

-Ciertamente. Si se fatiga, podemos detenernos.

Armbruster, la cuidaré mucho.

El doctor Armbruster asintió, y después se volvió hacia

Arielle.

-Señora, haga lo que le dice su marido. Tiene casi tanto sentido común como un escocés.

Eso poco importaba a Arielle. En cambio, deseaba preguntar al médico si en efecto estaba casada con el conde de Ravensworth. El médico percibió la evidente inquietud de Arielle, y le preguntó amablemente: -¿Hay alguna dificultad? ¿Quizá desea preguntarme algo?

Ella miró a Burke, y comprendió con un terrible sobresalto que temía preguntar nada al médico. Temía a Burke, temía que se enojara y la golpease. Burke dijo: -Arielle, ¿deseas preguntar al doctor Armbruster acerca de nuestra ceremonia matrimonial?

Ella pareció al mismo tiempo alarmada y sorprendida. -¿Fue hace más de una semana?

-Sí, y muy agradable. El vicario dijo las palabras apropiadas, lo mismo que usted y su marido. Ahora, debo marcharme. Si antes de la partida sucede algo, envíen una persona y yo vendré enseguida. Adiós, mi señora. -El doctor Armbruster caminó hacia la puerta, y después se detuvo y se volvió.- Señora, usted tiene un marido excelente; sí, excelente. Ojalá que ambos sean felices.

Arielle lo miró como si de pronto él hubiera anunciado que era el nuevo rey de Inglaterra. A su vez el médico esbozó una sonrisa y salió, y su actitud era la de un hombre pensativo.

No sucedió nada ingrato el resto del día, por lo menos a juicio de Burke. Esa noche enseñó a Arielle a jugar piquet, y ella asimiló bien las normas del juego, tanto por lo que se refiere a la estrategia como a llevar la cuenta de los naipes.

-Gané sólo cinco mil libras esterlinas -dijo Burke, enderezándose en su silla-. Pero creo que en poco tiempo más me arrebatarás toda mi fortuna.

Ella había olvidado todo, excepto el juego. Incluso había reído varias veces, y Burke se había sentido reconfortado ante ese sonido maravilloso. Dijo de pronto: -¿Quieres que juguemos otra partida?

Ella aceptó deprisa, pero Burke vio que estaba fatigándose. -Te estás pareciendo a una hermosa rosa que comienza a amustiarse. Si queremos partir mañana, tienes que descansar.

Ella observó en silencio mientras Burke apartaba de la cama el mazo de naipes y la mesa. Después, él comenzó a desnudarse tranquilamente. Cuando él se volvió, completamente desnudo, Arielle exclamó: -¡No! ¡Por favor, no quiero que estés aquí!

El se limitó a negar con la cabeza.

-Arielle, soy sólo un hombre. Nada nuevo. También soy tu marido. Imagino que me verás desnudo todos los días los próximos cincuenta años. Acostúmbrate a mí, ¿eh?

En realidad, él no esperaba una respuesta. Se acercó a la cama y se deslizó entre las sábanas. Arielle se apartó deprisa hacia el extremo opuesto, tan cerca del borde que él imaginó que durante la noche podía caer al suelo.

Él alcanzaba a sentir las oleadas casi tangibles de tensión que provenían de Arielle, pero no sabía qué hacer al respecto. -Nunca me dijiste qué hizo tu hermano para apoderarse de Víctor.

Durante un momento, él no supo de qué hablaba Arielle. -Santo Dios, ¿recuerdas lo que te relaté acerca del pony? -Ciertamente. Bien, ¿cómo consiguió Montrose apoderarse de Víctor? ¿O no fue así?

-Si me das el beso de las buenas noches, te lo diré.

Burke oyó que ella respiraba hondo. Se incorporó en la cama, apoyándose en el codo.

-Bien.

-No -dijo Arielle, con una voz muy tenue-. Apártate.

-Como desees -dijo Burke. Se apartó. Hasta la mitad de la noche, en que estalló una tormenta y la temperatura descendió. Al despertar, encontró a Arielle extendida sobre él, con los dos brazos alrededor del cuello masculino. Tenía el camisón enrollado en la cintura. La mano izquierda de Burke descansaba sobre las nalgas desnudas de la joven. Era maravilloso, y él continuaba medio dormido. Arielle tenía la piel suave y lisa. Él comenzó a soñar que le hacía el amor, y sus dedos lograron que el sueño fuese real. Arielle tenía las piernas entreabiertas, y los dedos de Burke se deslizaron entre los muslos. Y él le tocó las formas femeninas. La sintió tibia y blanda, y pensó que estaba a un paso de explotar.

El sueño continuó. Los dedos de Burke de nuevo se movieron. Deseaba sentirla mejor y deslizó un dedo en el interior de la muchacha. La sintió tensa y caliente. Burke gimió por lo bajo, y su dedo penetró más profundamente en ella.

El pulgar de Burke se movió entre los pliegues suaves de la carne femenina, y Burke quería más, deseaba oír los gemidos de Arielle, deseaba que ella gritase pidiendo más, deseaba... Burke gimió, y ese mismo gemido lo despertó. En un instante estuvo totalmente despierto.

Por favor,

-Arielle -murmuró, sintiéndola, sin comprender muy bien lo que sucedía, y sin desear que la cosa se aclarase del todo. Sintió que ella se movía; y entonces, ella se incorporó apoyándose en los codos. En la oscuridad, él apenas podía distinguir los rasgos de Arielle.

Ella gimió, y Burke sintió que las caderas de la joven se movían.

-Arielle -dijo Burke, y con un movimiento rápido la puso boca arriba y se le echó encima.

Capítulo 11

Estaba oscuro y las sombras envolvían la mente de Burke, y dejaban en libertad sus deseos. Arielle aún tenía el camisón enrollado sobre la cintura. Las manos de Burke palparon el cuerpo femenino, la suavidad de las piernas y el vientre. Le pareció casi insoportable el breve grito que brotó de la garganta de la joven, a juicio de Burke un grito que era un ruego y la expresión del deseo.

Se apretó contra ella, deseando desesperadamente penetrarla. Se acomodó mejor, jadeante, decidido a lograr su propósito, y de pronto a ella se le endureció el cuerpo.

-Arielle -dijo Burke con voz ronca-. Quiero penetrarte.

Quiero que me pertenezcas completamente. -Su voz no era muy segura, y Burke comprendió la profundidad del deseo que ella le inspiraba. Tenía que detenerse. No podía asustarla. Con movimientos lentos la apartó, y él mismo se acostó boca arriba.

-Vuelve a dormir -dijo-. Pero Arielle, sueña conmigo, ¿eh?

Quizás eso era lo que soñabas cuando te toqué. Sí, me deseabas.

Quiero colmar tu vida de deseo y placer. -Era extraño qué fácilmente podía hablar de cosas así en medio de la noche, en la oscuridad, sin que la contemplación de la cara de Arielle rechazara los pensamientos y expresara dudas.- Quiero que seas feliz. Te haré feliz si me das una oportunidad.

Las extrañas sensaciones centradas en el vientre de Arielle ahora habían desaparecido, y quedaban los ecos de algo impreciso e inquietante, algo que la propia Arielle no entendía, y no deseaba entender. Oía la voz profunda de Burke y pensaba en lo que él decía. Parecía tan terriblemente sincero. Pero ella no era tonta. No volverían a engañarla. Podría haberla tomado, pero no lo hacía. ¿Por qué? Estaba sobre ella, exactamente como en el sueño.

En voz alta, Arielle dijo: -No te comprendo. -Confía en mí, y la comprensión llegará.

Más palabras tiernas propias de los hombres. -Oh, no, no haré eso.

Burke dejó pasar la respuesta y dijo: -Por lo menos estás acostada conmigo en la cama, y estamos casados, y nos hablamos en medio de la noche. Hemos avanzado mucho, Arielle. Realmente, muchísimo.

Sí, él tenía razón en eso.

-Tienes el camisón enrollado en la cintura.

Burke sintió el movimiento de la joven que se arreglaba la prenda.

-¿Tienes frío? -¿Por qué? -Te abrazaré. -No -dijo ella. Y eso fue todo por el momento.

Arielle tenía la cara pálida a causa de la fatiga. Se inclinaba sobre él, moviendo la cabeza contra el hombro de Burke. Él la besó en la sien. La sostuvo con firmeza, y dijo en voz baja: -Querida, casi estamos en casa. Ahora pronto mejorarás.

Antes, siempre que Burke regresaba a Ravensworth, experimentaba un sentimiento de intensa pertenencia, de retorno al hogar. Pero ahora toda su atención se concentraba en Arielle. El carruaje, manejado por Tom Acre, de Shepherd Smeath, entró por el ancho camino, y Burke saludó con un gesto a Toby, el portero. El camino era largo y sinuoso, y Burke conocía cada uno de los robles, cada arce, cada árbol de lima. Todos tenían un follaje

espeso, y una abundante hojarasca en mitad del verano. Besó suavemente a su esposa en la frente, convencido de que ella se había dormido.

No era así. Arielle se apartó de Burke, recogió su gorro, depositado sobre el asiento, y se lo puso en la cabeza.

-Un poco inclinado -dijo Burke, sonriendo a la joven, y lo arregló. Después, ella ató la cinta bajo el mentón.

-Muy elegante, aunque está un poco gastado a causa del uso. -Era el que ella había usado el día del secuestro. Un costado estaba casi completamente aplastado.- Arielle, a los criados les agradará que tú seas el ama. Mi asistente Joshua incluso está enamorado de ti, pese a que habitualmente no admira demasiado al sexo opuesto. No quiero que te preocupes por nada. En pocos ratos más estarás descansando en tu cama. Tu criada Dorcas está aquí, y si lo deseas puedes conservarla.

Arielle miró por la ventana, y después dijo en voz baja: -No quise venir aquí. Tengo miedo.

-¿De qué?

Ella se encogió de hombros.

-No soy lo que era antes. Ojalá me hubieses creído. Acabarás sintiendo desagrado por mí, ¿y qué sucederá después? Tom Acre detuvo el carruaje frente a la casa, y así Burke no necesitó contestar. Su mayordomo Montague estaba de pie frente a la puerta abierta, en una actitud que podía calificarse de majestuosa. Burke sabía que todas sus instrucciones habían sido cumplidas al pie de la letra, e incluso con más eficiencia que en el ejército.

-¿Tienes fuerza como para caminar?

-Ciertamente -dijo Arielle, sin saber muy bien si eso era cierto o no. Se sentía muy débil, pero tendría que afrontar la situación.

Un lacayo llamado Charlie, vestido con la librea de los Drummond, con los colores azul y carmesí, abrió la portezuela del carruaje. Burke descendió de un salto y se volvió para ayudar a Arielle. Ella tenía la cara pálida, y a él se le encogió el corazón al ver el temor que expresaban esos ojos. Le rodeó la cintura con las manos y la alzó.

-Eres la condesa de Ravensworth -dijo en voz baja-. No lo olvides jamás. ¿De acuerdo?

-No, no es así -dijo ella.

Entonces vio a Dorcas que salía corriendo de la casa y exclamaba: -¡Mi niña! Al fin estás aquí. -Dorcas se detuvo bruscamente y saludó con una reverencia a Arielle.- Mi señora -dijo. Dirigió una rápida mirada al conde, y este asintió.

-Dorcas, ella estuvo un poco enferma -dijo Burke-. La ayudaré a subir al dormitorio. Montague, ordena a uno de los lacayos que traiga al doctor Brody.

-Por favor, no, Burke -dijo Arielle, tocando la manga de la chaqueta de Burke con sus dedos-. Por favor.

-Pero quiero tener la certeza de que estás bien. -Estoy bien. Sólo un poco cansada. Por favor.

Burke se dijo que jamás podría resistirse a un ruego de Arielle. Estudió la cara de la joven, y sin decir palabra la alzó en brazos. -Será como tú quieres. Sólo pido -agregó en voz baja- que no me contraríes.

-No -dijo ella-. No lo haré.

Arielle tuvo la sensación de que muchos servidores se habían reunido a la entrada de la casa. Burke habló a su ama de llaves, la señora Pepperall, y a Montague. Estos saludaron cálidamente a Arielle. Todo se hizo como Burke deseaba. Saludó con un gesto a los criados mientras subía con su esposa al primer piso. El enorme dormitorio principal estaba al final del corredor del lado este, y al lado se encontraba el dormitorio de la condesa, una habitación que la madre de Burke había adornado con telas de color durazno y lavanda claro. Burke había

dudado acerca de la conveniencia de mantener con él a Arielle, y todavía no estaba seguro. Imaginó que Dorcas y su propia y natural perversidad inclinaron la balanza.

-Por aquí, milord -dijo Dorcas, y se apartó a un costado con el fin de que él introdujese a Arielle en el dormitorio de la condesa.

-Creo que no -dijo Burke, y caminó hacia la puerta de roble que estaba después. La abrió y entró-. Nunca estuviste aquí arriba, ¿verdad?

Arielle movió la cabeza contra el hombro de Burke. Él cerró la puerta con un puntapié, y se preguntó si Dorcas lo había seguido y ahora estaba mirando fijamente la puerta cerrada.

-Un instante más, y estarás en la cama.

Con movimientos rápidos y precisos Burke puso de pie a Arielle al lado de la cama enorme en que él había nacido, y la desvistió. Ella se apoyó en Burke, y eso lo complació. Le quitó la camisa y la enagua, y después la sentó sobre el borde de la cama. Se arrodilló y le quitó las medias y el calzado.

-Como ves, no fue muy terrible, ¿verdad? -dijo con un toque de humor, mientras se ponía de pie. La ayudó a deslizarse entre las sábanas frescas y la cubrió con las mantas.

-No -dijo ella, un poco sorprendida. Cinco minutos después estaba dormida.

Se oyó un golpe seco en la puerta. Dorcas estaba allí, con aire desafiante.

-Está durmiendo -dijo Burke-. No hay que molestarla. -Pero...

-Si usted quiere sentarse al lado, puede hacerlo. Pero no la despierte, Dorcas.

La anciana le dirigió una mirada que hubiera podido paralizarlo.

-La conozco. Estoy segura de que no quiso casarse con usted.

-Bien, se equivoca. -¡Usted le hizo algo!

-En realidad, no fue así. Ahora, no me moleste más. Tengo mucho que hacer, fuera de perder el tiempo discutiendo con usted. Se alejó deprisa, tratando de escapar de Dorcas, que lo miró irritada.

Burke quería hablar con Geordie. Lo encontró en compañía de Joshua, en los establos. Geordie le dirigió una mirada reflexiva, y después lo saludó secamente.

-Milord -dijo.

Sin preámbulos, Burke dijo: -Geordie, yo no le hice daño en ningún momento. Usted le profesa afecto, y quise que se enterase por mí. Se casó conmigo. Enfermó, pero ahora está recuperándose. Todo está bien. Haré todo lo que esté a mi alcance para que sea feliz conmigo.

Geordie asintió y dijo a Joshua.

-Infórmele a su señoría.

-¿Que me informe de qué?

-Ese caballero francés, Etienne DuPons, vino a curiosear por aquí.

-¿El hijo ilegítimo de Cochrane?

-Sí, el mismo, el maldito -dijo Geordie-. Vea, no encontró nada, pero me llamó la atención, de modo que lo seguí cuando salió de aquí.

-¿Adónde fue?

-A Leslie Farm, a reunirse con Evan Goddis, el medio hermano de la dama. Bien, me acerqué a la casa y escuché junto a la ventana de la biblioteca. Usted no lo creerá, pero DuPons había planeado secuestrar a la señora y obligarla a casarse con él. Estaba furioso, y Goddis le dijo que acabase de una vez. DuPons dijo a Goddis que sabía que usted se había entrometido, pues Dorcas y yo estamos aquí. Y Goddis le dijo que el asunto había terminado, y que se fuera al diablo, pues era un estúpido. Había tenido su oportunidad, y Goddis no estaba dispuesto a ayudarlo otra vez.

Burke recordó que había estado en el camino, esperando el carruaje de Arielle. Era evidente que Etienne DuPons también había estado esperando; pero Burke se le había adelantado. Era una situación irónica, divertida y temible al mismo tiempo.

Santo Dios -dijo, y se pasó los dedos por los cabellos-. Esta situación tiene más vueltas y recovecos que un laberinto. Joshua, con una sonrisa torcida en la cara, dijo: -Ordené a los muchachos que vigilen bien. Ahora que usted y la señora están aquí, no podemos correr riesgos.

-¿DuPons vendrá incluso si sabe que está casada conmigo? Eso me parece increíble.

Geordie miró a Joshua y al conde. No sabía muy bien qué hacer. Maldición, tenía que proteger a la muchacha.

-Él la desea mucho -dijo al fin-. Mucho. Burke lo miró, esperando.

-Sí, milord. Bien, él vivió en Rendel Hall unas semanas antes de la muerte de su padre. No sé muy bien qué la obligó a hacer el viejo, pero... bien, la señora lo expulsó inmediatamente después de la muerte de Cochrane, y él comenzó a mover la lengua y a decir cosas sucias y...

-Entiendo -dijo Burke, palideciendo de rabia. Respiró hondo-. Gracias por decírmelo, Geordie. Puede tener la certeza de que yo la protegeré.

-Bien, hay otra cosa. Su medio hermano Goddis la vendió a Cochrane. Por quince mil libras esterlinas. Cuando ella huyó y fue a pedirle protección, volvió a venderla. Esa vez fueron cinco mil libras. Goddis no es un hombre bueno. Creo que estaba detrás del plan de DuPons de casarse con ella; de ese modo recibiría más dinero.

-Pero ella no tenía nada. Su administrador y el procurador le habían robado todo.

-Supongo que Goddis y DuPons no lo sabían.

-Bien, seguramente ahora lo saben. Y no creo que actúen... de nada les serviría. Geordie, no le preguntaré cómo llegó a saber

todo esto. ¿Hay algo más?

Geordie movió la cabeza. El y Joshua observaron al conde que regresaba a la casa, con la cabeza inclinada, absorto en sus pensamientos.

-Quizás usted tuvo razón, Joshua. Es un hombre bueno.

-De lo mejor -dijo Joshua-. Ahora que le pertenece, la defenderá.

-Y también es terriblemente obstinado. Joshua sonrió.

-Así es, muchacho. Pero justo; el mayor siempre fue justo. -No la perjudicará, ¿verdad?

-Geordie, se lo dije veinte veces... su señoría no es capaz de hacer eso.

Pero en ese momento su señoría estaba enfurecido. Descubrió que ansiaba que DuPons y Goddis llegasen a la casa. Deseaba matarlos a los dos. Fue a su estudio, saludó a su administrador Cerlew, ignoró la mirada sombría y la pila de papeles que él había preparado, y lo despidió. Extrajo papel y pluma y escribió para la Gazette la noticia de su matrimonio. Después, redactó cartas para Knight y su hermana Corinne. Hecho esto, subió a ver a su esposa.

Abrió en silencio la puerta, pues no deseaba despertarla si aún dormía. Oyó voces y se detuvo.

Dorcas decía: -Geordie estaba furioso, pero ese hombre Joshua lo calmó. Y le aseguro que le costó bastante, señorita Arielle. Aún no puedo creer que usted se haya casado con él. Pero por lo menos es rico.

La voz de Arielle era débil pero áspera: -No tuve conciencia de que me casaba con él, ¡y me tiene sin cuidado que sea dueño de Inglaterra entera! Dorcas, dejemos esto. No quiero continuar hablando del asunto. Ha terminado. Entiendo que me llevará a Boston. Lo prometió. Pienso que su señoría es un hombre que cumple su palabra. Cuando nos encontremos en Estados Unidos podré alejarme de él.

-¿Y si la castiga, y la obliga a...?

-Por favor, Dorcas. Si llega a eso, soportaré la situación hasta que pueda escaparme. No deseo nada de todo esto, pero una mujer tiene pocas posibilidades en la vida. -En su voz

no había amargura, sino aceptación, y esa actitud irritó todavía más a Burke.- Los hombres son dueños de las mujeres. Lo sé. El todavía no mostró su verdadera cara, pero lo hará. Si no estoy de acuerdo con él, me golpeará, quizá con un látigo. A eso llegaremos, a pesar de todas las seguridades que me ofrece y de que pretende parecer el más dulce de los ángeles. -Hizo una breve pausa y suspiró hondo.- No sé por qué todavía se muestra amable conmigo. Después de todo, ahora soy su esposa y ya no tiene motivos para continuar fingiendo. No lo comprendo.

Burke oyó de nuevo la voz de Dorcas, pero ahora ella había modificado el volumen de modo que él no pudo distinguir las palabras. Con movimientos lentos cerró la puerta y caminó de regreso a su estudio. Se sentó en un antiguo sillón, frente al hogar de mármol, y miró la chimenea vacía.

Esa noche Burke ordenó que llevasen la cena al dormitorio principal. El y Arielle comieron en una atmósfera amable hasta que ella dijo con una voz tenue, que trataba de trasuntar firmeza y seguridad: -Desearía ir a mi propio dormitorio. No está bien que me quede aquí.

-¿Por qué no?

-Un marido y su mujer no comparten el mismo dormitorio.

Sencillamente eso no se hace.

-Querida, ¿no querrás comenzar una moda nueva? Los maridos y las esposas que desean dormir uno en brazos del otro deben compartir...

-¡No! -Ella contempló dolorida las arvejas que restaban en su plato.

Él dijo con voz que intentó ser amable: -Arielle, no vuelvas a hablar de esto. Este es nuestro dormitorio. Somos marido y mujer, y dormiremos juntos todas las noches.

Arielle comió el resto de sus arvejas. Eran frescas, y ella dijo: -La casa tiene su propio huerto.

-Sí. Si te interesa, estoy seguro de que la señora Pepperall de buena gana te mostrará todo. Como sabes, aquí eres el ama. Puedes hacer lo que desees.

Arielle comió un bocado de su perdiz. Era excelente, tierna y bien condimentada. De modo que él la autorizaba a hacer lo que quisiera. No le creyó. Había sido lady Rendel demasiado tiempo para creerlo. Todos los criados se sometían al amo, no a la señora.

Cualquiera de los criados traicionaría de buena gana a la señora si el amo así lo deseaba.

Burke dijo con voz casual: -¿Invitaremos a tu medio hermano Evan Goddis? ¿Quizás a cenar? No lo conozco.

Ella depositó el tenedor sobre el plato.

-¡No! Es decir, él y yo no mantenemos relaciones muy estrechas. Más todavía, no lo conocí bien sino después de la muerte de mi padre. Entonces fue mi tutor. -Arielle se dijo que sus comentarios no debían parecer demasiado extraños.- Quizás en el futuro pueda hacernos una visita -agregó con más calma.

Burke se limitó a asentir. La antipatía de Arielle era profunda, y él no deseaba debilitarla. Si ella se hubiese encogido cuando él mencionó el nombre de Evan Goddis, eso habría sido la prueba de que el hombre la había lastimado, y Burke habría ido a Leslie Farm como un toro enfurecido. Enmantecó una rebanada de pan, y dijo: -Arielle, ¿tienes un hijastro? ¿Etienne o algo así?

Él la examinaba con los párpados entrecerrados. La reacción de Arielle fue bastante clara: la palidez, los ojos dilatados, el temblor de las manos. Ese hombre le había hecho algo. Burke la observó mientras ella depositaba el tenedor sobre el plato.

-Sí -dijo finalmente Arielle, y su voz ahora era serena-. Se llama Etienne DuPons. Es hijo ilegítimo de Paisley. Su madre era francesa, y él adoptó el apellido de la mujer. Confío en que ahora estará bastante lejos de esta casa.

-No, en realidad, no es así. ¿Sabías que se aloja en Leslie Farm?

-¿Cómo lo sabes?

-Lo que te afecta, me interesa. No lo olvides, Arielle. ¿Lo sabías?

-Sí, lo sabía. Pero esperaba que ya se hubiese marchado. No me agrada demasiado.

-¿Por qué? ¿Él amenazaba tu posición en Rendel Hall? Arielle se echó a reír, una risa dura y desagradable. Y continuó riendo, casi histéricamente. Tan pronto recuperó el control, se apoyó en las almohadas y cerró los ojos.

Bien, pensó Burke, DuPons le había hecho algo. ¿Quizás el marido la había entregado a su hijo?

-¿Nunca tuvisteis hijos durante tu matrimonio? -No.

-¿Estuviste embarazada? -No.

Burke se dijo que sus pensamientos tenían un sesgo melodramático. Pero eso podría haber sido así. Quizá, después de todo, el viejo Cochrane era estéril. Si no estaba en condiciones de engendrar un hijo, ¿no podía concebirse que hubiese forzado a Arielle a mantener relaciones con su propio hijo para que se embarazara? No, era absurdo.

-Arielle, ¿deseas una taza de té? Ella suspiró y asintió.

-¿No tienes más preguntas?

-Por el momento no. Te diré una cosa, querida. ¿Por qué no jugamos piquet? Y después, te conviene dormir toda la noche.

Y, pensó mientras traía dos mazos de naipes, a mí me tocará una noche infernal.

No fue tan desagradable como él había temido. Había olvidado que el lecho era tan inmenso. Si yacía de costado, necesitaba extender el brazo nada más que para rozarla. Yacía desnudo, con el miembro viril inflamado y, apelando a su voluntad, evitó todo contacto.

Con respecto a Arielle, miraba fijamente el techo oscuro. Por duodécima vez se preguntó: ¿Qué podía hacer? ¡Todas esas preguntas! Pero era imposible que él supiera nada. Y de pronto, lo vio. Cerró los ojos, pero la imagen de Burke se perfiló oscura y real en su mente. Como sola hacer desde que habían contraído matrimonio, tranquilamente comenzó a desnudarse, mientras hablaba con ella de los temas más mundanos. Y ella lo miraba atentamente, hasta que recobró el sentido y le dio la espalda. Las llamas que lo enmarcaban le conferían la apariencia de un dios áureo. Delgado y fuerte, y bellamente formado. Pero era hombre, y toda esa fuerza podía lastimar.

-¿Arielle? -había dicho Burke un rato antes, cuando aún no estaba acostado.

Ella no había deseado hacerlo, pero se volvió para mirarlo. Él continuaba completamente desnudo y le sonreía. Tenía el miembro erecto.

-¿Puedo traerte algo antes de acostarme? -¡Una bata! -casi gritó Arielle-. ¡Para ti!

Él sonrió. Ella lo miró, mientras Burke se acercaba al candelabro depositado sobre la mesa, junto a la cama. El apagó rápidamente las velas.

La habitación estaba en sombras, y ella lo oyó meterse en la cama, y sintió cómo el colchón cedía bajo el peso de su nuevo ocupante.

-Por favor -murmuró ella-, por favor, no me obligues... -No lo haré -dijo Burke.

Ella escuchó ahora la respiración profunda y regular. Se sobresaltó cuando él dijo en voz baja: -Esposa, ahora voy a besarte. Un besito, nada alarmante. No te debatas, ni saltes de la cama, ¿eh? -No quiero que me beses.

-Lo siento, pero en este momento me importa un rábano lo que tú quieras.

Rodó sobre sí mismo, y aunque no estaba tocándola, Arielle puedo sentir el calor del cuerpo masculino. Sintió las yemas de los dedos que le tocaban el mentón y el cuello.

-La primera y única vez que te besé, estaba dominado en partes iguales por la irritación y el sentimiento de que todo estaba mal. Te traté duramente. Ahora no haré lo mismo. Quieta, esposa.

Arielle sintió el aliento cálido en la mejilla, y que él le sostenía el mentón en la palma de la mano, de modo que ella no podía apartarse. Después sintió su boca que presionaba suavemente la de la propia Arielle.

-Muy bien -dijo él contra los labios cerrados de Arielle-. Separa los labios un poco, Arielle. Tu obligación es besar bien. Ella así lo hizo. Temió negarse. Él hablaba con la voz más suave y gentil, pero ella no se dejaba persuadir. Sintió que la lengua de Burke se le deslizaba sobre el labio inferior, y luego se le metía en la boca.

-Eso está mejor-dijo Burke-. No, no te apartes. No estoy lastimándote. -Ahora él estaba inmóvil, y su beso era más intenso.

-Pareces congelada y lastimada -dijo Burke, después de apartarse de Arielle.

Ella alcanzó a ver el perfil del hombre, su cara exactamente encima. Ojalá no le hablase así. La aterrorizaba.

-Tienes un hermoso cuerpo, Arielle. No, no te enojes conmigo. Te cuidé cuando estabas enferma. Creo que conozco tu cuerpo como el mío propio. No te violé, ¿verdad? Y podía haberlo hecho. Podría hacerlo ahora, si lo deseara.

-En ese caso, no lo deseas -dijo ella-, porque si lo desearas lo harías. Eres hombre, y no te importa si...

-Cállate. Bésame otra vez y durmamos un poco. -Esta vez le metió la lengua más profundamente en la boca. Se preguntó si ella lo mordería. Arielle no lo hizo. Perversamente, él deseaba que Arielle hubiese reaccionado de ese modo. Así, estaría seguro de que no se sentía aterrorizada ante la perspectiva del látigo. Lo hería, pero también le parecía maravilloso.- Estamos avanzando mucho -dijo él, y suavemente besó la punta de la nariz de Arielle, y se apartó de ella.

-Duerme bien, querida.

Arielle se volvió apenas para mirarlo. El ya estaba durmiendo. Entonces, él recordó que había pasado muchos años en el ejército y supuso que en su condición de soldado había tenido que dormir siempre que se le ofrecía la oportunidad. Burke comenzó a roncar, y pese a todo ella sonrió.

Arielle no sonreía a la mañana siguiente. Tenía en la cara una expresión tensa, y su boca era una fina línea.

Capítulo 12

-Ella estará bien, Arielle -dijo suavemente Burke a su esposa mientras la conducía a un sillón-. Te lo prometo. -Le frotó las manos frías y permaneció de pie frente a ella.- Quédate aquí, ¿eh?

Sí, así está bien.

Arielle lo miró fijamente. -Pero Burke, ella...

-Sí, lo sé -se apresuró a decir Burke-. Me ocuparé del asunto.

Arielle miró a la criada Mellie, que sollozaba, y que salía de la habitación acompañada por la señora Pepperall. La muchacha se cubría con una manta, pues su vestido estaba casi destrozado. Arielle se dijo que caminaba como una muñeca rota. Tibbens, la anciana lavandera que la había encontrado, decía a Burke con voz profunda y preocupada: -No llegó a tiempo, milord. Él escapó deprisa. No llegué a tiempo.

Burke habló a Tibbens con su voz más tranquilizadora. Después de un momento la anciana continuó diciendo, ahora con voz más firme: -La oí gritar, y corrí. Bien, él había terminado con Meüie cuando lo vi. Se estaba cerrando los calzones, de pie sobre ella.

Cuando me vio, huyó hacia el bosque.

-¿No lo identificó? Tibbens movió la cabeza.

-No era especialmente alto o bajo. Nada más que un hombre. Quizás un tanto corpulento. Tenía una capucha sobre la cabeza. Pobre Mellie, tampoco ella sabe quién es.

Después de conseguir una descripción del hombre tan completa como era posible, Burke despidió a la mujer. Ordenó a Cerlew que reuniese a una docena de hombres para iniciar la búsqueda. Volvió a donde estaba Arielle, y se puso en cuclillas frente a ella. Le tomó las manos. Que sucediera precisamente eso, y allí, en Ravensworth.

-Arielle, ahora debo salir. Iremos en busca del hombre que lastimó a Mellie.

-La violó -dijo Arielle con voz dura-. Eso es mucho más que lastimar.

-Sí, así es. Cuando lo atrapemos, será castigado.

-¿Por quién?

La pregunta lo indujo a detenerse un momento.

-Seguramente hay leyes, castigos muy duros para la violación.

Ella lo miró con aire distante.

-Un hombre puede hacer lo que le place con su esposa, Yo diría que un hombre puede hacer prácticamente lo que quiere con cualquier mujer. Excepto quizá matarla. Después de todo, los hombres han hecho las leyes. ¿Por qué querrán castigarse unos a otros por lo que consideran que es su derecho?

Burke no dijo nada, pues tenía la horrible sospecha de que había dado en el clavo. Se puso de pie, tocó apenas la mejilla pálida con sus dedos, y se alejó.

No había rastros del hombre, excepto un cuadradito de lana marrón oscuro enganchada de la rama baja de un arce, a unos quince metros del lugar en que Mellie había sido violada.

Burke fue a caballo a la residencia de sir Edward Pottenham, situada a unos cinco kilómetros al este de Ravensworth. Sir Edward era un anciano conversador, fascinado por las mariposas, y Burke necesitó apelar a todos sus recursos para evitar que sir Edward lo obligase a ver toda su colección. Pero aceptó un brandy.

-Bien, muchacho, ¿qué lo trae por aquí? Supongo que no ha venido sólo para charlar.

Burke respondió a la pregunta.

-Oh, caramba -dijo sir Edward cuando Burke terminó de hablar-. Entonces, ¿no tienes idea de la identidad del hombre?

-No, pero encontramos este retazo de lana. Probablemente se le desgarró la capa cuando corría hacia el bosque. Tenemos suerte de haber encontrado por lo menos esto. Si Tibbens no hubiese llegado tan rápido, es muy probable que él hubiese escapado sin dejar rastros.

-Sí, probablemente -dijo sir Edward-. Bien, a decir verdad es una lástima. Ojalá que la muchacha no quede embarazada. Ningún hombre aceptaría casarse con ella. Una lástima.

Burke recordó las palabras de Arielle. Oyó su propia voz que decía: -Si atrapo al hombre, ¿qué le sucederá?

Sir Edward se echó a reír.

-Bien, si no está casado, lo obligaremos a desposarse con la muchacha.

-Él la violó. La forzó contra su voluntad. La lastimó. Sinceramente dudo que ella lo acepte como esposo.

-Ah, bien, milord, esa es la histeria femenina, probablemente porque la sorprendieron en el acto. Vea, es muy probable que el hombre sea su amante. Eso, o bien ella estuvo alentándolo o provocándolo. Usted sabe cómo son estas muchachas. De veras inocentes, hasta

que las descubren. Le apuesto cincuenta libras a que la muchacha lo conoce. -Se echó a reír, y palmeó a Burke.- Bien, ahora lo conoce todavía más, ¿eh? ¿Más brandy, muchacho?

No es justo, pensó Burke mientras cabalgaba de regreso a Ravensworth. ¿Qué hubiera sucedido si la violada era Arielle? ¿Una dama, y no una criada? No, no era equitativo ni justo.

Pero así estaban las cosas. Rogó que la joven no se hubiese embarazado. Pasó del cinismo al shock cuando la señora Pepperall le pidió hablar a solas, después que él llegó a la casa.

-¿Cómo está Mellie? -preguntó Burke.

-Muy bien, dadas las circunstancias. Milord, no deseaba hablarle de ella. -La señora Pepperall se interrumpió un momento, y después insistió: - La señora ahora está descansando. Y ella... bien, es tan joven e inocente, a pesar de que se trata de una mujer casada. Todavía no la veo muy fuerte, y creo, milord, que es mejor que en todo caso intervenga un hombre.

-¿En qué, señora Pepperall?

-Por supuesto, en el asunto de Mellie. Naturalmente, tenemos que despedirla. No podemos aceptar aquí a una muchacha de esta clase. Sería un ejemplo terrible para las restantes jóvenes.

Burke la miró fijamente. La mujer hablaba totalmente en serio.

-Señora Pepperall, ¿dónde está ahora? -Acostada en su cama.

-Pero la culpa no fue suya. El hombre la violó.

-Eso es lo que dijo Tibbens -dijo la señora Pepperall, y de hecho resopló incrédula.

-No veo motivo para dudar de su palabra. La muchacha fue una víctima. Usted vio sus ropas, casi destrozadas. Ella de ningún modo tiene la culpa de lo que le sucedió. ¿El doctor Brody vino a verla?

La señora Pepperall pareció ofendida ante la idea. -Ciertamente no, milord. ¿Para qué?

Burke miró a los ojos a la mujer mayor.

-Puede estar lastimada internamente. Es posible que él la haya herido. Llame inmediatamente al doctor Brody.

La señora Pepperall se limitó a mirarlo. Todo esto era tan tonto.

-Si lo llamamos, este... este ataque será enseguida conocido en todo East Grinstead hacia el anochecer.

-Excelente. Quizá de ese modo conozcamos la identidad del hombre que violó a Mellie. A propósito, dígale al doctor Brody que deseo hablarle después que haya atendido a Mellie.

-Sí, milord -dijo la señora Pepperall.

-Otra cosa. Mellie no se marchará. Lo diré una sola vez, señora Pepperall. La violación no fue culpa de la muchacha. Usted no puede achacarle la responsabilidad. Y no permitirá que ninguno de los criados la insulte o la culpe. Hablaré con Montague. Él hablará con los hombres de la servidumbre.

-Podrían haberme derribado con un soplido -decía la señora Pepperall pocos minutos después a Montague-. ¿Imagina a esa putita viviendo aquí después de lo que hizo? ¡De veras, es absurdo!

Montague no dijo palabra. No estaba seguro de que fuera absurdo o no. Sólo sabía que el conde estaba furioso. Temía también que el hombre que había violado a Mellie fuese uno de los lacayos. Habló con los hombres, y les formuló una grave advertencia. Hubo burlas y comentarios groseros de Charlie, el segundo lacayo, un muchacho de Wendicoe, Irlanda occidental, y Montague le dijo que se ocupase de sus propios asuntos y dejase en paz a la muchacha. Agregó para aclarar definitivamente la situación que su señoría había dicho que quien molestase a la muchacha sería despedido inmediatamente. Charlie cesó en sus burlas. Montague lo miró muy atentamente.

Burke se disponía a subir al piso alto para ver a Arielle cuando apareció el doctor Brody acompañado por Montague. Mark Brody era un joven delgado de cutis pálido y luminosos ojos azules. Era apenas dos años mayor que Burke, y había vivido en la región los últimos tres años. Vivía en West Healthy con su madre. Burke simpatizaba con él.

Burke estrechó la mano del hombre. -Ha pasado mucho tiempo, Mark.

-Sí, en efecto. Bienvenido a casa, Burke. Felicitaciones por su matrimonio con lady Rendel. Una hermosa joven.

Después de unos minutos de cortesía, Mark Brody dijo: -Examiné a la muchacha, Mellie. El hombre que lo hizo en efecto la lesionó internamente. No sé si era o no virgen, pero se trata de una muchacha bastante pequeña, y el hombre se comportó brutalmente.

-Mellie seguramente era virgen. Tenía sólo quince años.

-Burke, en el campo eso no es una edad muy corta. De todos modos, conseguí contener la hemorragia. Está muy débil a causa de la pérdida de sangre, pero es una muchacha sana. Sobrevivirá.

¿Atraparon al culpable?

Burke movió la cabeza, y después dijo en voz baja: -¿Cree que será necesario castigarlo por lo que hizo?

-Diría que sí, pero sólo porque vi a la muchacha. No lo alentó. La atacó brutalmente. Un ser humano no puede ser tratado de ese modo sin que se aplique el debido castigo al responsable.

-Bien, al menos eso es algo -dijo Burke-. ¿Volverá a revisarla?

-Ciertamente. -El doctor Brody se despidió y Burke fue al primer piso.

Arielle no estaba acostada. Se había puesto un vestido de seda azul, y estaba sentada junto a la ventana. Tenía los cabellos formando una trenza alrededor de la cabeza. Se la veía hermosa, muy delgada y triste.

-Hola -dijo Burke, y se inclinó y le besó apenas la mejilla.

Ella se encogió levemente. Burke se sintió complacido.

-Mellie estará bien. Hablé con el doctor Brody. -No quiso comunicarle los detalles informados por el médico.

-Eso me alivia -dijo Arielle. Lo miró.- Burke, es terrible.

-Sí, lo sé.

-Sentirse impotente, más débil que otra persona...

-No, más débil que la mitad de los seres humanos de la tierra. Es realmente horrible.

Él la sostuvo por los hombros y la obligó a levantarse del sillón.

-Lo sé -repitió, y la acercó a su cuerpo. Burke apretó suavemente contra su hombro la mejilla de Arielle-. Encontraré a ese hombre, querida. Y lo castigaré. -Por extraño que pareciera, hablaba en serio. Legalmente ese hombre no sufriría ningún castigo. De modo que él, Burke, tendría que ser juez y jurado. Después de todo, tenía la responsabilidad de todos los que vivían en la propiedad de Ravensworth. Había fallado en este asunto, y su obligación era resolver el problema.

Acarició suavemente la espalda de Arielle.

-La mayoría de los hombres no asumirían esta obligación -dijo.

Tampoco la mayoría de las mujeres, pensó Burke, al recordar las palabras de la señora Pepperall. Ella y sir Edward Pottenham se apresuraban a culpar a la mujer, no al hombre; censuraban a la víctima, no al violador. ¿Cómo habría reaccionado el propio Burke si Arielle no lo hubiese sensibilizado de un modo tan absoluto? En efecto, si Arielle no hubiese sido víctima del abuso, ¿ella misma tendría sentimientos tan firmes? Burke rogaba al cielo que de un modo o de otro su reacción fuera siempre exactamente la misma.

Más avanzada la tarde, Burke y Arielle fueron al prado que se extendía hacia el oeste, donde se levantaba la pequeña glorieta, una estructura construida por el abuelo de Burke. Burke imaginó que la glorieta había sido el lugar de muchos encuentros amorosos.

Probablemente todavía tenía ese carácter. Quizá pronto él pudiera seducir allí a Arielle. Sería agradable, muy agradable.

El sol descendía por el oeste, el aire flotaba los perfumes del pasto de verano recién cortado. La leve brisa era cálida, y Burke se sentía bien. Observó que Arielle enderezaba su cara en dirección al sol.

Retiró una manta de la glorieta, y la desplegó bajo un roble de largas ramas. Los dos se sentaron en grato silencio. Pero ella se fatigaba con mucha facilidad. Finalmente, Arielle terminó apoyando la cabeza sobre las rodillas de Burke. Miró los hilos de luz que se filtraban entre las hojas.

-Esto es hermoso -dijo-. Aquí no podría suceder nada malo.

-Yo no lo permitiría-dijo Burke mientras apoyaba la espalda en el tronco del árbol-. ¿Estás cómoda?

-Sí.

Él creyó que Arielle se había dormido, pero de pronto ella dijo: -Burke, es difícil soportar esta espera. Me parece interminable.

-Arielle, atraparemos al hombre. Dije a Cerlew que contratase algunos veteranos del ejército. Por lo que oí decir, esos individuos son sumamente hábiles y tenaces.

-No me refería a eso.

La voz de Arielle sonaba opaca, neutra. Con voz muy amable él dijo: -Entonces, ¿cuál es la dificultad? ¿Qué es lo que tienes que esperar?

-Que tú exijas que atienda a tus necesidades. ¿Estás esperando a tener la certeza de mi recuperación?

-¿Por qué traes a colación esto? Casi se diría que deseas que adopte actitudes perjudiciales para ti.

-Soy realista. Simplemente quisiera que me digas cuándo debo prepararme. Ignorar cuándo llegará el momento en que tú...

-Su voz se apagó.

Quizás ella deseaba que Burke la agrediese. En ese caso podía huir de él, de su brutalidad, con la conciencia limpia. Pues bien, se llevaría una sorpresa. Burke se apoderó de un mechón suelto de los cabellos de Arielle, y lo envolvió alrededor de los dedos.

-Tienes los cabellos muy suaves. -Deslizó suavemente las yemas de los dedos por el cuello de la joven. Tenía la piel tan suave y blanca.- Creo que nuestra situación es un tanto extraña.

Aquí estamos, descansando cómodamente sobre una manta, y somos la imagen de dos personas felices, perfectamente tranquilas; y tú me preguntas cuándo comenzaré a abusar de ti, y cuándo insistiré en que me sirvas. Podría decirse que esto echa a perder el cuadro.

-¿Cuándo podemos ir a Boston? -preguntó Arielle, sin hacer caso de las palabras de Burke.

-Ya te lo dije. Cuando termine la guerra. Además, aunque Cerlew es un individuo sumamente escrupuloso, no sería justo que yo me marchase de un día para otro. Hay que adoptar muchas decisiones acerca de la propiedad. Quizá podamos salir a principios del otoño. Pero esperaremos hasta que haya seguridad. Por lo que he escuchado, las conversaciones de paz se desarrollan bien. El fin de la guerra no tardará mucho más.

-Pero el barón Sherard y Nesta son ingleses y viven allí. -Sí, pero nosotros no vivimos en Estados Unidos, y yo no quiero correr riesgos con tu seguridad.

Arielle no tuvo nada qué decir a eso. Él era un hombre complicado, y bastante sinuoso. Cuando a ella le parecía que lo entendía, cambiaba como una sombra proyectada sobre una pantalla.

Le preocupaba la seguridad de Arielle, pero la había secuestrado.

Todo era muy confuso. Arielle sintió que la fatiga la deprimía. Detestaba esta debilidad, esa prueba de la traición de su cuerpo. Cuando Burke la miró advirtió que se había dormido. Sonrió y con los dedos rozó los labios apenas entreabiertos, tan suaves. Decidió que la llevaría a Londres cuando recuperase las fuerzas. Deseaba llevarla a todas partes y presentarla a todos sus amigos. Su hermana recordaría con afecto a Arielle -por lo menos eso esperaba. Y Lannie. Debía averiguar cuándo Lannie proyectaba retornar a Ravensworth. Aunque deseaba tener a Arielle exclusivamente para él, no pensó en la posibilidad de pedir a Lannie que continuase en casa de su hermana. Burke pensé en su última noche en Londres, la víspera del día en que había salido para secuestrar a la que ahora era su esposa. Había cenado con Knight.

A la hora de beber el brandy, Knight había comentado: -Amigo, ¿no hay un modo más fácil de conseguir una mujer, si quieres casarte? -Había estado desplegando los naipes sobre la mesa, y algunos caían boca arriba, y otros boca abajo.

-Probablemente, pero esta no. -Burke alzó su copa de brandy.- Knight, brindemos por mi esposa. Y por ese maravilloso refugio en el bosque que me ofreces para pasar la luna de miel.

-¿Te refieres al anticipo de la luna de miel? Ah, tres sotas, Burke. Será difícil que me venzas. Tu intención es retenerla hasta que te acepte, ¿verdad?

-Si es necesario. -Burke suspiró, y después dirigió a su amigo una sonrisa torcida, y comenzó a mostrar los naipes que tenía en la mano.- Parece que ya no me quedan recursos, ¿verdad? Quizás así es. Solamente sé que la necesito.

-No veo el momento de conocer a esa maravilla de mujer -dijo Knight, y sonrió cuando depositó sobre la mesa la cuarta sota-. Es decir, maravillosa para ti. Con respecto a mí, mi propósito es mantenerme firme hasta llegar a la vejez, y tener todos los cabellos grises; y la víspera del día en que el destino determine que yo muera o me sienta impotente, o ambas cosas, engendraré un heredero legal.

Burke casi se ahoga de risa, pero al mismo tiempo consiguió mostrar tres reinas.

--Confío, querido amigo -murmuró Knight mientras examinaba atentamente la reina de corazones- en que esto sea un presagio de cosas buenas para ti. Pero no sé, Burke. Las mujeres pueden ser terribles.

Después de desearle buena suerte, Knight salió de su propia cabaña, silbando por lo bajo, para ir a visitar a su amante.

Ahora, Burke miró a Arielle y sonrió. Ella lo había amado una vez; volvería a amarlo.

Esa noche Arielle se vistió para la cena. Eligió una prenda sencilla de muselina verde claro de su propio baúl, no del surtido que Burke le había comprado. Dorcas aseguró el último botón y retrocedió un paso.

-El cuello se te cierra bajo el mentón --dijo, mientras alisaba un pliegue de la falda-. Deseas mantenerlo alejado -agregó con tono neutro.

-Sí -reconoció Arielle.

-Pareces una niña que todavía está en la escuela. Un hombre decente se apartaría de ti.

Arielle no sabía muy bien hasta qué punto Burke era decente. Pero no dijo nada.

Cuando entró en la sala, unos treinta minutos después, la expresión de Burke le dijo que ella podía usar harapos, y aun así insistiría en desearla desesperadamente.

Él le sonrió, una sonrisa tierna, que lograba que ella se sintiese extraña y cálida al mismo tiempo. Ella trató de reaccionar. ¿Cómo la miraría en un mes? ¿Al cabo de un año?

¿De cinco años? Esa reflexión le provocó un escalofrío, porque comenzó a pensar en un futuro vacío.

-Se te ve maravillosa -dijo Burke, y antes de que ella pudiese moverse, le besó la muñeca y después la boca-. ¿Estás dispuesta a acompañarme y a compartir la cena?

Ella asintió y dijo mientras se apartaba rápidamente de él: -Burke, eres un hombre muy apuesto. Siempre lo pensé, pero... -Vamos a cenar. Y gracias por el cumplido.

Mientras tomaban la sopa de hongos, Arielle preguntó: -¿Qué sucedió con Rendel Hall? ¿Lo sabes?

-No, y en realidad no me importa.

-Burke, estabas dispuesto a comprar la propiedad... la casa, la tierra, todo.

-Sólo porque incluso entonces trazaba planes para tenerte. -Trató de suavizar su afirmación sonriendo ampliamente.- Pero ahora que lo pienso eso no tiene mucho sentido. ¿Cómo hubiera podido apoderarme de ti si tenías abundante dinero?

-Burke, lo que hiciste no es divertido.

-No, pero por otra parte mi intención era absolutamente seria.

Montague entró en el comedor, seguido por dos lacayos, cada uno de los cuales llevaba una enorme bandeja de plata. Burke no volvió a hablar hasta que toda la comida estuvo servida. Después, con un gesto de la cabeza despidió a Montague.

En el momento mismo de realizar ese gesto, comprendió que Arielle hubiera debido encargarse de despedir a Montague. Después de todo, ella era la señora de la casa. Tendría que conversar con ella el asunto. No deseaba que Arielle se sintiese una visitante en su propia casa. Quería que ella supiera que en efecto era el ama de Ravensworth.

Ambos saborearon complacidos las costillas de cordero y las arvejas frescas enviadas por la cocinera. Arielle miró el postre de crema de limón, e insinuó un gesto de rechazo.

-No puedo comer un bocado más. Todo esto fue delicioso. -Díselo a Montague, y él podrá informar a la cocinera. Arielle asintió, y después contempló las paredes revestidas con paneles de roble. Le pareció que el candelabro que colgaba del techo si caía podía aplastar a una buena veintena de personas. Estaba lleno de polvo. Comenzó a decir algo, y después movió la cabeza. ¿Qué le importaba? Contempló la hilera de tres ventanas que daban al jardín del frente de la casa. Las cortinas eran de grueso terciopelo azul oscuro. Demasiado oscuro, y además el terciopelo estaba lustroso a causa del uso. Imaginó que las remplazaba con cortinados amarillos, de modo que la habitación pareciera más espaciosa. De nuevo movió la cabeza. No importaba que la sala pareciese una tumba.

Miró a Burke, y advirtió que él había estado observándola, con expresión muy atenta.

-¿Qué harás esta noche? -preguntó ella, complacida porque su propia voz sonaba tan calmada como el agua de un estanque estival.

-Ya lo verás -dijo Burke.

Ella palideció ante esas palabras, pero él no se inmutó. No tenía ninguna prisa por llegar al dormitorio. Pidió a Arielle que tocase el piano, y ella obedeció, y cantó varias baladas italianas, suaves y melancólicas.

Cuando Montague entró con la bandeja de té, Burke se sobresaltó. No había advertido que el tiempo pasaba con tanta rapidez. Hizo un gesto de asentimiento al mayordomo y dijo a su esposa: -Eso fue hermoso. Gracias. Ven a beber una taza de té, antes de que vayamos a dormir.

Arielle no deseaba ir a dormir, ni entonces ni nunca. Jugueteó con la taza de té, desmigajó un pedazo de tarta depositada sobre el plato con reborde de oro.

-Mi padre cantaba bastante bien -dijo al fin.

-¿El te enseñó?

-Sí.

-Yo también canto. Quizá pronto podamos ensayar un dúo.

-¿Tocas el piano?

-Ya no lo hago tan bien. Cuando se resolvió que ingresaría en el ejército, mi padre dijo que no debía molestarme con esa tontería. Es una lástima. Me agradaba mucho tocar.

-Podrías comenzar de nuevo.

-Sí -dijo Burke con desenvoltura-. De nuevo los dos parecemos una pareja tranquila y feliz. Sólo que uno de los miembros de esta pareja está aterrorizado ante la posibilidad de que el marido le arranque las ropas y le haga cosas terribles. Arielle, esa imagen es desastrosa.

Ella no le hizo caso y dijo: -Burke, creo que ahora iré a acostarme. ¿Puedo usar mi propio dormitorio?

-No. Por favor, no vuelvas a pedírmelo, Arielle. Ese "no" seguirá siendo válido durante cincuenta años.

-Buenas noches -dijo Arielle, y se puso de pie.

-Espérame, querida. Iré contigo.

Vio que ella había llevado un biombo al dormitorio. Era un artefacto chino que a él le parecía especialmente desagradable; pero Burke no dijo nada. Al cabo de un mes podría destruirlo sin que ella se opusiera. Por lo menos, era lo que él esperaba. Cuando Arielle emergió, envuelta del cuello a los pies en un camisón blanco, él ya estaba acostado, al parecer absorto en un libro fascinante acerca de los Borgia.

Él estaba desnudo; aplicaba decidido la rutina de siempre.

-Ven aquí -dijo, mientras depositaba el libro sobre la mesita de noche y señalaba la cama, a su lado.

Con movimientos lentos, los ojos bajos, ella se acercó a la cama.

-Muy bien. Ahora, Arielle, quiero que te quites ese camisón.

Ella alzó la cabeza, y Burke vio la expresión de sufrimiento en sus ojos. La expresión de Burke no cambió. Vio que la lengua de Arielle rozaba el labio inferior.

-¿Te ayudo?

Ella movió la cabeza, y con movimientos rápidos, frenéticos, desató las cintas y desabrochó los botones. Él la miró mientras Arielle se pasaba el camisón sobre la cabeza y al fin lo depositaba en el suelo. Burke no dijo nada, se limitó a mirarla. Ella permaneció inmóvil, como si estuviera acostumbrada a ese examen.

-Se te ve hermosa -dijo Burke al fin, con sinceridad considerable pero inapropiada. Ella no se movió cuando Burke extendió la mano y le acarició el seno izquierdo-. Ven, siéntate aquí.

Ella se sentó, con las manos sobre los muslos y las piernas entreabiertas. Burke se preguntó cuántas veces Paisley Cochrane la había obligado a hacer lo mismo. Ella tenía las manos sobre los muslos porque era evidente que su anterior marido no había aceptado que intentara cubrirse.

En la semipenumbra era casi imposible que Burke viese las débiles cicatrices blancas.

-Mírame, Arielle.

Ella se estremeció. Burke pensó que no estaba acostumbrada a eso. Lentamente alzó la cabeza. Durante un momento su expresión fue de dolor, hasta que al fin consiguió adoptar un gesto neutro, inmutable, de modo que él no pudiera saber lo que ella pensaba o sentía. Muy suavemente él le apretó una de las manos. Burke sintió la tibia suavidad del muslo bajo su mano. Tenía piernas largas y delgadas, con músculos alargados.

-¿Cómo te sientes? -preguntó. -Muy bien.

-Acuéstate ya. No quiero que te enfríes. El apartó las mantas. Ella pareció indecisa, acomodó lentamente, y se cubrió con las mantas. Burke se volvió para mirarla.

-Bien, me dijiste que no podías continuar soportando la espera.

Ella asintió, tenía los ojos completamente cerrados. -Lamento decepcionarte, querida, pero creo que esta noche no siento los deseos de una bestia violadora.

Ella abrió los ojos, y después de respirar hondo exclamó: -¿Por qué juegas conmigo de este modo?

-Calla -dijo él, inclinándose hacia adelante para besarla. Percibió que ella le temía, saboreó ese condenado miedo, oyó la respiración jadeante. Dijo con voz lenta-: Me propongo continuar jugando contigo hasta que ya no quieras detenerme.

-¿No podemos sencillamente... hacerlo? Lo intentaré, de veras lo intentaré.

-Esta noche -continuó él, ignorando sus palabras mientras le acariciaba los cabellos-, amaré cada centímetro de tu cuerpo. Voy a conocerte, a memorizarte.

Ella lo miró como si Burke hubiera perdido la cabeza. Como él también había llegado a la conclusión de que le quedaba poca sensatez, no podía criticar a Arielle.

-Tienes las orejas más hermosas -dijo Burke, y besó el lóbulo de la oreja, y después lo mordisqueó apenas-. Suave y pequeño, y muy femenino. -Observó el minúsculo orificio y continuó. Tendré que comprarte alguna joya. A decir verdad, aquí tenemos las joyas de los Drummond -son parte de la herencia-, te las traeré, y tú podrás decidir cuáles te agradan. Tendrán que ser aros. Si no te complace ninguna de esas piezas, te compraré lo que desees.

Ella lo miró incrédula. Paisley le había permitido usar a veces las joyas de su primera esposa. Es decir, procedía así cuando había invitados. Un brazalete de esmeraldas bastante feo se había desprendido cierta vez de la muñeca de Arielle, y él la había golpeado mucho a causa de su descuido. Burke continuaba jugando con ella, y Arielle odiaba eso. Se sentía desconcertada, y al mismo tiempo asustada.

La lengua de Burke se deslizó de nuevo sobre la oreja de Arielle, y además él hizo una breve incursión en el interior. La sensación era extraña. Arielle se estremeció. Tal vez él le prestaría las joyas, y después la acusaría por haberlas perdido.

-No quiero joyas -dijo.

-¿Por qué no? ¿No te sientan bien? -Podría... perderlas. Y eso te desagradaría.

-Comprendo -dijo Burke, y en efecto, ahora entendía-. Bien, ¿dónde estaba? Ah, sí, en tu oreja izquierda. Creo que mientras me ocupo de esa parte de ti, me agradaría sentir tus senos contra mi pecho. Así no es desagradable, ¿verdad?

Capítulo 13

Burke no creyó que podría dormir, pero en definitiva fue lo que hizo. Ella estaba acurrucada contra el cuerpo de Burke, y él la sostenía apretando con fuerza el brazo contra la espalda de Arielle. No le preocupaba que ella sintiera el miembro inflamado contra su vientre. Que supiera que él la deseaba. Y que en definitiva comprendiese que por mucho que la necesitara no la forzaría.

Por supuesto, lo que ella comprendía en ese momento era que él no se comportaba como debía hacerlo un hombre. Arielle esperaba, esperaba que él se volviese enfurecido y la castigase, y la obligara a arrodillarse. Y Burke pensaba: tiempo, y paciencia, y tenacidad.

Qué extraño, pensó Burke cuando ya estaba casi dormido, que las cosas se hubiesen desarrollado de ese modo. Una esposa que contemplaba aterrorizada a su marido. Ciertamente, era una situación que él nunca había previsto.

Cuando Burke oyó el grito estaba retirándose hacia las montañas de Portugal, tratando de escapar de los franceses, que se les venían encima. Esperaba que el mayor Lufton y sus hombres llegasen por la retaguardia; de ese modo, atraparían 'a los franceses entre dos fuegos. Trató de protegerse los ojos para evitar ese sol feroz de mediodía. ¿Dónde demonios estaba el mayor Lufton?

Hubo otro grito, y Burke se sentó bruscamente en la cama. Arielle murmuró: -¿Qué es eso?

-Quédate aquí. -Burke descendió rápidamente de la cama y se puso la bata. Comenzaba a amanecer, y la luz en el corredor era débil y no iluminaba claramente los objetos.

Se abalanzó por el corredor, y se detuvo cuando vio a la señora Pepperall de pie al final de la escalera, mirando hacia abajo, cubriéndose la boca con la mano.

Burke se acercó deprisa. Miró hacia abajo y vio a la muchacha, Mellie, vestida con un camisón blanco, caída en un charco de sangre. Desde allí pudo adivinar que tenía el cuello roto.

Tuvo una oleada de náuseas, pero cuando habló su voz era serena y trasuntaba autoridad.

-Señora Pepperall, traiga a Montague y dígale que envíe un criado en busca del doctor Brody.

Una hora después Burke, Arielle y Mark Brody estaban sentados en la sala.

-Diría que murió hace cinco o seis horas -dijo el doctor Brody, entre dos sorbos de té fuerte.

-Entonces, ¿por qué no había una vela en ninguna parte? -preguntó Arielle-. Burke lo observó inmediatamente. ¿Qué hacía allí sin una luz que la guiase?

-Una pregunta interesante -dijo Burke-. Sea como fuere, debemos llamar a sir Edward Pottenham, que es el magistrado local... aunque eso no servirá absolutamente de nada.

Después de dirigir una rápida mirada a Arielle, Mark Brody dijo: -Mellie sangraba profusamente. ¿Creen posible que haya despertado, vio la sangre y trató de que alguien la ayudase? Tal vez estaba tan asustada que no pensó en encender una vela.

Por supuesto, nadie podía responder a esa pregunta. Sir Edward escuchó el relato varias horas después. Permaneció sentado en silencio un momento, y después se palmeó los muslos y dijo: -Bien, quizás es lo mejor. Por supuesto, la muchacha estaba arruinada... no tenía futuro. Su muerte fue un accidente, o un suicidio. Lo mejor que podía suceder.

Arielle no podía contenerse. Se puso bruscamente de pie, y el cambio de posición le provocó mareos. Pero consiguió sostenerse, aferrándose al respaldo de una silla.

-¡Fue lo mejor! -exclamó-. Una joven inocente muere, con el cuello roto, ¿y usted cree que eso es bueno? ¡Dios nos salve de todos los hombres! Ojalá usted caiga por una escalera y se rompa el cuello... ¡entonces yo podré decir que es lo mejor que sucedió!

Recogió su falda, y salió de la sala. Burke miró reflexivamente a sir Edward.

-¡Caramba, caramba! Su nueva esposa, milord... bien, supongo que uno tiene que soportar la histeria femenina. Las mujeres son criaturas tan extrañas y...

-En realidad, sir Edward -dijo Burke mientras se ponía de pie-, coincido totalmente con mi esposa. No creo que Mellie haya muerto por accidente o que se haya suicidado. Pienso que fue atraída intencionadamente a la escalera y empujada. ¿Usted todavía cree que es bueno que la muchacha haya sido asesinada?

Sir Edward estaba desconcertado. Deseaba volver a la paz de su hogar, y a su colección de mariposas.

-Entonces, ¿quién lo hizo? ¿Usted, milord? Burke sonrió ante el tono malicioso.

-No, pero quizás el hombre que la violó es un criado que trabaja en esta casa; y esa posibilidad me eriza la piel. Temió que ella recordara algo y lo identificase, de modo que la mató.

-Una teoría sin fundamento. ¿Y cómo exactamente descubrirá quién es ese mítico personaje?

-Ahora mismo no tengo la más nebulosa idea, pero pronto llegará un colaborador. Después, veremos. De todos modos, esa teoría tiene un fallo -agregó con aire reflexivo-.

Aunque lo hubiesen descubierto, no le habrían hecho gran cosa por violar a Mellie. El asesinato en este caso es una exageración.

-¡No es una exageración en vista de su actitud, milord! El individuo seguramente creyó que si usted descubría al supuesto violador podría degollarlo. Bien, así están las cosas. Ahora, tengo cosas más importantes que hacer.

-Lo acompañaré hasta la puerta, sir Edward -dijo Burke. De modo, pensó, que ahora yo tengo la culpa de que hayan asesinado a Mellie. Caramba, caramba.

Al día siguiente del funeral de Mellie, Burke fue llamado por Montague, que parecía un tanto desconcertado.

-Milord, tiene compañía. Personas de diferentes clases y categorías.

-Muy bien, Montague. Ahora voy.

Comprendió el problema de Montague cuando entró en el vestíbulo principal. Lannie había regresado con sus dos hijos, en compañía de Knight y un caballero a quien Burke nunca había visto antes.

-Bien -dijo-. Bienvenidos todos.

-¡Tío Burke! ¡Tío Burke! ¡Volvimos a casa y te trajimos un regalo!

Burke levantó en brazos a las dos niñas y les dio sonoros besos.

-Y yo tengo un regalo para cada una de vosotras, Virgie y Poppet.

-Es la nueva tía, ¿verdad? -dijo Virgie, dos años mayor que Poppet-. Mamá nos dijo que te casaste con una muchacha que mató a su marido, y que ella no podía entenderlo, porque el pobre anciano no tenía un hijo, y...

-Dios mío -intervino Lannie, que tuvo la elegancia de sonrojarse-. ¡No dije exactamente eso! Niñas, dejad tranquilo a vuestro tío. Ah, señora Mack, llévelas a su cuarto. El tío las visitará después... ¿verdad, Burke?

-Ciertamente. -Él besó de nuevo a las dos niñas y las entregó a la señora Mack.

-Burke -dijo Lannie-, este es Percy Kingstone. Percy, te presento a mi cuñado y el dueño de esta residencia, Burke Drummond, conde de Ravensworth.

Los hombres se estrecharon las manos. De modo, pensó Burke, que el viento sopla en esa dirección. El hombre pareció aceptable a Burke, un tanto robusto, y con cierta inclinación a exagerar la elegancia; pero su expresión era agradable y los ojos revelaban inteligencia. Sonrió y comentó el estado excelente de los caminos que comunicaban a Ravensworth con Londres. Burke se volvió hacia Knight.

-¿Puedo preguntarte qué te arrancó de Londres, viejo amigo?

-Por supuesto, vine a conocer a tu señora -dijo Knight-. Expliqué a Lannie que de buena gana representaría el papel de acompañante, de modo que me senté entre los dos durante cuatro horas.

Percy Kingstone, lord Carver, sonrió y se apoderó de la mano enguantada de Lannie.

-En efecto, milord, y roncó tres de las cuatro horas. -Una grosera inexactitud -dijo Knight.

Lannie, que había estado mirando alrededor, dijo bruscamente: -Recibimos tu carta, y después leímos la noticia en la Gazette. Corinne estaba furiosa, ofendida porque te casaste sin la presencia de la familia. Ya sabes cómo es ella.

-Sí, lo sé. -Burke dirigió una sonrisa dulce a Lannie.- Montague se ocupará del equipaje de todos. ¿Supongo que esto es una visita?

Knight le contestó que suponía bien. Unos treinta minutos después Knight y Burke finalmente estuvieron solos en una de las salas.

-¿Dónde está tu esposa?

-Supongo que durmiendo. Todavía no se siente del todo bien, y se fatiga con facilidad.

-No sabía que había estado enferma.

-Sí, estuvo bastante grave en tu cabaña. Ahora se siente mucho mejor.

Knight se acercó al hogar y apoyó la espalda en el reborde. -Imagino que no me dirás lo que sucedió en Hobhouse. Además de la enfermedad de tu esposa, por supuesto.

-Su enfermedad está en la base del asunto, si quieres saber la verdad. En realidad, me casé con ella sin que Arielle lo supiera. Me atrevo a decir que si no hubiese estado enferma jamás habría consentido. Knight, ella está muy dolorida. Podría decirse que mi matrimonio es muy extraño.

Knight lo miró, sin hacer comentarios.

Burke le reveló todos los detalles del asunto. El y Knight habían pasado juntos muchas cosas, de modo que Burke ni siquiera contempló la posibilidad de ocultarle la situación.

-El primer marido abusó terriblemente de ella. Si vieses las líneas blancas en su cuerpo... -Hizo una pausa, y Knight frunció el entrecejo al ver la furia y el dolor en los ojos de su amigo.- La golpeaba. A menudo. Y es evidente que eso lo complacía mucho. Por eso te pido que seas amable con ella. Me alegro de que hayas venido. Hemos tenido algunos episodios desagradables, y abrigo la esperanza de que tu presencia distraiga a Arielle.

En todo caso, la casa poblada de invitados ciertamente distrajo a Arielle. Llegó al extremo de reír durante la cena a causa de un comentario de lord Carver. Ella había creído que Carver era un individuo almidonado y rígido, hasta que descubrió que le sobraba el ingenio. Y parecía bondadoso.

-Eso es demasiado absurdo -dijo Lannie-, y no creeré una sola palabra.

-Que Daisy besó a la duquesa viuda o que el lacayo pellizcó el... bien, ya me entendéis.

Burke vio que Arielle reía, y tuvo una sensación de calidez y dulzura. En ese momento deseaba tocarla, solamente eso, para sentir la calidez y la suavidad de la piel femenina. Y por supuesto, ella lo miraría, tratando de controlar su propio miedo, tratando desesperadamente de descubrir qué era lo que Burke deseaba; pues de ese modo podría hacerlo y evitar que él la golpease.

Era mejor en la oscuridad, cuando ella yacía al lado de Burke en el amplio lecho. Entonces él no podía ver el miedo, la desconfianza, quizás incluso la repugnancia de Arielle. Pero de todos modos sabía que después de cada beso ella preveía una orden, esperaba que él la golpease, que le gritase. Pero después sólo había más besos y caricias. Burke se preguntaba si su comportamiento aún continuaba irritando desesperadamente a Arielle.

Hubo una breve pausa en la conversación cuando Montague ordenó a los lacayos que retirasen la sopa de arvejas y la trucha hervida, y sirvieran la carne de venado, los escalopes de pollo y los tendones de carne de vaca.

Lannie, sin esperar que los lacayos se retirasen, dijo con una mirada significativa a Burke: -Bien, cuñado, este individuo tan romántico que según afirma Corinne capturó por lo menos a media docena de damas durante su visita a Londres, vuelve a Ravensworth, conoce a Arielle, y se casa con ella. Muy romántico, ¿no es cierto, Percy?

-Querida, ¿te llama la atención que él se sienta tan conmovido? ¿Como si estuviera nadando en el mar frente a Dover, durante la marea alta?

-¡Estás provocándome! Bien, Arielle, ¿quisiste atrapar a Burke?

-Lannie, imagino que podría decirse que fue así.

Burke le dirigió una sonrisa cálida. Arielle no le correspondió. En ese momento se sentía muy sola, como si ella misma hubiera sido una impostora.

-Imagino que él ahora muestra muy buena conducta. Por lo menos eso es lo que me dijeron algunas personas en Londres. Y Burke, oí a lord Donnovan hablando de tu amante. Laura no sé cuánto. Oh, querida, realmente, perdóname... no fue mi intención, sucede únicamente que...

-En tu boca hay más tonterías que carne de venado, Lannie -dijo Burke-. Come y diviértete contando las arvejas de tu plato. Knight, un diplomático de primera categoría, dijo

con voz reflexiva: -Dime, Burke, ese cuadro que está ahí detrás, a la izquierda, ¿corresponde a un antepasado?

-Sí, a mi tatarabuelo Hugo Everett Drakemore Drummond. -Mientras hablaba, Burke miró a Arielle. Ella tenía la cabeza baja. Burke experimentó una reacción colérica ante la tendencia de Lannie a la charlatanería. Miró a Knight; que a su vez lo observaba, con un interrogante en los ojos.

Cuando Arielle dijo con voz neutra: -Caballeros, les ruego nos disculpen -y se puso de pie, Burke tuvo que hacer un gran esfuerzo para continuar en su asiento en lugar de ir a explicar la situación. La vio salir airosamente del comedor, acompañada por Lannie.

-Bien -dijo animosamente Lannie, paseando la mirada por la sala-. Por lo que veo, no cambiaste nada.

-No -dijo Arielle.

-Qué extraño es que otra dama sea la señora de la casa. No me opongo, Arielle, te lo digo sinceramente. Pero me parece un tanto extraño. Incluso después de la muerte de Montrose, yo continué siendo la señora. Sí, es muy extraño.

-Lord Carver parece un caballero amable.

-Sí, y creo que me casaré con él. Mira, es muy inteligente. -Agregó con cierta inseguridad: - Me dicen que su ingenio es muy admirado.

Arielle sonrió al escuchar ese elogio tan negligente.

-Sí, es muy divertido. ¿Virgie y Poppet simpatizan con él? -No son niñas que discriminen mucho. Se acercan a cualquier varón que entra en su mundo, y eso incluye a Percy. La primera esposa de Percy murió de parto. El no creía, según me dijo, que lograría conocer a otra dama y amarla. -Lannie se ruborizó un poco ante sus propias palabras.- Creo que formaremos una pareja armoniosa.

-Yo también lo creo.

-Ahora, háblame de la pobre Mellie. No pude creerlo. Como sabes, la señora Pepperall me dio su versión. ¡Suicidarse de ese modo!

La cara de Arielle adoptó una expresión dura.

-Mellie fue violada. Lannie, ella no se suicidó. Lamento decir esto porque es terrible, pero alguien la mató, y probablemente fue el hombre que la violó. Mira, cayó por la escalera en mitad de la noche. Y no tenía una vela ni nada que se le pareciera.

-Pero la señora Pepperall me dijo que Mellie estaba agobiada por el sentimiento de culpa y que...

-¿Culpa? ¿Por qué? ¡La violaron, Lannie! ¡Ella no hizo nada! Y tenía quince años.

Lannie miró largamente a Arielle, y después dijo: -Creo que tocaré para ti una balada francesa.

Los caballeros se presentaron poco después, y la buena educación imponía que Burke representara el papel del anfitrión atento hasta el momento en que todos sus huéspedes se declarasen dispuestos a dormir. Era cerca de la medianoche antes de que él cerrase la puerta de su dormitorio, suspirase profundamente y comenzara a desvestirse. Arielle se había disculpado unos pocos momentos antes. Estaba acostada, cubierta hasta el mentón por las mantas. Burke podía ver el perfil de la joven gracias a la luz de la vela sobre la mesa. Sabía que la joven estaba despierta. Rechinó los dientes y dijo con su voz de mando: -Arielle, ahora levántate, quiero verte.

De la cama no llegó ninguna respuesta. Burke contuvo la respiración, esperando contra toda esperanza.

-Arielle, dije que te levantes. No quiero repetírtelo.

Él estaba desnudo, y cuando extendió la mano hacia su bata, vio que Arielle se sentaba en la cama y lo miraba. Supuso que ella deseaba rogarle, y esperó. Arielle no dijo nada. Se deslizó fuera de la cama. Tenía puesto un camisón.

-Quítate el camisón. Ahora. Creí haberte dicho que jamás lo usaras.

Las manos de Arielle recorrieron la larga hilera de botones, se detuvieron, y después comenzaron a desabrocharlo.

-Date prisa.

Él sintió ese maldito dolor mientras la veía ponerse frenética, tirando y arrancando los minúsculos botones. Finalmente, ella se quitó el camisón y permaneció perfectamente inmóvil frente a Burke. Extendió la mano. Arielle no se movió. Tenía los ojos cerrados.

-¡Abre los ojos!

Ella obedeció sin vacilar. Los dedos de Burke acariciaron suavemente los senos. El la observaba atentamente. Como ahora la conocía bastante bien, percibió el miedo que se acentuaba, pesar que ella intentaba mantener una máscara inexpresiva. El pasó lentamente la mano sobre el estómago de Arielle. Era tan increíblemente suave, tan tierno. Dejó que sus dedos se enredasen en los finos rizos del vientre, unos rizos apenas más oscuros que esos hermosos cabellos. La oyó contener la respiración, percibió esa ansia desesperada de huir. No se movió. El estaba erguido a causa de la necesidad, pero no intentó nada. Con movimientos suaves, la alzó y la llevó a la cama.

Cuando la acostó, vio un relámpago de cólera profunda en los ojos de Arielle, antes de que ella consiguiera dominarse. Tenía las manos a los costados, y se habían cerrado formando puños sobre las sábanas de hilo. Ella no intentó cubrirse, y esperó, sabiendo que nada podía hacer. .

Burke se sentó en la cama, al lado. -Arielle.

Ella no deseaba verlo, pero volvió los ojos hacia él. -¿Qué estás sintiendo? ¿En este mismo momento?

Ella lo miró como si Burke hubiese perdido la cabeza. Se pasó la lengua sobre el labio inferior y pareció que estaba totalmente desconcertada.

-¿Me deseas?

Ella no pudo disimular su reacción. Movió la cabeza, y un gritito escapó de su garganta.

-Ya veo. ¿Estás encolerizada conmigo?

-No, no, de veras, yo estoy... ¡cansada! Perdóname, dime sólo lo que deseas...

-Quiero abrazarte y dormirme abrazado a ti. -Unió la acción a la palabra, se quitó la bata y se deslizó en la cama al lado de Arielle. Ella temblaba. Maldición. Burke la atrajo y la acomodó. Paciencia, pensó. Paciencia.- Estoy demasiado cansado para besar tus hermosas orejas. Perdóname.

Creyó que ella se había dormido, y de pronto la joven dijo bruscamente: -¿Laura qué?

Él experimentó un impulso excesivo de alegría. Respondió: -Laura Hogburn. Admito que no es un apellido romántico, pero, ¿qué puede hacer ella al respecto?

-¡Podría cambiarlo!

Burke sonrió en la oscuridad. Celos. Estaba complacido. -¿Qué le hacías?

Burke se preguntó en silencio: ¿Qué quería decir con eso? Respondió en voz alta: -¿Quieres saber si le pagaba?

-Sí.

-Ciertamente. ¿Si la visitaba? -Sí.

-No lo hice después que salí de Londres para ir a buscarte. Ya te lo dije, ¿recuerdas? ¿También deseas saber si la castigaba?

-¡Sí, maldito seas! -No.

-Pero qué...

-Tenía relaciones sexuales con ella. Como sabes, es lo que uno suele hacer con una amante.

-Entonces, ella estaba acostumbrada a hacer exactamente lo que el hombre deseaba.

-Me imagino que sí -dijo Burke-. Después de todo, se gana la vida complaciendo a los hombres. Las amantes proceden así de buena gana, y se supone que tienen habilidad suficiente para ganar el dinero que necesitan con el fin de satisfacer sus necesidades.

Arielle guardó silencio. Había acertado. No golpeaban a las amantes, sencillamente porque estaban en libertad de alejarse cuando lo deseaban. Los hombres carecían de dominio legal sobre ellas. No eran como las esposas, que no podían decidir nada.

Suspiró y cerró los ojos. Tenía perfecta conciencia del cuerpo delgado de Burke que se apretaba contra ella, de la suavidad de los cabellos del hombre contra su mejilla de mujer. La mano de Arielle continuaba apoyada en el vientre musculoso de Burke. La aterrorizaba la posibilidad de tocarlo por casualidad, y de que él perdiese el control. Después que él se quitó la bata, el miembro masculino estaba duro, apuntando hacia adelante, preparado. Ella emitió un breve gemido de angustia; no pudo contenerse.

-Calla, querida, Duérmete. Mira, llegará el día en que me creas.

Llegará el día en que confíes en mí. Muchos hombres me dijeron que soy un buen amigo, y quizá llegues a pensar lo mismo. -Oyó otra exclamación ahogada.- Bien, dime qué sucede.

-Tengo miedo. Tu miembro está... -La voz de Arielle sonó fría y dura.

-¿Mi miembro qué? -Está grande, y muy duro. Él sintió que se le estremecía el cuerpo.

-Mira, no puedo evitarlo. Deseo estar dentro de ti. Así estoy hecho, Arielle.

-Entonces, ¿por qué no penetras? -¿Por qué no entro en ti?

-Sí.

-Tú no me lo pediste -se limitó a decir Burke. Vio que ella contenía la respiración, y él sonrió a la oscuridad.

De pronto, sin previo aviso, ella se movió y se apartó de él.

-¡Eres cruel! Te burlas de mí y me provocas, y... -hizo una pausa, y él comprendió que estaba aterrorizada por lo que había hecho. Esperó.- ¿Por qué no puedes terminar de una vez? No lo soporto. Por favor, Burke, ¡termina de una vez!

El no había previsto ese ataque. Ella desconfiaba tanto de él que deseaba que la forzara, que de una vez por todas se decidiera y terminase. Estaba tan lejos de sentir deseos, que en los peores momentos Burke temía tocarla siquiera. Aunque lo hiciera con la mayor suavidad posible, sabía que ella odiaría el gesto, y sentiría que estaba violándola.

-Acuéstate, Arielle.

Habló con voz fría y prepotente. Ella trató de contener su propia respiración y su miedo. Lentamente distendió el cuerpo y se acostó, con los ojos cerrados. Por lo menos, todo eso terminaría muy pronto. Pero si ella no agradaba a Burke, ¿qué haría él? Contestó a su propia pregunta: Estúpida, te golpeará. Eso es lo que hará. Pero los golpes eran mejor que la ignorancia. Tenían que ser mejor.

Ella sintió la mano grande y tibia que le acariciaba los pechos, se deslizaba sobre las costillas, y venía a descansar en el hueco del vientre.

-Abre las piernas. Ella obedeció.

Sintió los dedos que buscaban, y la calidez del hombre cuando él la tocó. Después, Burke la besó en la boca. Ella quiso gritar y correr, asqueada, pero no se movió.

-¿Quieres saber lo que te haré, Arielle? Ella no contestó.

-Introduciré mi dedo en ti. Así, ¿qué te parece?

Ella no dijo nada, pero Burke sintió que se le endurecía el cuerpo.

-Eres muy pequeña -dijo Burke, y ella percibió cierto dolor en la voz del hombre, y eso le extrañó. Arielle estaba rígida, helada, esperando. -Incluso mi dedo te fuerza un poco.

-No puedo evitarlo -consiguió decir finalmente Arielle.

El dedo se hundió más, y él se preguntó si estaba lastimándola. No había previsto que era tan pequeña. Había supuesto que ella no emitiría el más mínimo sonido, aunque la lastimase.

-¿Qué es lo que no pudiste evitar? -Paisley-dijo ella, y movió la cara. -¿Paisley qué?

-El no pudo... entrar mucho... no pudo...

Burke clavó los ojos en la oscuridad, y sus pensamientos eran un caos. No, no era posible, ¿eh? -Arielle, ¿eres virgen? -¿Virgen? ¿Cómo podría ser virgen? No, bien, no sé. -¿Acaso tú... Paisley te penetró?

-Lo intentó, pero... sí, un poco. Pero... dijo que yo no era mujer, que era demasiado delgada, y que mi cuerpo le desagradaba. Yo no podía excitarlo bien, y él me ordenó que me arrodillase, porque no quería verme la cara, y probó y probó y... ¡Dios mío! Burke le retiró el dedo y la abrazó.

-Está bien -dijo, y repitió la frase hasta que el temblor se atenuó -. ¿Te entregó a Etienne?

-Lo habría hecho, pero primero murió. Me puso desnuda frente a su hijo y me obligó a recibirlo en la boca, para mostrarle a Etienne qué obediente y bien educada era yo y...

-Entiendo. Está bien.

-Deseaba que yo me embarazase, y entonces dijo a Etienne que podría tenerme hasta que me embarazara.

Las palabras eran terribles. Y podía suponerse que tenían también cierto valor como catarsis. Burke dijo con voz tenue y fría: -Qué maravilloso que ese viejo canalla haya muerto. De veras, era un ser enfermizo. ¿No te parece?

Ella se sorprendió ante las palabras de Burke y el tono, y comprendió de pronto que, en efecto, el desenlace había sido muy afortunado.

-Sí -dijo-. En eso tienes razón. -Ella guardó silencio un momento, y después agregó: -Si yo no hubiera sido tan cobarde, lo habría asesinado. Pensé en ello, pero en definitiva tuve miedo.

No, pensó Burke, la habían adiestrado demasiado bien, estaba tan aterrorizada que debía obedecer. Un objeto no se volvía contra su dueño.

-Yo también lo habría asesinado. Ahora, dame un beso y vamos a dormir. Ella obedeció, lo cual complació a Burke. Entrecerró tímidamente los labios, pero en todo caso fue algo parecido a un beso.

Capítulo 14

-¡Oh! Lord Castlerose, perdóneme. Mi intención no fue interrumpirlo y...

-No está interrumpiéndome, condesa -dijo tranquilamente Knight, apartándose de la ventana para mirar a Arielle.

Él la examinó atentamente. En un breve instante percibió la vacilación de Arielle al entrar en una habitación ocupada por un hombre; comprendió que ella había llegado a la conclusión de que, por mucho que el hombre intentase, no podía lastimarla, porque los criados estaban cerca; en definitiva, había insinuado una sonrisa para complacer a Knight, porque después de todo él era su invitado.

Arielle pensó que ese hombre era un buen amigo de Burke. Era importante mostrarse amable con él. Había visto la noche de la víspera que era un hombre apuesto, quizás no tanto como Burke, pero sí de todos modos. Ese pensamiento la sobresaltó. Tenía los cabellos muy oscuros, espesos y quizá demasiado largos, y ojos castaños, con expresión zorruna. Exudaba

fuerza, poder y dominio, tanto físico como mental, exactamente como Burke, y eso la asustaba. Arielle se detuvo bruscamente.

Knight pensó que algo la había inducido a vacilar nuevamente, y dijo con su expresión usual: -Señora, ¿quiere conversar conmigo?

-Está bien -dijo Arielle. Se sentía como una tonta al comportarse así, y entró en la sala.

Knight comenzaba a sentir que era el verdugo. Deseaba que ella no lo viese de ese modo.

-Su vestido es hermoso, si no le molesta que se lo diga. No habría creído que ese tono de amarillo hacía juego con sus cabellos, pero en realidad le sienta bien.

-Gracias, milord.

-¿No le parece que puede llamarme Knight? -Su nombre no es muy usual.

-Imagino que tiene razón. Mi madre estaba enamorada del rey Arturo. Tenía realismo suficiente para saber que nombres como Lancelot o Galahad o Gawain no eran muy lógicos en la Inglaterra moderna, de modo que decidió reunirlos a todos en una sola palabra.

-Arturo no está del todo mala

-Recuerdo que cierta vez se lo dije. Su respuesta fue que no creía que yo llegase a ser digno de usar ese nombre tan exaltado. Ante usted está un hombre que es nada más que un concepto, una designación.

Arielle sonrió. Él era encantador y divertido. No parecía en absoluto amenazador.

-Mi padre era erudito. Creía que Arielle era bastante poético y antiguo para su gusto.

Knight sonrió.

-Suelo decir a Burke que su nombre es muy vulgar. Por supuesto, me contesta que lo bautizaron en homenaje a Edmund Burke, pero sé que eso es falso. ¿A usted qué le dijo?

-¿A mí? Oh, nada. ¿Desearía una taza de té? -No, gracias. En realidad, estaba admirando la perspectiva desde la ventana. El panorama es hermoso.

-Sí, pienso lo mismo. Precisamente por eso esta habitación me atrae tanto. Es muy luminosa y aireada, y la vista sobre el jardín del lado oeste es como usted dice muy hermosa. -Agregó, frunciendo el entrecejo.- Quizá debería preguntar a Burke si no le molesta que lo use.

-¿Por qué debería molestarle?

-Es su hogar. Sus órdenes y sus deseos tienen precedencia. -Bien, Burke tiene su propia sala y la biblioteca. Si él le dice que quiere esto, contéstele sencillamente que no podrá usar esta habitación.

Decir una cosa así a un hombre que era su marido y su propietario legal pareció a Arielle una idea tan absurda que tuvo que echarse a reír.

Knight rió con ella, aunque no estaba muy seguro de la naturaleza de la broma. Entonces vio que entre ellos había un sillón. Comprendió sobresaltado que por eso ella se sentía segura. Knight no intentó rodear el pequeño obstáculo.

-Burke me dice que la conoció cuando usted era jovencita. Tenía quince años, o cosa parecida.

-Sí -dijo Arielle, con voz cortante. Detestaba que le recordasen a esa niña tonta, esa jovencita crédula y estúpida que no sabía nada de nada y creía que el mundo era un lugar repleto de cosas maravillosas destinadas a ella.

Knight no se amedrentó. Era encantador cuando lo deseaba, y ahora quería serio frente a esta mujer. Deseaba conocerla bien. Burke la amaba desmedidamente, si Knight no equivocaba el cálculo. La timidez de Arielle determinaba que Knight sintiera una actitud extraordinariamente protectora, una sensación a la cual no estaba acostumbrado. Su propia actitud francamente lo sorprendía. Se preguntaba si Burke sentía lo mismo.

-Arielle, su esposo es un hombre excelente. Nos hemos conocido desde que éramos niños. Creo que quizás es un poco desordenado, lo mismo que yo. Como sabe, ambos estuvimos muchos años en el ejército:

-Sí, lo sé.

-No se confunda. Todos deseábamos la paz. Sucede que es difícil adaptarse a una vida cuando uno no se somete al régimen y a la disciplina del ejército. E incluso a las permanentes frustraciones con el Ministerio de Guerra. Burke fue herido en el costado frente a Toulouse.

-Lo sé -repitió Arielle. Había visto la cicatriz, pero no había - dicho nada a Burke; también le había llamado la atención la cicatriz en el brazo, y sobre el muslo.

Demonios, pensó Knight, no estaba avanzando mucho. Arielle no era estúpida. Así como había comprendido que era tonto temer a ese hombre, también veía ahora que él quería saber si la propia Arielle era digna de su amigo. Knight quería proteger a Burke. Una idea nueva. Realmente nueva. Se echó a reír, incapaz de contenerse.

Ahora Knight se sintió completamente desconcertado.

Enarcó la ceja izquierda. -¿Qué sucede?

-Estaba pensando que es extraño que usted... Si usted continuara entonando loas a su amigo, no me extrañaría. -Y sonrió a su interlocutor.

Era una sonrisa amable, aunque sarcástica. Knight se quitó una mota de polvo de la manga de su chaqueta.

-Burke no tendrá nada que ver con otra mujer ahora que usted es la esposa. Es un hombre honorable y fiel.

-Pobre Laura no sé cuántos -dijo Arielle, y su voz sonó extrañamente irónica incluso en sus propios oídos.

Aún estaba felicitándose de su propia actitud cuando él agregó: -Estaba loco por usted cuando se encontraba en Londres, antes de que se casaran. Bien, yo diría que él... sufría, como sufre un hombre cuando... En fin, yo fui quien le ofreció a Laura.

-¿Usted se la ofreció? Caramba, ¿usted posee una colección completa de mujeres, señor mío? ¿Algo así como una caballeriza?

¿Usted ofrece monturas a sus amigos?

-No quise decir eso -afirmó Knight, y se sintió un estúpido, una situación que detestaba realmente-. Lo que quise decir fue que conocía a esa mujer, y sugerí a Burke que...

Arielle batió el aire con la mano.

-No deseo oír hablar de su amante. Realmente, ya escuché bastante, tanto de usted como de Burke. Es absurdo.

-¿Qué es exactamente tan absurdo? -Todos ustedes.

-¿Todos ustedes?

-Los hombres, milord. Incluso el nombre Burke Drummond, su queridísimo amigo, de todos modos es un hombre. Eso no cambiará jamás. Nunca. Y ahora, si me disculpa, debo ver a la señora Pepperall.

Knight trató de contener su irritación.

-Arielle, a decir verdad no tiene motivos para temerme.

Eso la detuvo en seco. ¿Qué había dicho Burke a su amigo?

-Señor, no le temo. Pero no me agradan los hipócritas.

-Nunca creí que todas las mujeres eran seres astutos y traicioneros -dijo Knight con voz neutra-. Y creo que es irrazonable de su parte suponer que todos los hombres son criaturas dadas a la mentira.

-No coincido con usted. Usted esperaba aquí, y deseaba que yo me acercase, ¿verdad? Bien, trataré de tranquilizarlo. No clavaré un cuchillo en el corazón de su amigo, si eso es lo que le preocupa. A decir verdad, no asesiné a mi primer marido. Ahora, ¿desea formularme otras preguntas?

-No, pero quisiera decirle que mi intención no fue asustarla o encolerizarla. Quise hacer un esfuerzo para convertirme en su amigo.

Ella lo miró fijamente. Otro concepto nuevo. -No, eso es imposible.

-¿Porque soy hombre?

-Como usted sugirió, Knight, esta es una conversación muy extraña. Entienda que usted es huésped en Ravensworth. Se le tratará como a tal, con todo el respeto debido. Ahora, si me disculpa.

Knight la vio salir de la habitación. No intentó detenerla. La joven era una mujer bastante sagaz e inteligente. El no había previsto eso, pero suponía que hubiera debido anticiparlo. Después de todo, Burke no toleraba fácilmente la estupidez en nadie, ni en los hombres ni en las mujeres. También era hermosa. Cuando Burke había intentado describirla para beneficio de Knight, no había mencionado esos cabellos, y los ojos azules y la figura esbelta. Pero parecía que ella odiaba a los hombres. A todos los hombres. Pobre Burke, enamorado de una mujer que no sólo le temía, sino que también lo despreciaba. Knight imaginaba que comprendía la situación, en vista de que el primer marido había abusado de ella. Pero pintar a todos los hombres con el mismo pincel sugería la existencia de un dolor que calaba muy hondo.

Arielle se apoyó sobre la puerta cerrada y así permaneció varios minutos, con los párpados entornados. No había creído que sus sentimientos estaban tan cerca de la superficie. Pero Knight la había obligado a manifestarlos en pocos minutos. Tenía que poner más cuidado. ¿Qué sucedería si Knight hablaba de esa conversación a Burke, y este se enojaba con ella? Arielle no se había mostrado amable; más aun, sus frases habían sido bastante ácidas. Finalmente abrió los ojos y vio a un hombre de rasgos acentuados, vestido con la librea de los lacayos, y observándola. Nunca lo había visto antes. Era delgado, casi esquelético, y el uniforme era demasiado grande para su cuerpo. Tenía los cabellos escasos, formando un círculo alrededor del cráneo, con dos largos mechones, uno a cada costado. Tenía el mentón afilado y saliente, y ojos muy oscuros.

-¿Quién es usted?

El hombre sonrió, mostrando un hueco entre los dientes, y se inclinó ante ella, un movimiento un tanto torpe, porque era evidente que no estaba acostumbrado a ejecutarlo.

-Me llamo Tronco, señora. Ollie Tronco. El conde me empleó, y dijo que me necesitaba. Soy el nuevo lacayo.

-Muy bien, Tronco -dijo Arielle-. Bienvenido a Ravensworth. -Le dirigió un breve gesto de asentimiento y comenzó a alejarse. Pensó que ese hombre no parecía un lacayo, y se preguntó qué pensaba Montague de su nuevo recluta. ¡Tronco! Qué nombre.

Pasó el resto de la mañana con Virgie y Poppet, y se divirtió muchísimo mientras bebía cinco tazas de té imaginario. El almuerzo se desarrolló sin tropiezos. Lannie se disculpó poco después, pues necesitaba prepararse para la noche, y los hombres se reunieron en la biblioteca de Burke. Arielle se sentía fatigada, pero no estaba dispuesta a rendirse. Llamó a Dorcas, para pedirle que la ayudase a vestir el traje de montar.

-Se la ve muy fatigada -dijo Dorcas sin rodeos. -Un poco.

-Estuvo muy atareada con toda esta gente en la casa.

-Bien, Lannie y las niñas viven aquí. Con respecto a lord Castlerose y lord Carver, dudo que nos traigan muchas dificultades.

-Aun así -comenzó a decir Dorcas, pero no completó la frase porque estaba concentrando la atención en las trenzas de Arielle.

-Acabo de ver a un nuevo lacayo -dijo Arielle-. Creo que es un hombre contratado por Burke para ayudar a descubrir al asesino de Mellie. Quizás es un detective.

-Usted todavía sigue preocupada por ese asunto -dijo Dorcas, con voz áspera-. La muchacha era una pequeña trotona y sentía remordimientos, lo cual no es usual en una mujer sin moral; pero a veces sucede. Decidió suicidarse, y eso es todo.

Arielle no podía creer lo que estaba oyendo. Era inconcebible que Dorcas dijese eso.

-Admito que yo no conocía a la muchacha, pero Dorcas, ¡Mellie tenía sólo quince años!

-Bien, yo la conocía. Pero eso poco importa. Me parece incomprensible que su señoría desee que un extraño esté curioseando en la casa, y todo a causa de la muerte de Mellie. ¿Usted se siente segura creyendo que un asesino vive aquí?

-No, claro que no.

-Son todas tonterías -dijo Dorcas, y aplicó una última horquilla a los cabellos de Arielle.

Arielle se miró al espejo, y vio la cara de Dorcas reflejada detrás de su propia imagen.

-Dorcas, ¿también crees que yo soy una trotona? Paisley no me violó, pero sólo porque no podía, pero me golpeó y me obligó a hacer cosas horribles. ¿Crees que yo deseaba eso? ¿Que lo que me sucedió era mi culpa? ¿Crees que realmente yo me lo busqué? ¿Y que debí haberme suicidado?

-Señorita Arielle, usted siempre fue una dama... siempre. Ciertamente, no pidió que la golpeasen. Jamás habría cedido, ni habría intentado provocar a lord Rendel, ni a ese Etienne DuPons, ni a lord Ravensworth. En cambio, Mellie fue a buscar a ese hombre -quienquiera que sea- y le pidió que la poseyera. Bien, terminé con sus cabellos. Y esto es todo.

Arielle continuó en sus cosas, y ahora se sentía muy confundida. Oyó las voces masculinas que venían de la biblioteca y continuó caminando. Deseaba estar sola un rato, pensar y sentir el aire fresco en la cara. Mientras Geordie ensillaba a Mindle, Arielle descubrió que ella examinaba a cada uno de los ayudantes del establo. ¿Quizá Jaime había violado y asesinado a Mellie? Ella sabía que era un muchacho de modales bruscos, un joven alto y musculoso. O quizás era Lambert, un hombre silencioso y sombrío que rara vez hablaba con nadie. Pero ninguno de esos hombres podía entrar en la casa.

-¿La acompaño, señora?

-No, gracias, Geordie. Solamente iré hasta el lago. Es un hermoso día.

-Sí, lo sé -dijo Geordie. La ayudó a montar y la miró mientras ella guiaba a la yegua por el sendero sinuoso.

Pensaba en la noche de la víspera, acostada en brazos de Burke, en la habitación en sombras, relatándole todo, incluso el plan de Paisley, que era entregarla a su hijo ilegítimo Etienne. Ahora, al recordar, se estremeció. Hasta ahora Burke no había formulado comentarios; pero por otra parte estaba muy atareado atendiendo a los huéspedes.

Arielle ató a Mindle a una rama baja de un arce que crecía junto al lago. Era un hermoso día estival. El agua estaba serena y limpia, y en el aire flotaba el aroma del pasto y las flores. Arielle se sentó cerca del borde del lago y apoyó la cabeza sobre el tronco de un arce. Los insectos zumbaban alrededor de su cabeza. -Despierta, querida hermana.

Arielle soñaba y no deseaba despertar. No quería tener nada más que ver con Evan, ni siquiera en una pesadilla.

-¡Arielle! ¡Despierta!

Abrió los ojos, sobresaltada. Evan Goddis estaba de pie sobre ella, vestido con ropa de montar, un látigo en la mano derecha.

Le tocaba el hombro con el látigo. Arielle se estremeció, porque Evan impedía el paso de los rayos del sol.

¿Por qué no había traído a Geordie? ¡Qué tonta, cien veces tonta! Pero Evan no le haría daña; no tenía motivos para eso. Trató de reaccionar.

-¿Qué deseas, Evan? -Se enderezó al hablar, pero no se incorporó. Tampoco volvió la cara para mirarlo. Mantuvo los ojos fijos en las aguas quietas.

El se puso en cuclillas al lado de la joven.

-Hermanita querida, deseaba verte. Como sabes, Etienne se sintió conmovido. Pobre hombre. Le dije que tú eras una zorrita astuta. Fingiste que salías de Inglaterra, y en realidad

habías concertado una entrevista con el conde. ¿Cómo conseguiste atraerlo al matrimonio? Siempre te consideré astuta, Arielle, de modo que bien puedes contarme la verdad. ¿Cómo lo engañaste?

El razonamiento de Evan era maravillosamente retorcido, y Arielle lo reconoció sin rodeos.

-Imagino que poseo un talento enorme, y además soy astuta y cruel. ¿Qué deseas?

-De modo que así fueron las cosas. ¿Sabes que Etienne estaba esperando en el camino que lleva a Southampton? Deseaba representar el papel del individuo romántico, y secuestrarte. Estaba dispuesto a trabajar sobre tu lindo vientre hasta que te casaras con él.

Arielle sólo pudo mirar a Evan. En realidad, ella no había tenido ninguna posibilidad. Si Burke no se hubiese apoderado de ella, lo habría hecho Etienne.

-Evan, ¿cuánto debía pagarte?

-Cinco mil... oh, no, nada de eso, querida. Arielle, estás pasándote de lista. Pero es cierto que yo debía recibir cierta recompensa. En realidad, debiste hablarme de tu procurador y tu administrador. Mal que le pese a Etienne, Rendel Hall será vendida.

Debiste decirme que no tenías un centavo.

-Ojalá te lo hubiese dicho. Habría evitado que el pobre Etienne me esperase en el camino a Southampton, ¿verdad? Y también habría calmado tu entusiasmo. Evan, ahora ya no hay dinero para ti, de modo que, ¿puedes decirme lo que deseas?

-No estoy de acuerdo contigo. Piensa en todas las oportunidades que se te ofrecen ahora que te casaste con el conde de Ravensworth. Sí, hay muchas posibilidades. Soy tu medio hermano. Visitaré al conde y hablaremos de nuestros arreglos, y otras cosas por el estilo. Como soy tu ex tutor, me ocuparé de que él te trate con justicia. Por ejemplo, ¿te ha dado una asignación? No, por supuesto, no ha hecho nada de eso. Te maltrata.

-Paisley tampoco me daba una asignación.

Evan la miró. Arielle ahora era distinta. Evan adivinó el temor en los ojos de la muchacha al despertar, pero ahora ella ya no tenía miedo. Se mostraba segura de sí misma. Y eso irritaba a Evan.

-Creo que necesitas un hombre como Paisley -dijo Evan, e intencionadamente golpeó el suelo con el látigo de montar. -El te obligaba a mantener cerrada la boca, ¿verdad? Conseguía que te mostrases dócil y obediente. No habría permitido que hablases de este modo a tu hermano.

-Medio hermano -dijo Arielle, y él vio que los ojos de la joven se desviaban hacia el látigo de montar. Quizás ella no se sentía tan segura como parecía.

-Arielle, ¿el conde te castiga? Ella no dijo nada.

-¿Lo satisfaces bien con esa hermosa boca que tienes? Arielle se puso de pie. Se sacudió las faldas.

-Me voy, Evan. No eres bienvenido en Ravensworth. Adiós. Él la aferró del brazo, y la obligó a retroceder. Jadeaba, y volcaba su hálito cálido sobre la cara de Arielle.

-Pequeña ramera, harás lo que te ordene. -La apartó de un empujón. Arielle cayó al suelo, apoyándose sobre las manos y las rodillas. Sintió el látigo que cortaba el aire, y después el ardor en la espalda.

Ella rodó de costado, y vio que él sonreía, con una sonrisa de expectativa y placer. Tenía la misma expresión de Paisley cuando la castigaba.

-Esto me agrada. Nunca había pensado hacerlo. Sí, me agrada.

-Estás loco -murmuró Arielle, con los ojos clavados en el látigo de montar.

Pero Evan alzó de nuevo el látigo, sintiendo la fuerza del objeto, su propia fuerza, su poder.

-Estará muerto en un instante si no suelta ahora mismo ese látigo.

- ¡ Burke!

Evan se volvió y vio al conde de pie, a unos dos metros detrás, con una pistola en la mano.

-Es mi hermana -dijo, rechinando los dientes-. El padre nunca la corrigió, y es una muchacha caprichosa y malcriada... -Alzó el látigo de montar. Una puta, una...

Sonó un disparo, duro y seco; y Evan emitió un grito. El látigo de montar cayó al suelo, y Evan se aferró la mano; y Burke devolvió la pistola al bolsillo de la chaqueta. Caminó hasta Evan, lo examinó atentamente y dijo: -Usted de veras es sorprendente, ¿lo sabía?

-¿Cómo consiguió que se casara? ¿Lo sedujo? ¿Está embarazada? Paisley le enseñó muchas cosas, pero con sus habilidades de puta yo habría creído que usted la convertiría en su amante, no en su...

Evan no dijo nada más. El puño de Burke aterrizó de lleno en su mentón. Cayó al suelo, inconsciente.

Burke no se acercó a Arielle. Dijo serenamente: -Lamento no haber llegado antes. ¿Estás bien?

Arielle asintió, pero Burke vio que ella miraba fijamente el látigo de montar. Él sentía deseos de maldecir, de sostener a Arielle y calmarla, pero no hizo nada de todo eso.

-Vuélvete, y permíteme ver tu espalda.

Ella se puso de pie y le dio la espalda. Oyó la maldición sonora de Burke.

La chaqueta de montar estaba cortada, lo mismo que la blusa que había debajo.

-Arielle, te ayudaré.

Ella obedeció a la sugerencia de Burke.

Él comprobó aliviado que el látigo de montar apenas había tocado la piel. No le había arrancado sangre. Respiró hondo. -¿Deseas que lo mate?

Ella inclinó la cabeza, sin decir palabra. Burke la ayudó a ponerse la chaqueta.

-Creo que lo haré -dijo Burke-. Lo retaré a duelo. Será un modo bastante equitativo, aunque el canalla no merece que se le trate honorablemente.

-No -dijo al fin Arielle, volviéndose para mirar a Burke. La expresión del hombre la sorprendía. Lo dominaba una fría furia. ¿Por qué Evan la había golpeado?- Burke, no es un hombre bueno. Es traicionero. No quiero que te lastime.

Esta respuesta determinó que la cólera de Burke se disipase prontamente. De modo que Arielle se preocupaba por él. Sostuvo entre dos dedos el mentón de la muchacha, obligándola a levantar la cara. Ahora, Burke sonreía.

-¿Te opones a que lo despierte y lo golpee otra vez?

-No, no me opongo. En realidad, quisiera ser yo quien lo golpea.

Burke pensó: excelente. No podía pedir de ella mucho más que eso. Le levantó la mano, la cerró y la examinó con cuidado. Después, palpó el músculo del brazo.

-Está bien -dijo, sonriendo-. Lo obligaré a incorporarse, y tú puedes darle una buena paliza.

Burke arrastró a Evan hasta el borde del agua y le hundió la cabeza bajo la superficie. Tuvo que empaparlo tres veces antes de que Evan comenzara a escupir agua y a debatirse. Lo obligó a incorporarse, y lo sacudió.

-Despierte de una vez -dijo Burke, y lo sacudió de nuevo-. Muy bien, Arielle.

Arielle se acercó a su medio hermano, preparó el brazo y descargó el puño en la nariz de Evan con toda la fuerza posible. Evan pegó un alarido. Burke lo soltó y el hombre se acercó tambaleando a un árbol, mientras se sostenía la nariz.

-Bien hecho -dijo Burke a su esposa-. Ahora, Goddis, trate de verla de nuevo y lo mataré. ¿Me entiende? Lo mataré.

Evan estaba inclinado. No dijo una sola palabra, pero finalmente asintió,

Burke se volvió hacia Arielle. -Vamos, querida, volvamos a casa.

-Ojalá le haya roto la nariz -dijo Arielle, que se sentía maravillosamente bien a pesar de todo.

-Es una buena posibilidad. El golpe fue perfecto. -Burke se sentía muy orgulloso de ella.

-Quiere que le pagues algo. Cree que le corresponde, porque fue mi tutor.

Burke le dirigió una sonrisa.

-En realidad, creo que después de este episodio no abordará conmigo ese tema.

-También me dijo que Etienne estaba esperándome, exactamente como tú hiciste, en el camino a Southampton. Quería secuestrarme, lo mismo que tú. Dijo que Etienne se proponía darle cinco mil libras esterlinas por su ayuda.

Burke trató de parecer impresionado, pero por supuesto ya estaba al tanto de la intentona de Etienne. Pensó en los vericuetos del destino. Los benditos vericuetos del destino.

Entró con ella en la casa. No deseaba que nadie, invitado o criado, viese el corte diagonal en la espalda de Arielle. Hizo un gesto con la cabeza a Montague, y habló unos instantes con Ollie

Tronco. Cuando llegaron al dormitorio, cerró la puerta con llave.

-Ahora, Arielle, por favor quítate la chaqueta y la blusa.

Quiero ver tu espalda.

-No. Burke, estoy bien. -Hazlo, Arielle, ahora mismo.

Cuando él le habló en ese tono, ella no dijo nada más. Burke la ayudó a quitarse la chaqueta y la blusa, ella intentó cubrirse el busto, pero después dejó caer los brazos a los costados. Burke permaneció de pie detrás de la joven, mirando la línea larga y rojiza que formaba una diagonal sobre la espalda blanca. -¿Te duele? Ella movió la cabeza.

-No, en realidad no.

-No lastimó la piel, pero será mejor que la limpie.

Salió y regresó con un lienzo enjabonado. Ella tenía la cabeza inclinada, la espalda desnuda hasta la cintura. Burke cerró los ojos un momento. Dios mío, él debía protegerla, y eso era lo que había sucedido. Lavó con movimientos delicados la larga marca del látigo, y después le secó suavemente la espalda.

-¿Tienes una camisa sin encajes ni cintas? ¿Que sea de tela suave y no te lastime?

Arielle asintió.

-Espera aquí, y yo la traeré. -No quería que ella le dijese que no se molestara. Abrió la puerta de comunicación y entró en el dormitorio de Arielle. Allí estaba Dorcas.

-Milord -dijo la anciana.

-Dorcas, necesito una camisa de tela suave. Ahora.

Vio que la anciana deseaba formular muchas preguntas, pero no dijo nada más. Lo que estaba sucediendo no concernía a Dorcas, a menos que Arielle deseara comunicárselo. Recibió de manos de Dorcas la camisa y regresó a su cuarto. Retiró la camisa que

Arielle ya tenía puesta, y la remplazó por la nueva, que era más suave.

-¿Cómo la sientes?

-Muy bien. Gracias, Burke.

-Arielle, repito que lamento haber llegado tan tarde. Quise verte y fui al establo. Geordie me dijo adónde habías ido.

-¿Por qué deseabas verme? -preguntó ella, volviéndose. -Te extrañé, y quise ver tu hermosa cara. Eso fue todo.

Arielle recogió su blusa y la chaqueta. Se preparaba para ir a su dormitorio y de pronto recordó algo.

-Esta mañana conocí al señor Ollie Tronco. Burke, es un lacayo un tanto inverosímil. ¿Es un detective?

-Sí. Tienes razón cuando dices que nadie lo tomará por un criado. Montague no sabe qué actitud adoptar. Tuve que decirle la verdad, pero hablé solamente con él. Si se te ofrece la oportunidad, te agradeceré que le concedas una librea que le caiga mejor.

-Muy bien. ¿La señora Pepperall sabe lo que debe hacer? -Supongo que sí. ¿Te molesta que esté aquí?

-No, pero es desconcertante pensar que el hombre que mató a Mellie muy probablemente vive en esta casa.

-Ollie Tronco descubrirá su identidad. ¿Arielle? -¿Sí?

-Me ocuparé de que Goddis nunca vuelva a acercarse a ti. Ella le dirigió una sonrisa insegura.

-Gracias por permitirme ese golpe que le di en la nariz. -El asunto me agradó.

-Le dolió bastante, ¿verdad?

-Nunca vi un hombre en una situación más desagradable.

Capítulo 15

Si Burke creía que la muñeca pintada que Virgie le ofreció como regalo era poco apropiada para un hombre, en todo caso no lo dijo. Tampoco preguntó en qué habían quedado las actividades militares más sanguinarias de las niñas.

-Te aseguro -dijo en voz baja a Arielle-, que la última vez que jugué con ellas, yo era el enemigo, y me apuntaron con sus cañones.

-Imagino -dijo Arielle-, que esta es otra etapa del mismo proceso.

-Querida, tú sabes de todo esto tanto como yo. Dios mío, mira la cara de esta muñeca. Si tú te pintaras así, creo que yo me fugaría al Continente.

La cara de la muñeca era blanca, y tenía los labios escarlata y las cejas muy negras. Los relucientes cabellos negros formaban mechones.

-Tío Burke, ¿cómo la bautizaremos?

Él pensó un momento, y después dijo a Virgie: -¿Qué te parece si la llamamos "Wellington"?

-¡Tío Burke! ¡Realmente!

-Muy bien, en ese caso, ¿qué te parece "Josefina"? Virgier sonrió y asintió enérgicamente.

-Sí, ese nombre estaría muy bien. -Vaciló un momento, y después dijo: - Si te agrada, tío Burke, Josefina puede quedarse conmigo en el cuarto de los niños, y tú jugarás allí con ella. -¿Crees que allí se sentirá más cómoda que en mi dormitorio?

-Oh, sí, tío Burke.

-¿Qué te parece, Arielle?

Arielle adoptó una actitud pensativa.

-No lo sé, Burke. Imagina lo que parecerá Josefina acostada sobre tus almohadas.

Burke pasó la mano sobre los rizos rubios de Virgie.

-Tú ganas. Aquí se quedará. -Entregó la muñeca a las manos ansiosas de su sobrina.- Bien, ahora, vosotras dos -continuó, incluyendo en su observación a Poppet-, es hora de que juguéis con mi regalo.

-¿Cuál es? ¿Cuál es? -exclamaron las niñas.

-Aunque en realidad, quizá no os interese, porque tenéis estas muñecas y...

-¡Tío Burke!

Burke se arrodilló y abrió la caja grande. Estaba llena de soldados con uniformes muy coloridos, y había cañones y caballos. Virgie lo miró fijamente.

-¡Tío Burke, no somos varones! Uf. Déjame ver ese cañón, Poppet. Ten cuidado, tonta, puedes romperlo!

-Oh, mirad -dijo Arielle, arrodillándose al lado de Burke-. ¿Este es Wellington?

-No, soy yo. ¿No es cierto que se me ve muy apuesto?

Pronto las dos niñas estaban examinando los soldados y distribuyéndolos en formaciones bien disciplinadas, de acuerdo con las instrucciones de Burke.

-La caballería detrás, como una cuña. Así, Poppet. Todos los soldados que tienen bayonetas al frente.

Pasó una hora larga antes de que el ejército inglés -mandado por Virgie, Poppet y Arielle- derrotara a los franceses. Burke volcó de costado sus cañones y gimió, aferrándose el pecho y cayó despatarrado, los brazos y las piernas abiertos, sobre el suelo.

-No sé lo que Lannie dirá de todo esto -comentó Burke a Arielle más tarde, mientras descendían por la escalera después de salir del cuarto de las niñas, que estaba en el segundo piso.

-Creo conveniente que las niñas sepan lo que hacen los hombres. Así, cuando oigan comentarios, tendrán una idea de lo que sucede.

-Lo dudo -dijo Burke con una mueca-. Pero en todo caso podrán impresionar a todos sus amigos menores de diez años. Arielle emitió una risita, y Burke sintió que algo se ensanchaba en su pecho. -¿Te dije hoy que me pareces maravillosa? -Quizá.

-Bien, es mi opinión. Y ahora, me temo que debemos atender a nuestros huéspedes. ¿Estás dispuesta a servir el té a todo el mundo?

-Sí -dijo Arielle-. E incluso recuerdo que te agrada una sola rodaja de limón en tu té. - Estaban cerca de la escalera del primer piso cuando ella habló: - Esta mañana estuve unos minutos con Knight. ¿Te lo dijo?

-Dijo que había hablado contigo y que eras la más hermosa y elegante...

Ella le asestó un golpe en el brazo, y después se apartó, con una expresión de temor en la cara.

-Arielle, no tengo el brazo roto -dijo Burke como de pasada.- Pero lo que dije es cierto. Knight cree que eres la mujer más perfecta y maravillosa... y comentó que incluso parecías adaptada a la casa

En los labios de Arielle se dibujó una sonrisa muy insegura. -Estás inventando eso - dijo.

-No. -En realidad, Knight le había relatado gran parte de su conversación con Arielle. Y por eso él había querido verla. Pero ahora todo eso no pareció tan importante, comparado con el incidente con Evan Goddis.

Lord Carver y Lannie conversaban animadamente al fondo del salón, y habían dejado a Knight librado a su propia suerte. Knight se limitaba a observar a la pareja con una expresión sardónica en la cara; una expresión que rozaba el rechazo profundo.

-Gracias a Dios -dijo cuando vio llegar a Burke y a Arielle-. ¡Ahora podré escuchar una conversación más inteligente!

-Qué poco amable, Knight -dijo Percy-. Usted sencillamente está celoso.

-Imagino que eso es posible -dijo Knight-, pero no muy posible. Acérquense, ustedes dos, y muéstrense civilizados. Las personas adultas arrullándose una a la otra es algo muy desconcertante. Nuestra anfitriona viene aquí para satisfacer nuestra gula.

Burke observó a su esposa, comprendió que ese ambiente social era nuevo para ella, pese a que había estado casada antes. ¿Tal vez Cochrane la había mantenido en el aislamiento? Parecía probable. Pensó en la nueva marca que ella llevaba en la espalda, y cómo se destacaba junto a las débiles líneas blancas que se entrecruzaban. Por lo menos esta marca no había sangrado, de modo que no habría cicatriz. Podía imaginarla en el suelo, apoyada en las manos y las rodillas. Sintió que se agravaba la conocida reacción de cólera.

-¿Burke? De veras, viejo amigo, no deberías suspender de ese modo el funcionamiento de tu cerebro.

-Gracias, Knight. Te informaré cuando haya elaborado los pensamientos más profundos.

-¿Y cuáles son esos pensamientos? -preguntó Arielle, sonriendo a su esposo.

La sonrisa no abandonó los labios de Burke.

-La cena -respondió-. Estaba pensando en el ganso que la cocinera está preparando para nuestra cena.

Arielle enarcó el entrecejo en un gesto de incredulidad, y después dijo a Lannie: -Imagino que Burke no te lo dirá, pero Virgie y Poppet ahora son las orgullosas dueñas de varios batallones militares con artillería y caballería, todo lo que se necesita para derrotar a los franceses.

A Percy se le iluminó la cara al oír esto.

-Excelente, Burke. Temí que me vería obligado a beber el té contenido en minúsculas tazas, y a entretenerme con muñequitas y cosas por el estilo. ¡Soldados! -Se frotó las manos regordetas.

Arielle descubrió de pronto que estaba mirando las manos de Percy, y preguntándose qué tratamiento dispensaría a Lannie cuando estuviesen casados. Ciertamente, ella parecía embobada con Percy. ¿Eso significaba que no la inquietaba lo que él le haría después del matrimonio? Arielle no sabía a qué atenerse. No creía posible preguntárselo. Quizás él no le hiciera nada. En ese momento advirtió que Burke la miraba fijamente. Arielle se apresuró a preguntar: -Lannie, ¿un poco más de té?

-Sí, gracias, querida. ¡Qué extraño es que otra dama se encargue de esta tarea! No me opongo, lo digo de veras... Me complace que Burke se haya casado. Necesita comenzar su aprendizaje con niños. Arielle, ¿ya iniciaste tus visitas de casada?

¡Visitas de casada! Arielle movió la cabeza. -Quizá lo haga en una o dos semanas-dijo Burke.

-Bien, Arielle, no será nada nuevo para ti -continuó diciendo Lannie-, pues ya estuviste casada. Aunque es extraño. No recuerdo haber sido invitada a Rendel Hall cuando te casaste con Paisley Cochrane y...

-Sírvase un bollo, querida -dijo Knight, y empujó la fuente hacia Lannie.

-Ah, gracias, Knight -dijo Lannie-. A propósito, Burke, hablé con ese desagradable lacayo nuevo. Habla con acento cockney, y cuando le ordené que hiciera algo, respondió que no era su obligación, y que de todos modos parecía que yo era una señora bastante fuerte, y bien podía ocuparme del asunto.

-Seguramente te refieres a Tronco -dijo Arielle, riendo ante la descripción de Lannie-. Reconozco que es todo un personaje. Creo que Burke lo contrató porque sus respuestas son siempre inesperadas, y muy divertidas. Lannie, confío en que no te habrá inquietado demasiado.

-No, prefirió sentirse divertida -dijo Percy. -A Corinne no le habría divertido.

-Esperemos que Corinne decida permanecer un tiempo en Londres -intervino Burke.

En ese momento Montague apareció en el umbral, y miró fijamente a Burke, hasta que este se le acercó.

-¿Qué sucede? -preguntó en voz baja.

-Huéspedes, milord. Nunca los había visto. El caballero dice que es el barón Sherard, y que su esposa, la dama que lo acompaña, es hermana de la señora.

-¡Santo Dios! Bien, hablaré con Arielle.

-Pero, ¿cómo es posible esto? -preguntó Arielle después que Burke le informó-. Suponíamos que estaban en Boston. -Estoy seguro de que a su debido tiempo aclararemos las cosas.

Arielle lanzó un breve grito al ver a su media hermana, y se arrojó en los brazos de Nesta.

-¡Nesta! ¡Cuánto me alegra verte! -La abrazó, retrocedió un paso y lanzó varias exclamaciones más. Al fin, la abrazó nuevamente. Burke esperó un momento. Nesta Carrick era una mujer de cuerpo menudo, con los cabellos castaños claros y los ojos muy azules. La recordaba imprecisamente de varios años atrás. Miró al barón Sherard, y le ofreció la mano.

-Ya nos hemos visto. Creo que fue en 1809, en Londres. -Así es. En casa de White. -El barón Sherard se adelantó para estrechar la mano de Burke.

-¿No perdí una pequeña suma con usted? ¿Jugando piquet? Alec Carrick, barón Sherard, sonrió.

-No es probable. Soy muy mal jugador. Pero creo que hubo una apuesta... en fin, no recuerdo el resultado.

Burke movió la cabeza.

-Tampoco yo, pero quizás así es mejor. Arielle finalmente se separó de Nesta. -¡Alec, qué maravilloso verte!

El barón estrechó entre sus manos grandes pequeñas de Arielle.

-Y yo me alegro mucho de verte, hermanita. Veo que te casaste con tu vecino. Creo que tu decisión ha sido excelente. Y has crecido. ¿Verdad, Nesta? Ahora eres una mujer.

-Una mujer muy hermosa. Te pareces bastante a mamá, aunque ella no tenía los cabellos de un color tan maravilloso como el tuyo.

Arielle desechó el elogio.

-Nesta, estás embarazada. Me pareció que te veía un poco obesa, pero...

-Por eso regresamos a Inglaterra -explicó Alec-. Quise que mi hijo naciera en suelo inglés.

-¡Pero me escribisteis pidiéndome que fuese a Boston! Estuve a un paso de embarcarme -dijo Arielle.

-Escribí esa carta hace varios meses. ¿La recibiste hace poco?

-Sí -dijo Arielle.

-Bien, como no recibimos respuesta y yo descubrí que estaba embarazada, Alec decidió que volviéramos a casa.

-¿Cómo supieron dónde encontrar a Arielle? -preguntó Burke.

-Fuimos a Leslie Farm -dijo Alex-. Goddis no estaba de buen humor. Tiene la nariz rota y una mano vendada. -Se interrumpió un momento, y después dijo con voz reflexiva: -Me agradaría saber qué le sucedió. Pero no quiso aclarármelo. En realidad, se mostró bastante rudo, incluso más que la primera vez que hablé con él, hace unos cinco años largos.

Arielle se echó a reír. Esa risa sobresaltó de tal modo a Burke, que la miró. Alex y Nesta parecían desconcertados, pero antes de que pudiesen comentar algo, Burke se apresuró a invitarlos a permanecer en la casa por todo el tiempo que desearan.

El barón aceptó agradecido.

-Gracias -dijo-. Nesta está agotada, y quizá sea mejor que disponga de un poco de tiempo para descansar antes de viajar a mi dominio de Northumberland.

-Burke, ahora llevaré al piso alto a mi hermana -dijo Arielle-. Y tú, cuñado, puedes acompañar a mi marido. Tenemos otros las manos más invitados, de modo que no necesitarás soportar nuestra aburrida compañía.

-Los había olvidado -dijo Burke-. Conocen a Knight Winthrop, ¿verdad? ¿Y a Percy Kingstone?

-Por supuesto, los conocemos -dijo Alec-. Es un verdadero encuentro de antiguas relaciones. Ve a descansar, Nesta. -Palmeó la mejilla pálida de su esposa.

Arielle llevó a Nesta a un amplio dormitorio que estaba frente a la habitación principal.

-Es realmente hermoso, Arielle. Imagínate... Estás casada con el conde de Ravensworth. Como sabes, yo me sentía terriblemente enamorada de él hasta que apareció Alec. Todas las muchachas de la región se lo comían con los ojos.

Arielle la abrazó de nuevo.

-Me alegro tanto de que estés aquí, Nesta. Pero estamos charlando interminablemente, y estás agotada. Llamaré a una criada, y te acostaremos.

Aproximadamente una hora después Arielle se separó de Nesta, que ya dormía. Tenía un aire pensativo cuando Burke la encontró en la escalera.

-¿Sucede algo? -preguntó Burke. Ella lo miró, sobresaltada.

-Oh, Burke. Estaba pensando en Nesta. No tiene buen aspecto. ¿Qué te parece si pedimos al doctor Brody que la examine? -Podemos hablar de esto con Alec.

-¡Pero él no es la persona que está embarazada y exhausta! Burke miró fijamente a Arielle.

-Pero Arielle, él es el marido.

-Sí, siempre se termina en eso, ¿verdad? Burke no supo qué contestar.

-¿Nesta dijo algo más acerca de Evan Goddis?

-Sólo que en East Grinstead le dijeron que Rendel Hall había sido vendida, de modo que fueron a Leslie Farm para averiguar dónde me encontraba. Nesta dijo que Evan manifestó muy claramente la antipatía que tú y yo le inspiramos. También dijo que allí estaba otro hombre. Probablemente Etienne DuPons. -Interesante -dijo Burke-. Bien, parece que Alec y Knight están por allí evocando recuerdos, y Percy y Lannie por otro lado diciéndose cosas dulces.

Arielle se echó a reír.

Burke pensó que el sonido de esa risa era muy agradable. Tomó la mano de Arielle y se la llevó a los labios. Ella quedó como paralizada cuando los labios de Burke le tocaron la palma de la mano. Burke sintió que a Arielle se le endurecía el cuerpo. Al demonio con eso, pensó, y se inclinó, la tomó por los hombros y la besó.

No era un beso muy imperioso, pero era una marca de dominio, y Burke lo sabía. Se preguntó si ella pensaba lo mismo.

Ella parpadeó cuando Burke al fin la dejó en libertad. Burke no dijo nada, se limitó a sonreírle, y le tocó suavemente la mejilla con los dedos. Arielle respiró hondo y dijo algo totalmente inesperado: -¿Sabes que yo creía que Alec Carrick era el hombre más apuesto que había visto en mi vida hasta que te conocí?

-¿De veras? Tenías muy buen gusto incluso cuando eras muy jovencita.

-Ahora no estoy tan segura de que me agraden los hombres de cabellos claros, aunque parezcan dioses de bronce, como Alec. -Caramba, ¿acabo de recibir un insulto?

-Burke, y sus ojos son tan azules, ¿no te parece? Como un vikingo. Por supuesto, un jefe vikingo.

-Sus ojos se parecen mucho a los tuyos, Arielle.

-Los míos son muy intensos. Creo que prefiero ojos castaños, como los tuyos. Parecen más inteligentes.

Ella abrazó.

-Vayamos un rato a la planta baja. ¿Salvo que quieras descansar?

-Oh, no. Me siento bien.

Arielle lo llevó a la pequeña habitación donde se había encontrado con Knight esa mañana. Con una voz indiferente que no engañó en absoluto a Burke, dijo: -Burke, me agrada mucho esta habitación. ¿Puedo usarla?

-No lo sé -dijo él con voz pausada, mirando alrededor. -Creo que la agregaré a mi colección. En realidad, sólo tengo la sala y la biblioteca. Creo que desearía usar también este cuarto. Es más abierto que los otros. La vista es más agradable. Sí, lo utilizaré. Ella comenzó

a asentir, y de pronto recordó las palabras de Knight. Lo que ella había deseado que se manifestara con cierta elegancia adoptó la forma de una actitud desagradablemente tímida.

-¿No crees que tal vez cambies de idea?

-¿Por qué? Es mi casa, y en realidad no tienes nada que decir acerca de lo que yo quiero hacer. No, no vuelvas a entrar aquí. Te lo prohíbo.

-Pero... ¡eso no es justo! -¿Esta no es mi casa?

-Es mi casa también. ¿Verdad?

-¿De modo que crees que aquí eres el ama, eh?

Ella se movió el labio inferior.

-Bien, sí, quizás eso creo.

-Tienes que mostrarte más segura, Arielle. Inténtalo otra vez.

Ella elevó el mentón.

-Aquí soy el ama.

-¿Y qué? ¿Qué derechos tienes por eso?

-Me corresponde la responsabilidad de la casa y los criados.

Me agrada esta habitación, y deseo usarla. No necesitas otro cuarto. -Hizo una pausa, complacida, hasta que vio que él fruncía ferozmente el entrecejo.- Si eso no te desagrada terriblemente -agregó.

El se inclinó y la besó deprisa en los labios cerrados.

-No me opongo, tonta. Y aunque me opusiera, no importaría. Incluso podrías expulsarme de la sala, si lo desearas.

Ella se limitó a mirarlo fijamente. ¿Había procedido así sólo para obligarla a defender su posición?

-No te comprendo -dijo, y su voz era una extraña mezcla de inquietud e incertidumbre.

-No desespero de que llegues a entenderme -dijo Burke-.

Ahora, vamos. Salgamos a pasear un poco. Quizás incluso pueda convencerte de que me beses bajo la planta de magnolia.

Ella le dirigió una rápida mirada, y después bajó los ojos.

-Lo pensaré-dijo, y su voz era la de una joven recatada y coqueta al mismo tiempo.

Él sintió deseos de gritar, de golpear los talones, quizá de ponerse a cantar.

Fue un beso casto y tímido bajo la planta de magnolia, pero fue un beso. Y fue otorgado voluntariamente.

-La señorita Nesta siente lo mismo, o quizás algo peor -dijo Dorcas mientras ayudaba a Arielle a ponerse el vestido de noche. -¿Qué quieres decir? -preguntó Arielle.

-Quiero decir que no se siente feliz. No se siente feliz con él. -¿Con el barón Sherard? ¿Por qué no?

Dorcas se encogió de hombros. Era un signo de que la anciana no tenía intención de contestar y de que no sería posible obligarla a hablar.

-Siéntese, y déjeme peinarla.

Arielle se sentó. Dorcas trabajó deprisa, dividiendo los cabellos de la joven en espesos mechones y después trenzándolos. Mientras con las trenzas formaba un círculo sobre la cabeza de Arielle, dijo: -Vi la chaqueta de montar y la blusa. Al fin él la golpeó.

Arielle encontró la mirada de Dorcas en el espejo.

-Sabía que era cuestión de tiempo. Él intentó forzarla, ¿verdad? Y usted se resistió. Usted dijo que cuando llegase a eso nos iríamos. Pero, ¿adónde iremos? Su hermana ya no está en Boston. Usted no tiene dinero, ¿verdad? ¿Él suele entregarle alguna suma? -Dorcas, Burke no me tocó. Fue Evan. Me sorprendió sola, a orillas del lago Bunberry. Burke me salvó.

Para sorpresa de Arielle, Dorcas se limitó a rezongar, emitiendo un sonido especialmente ingrato.

-De todos modos lo hará. Sólo tiene que esperar un poco. Pero de pronto Arielle supo que él no haría tal cosa. No podía explicar cómo sabía que no llegaría a ese extremo. Simplemente, lo sabía.

Dorcas estaba empolvándole la cara cuando Burke entró en el dormitorio por la puerta de comunicación. Traía una angosta caja forrada con terciopelo.

-Buen trabajo -dijo a Dorcas-. Tiene los cabellos hermosos. Ahora, márchese.

-Veré que la señorita Nesta esté bien atendida-dijo Dorcas, y salió de la habitación.

Arielle miró la caja. Los ojos le chispeaban, pero Burke vio que ella intentaba mostrar que el asunto apenas le interesaba, en un esfuerzo por controlar su excitación. Burke sintió una punzada de dolor en el vientre.

-Es tuyo -dijo bruscamente, y depositó la caja en las manos de Arielle-. Pertenecía a mi madre, y antes a mi abuela. Si no te agrada la forma de la joya, podemos modificarla.

Él la miró mientras Arielle abría lentamente la caja. Contuvo la respiración al ver la increíble colección de diamantes y zafiros,

-¡Oh, qué hermoso! ¡Jamás vi nada parecido! Dios mío, Burke... no, no, no puedo aceptarlo. Mira si perdiese algo de esto o se rompiese o...

Devolvió la caja a Burke.

-En ese caso, tendría que remplazar la joya para que pudieras continuar usándola.

Ella lo miró, perpleja.

-Permíteme que te ponga esta joya. -Él aseguró el cierre y miró a Arielle en el espejo. Ella parecía hipnotizada por su propia imagen, y sus ojos relucían.

-Los zafiros son brillantes, pero no tanto como tus ojos.

Las manos de Burke rozaban apenas los hombros de Arielle.

Ella sólo podía mirar su propia imagen en el espejo, sin hablar. Nunca había usado nada tan hermoso. Recordó el brazalete de esmeraldas que Paisley había insistido cierta vez en que ella usara. Se le había desprendido, y él la había castigado. Arielle sabía que el cierre era defectuoso, y también que Paisley estaba al tanto del hecho, y que intencionadamente había esperado, deseoso de que el brazalete cayese. Pero Burke no era así.

-Gracias, Burke. -Ella alzó la mano y cubrió la de Burke.

Pero después pensó: ¿Qué pedirá a cambio de esto? ¿Qué reclamará?

Burke vio el cambio de expresión y se sintió intrigado.

Arielle pasó una velada sumamente agradable. La cocinera se había superado, y había preparado sus mejores especialidades.

Las tartas de fresas eran la delicia de todos los que las probaban.

Arielle sabía que ella se mostraba demasiado silenciosa, que de ningún modo era la anfitriona perfecta; pero sus huéspedes estaban todos de buen humor, y rivalizaban unos con otros para atraer la atención general. Era divertido, y ella de buena gana permanecía al margen, escuchando los rápidos diálogos.

Incluso Nesta había recuperado el color y reía de las bromas que iban y venían entre Burke, Knight y Alec. Y Percy también estaba en un buen momento. El tema principal de conversación era la vida social londinense, con todos sus caprichos. De tanto en tanto Arielle advertía que Burke la miraba con mucha atención, desde el extremo de la larga mesa. Los dedos de la joven acariciaron el collar que colgaba de su cuello. ¿Quizás él se había arrepentido de haberlo regalado? Bien, en ese caso, sencillamente lo recuperaría. Ella haría todo lo posible para evitar que le sucediese nada.

En medio de toda la hilaridad, Arielle sintió un nudo de infelicidad en su garganta. Tragó convulsivamente. Quería el collar.

No deseaba devolverlo. No deseaba preocuparse por él. Pero el collar no era el asunto, en realidad no era eso. No sabía dónde estaba el nervio de la cuestión.

Advirtió que Lannie se aclaraba la voz y le hacía un gesto con la cabeza. Burke sonreía.

-No tardaremos mucho -dijo. Arielle se puso de pie rápidamente, sin esperar la ayuda de un lacayo--. Estaremos en la sala - dijo la joven, y se volvió y salió.

Nesta y Lannie pronto se enfrascaron en una discusión muy detallada acerca de la maternidad. Arielle escuchaba sin prestar mucha atención, hasta que Lannie preguntó por la salud de Nesta.

-Oh, estoy muy bien -dijo Nesta con su voz dulce-. El cruce del Atlántico fue difícil, en vista de mis náuseas y todo eso, pero no me pareció del todo grave. Alec se mostró muy atento.

-Así lo espero -dijo Arielle-. Después de todo, él es el responsable.

Lannie pareció un poco desconcertada, y después sonrió. -Sí, ¡esa es la verdad! ¿Deseas un varón?

-Ciertamente. Es lo que Alee quiere.

-Ni siquiera Alec puede controlar eso -dijo Arielle-. Nesta, creo que deberías tener una niña.

Nesta sonrió al negar con la cabeza.

-Quizás el próximo hijo pueda ser una niña. Pero este tiene que ser un varón.

Al parecer, hablaba muy en serio, y Arielle frunció el ceño.

-Pero, ¿qué importa? Lannie tiene a Virgie y a Poppet. Yo no desearía que ninguna de ellas fuese varón. Son encantadoras, y perfectas así como están.

-Arielle, Montrose no se sentía complacido con ellas -dijo Lannie-. En ese sentido, los hombres son muy extraños. Se diría que el papel que representan en toda la situación debe tener todavía más importancia, y por eso quieren tener varones.

-Y por supuesto, nuestras leyes -dijo Arielle- no favorecen a las niñas. Me agradaría ver que una mujer hereda el título de condesa.

-Pero tú te arreglaste bastante bien -dijo Nesta-. Te casaste muy joven con un hombre rico que te dejó todos sus bienes, y muy poco después volviste a casarte con otro.

-Nesta, lo poco que lord Rendel dejó desapareció hace mucho -le dijo Arielle-. Más aun, entiendo que en poco tiempo más venderán todo, incluso la casa.

-Dios mío. Lo siento -dijo Nesta-. No tenía idea de que esa era la situación.

-Tampoco yo -dijo Lannie.

Arielle decidió decir la verdad. ¿Por qué no?

-Y yo tampoco. Vean, el procurador y el administrador de mi primer marido robaron todo, incluso hipotecaron la casa y la tierra, y huyeron de Inglaterra cuando yo les dije que deseaba vender la propiedad y viajar a Europa. Como ves, Nesta, no quedó nada de esa supuesta riqueza. Si te hubiese encontrado en Boston, habría llegado apenas con cien libras esterlinas en el bolsillo.

-Pero conociste a Burke -dijo Nesta. -Sí, así fue.

Los caballeros reían cuando entraron en la sala. Burke buscó inmediatamente a su esposa. No dijo nada, se limitó a apretarle la mano y se sentó a su lado. Percy se detuvo junto a Lannie, ambos frente al piano. Alec se inclinó y besó la mejilla de Nesta. Knight de nuevo quedó en el papel del hombre solo. Sonrió de mala gana y movió la cabeza.

-Una sensación muy ingrata -dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

-Amigo, acércate al altar. En ese caso, no te ignorarán en las reuniones sociales -dijo Burke, sonriendo.

Eran casi las once cuando Alee dijo: -Es hora de que Nesta se acueste. Ya es bastante tarde.

Todos los invitados se dispersaron poco después, y Arielle fue con Burke al dormitorio. Permaneció de pie en el centro de la habitación, preguntándose qué debía hacer.

Esa mañana habían retirado el biombo oriental para reparar algunos desperfectos. Permanecía de pie allí, sabiendo que su actitud era absurda, pero sin poder pasar a la otra habitación.

Burke terminó de encender el fuego en el hogar. Se enderezó y estiró los brazos, apoyando la espalda en el borde de la chimenea, y mirando atentamente a Arielle.

-¿La velada te agradó? -Oh, sí, mucho.

-Me alegro. Ahora, Arielle, desnúdate. Totalmente.

Capítulo 16

Ella lo miró, poco dispuesta a entender lo que él había dicho. Se había sentido tan feliz, tan serena, y ahora...

La voz de Burke cobró un tono más áspero.

-Arielle, ¿eres dura de oído? Dije que te quitaras las ropas.

Quiero verte desnuda.

Las órdenes de Paisley, las palabras de Paisley. Los dedos de Arielle manipularon el botón más alto de su vestido. Palpó la seda suave, el ribete que rodeaba los ojales. Vio separarse los botones, se vio ella misma desnuda y vulnerable e impotente. Sus manos cayeron a los costados.

-No comprendo por qué haces esto. Fuiste tan amable conmigo...

-¿Crees que porque soy amable contigo olvidaré mis placeres? -Burke se enderezó totalmente y avanzó un paso hacia ella.

Ella emitió un breve grito de miedo, que brotó de lo profundo de su garganta, y sus dedos se apresuraron a desabrochar la larga hilera de botones.

-Después que estés desnuda, creo que voy a exigirte que te arrodilles, querida esposa. Tal vez esta noche me recibas en tu boca, como hiciste aquella vez en el establo. Recuerdo que demostraste que eras muy experta en esa caricia.

Ella se detuvo y sus manos se posaron sobre su propio busto. Miró a Burke, con la expresión dura y los ojos fríos. Los episodios del día se sucedieron en su mente. Ella movió la cabeza al oír las palabras de Burke.

-¿Por qué haces esto?

-Tu pequeño murmullo no cambia las cosas, Arielle. ¿Me obedecerás, o usaré el látigo de montar?

Ella lo vio caminar hacia el extremo opuesto del dormitorio, abrir un cajón del armario y extraer un látigo de montar. Arielle lo miró con ojos inexpresivos.

-¡No! -dijo-. ¡No! -¿No qué?

Él descargaba el látigo de montar sobre la palma de su mano.

-No me golpearás.

-¿Que no te golpearé? ¿Y por qué crees que no te golpearé? Todos los hombres son iguales. A todos nos complace lastimar a los que no pueden defenderse; de veras gozamos humillando a nuestras esposas, y provocándoles sufrimiento. Sin duda, tú lo sabes. -No, no, tú no eres así.

Él le clavó la mirada, mientras avanzaba unos pasos hacia ella, el látigo de montar todavía golpeando rítmicamente la palma de su mano.

Arielle no se movió. No estaba mirando el látigo de montar, sólo la cara de Burke.

-Tú no eres así -repitió, con más convicción que antes. Pareció que en efecto creía lo que estaba diciendo, y no que se limitaba a desear que fuera cierto.

-Crees eso, ¿verdad?

--Sí, lo creo. Burke, no eres esa clase de hombre. -Arielle, desnúdate.

-No, no lo haré. No permitiré que me avergüences así. -¿Me desafiarás? ¿Pretendes desobedecerme?

-Sí, eso es lo que estoy haciendo.

Burke se acercó a Arielle y le sostuvo el mentón con dos dedos. Ella no retrocedió. El la obligó a levantar la cara.

-Puedo golpearte cuando lo desee. Puedo arrancarte sangre. Puedo conseguir que la pequeña marca de Evan Goddis en tu espalda parezca una tontería. Puedo lograr que hagas lo que yo desee imponerte.

-Sí, puedes.

-Ella respiró hondo.- Pero no lo harás. Me amas.

-¿Lo crees? Soy hombre, Arielle. ¿No crees que todos los hombres son canallas mentirosos, animales crueles y sádicos? Ella no apartó los ojos de la cara de Burke.

-Tú no eres así.

-Bien -dijo Burke, mirando la cara pálida de Arielle-. ¿Qué tengo aquí? ¿Una esposa que finalmente cree en mí? ¿Una esposa que finalmente confía en mí?

Los ojos de Arielle se ensombrecieron y dilataron. Era fascinante verlos. Con voz temblorosa dijo: -Lo hiciste a propósito. -¿De qué estás hablando?

-Desde que nos casamos -dijo ella con voz lenta-. Lo hiciste todo a propósito.

-¿Y qué? ¿No puedes ofrecerme una respuesta razonable? -Me presionaste constantemente, hasta que...

-¿Hasta que reaccionaste? -¡Sí!

-¿Y entonces qué sucedió, Arielle?

-Nada, porque no puedes lastimarme. A pesar de tus amenazas, jamás me harías daño.

-Qué extraño -dijo Burke, y sonrió a Arielle.

Ella aferró el látigo de montar y lo arrojó al fondo de la habitación.

-¡Tú y tu condenado látigo!

El emitió una risa sonora. No podía contenerse. La tomó por la cintura y la alzó. Ella lo miró, y le aferró los brazos.

-Ahora, solamente necesito que aumentes de peso. Y después... -¿Después qué?

-Bien, tendré una esposa perfecta.

-Por supuesto, puesto que tú ya eres perfecto, es lógico que tu esposa comparta tanta belleza.

-Una encantadora metáfora. Sí, nos asemejaremos uno al otro. -La depositó en el suelo, pero continuó apretándola contra su cuerpo.

Ella descansó la mejilla en el hombro de Burke, y le pasó los brazos alrededor de la cintura.

-Me asustaste mucho.

Él la abrazó con más fuerza. -¿Me perdonarás?

-No lo sé. Todavía...

-¿Te preguntas si en alguna ocasión, en ese futuro misterioso, me volveré contra ti? No, no lo haré. Arielle, quiero que seas feliz. Quiero que seas feliz conmigo.

Ella suspiró profundamente, y Burke se preguntó qué pensaba.

-Vamos a acostarnos, ¿eh? Y no, no tienes que quitarte las ropas frente a mí, a menos que lo desees. Y no, tampoco tienes que besarme, a menos que quieras. Y sí, puedes vestirte y desvestirte detrás de ese horrible biombo una vez que esté arreglado.

El le besó suavemente la boca cerrada y retrocedió. Comenzó a tararear una copla especialmente gráfica muy difundida en el ejército unos tres años antes. Se desvistió, sin mirar a Arielle.

Arielle lo observó. Después, sonrió. Ella también se desnudó y extrajo del armario un camisón. Mientras se ataba las cintas sobre el cuello, advirtió que él la observaba. El estaba

allí, de pie, desnudo, delgado y musculoso, y ella desvió la mirada; pero esta vez no lo hizo enseguida.

Burke se estiró, y el fuego anaranjado que ardía detrás originó planos y sombras en su cuerpo.

-Voy a acostarme -dijo-, Ven cuando quieras.-Yació de espaldas, las mantas cubriéndole hasta el pecho. Ella se deslizó a su lado.

-Si quieres, Arielle -dijo Burke, sin volverse para mirarla-, puedes darme el beso de las buenas noches.

Arielle lo besó. Un beso un poco más entusiasta que el que ella le había dado bajo la magnolia.

George Cerlew, un joven de sinceridad inmensa y costumbres regulares y responsables, entró en la habitación.

-Milord.

-¿Sí, George? ¿Tienes más trabajo para mí?

Burke advirtió que su administrador casi temblaba de excitación.

-No, milord. Ese hombre, Ollie Tronco, quiere hablar con usted. Dijo que era urgente.

Burke se puso de pie. -Tráigalo enseguida. Ollie Tronco parecía muy satisfecho.

-Lo atrapé, milord -dijo sin preámbulos-. El canalla que atacó a la pobre muchacha. -¿Quién fue?

-Uno de los ayudantes del establo. Se llama Arnold. -Santo Dios -dijo Burke-. ¿Estás seguro? Caramba, hace por lo menos seis años que Arnold trabaja aquí. Es un hombre responsable, discreto, y... -Burke calló, moviendo la cabeza.

-El muy estúpido se vanaglorió de lo que había hecho -dijo disgustado Ollie-. ¡Vanagloriarse! Probé el retazo de tela que usted encontró, en una de las chaquetas de Arnold. Encaja perfectamente. De modo que lo emborraché en la taberna de Nutley, y empezó a charlar y a vanagloriarse de que las muchachas nunca se resistían a sus encantos.

-Caballeros, aquí tenemos un problema-dijo Burke a George y a Ollie.

-No veo... -comenzó a decir George, pero fue interrumpido por Ollie.

-Evidente como una verruga en la nariz, si usted la tuviese. ¿Cómo pudo entrar Arnold en la casa para matar a la muchacha? -La violó pero no la mató -dijo Burke, más para sí mismo que para sus interlocutores. Maldijo en voz baja pero fluidamente, lo cual le mereció el respeto de Ollie.

-Así son las cosas, milord-dijo Ollie, encogiéndose de hombros-. Por supuesto, después de todo pudo haber sido un accidente.

-No, creo que no fue así. Buen trabajo, Ollie. Tengo que pensarlo un poco. Deseo que usted continúe aquí, ¿de acuerdo? -Usted es el tipo que me paga para husmear -dijo Ollie. -Pues continúe husmeando -dijo Burke-. Concentre la atención en toda la gente que vive aquí. Llame a Joshua y a Geordie, y traigan a Arnold. Ahora, me ocuparé de él.

Burke había pensado en lo que haría con el hombre que había violado a Mellie cuando lo descubriese. Se sentía tranquilo, pero dominado por una furia fría. Cuando Alec Carrick entró en la habitación, le dijo: -Puede permanecer aquí, si lo desea. Pero sucederá lo siguiente.

Explicó la situación, y cuando terminó, Alec dijo con cierto asombro: -¡Dios mío! Y yo pensaba que la campiña inglesa era un lugar aburrido. Qué increíble. Lo ayudaré... El hombre que hace una cosa así merece el peor castigo.

Burke pensó que esa actitud sin duda agradaría a Arielle. Cuando Arnold, con un brazo sostenido por Ollie, el otro por Joshua, entró en la habitación, Knight se había reunido con Burke y Alec.

-¡No aceptaré esto, señor! -gritó Arnold mientras lo empujaban hacia una silla-. Este canalla lo inventó todo. Nada de todo eso es cierto.

-¿Está seguro?

-Esta es la chaqueta, milord -dijo Ollie-. Y el pedazo de lienzo encontrado cerca de la muchacha.

-Arnold, creo que las dos cosas encajan bien -dijo Burke.

-¡No fue violación! -gritó Arnold-. No fue esa. La pequeña Mellie y yo hemos estado juntos mucho tiempo, y sobre todo nos veíamos en la glorieta. Ella estaba loca por mí, y eso es todo. -Entonces, Arnold, ¿por qué usted usaba máscara?

-¡Ya le dije que ella estaba loca por mí! No quería que ella difundiese por todas partes que yo era el hombre que lo había hecho. Alguien podría haber escuchado a esa zorrita.

Arnold, Mellie tenía quince años.

-¿Y qué? Ella y yo estuvimos encamándonos más de un año.

Mellie era una muchacha caliente.

-Usted la violó. La forzó contra su voluntad. Nadie lastima a una mujer o una muchacha que está bajo mi protección. Ahora, ¿quiere saber lo que le haremos?

-¡Nada! ¡Yo no merezco nada! Ella era una putita, y eso es todo. -Arnold vio la cólera asesina en los ojos del conde. De pronto se apartó de Joshua, hundió el codo en el estómago de Ollie, y se precipitó fuera de la habitación. Abrió la puerta y cayó a los pies de Arielle en el vestíbulo.

-¡Arnold! ¿Qué sucede? ¿Por qué está aquí en la casa?

Los hombres salieron de la sala. Durante varios minutos hubo un verdadero pandemonio.

Cuando Arnold de nuevo fue aferrado por Joshua y Ollie, Burke dijo: -Llévenlo a la habitación, y reténganlo allí. -Esperó hasta que todos los hombres salieron, antes de decir a Arielle: - Arnold violó a Mellie. Ollie descubrió la verdad.

-Oh, no. ¿También la mató?

-No estoy seguro -dijo Burke-. Arielle, vete. Yo terminaré con Arnold.

-¿Qué harás? Burke sonrió.

-Querida, Arnold se convertirá en un orgulloso marinero de la Marina de nuestra Majestad. Por lo menos durante cinco años. -Pero en realidad eso no parece muy malo.

-Es el infierno, o peor que el infierno. Es un castigo mejor, que Newgate. Confía en mí.

Arielle permaneció junto a la puerta de la habitación, escuchando. De pronto, oyó el alarido de Arnold, y comprendió que Burke se lo había dicho. Bien, se lo merecía. Ahora Arielle caminó más airosamente, pero en el fondo de su espíritu continuaba preguntándose si en efecto Arnold había asesinado a Mellie.

El interrogante tuvo su respuesta más avanzada la misma tarde. Burke dijo a Arielle- que continuase en la habitación cuando Ollie pidió verlo de nuevo. Estaban en el cuarto favorito de Arielle. Ella decía a Burke cómo deseaba redecorar ese lugar.

-Todo ha terminado, milord -anunció Ollie. -Ollie, ¿qué es exactamente lo que terminó?

Ollie miró de reojo a Arielle, y Burke se apresuró a decir: -Puede hablar frente a mi esposa. Dígalo de una vez. -Encontré la llave, milord. Oxidada y vieja, pero funciona y permite abrir la puerta que lleva a la escalera usada por los criados. Burke sintió que le habían quitado de los hombros un gran peso.

-¿Dónde estaba?

-En el establo, cerca del cuarto de los arneses. Por supuesto, Arnold dice que no sabía nada de eso, pero ese muchacho estaría loco si no lo negara.

-Sí -dijo Burke.

-Todo ha terminado -dijo Arielle. Extendió la mano en dirección a Ollie Tronco, que la miró como si hubiera sido una serpiente que podía picarlo-. Muchas gracias, señor. Usted es un detective excelente.

Con gran placer de Burke, Ollie se sonrojó.

-Bien, señora, sucede que yo... sí, soy bueno. Ahora, milord, puedo llevar a Arnold adonde está el capitán Mortimer, que lo convertirá en un buen marinero. Pero como parece que quizás él mató a la muchacha, ¿desea retenerlo aquí?

Burke guardó silencio un momento. Finalmente dijo: -No. No tenemos una prueba real de que haya asesinado a Mellie. La llave no estaba entre sus cosas. Se encontraba en el establo, donde cualquiera pudo verla y usarla. Por supuesto, es probable que Arnold la haya matado, porque ella le amenazara con decir a todos que la había violado. Pero en adelante dejaremos el asunto en manos de la Marina.

Burke entregó a Ollie la carta que había escrito a Adrien Mortimer, el capitán más cruel que navegaba bajo la bandera inglesa. Estrechó la mano de Ollie.

-Yo también le doy las gracias -dijo.

-Todo ha terminado -repitió Arielle. Se volvió hacia el marido y descubrió que ella misma le sonreía tímidamente-. ¿Te dije hoy que creo que eres maravilloso? -preguntó Arielle.

-No -dijo él-. Hoy no me lo dijiste.

-Quizá deba repetirlo. -Se echó a reír.- Es la hora del té, y nuestros invitados querrán saber qué sucedió.

Arnold y su suerte fueron comentados durante el té, y después a la hora de la cena.

Alec Carrick dijo: -Es una lástima que la guerra entre Estados Unidos e Inglaterra casi haya terminado. Podríamos conseguir que los norteamericanos incorporen a su marina a este Arnold. Esa experiencia hubiera destruido en él todos los instintos inaceptables.

-Pobre muchacha -dijo Nesta.

-Era una trotona, sin moral -dijo Lannie a Nesta-. Por lo menos eso es lo que oí decir. Y la madre de Mellie... bien, era una mujer absolutamente sin moral. Nunca conseguía retener a un hombre, fuese su marido u -otra cosa.

-No importa -dijo Arielle-. Conozco hombres que son trotones y que nadie los viola. Ni los asesina.

Eso, pensó Arielle apenas las palabras brotaron de sus labios, fue como disparar un cañón hacia la bruma.

Durante un rato muy largo reinó un silencio total, o por lo menos esa fue la sensación que recogió Arielle. Después, Burke dijo: -Por supuesto, ella está en lo cierto. No sólo sucede que los hombres son más fuertes, sino que ni siquiera pueden concebir que un hombre sea violado. Es decir, por lo menos los hombres que yo conozco ni siquiera pueden empezar a comprender la violación en relación con su propia persona.

-El tema tiene otro aspecto -dijo Knight-. Una vez que las mujeres fueron elevadas por las buenas o por las malas sobre ese pedestal, allá en los tiempos medievales, y que se difundió el mito de la Virgen María y todo eso, la pureza fue su título principal a todo lo que era bueno en una mujer. Si no eran puras, no eran buenas. Por desgracia, el concepto todavía perdura. Así, si una mujer tiene amantes es mala. Si un hombre tiene amantes, es más sugestivo y excitante, tanto para las mujeres como para los hombres.

-Ser un disipado -dijo Percy-, no es mi inclinación. Soy uno de esos hombres a quienes agrada mantenerse fieles, sinceros y leales. En efecto, soy una criatura domesticada.

Lannie le dirigió una mirada extraña.

-Dios mío, y yo que tanto deseaba un marido interesante, no una especie de cachorro. Señor, ¿usted está domesticado?

Nesta se echó a reír y agitó el tenedor en dirección a Arielle. -¿Recuerdas a ese niñito que no quería jugar con nosotras? -continuó, dirigiéndose a todos los presentes-, Arielle y yo lo encerramos en un establo. Como se vio después, no sabía qué hacer.

-¡Estuvo allí seis horas! Pobre niño... durante años no volví a pensar en él.

-Me pregunto -dijo Burke-, si vosotras dos en cierto modo no lo echasteis a perder.

-Habría que preguntarse cuáles son las deformaciones que pudieron sobrevenir en su carácter -dijo Knight.

-Arielle, ¿qué clase de marido deseabas? -preguntó Lannie--. ¿Burke te sienta bien?

En realidad, querida Lannie, lo que menos deseaba en mi vida era otro mando.

-Con la debida atención, supongo que me caerá bien -dijo Arielle, consciente de que Burke le sonreía-. Con el tiempo. -Como Percy -dijo Burke, mientras se servía otra porción de salmón-, yo soy una persona fiel. El fuego en la chimenea, el hogar y una esposa cariñosa, y me doy por satisfecho.

-A Alec no le agrada el hogar ni el fuego de la chimenea -dijo Nesta-. Prefiere la excitación, los viajes y el cambio.

-Si uno te oye, piensa que soy un marido muy dudoso, querida -dijo Alec-. Creo que soy un poco más aceptable que lo que tú das a entender. He mostrado un gran espíritu doméstico durante casi cinco años.

-¡Pero si lo único que hicimos fue viajar! ¡Hace siete meses estábamos en Macao!

-En realidad, Alec-dijo Arielle, sonriéndole-, usted parece cada vez más un perrito vagabundo. Un perrito vagabundo muy interesante, pero de todos modos...

-Ustedes tres, ayúdenme -dijo Alec, mirando con fingida desesperación a los caballeros.

-Yo no -dijo Knight-. No estoy casado. No es mi intención incurrir en ese pecado... perdónenme, señoras...

Arielle lo interrumpió.

-¿Por qué pide nuestro perdón? Yo tampoco deseaba casarme, y no pedí perdón a ningún caballero...

-Hasta que me conoció -dijo Burke-. Entonces me rogó que la acompañase al altar. Dijo que moriría sin mí, se apagaría, daría el último suspiro. Y yo no tuve más remedio que complacerla.

Arielle se refugió sin decir palabra detrás de un tenedor que sostenía un sólido pedazo de carne.

-Bien, en todo caso -continuó Knight-, permítanme decir que si alguna vez una mujer consigue atraparme, inmediatamente me convertiré en una persona salvaje e incontrolable.

-Este es un individuo vanidoso y arrogante -dijo Lannie-. Arielle tiene razón. Ustedes los hombres creen que todo gira alrededor del sexo masculino, nosotras las damas incluidas.

-Quizás hablé prematuramente -dijo Knight, dirigiendo a Lannie una sonrisa seductora-. Tengo veintiséis años. Me casaré al cumplir los cuarenta. Para tener un heredero. Es lo que hizo mi padre, y recomendó que yo lo imitara en este aspecto. Me aseguró que yo debía ignorar todo lo demás que él había dicho o hecho, excepto eso. Y yo soy un hijo obediente, eso es todo.

-Sugiero que no anuncies tus intenciones a la sociedad londinense -dijo Burke-. Te convertirás en un desafío para todas las damas de la ciudad.

-O quizá lo destierren por su abominable arrogancia -dijo Lannie.

-No lo harán las damas -dijo Knight, y la saludó con su copa de vino.

-Oh -dijo Lannie-, Knight Winthrop, ¡usted me provoca! En la sala, unos treinta minutos más tarde, Arielle preguntó a su media hermana: -Nesta, ¿cuándo nacerá el niño?

-Ahora llevo tres meses y medio. Falta mucho. Yo diría que una eternidad.

-Se te ve hermosa. ¿Aún continúas deseando un varón? ¿0 es sólo la preferencia de Alec?

-Oh, no me importa. Por supuesto, como te dije antes, Alec desea un heredero. Es lo que opinan todos los hombres. Como si una mujer pudiese determinar el sexo de su hijo -agregó con un suspiro.

-Burke no se comportaría así -dijo Arielle. Lannie insinuó una sonrisa de mujer conocedora.

-Habla la recién casada -dijo-, no la esposa. Y agregaré que una mujer que no quería casarse hasta que vio a Burke Drummond. Arielle sabía cuándo ella se encontraba en el aprieto provocado por sus propias actitudes.

-Es cierto -dijo, y alzó el mentón.

-Arielle, ¿le preguntaste a Burke? -indagó Nesta-. ¿Acerca de los hijos, o de la preferencia por los varones?

-No, no lo hice -dijo Arielle-. Pero conozco a Burke. Es bueno, amable y sensato...

-Maravilloso -dijo Lannie, echándose a reír-. Querida, estamos hablando de mi cuñado, no de una especie de Dios griego o de patriarca reverenciado. Oyéndote, uno diría que es un anciano de barba gris que pontifica en una caverna por ahí.

-Eso -dijo Arielle- no lo hace. -Se echó a reír.- Ahora lo imaginaré con barba y una larga túnica negra.

-Oh, querida -dijo Lannie-. Creo que tocaré el piano. Por favor, Nesta, no reveles a Burke lo que Arielle dijo, porque si lo sabe puede mostrarse más arrogante y engreído que Knight.

Nesta sonrió a Arielle, y señaló el asiento que tenía al lado. -Ven, querida, siéntate conmigo.

-Nesta, ese collar es muy hermoso.

Nesta acarició el hermoso collar de ópalo.

-Gracias. Alec me lo regaló en mi último cumpleaños. Lannie atacó una ambiciosa sonata de Mozart, pero las dos hermanas de todos modos pudieron continuar conversando. -Nesta, ya llevas casi cinco años de casada. Recuerdo cómo era entonces Alec. Realmente estabas embobada.

-Sí -dijo Nesta-. Me atrevo a decir que más que embobada. Si me lo hubiese pedido, habría salido a matar dragones por él. ¿Recuerdas qué hermoso era? Y yo casi diría que con cada año que pasa es más bello. A veces me parece muy sugestivo. -Bajó los ojos un momento.- Arielle, tengo miedo -murmuró.

Arielle parpadeó, sorprendida. -¿De qué?

-Mi cuerpo ahora es muy voluminoso. En un par de meses Alec no podrá... bien, sabes lo que quiero decir. Se aburrirá mucho de mí.

-Pero eso es tonto. Alee te ama.

-También es un hombre con grandes necesidades físicas. Necesita la intimidad. No imagino que pueda prescindir de... -¿La intimidad? -dijo Arielle.

-Sí -dijo Nesta-. No podrá prescindir de eso. Quizá no debería hablarte así, pero después de todo eres una mujer casada. Vaya, Burke es tu segundo marido. Pensándolo bien me parece extraño, pues tienes sólo dieciocho años. -Nesta suspiró.- Pero así son las cosas.

-Lo sé -dijo Arielle.

-Incluso ahora, cuando Alec aparece, las damas empiezan a dirigirle miradas lánguidas, con la esperanza de atraer su atención. Sucedió lo mismo en todos los lugares que visitamos, incluso en Macao. Y tú conoces a Alec, se diría que ni se entera de la existencia de todas esas mujeres. Siempre me maravilla que pueda mostrarse tan indiferente al efecto que produce en su propia proximidad.

-Bien, podrás tenerlo sano y salvo a tu lado, puesto que ambos vivís en el campo, ¿no es así?

-En poco tiempo más iremos a su propiedad de Northumberland. Abrigo la esperanza de que allí no se sentirá muy nervioso. --¿Alec nervioso? -dijo Arielle-. ¿Por qué? Hace años que falta de su hogar. Tendrá muchas cosas en qué ocuparse. Pero, ¿y tú? Eres la persona por la cual hay que preocuparse.

-Estoy muy bien. Sólo deseo que todo esto termine y que nazca un niño sano.

-Nesta, ¿puedo preguntarte algo?

-Eres mi hermana. Está bien que lo conversemos todo. -¿Alguna vez Alec... te lastimó?

-¿Si me lastimó? ¿Qué quieres decir?

¿Te castiga? ¿Te obliga a caer de rodillas y te humilla? -Yo... no, dejemos el tema. Lannie toca muy bien, ¿verdad? -Sí -dilo Nesta, con el entrecejo levemente fruncido-. Sí, toca muy bien. Por lo que recuerdo, tú también sabes tocar.

-Nesta, te veo triste. Alec es un hombre honorable, ¿verdad? Quiero decir... ¿no tendrá la intención de abandonarte, o algo por el estilo?

Nesta dirigió a su hermana una sonrisa dolorida.

-Sí, es un hombre honorable. Te mentí, Arielle. Alec se aburrió de mí tres meses después de nuestro matrimonio. Lo retuve con... oh, caramba, me muestro cada vez más indiscreta. Querida, olvídate de eso.

Arielle se preguntó: ¿Cómo puedo hacerlo? Pero no habló más. No era estúpida. Por supuesto, sabía que Nesta se disponía a afirmar que retenía a su marido mediante el sexo. Y eso, se dijo Arielle, era algo que ella sencillamente no podía concebir.

Cuando los caballeros entraron en la sala, no mucho después, los ojos de Arielle se volvieron hacia su esposo. Él reía de algo que Percy había dicho. Pensó que Burke era el hombre más hermoso. Y era bondadoso, y amable y discreto, pese al hecho de que no tenía una barba larga y enmarañada y no vestía una túnica sucia. El jamás la lastimaría. Se puso de pie y se acercó a Burke. Él le sonrió y enlazó sus dedos con los de Arielle. Rió de nuevo cuando Percy terminó de relatar su anécdota.

-Por lo que veo -dijo Percy, mirando a Arielle-, ustedes quieren que yo esté en otro sitio. Iré a volver las páginas de la partitura, para Lannie.

-Este hombre es muy sagaz-dijo Burke. Apretó más los dedos de Arielle-. Hola, querida.

-Nesta me dijo que las damas suspiran en presencia de Alec, para atraer su atención. ¿Crees que eso es cierto?

Burke pareció sobresaltado ante esa confesión demasiado franca.

-Bien, realmente espero que tú te desmayes antes de terminar la semana. Por lo menos una vez.

La dulce risa de Arielle lo reconfortó. Se sentía más esperanzado. Una hora después cuando se acostó en la cama, al lado de Arielle, se sentía realmente reconfortado.

De pronto, pareció que estaba aturdido. -¿Qué dijiste? -preguntó.

Capítulo 17

Pareció tan incrédulo que durante un momento Arielle se sintió excesivamente intimidada para repetir lo que había dicho un instante antes.

-¿Qué, Arielle? ¿Qué dijiste?

Pareció que ahora reaccionaba, pero de todos modos en su voz se manifestaba el desconcierto.

-Bien -dijo Arielle, contenta porque la habitación estaba en sombras, y él no podía verle la cara-. Me preguntaba si deseabas tener hijos.

-Entiendo -dijo Burke, que no entendía absolutamente nada-. Creo haberte dicho una vez que lo deseaba.

-¿Crees que insistirás en tener primero un varón? -Probablemente yo podría insistir hasta que las vacas naden en el Atlántico, pero eso no serviría de mucho.

-¿Te sentirías decepcionado si no llega primero un varón? El comenzaba a sentirse cada vez más excitado. ¿Arielle tenía una mínima idea del efecto que esa conversación originaba en él? Probablemente no. Suspiró.

-No, no me sentiría decepcionado. ¿No te dije una vez que deseaba una niña que se pareciera a ti?

-Era sencillamente un modo de mostrarte amable.

-Bien, soy amable. Me alegro de que al fin lo hayas advertido. Por supuesto, me agradaría que uno de nuestros hijos sea varón. Uno de nuestros hijos tiene que ser varón. Por desgracia, las niñas no pueden asumir el título. Y lo que es igualmente infortunado, las niñas tienen que adoptar el nombre del marido. Nuestras hijas ya no serán Drummond.

-Sí, es cierto. Lannie cierta vez me dijo que Montrose no le habló durante dos semanas después del nacimiento de Poppet. -Montrose era un estúpido.

-Comienzo a creer que Lannie no le profesaba mucho afecto. -Muchas esposas no simpatizan con sus maridos. Y a la inversa, podría agregar.

Arielle no formuló ningún comentario después de escuchar esa expresión de sabiduría. Oyó que Burke se volvía. Y comprendió que él ahora estaba mirándola. No se movió.

-¿Burke? -¿Sí?

-No me pediste el beso de las buenas noches. Él contuvo la respiración. Le brillaron los ojos. -Arielle, ¿estás burlándote de mí?

-No sé por qué lo dices.

-Por supuesto, lo sabes. Lo percibo en tu voz. -Está bien. Burke, ¿me darás un hijo?

Burke pensó: Un golpe después del otro. Si él hubiese estado de pie, habría trastabillado. Pero dadas las circunstancias, estaba acostado y aun así trastabillaba, aunque fuese imaginariamente: Burke oyó su propia voz que decía con la mayor serenidad: -¿Tenemos esta conversación porque Nesta está embarazada?

-¡No! Bien, eso no es del todo cierto. Probablemente yo no habría prestado mucha atención al asunto de no haber sido por Nesta, y por Virgie y Poppet. Mientras los caballeros bebíais el oporto después de la cena, Nesta, Lannie y yo hablábamos de los hijos. Siento mucho afecto por Virgie y Poppet. ¿Crees que yo sería una buena madre? -Sí, creo que serías una madre maravillosa.

-¿Crees que serías un buen padre?

-Yo sería un padre maravilloso -dijo Burke con voz firme. -En realidad, de lo mejor.

-Entonces, ¿lo pensarás?

-Arielle, ¿sabes cómo una mujer llega a ser madre? -Por supuesto. Burke, no soy estúpida.

-La idea de que yo te toque, te acaricie íntimamente, de que mi miembro penetre en tu cuerpo... ¿no te repugna? ¿No te asusta? Oyó que ella contenía la respiración y agregó: -Espero que no te importe mi franqueza, pero quiero estar seguro de que entiendes todo.

-No soy estúpida -volvió a decir Arielle, pero él oyó el cambio en la voz.

-Está bien, señora, sabes también que yo... no, olvídalo. Querida, eso exige demostración, no explicación.

-¿Qué?

-Ya lo verás. -La idea de acariciarla con su boca, de acariciar cada centímetro del cuerpo de Arielle, casi provocaron el espasmo de los músculos de Burke.

-Entonces, ¿lo harás?

Él sonreía a la oscuridad, una sonrisa muy tensa.

-No veo por qué no -dijo al fin. Y sonrió. Cayó de espaldas, y ahora rió de buena gana. Santo Dios, pensó, lo que son los caprichos del destino.

-¿Qué es tan divertido? Pensé que esta conversación sería muy seria. Los hombres siempre...

El se acercó a Arielle, y la joven sintió que los dedos de Burke le tocaban los labios.

-Calla. No vuelvas a decir los hombres siempre, ¿eh? Sabes muy poco de los hombres, o por lo menos de los hombres buenos.

Era indudable que en eso él tenía razón. Arielle calló.

-¿Qué pasa, Arielle? -preguntó al fin Burke-. ¿Perdiste el valor?

-Supongo que sí. No quiero volver a sufrir. Si tú me lo haces, sufriré, ¿verdad?

¿Siempre revolverás el cuchillo en mis entrañas? Por supuesto, ella no podía saber que cuando decía cosas como esas, él ansiaba proferir un alarido de rabia impotente y estrangular a un hombre que ya estaba bien muerto.

-Jamás te lastimaré. Creí que ya habíamos resuelto definitivamente eso. Excepto... -Hizo una pausa. No, pensó, el dolor era inevitable. Ella era virgen. Dijo muy suavemente: -Escucha, Arielle. ¿Algunas vez Cochrane... Oh, Dios mío, qué difícil es esto.

-No me importa.

-Está bien, ¿alguna vez te penetró bastante, o te introdujo algo que te lastimó? -La oyó examinar las distintas posibilidades.

Agregaré algo. Aunque fuese una sola vez, Arielle, ¿te sacó sangre?

-No -dijo al fin Arielle-. Las otras veces... bien, no importa.

De modo, pensó Burke, y sus manos se convirtieron automáticamente en puños, que Cochrane la había humillado también de ese modo.

-Eso significa que tu virginidad todavía permanece intacta. Sufrirás un poco la primera vez que yo te penetre. Pero después no habrá mas dolor ni incomodidad.

-Está bien.-¿Eso es todo? ¿Está bien, Burke? ¿Por favor, puedes comenzar ahora, y terminar de una vez?

-No necesitas mostrarte sarcástica sólo porque estás perdiendo tu coraje. Por favor, no te enojes conmigo.

-Y ahora, ¿podemos dormir?

-No estoy enojado contigo --dijo Burke-. En realidad me preparo para iniciar algo que denominamos una retirada táctica.

Mira, esposa, te amo -te lo dije ya muchas veces- me preocupas y me inquietan tus sentimientos, y de veras deseo hacerte el amor. Te deseo. Mucho. Nada más que de mirarte se me endurece el cuerpo. Y por supuesto, tú no tienes idea de lo que es el deseo. Ahora, quieres que te dé un hijo, lo cual significa hacer el amor, y tal como lo dices es como si pidieses un vestido nuevo u ordenases al zapatero un nuevo par de zapatos. Arielle, no es lo mismo. En todo caso, para mí no lo es. ¿Entiendes?

-Esto es muy difícil. Si no tienes inconveniente, me agradaría pensarlo.

-Creo que es lo que te conviene hacer -aceptó Burke, que en ese momento deseaba más que nada unir su cuerpo al de Arielle.

Burke descubrió unos minutos más tarde que no deseaba dormirse después de un intercambio de frases serias.

-¿Por qué no me das el beso de las buenas noches?

Ella se volvió inmediatamente, apoyó la palma de una mano sobre el pecho desnudo de Burke, y lo besó, pero equivocó la boca, y la encontró después de explorar entre risas. Un beso agradable y muy firme. Por supuesto, tenía los labios apretados.

-Buenas noches, Arielle -dijo él.

-Burke, no tengo inconveniente en besarte.

-Ese es un buen comienzo. ¿Por qué no lo intentas otra vez, pero esta vez entreabriendo un poco los labios?

Estaba oscuro, y era bastante tarde; Arielle no podía ver la cara de Burke, ni este la de Arielle. La lengua de Burke rozó la piel de Arielle. Ella se retiró, pero no antes de advertir una sensación breve, muy dulce y muy cálida, en su propio vientre.

Él tuvo maravillosa conciencia de esa reacción exquisita en ella.

A la mañana siguiente, Arielle se detuvo frente a la puerta del dormitorio de Nesta con la mano levantada para llamar.

Se detuvo al oír ruidos extraños que venían del interior de la habitación. Oyó el gemido de una mujer. Dios mío, ¿Nesta estaba sufriendo? Acercó el oído a la puerta y oyó el grito de Nesta: ¡Oh, Dios mío, oh! ¿Quizás estaba perdiendo el hijo? Sin vacilar, Arielle abrió la puerta y se abalanzó en el interior del cuarto.

-¡Nesta! ¿Sucede algo? ¿Estáis...? -Su voz se apagó repentinamente. Permaneció inmóvil y miró fijamente.

Nesta estaba de espaldas, desnuda. Alec, igualmente desnudo y tan hermoso y potente como un Dios vikingo salvaje, estaba sobre ella, entre las piernas abiertas de Nesta, en el interior del cuerpo femenino. Tenía la espalda arqueada, y la cabeza echada hacia atrás. Entonces, la voz y la presencia de Arielle penetraron en su cerebro.

El ahora la miraba con los ojos brillantes y la expresión completamente desconcertada.

-¡Arielle! -Nesta comenzó a debatirse contra su marido. Alec dijo con voz muy tranquila: -Fuera, Arielle. Nesta está bien. ¡Fuera!

-Ven, querida -dijo Burke, que se había acercado por detrás y rápidamente la retiró del dormitorio. Cerró con firmeza la puerta. Arielle oyó sorprendida la risa de Alec, y después el gemido avergonzado de Nesta.

Arielle se apretó las palmas contra las mejillas. -Dios mío -dijo-. Oh, Dios mío.

-De acuerdo -dijo Burke, y después se echó a reír. La atrajo a sus brazos, y ahora reía inconteniblemente.

-No creo que esperases ver eso cuando entraste en el dormitorio.

-Oh, Dios mío -repitió Arielle, hundiendo la cara en el hombro de Burke-. Dios mío.

-Por lo menos Alec rió, en lugar de amenazarte con que te estrangularía.

-¡Eres horrible!

-De ningún modo. No soy más que un espectador inocente. Yo estaba caminando por el corredor en dirección a mi dormitorio cuando de pronto veo a mi esposa de pie en otro dormitorio, la boca abierta como una retardada de aldea, mirando a su hermana y su cuñado que hacen apasionadamente el amor.

-Creí que Nesta sufría. La oí gemir. -Entiendo. -Y Burke de nuevo se echó a reír. Arielle cerró el puño y lo descargó con toda su fuerza en el estómago de Burke. Él gruñó, y aferró la muñeca de Arielle. Pero seguía sonriendo, una sonrisa maliciosa, y a costa de Arielle. Después, tocó con un dedo la punta de la nariz de la joven.

-Me atrevo a decir que podríamos parecer tan interesantes como Alec y Nesta. ¿Qué te parece?

Arielle cerró los ojos.

-En mi vida me sentí tan avergonzada.

-Estoy seguro de que tu hermana y tu cuñado probablemente sienten lo mismo.

-Nesta dijo que Alee era un hombre que necesitaba... Bien, un hombre que tenía que...

-La mayoría de los ejemplares de mi sexo son así. -¿Tú también, Burke?

-Santo Dios, sí.

La respuesta determinó que ella lo mirase con mucha cautela. -Pero tú no hiciste... es decir, no me llevaste a pensar que podías...

Él encerró entre sus manos la cara de Arielle, se inclinó y la besó deprisa. Y después dijo con voz áspera y profunda: -Te deseo casi siempre. No creas lo contrario. Te miro y te

deseo. Huelo ese aroma especial de lavanda, y te deseo. Te oigo hablar y te deseo. Como el salmón que prepara nuestra cocinera, y te deseo. -¡Basta! ¡Estás inventando todo eso!

-Y además, debo dormir a tu lado todas las noches. Y tú solías dormir desnuda, abrazada a mí. ¿Imaginas lo que sentía?

Puedo asegurarte que he sobrevivido con muy poco descanso. -Oh -dijo ella.

-¿No te alarmas?

Ella le pellizcó el hombro. Después miró los botones de la chaqueta de Burke. Eran de bronce, muy lustrados, y no había en ellos nada especial; pero Arielle los miraba fascinada.

-Arielle, deseo saber qué estás pensando, pero ante todo, creo que deberíamos salir de este corredor. ¿Quieres dar un paseo conmigo?

La mañana era tibia, y la brisa también. El aroma de las rosas saturaba el aire. Vieron a Joshua y Geordie que conversaban, y Arielle los saludó. Burke se limitó a menear la cabeza cuando Joshua, siempre un auténtico misógino, sonrió estúpidamente a Arielle y contestó el saludo. Burke tomó la mano de su esposa.

-Hay algo que deseo comentar contigo, pero ante todo, ¿en qué estabas pensando cuando nos hallábamos en el corredor? ¿Cuando mirabas fijamente los botones de mi chaqueta?

-Estaba pensando en que eres muy apuesto y tienes el cuerpo bien formado. Eso es todo.

-¿Eso es todo? -Él sintió deseos de que Arielle continuase hablando. Oírla decir eso era más que lo que un hombre podía desear, Y ciertamente no era lo que él había previsto. Le sonrió del mismo modo estúpido que Joshua-. Gracias, Arielle -Caminaron hacia el bosquecillo de arces, un lugar de vegetación tan densa que

Burke no dudaba que todos los amantes lo usaban como lugar de cita.- Ahora, te diré lo que yo pienso. Lo digo en serio, Arielle.

Quizá con demasiada seriedad en vista de las circunstancias. Pero tú quieres que te dé un hijo. Y yo creo que tenemos que resolver eso antes de iniciar nuestra actividad como padres.

El siempre mezclaba el discurso con el humor, incluso cuando se expresaba con la mayor seriedad; y eso agradaba a Arielle.

-No pudiste hacer nada para evitar nuestro matrimonio-dijo Burke después de un momento. No la miró-. Estabas muy enferma, y decidí que deseaba casarme contigo. Incluso si morías, quería que fueras mi esposa aunque se tratara sólo de un período muy corto. -Oyó que su propia voz se quebraba al hablar e hizo una pausa, tratando de recuperar el control.- Cuando el vicario necesitó escuchar tu respuesta, te ordené que respondieras afirmativamente. Lo ordené, Arielle. Tú respondiste inmediatamente a mi tono severo, a la orden de un hombre. Sabía que lo harías. Si yo me hubiese mostrado bondadoso, y gentil, no habrías respondido a lo que el vicario te preguntaba. De modo que para conseguir lo que deseaba apelé al miedo. Lo usé como lo había usado Cochrane. No me interpretes mal; no me agradó hacerlo, pero no me arrepiento. Quería casarme contigo. Quería que fueses mi esposa hasta mi muerte. Pero no tuviste alternativa en esa cuestión. Quiero que sepas que no te tocaré sexualmente mientras tú no lo desees. Por lo menos esa será tu decisión. Como te dije antes, incluso cuando te amenazaba sexualmente, mi intención no era obligarte a hacer nada. Arielle, deseaba que estuviéramos casados en el sentido más real de las cosas.

Pero la decisión es tuya.

-¿Permanecerías siempre célibe si yo no deseara que me tocases?

-¿eh?

Él la miró. Enarcó el entrecejo.

-¿Siempre? Por Dios, sabes llegar al fondo de las cosas,

-Bien, estuvo esa Laura no sé cuántos en Londres. -Eso fue antes de que nos casáramos.

-¿Y entonces?

-Probablemente no. Probablemente intentaría todo lo que incluye el repertorio de un hombre para seducirte. Vino, brandy, quizás opio, diamantes, rubíes, quizás incluso un cachorro... Arielle se echó a reír.

-¡Basta! Sabes que no me interesan los diamantes y los rubíes. Y con respecto al opio, ¡es terrible! Si yo estuviese borracha, o drogada, no sabría lo que hago. No concibo que eso pueda agradarte.

Él le dirigió una mirada tan ansiosa que ella tragó saliva y se apresuré a desviar los ojos hacia los ramilletes de campánulas que crecían al lado del sendero. Arielle dijo, con los ojos fijos en las puntas de sus zapatos: -Hoy hace mucho calor.

-Sí, pero sopla una ligera brisa. -Sí, así es. Tú sabes que soy fea. Esa frase provocó la reacción de Burke. -¿Qué? -dijo.

-Fea. -Miró a los ojos a Burke.- Me has visto desnuda muchas veces, y sabes qué aspecto tengo.

El se sintió tentado de fingir ignorancia, de asegurarle que creía que ella era la mujer más bella y perfecta, lo que en efecto pensaba; pero ahora no se trataba de eso. Tenía que responder con mucho cuidado, y también con absoluta sinceridad.

-¿Te refieres a las líneas blancas que son el resultado de todos los golpes que te dio Cochrane?

-Sí. Puedes ver las... las marcas si miras con mucha atención. -Para mí es difícil -dijo Burke-. Te veo desnuda y veo esas marcas, y siento tanto odio hacia ese viejo canalla que desearía ir a buscarlo en el infierno para matarlo de nuevo. Después, te miro y veo los años de sufrimiento en tus ojos, y comprendo que te lastimó muy profundamente, y deseo abrazarte y decirte que nadie volverá a herirte, que ahora eres mía, que me perteneces. Deseo que creas que el pasado es nada más que eso -algo que está atrás- y que tú y yo estamos juntos, y somos el presente y el futuro, y que juntos lo construiremos. Eso es lo que pienso de lo que tú denominas tu fealdad.

-¿Por qué -preguntó ella en voz muy baja, un poco lejana-, no me llevaste contigo cuando tenía quince años?

Él la apretó con fuerza contra su cuerpo.

-Dios mío, ojalá lo hubiese hecho, Arielle. Lo pensé tantas veces, lamenté tantas veces haber pretendido que era un ser noble y honorable. Pero sencillamente supuse que te encontraría de nuevo aquí, convertida en una mujer y no en una niña, pero al mismo tiempo milagrosamente la misma que eras a los quince años, y que te sonreiría, y nos casaríamos, y eso sería todo. -Movió la cabeza. Pero no fue así, y no podemos cambiar el pasado. Pero podemos mirarlo y con firmeza asignarle el lugar que le corresponde... detrás, y aunque no lo olvidemos, de todos modos ya no es importante.

Ahora, él le dio un beso muy tierno.

Burke sintió sobre su pecho los senos suaves de Arielle. Y también los brazos de la joven que le rodeaban la espalda. Después, advirtió complacido que los labios de Arielle se entreabrían apenas. No profundizó ese beso, ni deslizó su lengua en la boca de

Arielle. Muy lentamente, pasó la lengua sobre el labio inferior de la joven. El sabor era dulce y atractivo, y él temblaba a causa del deseo. Pero era un hombre, no un jovencito sin control.

Sintió el instante en que ella respondió a la caricia. Sintió el cambio en el cuerpo femenino. Era como si algo que estaba en lo profundo del cuerpo de Arielle se hubiese aflojado y abierto, y en ese momento maravilloso comprendió que ella ya no le temía, que

nada de lo que él significaba ahora la asustaba. Los labios de Arielle se abrieron más, y él casi gimió a causa del placer cuando ella lo rozó apenas con la lengua.

-Arielle -dijo, con voz cálida y profunda.

Los brazos de Arielle se unieron tras la espalda de Burke.

Ella se elevó sobre la punta de los pies, para apretarse mejor contra él. Burke sintió el vientre suave que lo presionaba. Y pensó: Ella confía en mí. Al fin confía en mí. Y el beso se acentuó y fue más posesivo. Ella recibió la pasión de Burke, su necesidad vibrante y urgente, y se entregó a ella, y respondió no sólo con su propia necesidad sino con los sentimientos contenidos de aquella jovencita que había sido mucho tiempo atrás.

Arielle nunca había sabido antes que un beso podía ser así.

Cambiando y haciéndose cada vez más profundo, jugueteando un momento, y después tan dulce, que ella deseó gritar maravillada.

Sintió el poder de ese beso en el corazón, y deseó conocer a Burke

-conocer su sabor, los planos y los ángulos de su cuerpo, la blandura de su carne, los músculos duros de su vientre, todo él- y mezcladas con esos sentimientos esquivos estaban las sensaciones sombrías e intensas que burbujeaban en la boca de su estómago.

Era una suerte de dolor, la extraña compulsión de apretarse contra él, no sólo para conocerlo sino para sentirlo todo, su virilidad; para incorporarlo a ella misma. Y no había temor ni vacilación, sólo ese sentimiento de ansia y descubrimiento.

Ella gimió suavemente, y los dos se sobresaltaron. Burke movió apenas la cabeza y sonrió a Arielle.

-Este es el sonido más hermoso que he escuchado jamás en mi vida.

La besó de nuevo. Arielle sintió las manos de Burke sobre su espalda, y la presión que él ejercía para acercarla más. Sintió que las manos masculinas le cubrían las caderas, y después la levantaron un poco y él se frotaba contra el cuerpo de su esposa. Ahora ella experimentó una suerte de frenética urgencia. Contuvo la respiración y gimió de nuevo.

Él estaba masajeando las caderas de Arielle, presionándola y moviendo el cuerpo femenino contra su miembro, y ella tuvo un espasmo, incapaz de contenerse, y hundió los dedos en la espalda de Burke.

-Burke -murmuró, la voz tenue y excitada, y desbordante de pasión apenas contenida.

El le besó el mentón, los ojos y los labios, y después la alzó en brazos.

-Es hora de que consiga contigo lo que deseo -dijo, y ella se echó a reír y abrazó a Burke. El sintió la cabeza de Arielle sobre su hombro. Sintió que ella lo inundaba con su confianza. Tenía la sensación de que él era un dios, un rey, y mejor todavía, que era un hombre y el esposo de Arielle.

El se internó en el bosquecillo de arces. Todo estaba silencioso, y las hojas formaban encima un dosel tan espeso que el sol sólo podía filtrarse en la forma de finos hilos de luz, cortando el aire quieto para formar arcos plateados.

Finalmente, él se detuvo, y los dos se acostaron en el suelo, y ella sintió el largo del cuerpo masculino, su dureza, su peso. -Tú debes decidir. ¿Me deseas, Arielle?

Ella no contestó. Burke sintió los dedos de Arielle en los botones de su camisa, después en su pecho desnudo, deslizándose sobre él, conociéndolo. Ella le sonrió.

-Un momento -dijo Burke, y casi arrancó de su cuerpo la chaqueta, y la extendió sobre el suelo suave y musgoso-. Las ropas -dijo-. Tantos obstáculos y tan incómodos.

Se desnudaron uno al otro, o por lo menos lo intentaron, con movimientos torpes que a ellos mismos les provocaron risa. Mientras se debatía con algunos botones del vestido de Arielle, Burke pensó que era un tonto porque no esperaba hasta que ambos llegasen a la cama. El aún tenía puestos los broches, y las botas habían caído al azar sobre la enagua de Arielle, y ella ya estaba desnuda.

Burke se detuvo repentinamente. La miró, de la cabeza a los pies. Con un movimiento lento extendió la mano y apretó un seno. Cerró los ojos un momento, palpándola y sintiéndola.

-Qué hermosa -dijo. Después cubrió ambos senos, sonriendo a Arielle, mientras los pulgares acariciaban apenas los pezones. La apretó con fuerza contra un brazo, y la otra mano descendió buscándola, y al fin la encontró, y la carne femenina era cálida y suave, y él gimió.

-Me siento extraña -dijo Arielle, apretando el hombro de Burke-. Me siento muy extraña.

Arielle levantó la cara para recibir el beso de Burke, y él la complació. Él percibió el deseo cada vez más intenso de Arielle, mientras sus dedos la acariciaban. Sintió que ella se movía para ir al encuentro de los dedos, y que el movimiento era natural y concesivo. Cuando él comenzó a respirar tan intensamente que ya no pudo soportarlo, se apartó un poco de Arielle. Ella lo miró, con los ojos un tanto vidriosos, los labios entreabiertos, la respiración en una suerte dé jadeo. El deseaba que Arielle supiera que estaba dispuesto a detenerse si ella lo deseaba. Ella le miró la cara, vio la ternura en sus ojos, y el deseo urgente y desnudo que ella inspiraba.

-Burke -dijo, con voz muy tenue, y le abrió los brazos. -Nunca me temerás -dijo Burke, inclinándose para besarla. Mientras la lengua se deslizaba suavemente entre los labios de Arielle, los dedos de Burke de nuevo comenzaron a acariciarla, y ella lanzó una exclamación, y sus caderas se elevaron un poco.

El supo entonces que, por urgente que fuese su propia necesidad, debía controlarse. Besó los pechos de Arielle, y sintió la respuesta de la joven.

-Te agrada -dijo, su respiración cálida sobre la carne de Arielle.

-Un poco jadeó ella. Después, él se apoderó del pezón y lo introdujo en su boca, y ella creyó que ya no podría soportar tanta caricia. Las sensaciones eran excesivas, demasiado intensas, demasiado fuertes. Ella volvió a gritar sobre la boca de Burke. Los dedos de Burke ahora la acariciaban rítmicamente y ella descubrió que se movía rítmicamente para salir al encuentro de esa mano, y que la apretaba, y le mostraba lo que quería.

Cuando el cuerpo de Arielle se inclinó, en un arco desesperado, cuando las sensaciones eran casi dolorosas, ella pronunció el nombre de Burke, perdida en el placer de su propio cuerpo y en el Placer que estaba también en él.

El la miró mientras Arielle culminaba, vigiló cada reacción, sintió que esa liberación femenina a su vez lo envolvía. Ella había parecido tan sorprendida. Tan extrañada. Ahora era suya. Para siempre.

Cuando el cuerpo de Arielle se aquietó, una vez que pasaron los violentos temblores, él se elevó sobre Arielle, y sin decir palabra, sin advertencia, la penetró en un golpe potente y pleno. Cuando desgarró la virginidad de Arielle, la besó, la apretó con fuerza contra su cuerpo, y absorbió el grito de sorprendido dolor. Cuando él estuvo profundamente en el interior de la joven, cuando ella lo envolvió, sosteniéndolo en un abrazo fuerte y tibio, él se apoyó en los codos, levantando un poco el cuerpo. La piel de Arielle estaba húmeda de transpiración, y él aspiraba el aire, sintiendo una suerte de remolino, y el olor dulce del pasto en el suelo, el olor dulas hojas de arce, el olor de la transpiración de ambos, y el olor del sexo.

-Mírame -dijo Burke. Ella abrió los ojos.

-Ya no habrá más dolor. Arielle alzó una mano y con las apenas el perfil de la cara de Burke.

-No, ya no hay dolor. Eres hermoso, Burke.

El se estremeció, los ojos cerrados para defenderse de los increíbles sentimientos que ella le provocaba. Tenía el cuerpo tan apretado y menudo y... Burke rechinó los dientes.

-No te muevas. Por favor, no te muevas. -Está bien. ¿Burke?

-¿Sí?

-Te siento muy profundamente en mi interior. Este asunto de la intimidad es muy extraño.

-Oh, Dios mío -dijo Burke, tratando desesperadamente de controlarse, pero ya era demasiado tarde. Había intentado que ella lo acompañase de nuevo. Quería que ella gozara otra vez, y recibiera más del propio Burke; pero ahora se sentía convulsionado e inquieto en su necesidad, se sentía desintegrado sobre ella y en ella, volcando su semilla en lo profundo de la joven, y dándole todo lo que él era, prometiéndole todo lo que él llegaría a ser.

Y ella lo recibió y lo retuvo, y le dio la bienvenida.

capítulo 18

-¿Burke?

La voz de Arielle era tierna, dulce, y vulnerable. El trató de controlar su respiración, y logró emitir un gruñido.

-¿Qué me sucedió?

El se apoyó en los codos, aliviando de su peso a Arielle. Ella tenía los cabellos enmarañados sobre la cara, los ojos luminosos y un poco extraviados, y la boca parecía tan tierna que él se inclinó de nuevo y la besó. Burke equilibró su peso sobre los codos y trató de ignorar el hecho muy concreto de que estaba profundamente dentro de Arielle, y de que la deseaba de nuevo.

Vio el entrecejo fruncido de Arielle.

-¿Qué te sucedió? Que conseguiste seducirme.

Ella sonrió al oír esta respuesta, y se movió apenas para acomodar mejor a Burke.

-¡No! -Él contuvo la respiración.- No te muevas así, Arielle. Me provocas ciertas sensaciones.

Ella cerró los brazos sobre la espalda de Burke. -Eso significa entonces que me harás más cosas. -Exactamente.

-Por favor, ¿qué me sucedió? Esas sensaciones... eran como un dolor, pero al mismo tiempo no eran eso, y yo deseaba que se repitiesen, y de pronto sentí que en mi interior todo estallaba, y a decir verdad ya no era yo, y tú estabas allí, conmigo, eras parte de mi persona, y bien... me pareció maravilloso.

El no pudo hablar durante un momento. Finalmente, mientras le apartaba de la frente los cabellos, dijo: -Así tiene que ser el amor entre un hombre y una mujer. -Recordó la sucesión de mujeres cuyos lechos y cuyos cuerpos él había visitado, y movió la cabeza.- No, en realidad, no es así, en realidad no es tan intenso. Pero así tiene que ser entre nosotros, Arielle, porque hay amor. Jamás dolor o humillación o dominio o ninguna de estas cosas. Sólo dar y recibir placer, y más placer, como una suerte de lazo mágico. Ahora, no quiero que te empapes con la humedad del suelo. -Se apartó de ella, y sintió que Arielle se estremecía un poco.

Ella levantó una mano y la apretó contra su pecho.

-Incluso transpirado, me pareces maravilloso. -Respiró hondo.- Y los olores. El olor del hombre, el olor de Burke...

-Y el olor de Arielle, lavanda, un olor tierno, un olor a transpiración y a tierra, mezclado con el olor de mi cuerpo.

-Sí -dijo ella. Extrañó la presencia de Burke, la plenitud de su cuerpo, la suave presión de sus músculos. Después, se sintió pegajosa y húmeda, y cerró las piernas.

-Quédate quieta, querida. -Él extendió la mano y extrajo un pañuelo del bolsillo de la chaqueta. La limpió, y él mismo se retuvo, apelando a toda su fuerza interior. Tenía que esperar; tenía que darle tiempo. Arielle había respondido maravillosamente. El no lo había esperado. Por lo menos, no lo había esperado antes de empezar a besarla, y después de comenzar sencillamente no había pensado en ello, lo cual probablemente era mejor. Si lo hubiera pensado, seguramente se habría sentido tan preocupado por la posibilidad de lastimarla que se le habría paralizado el cuerpo, y sus movimientos no habrían sido naturales. Pero ambos habían actuado con naturalidad. Pensó en las fantasías con ella durante esos tres largos años, en esas imágenes a veces sombrías colmadas de intenso placer sexual que ella le aportaría, y ahora, ahora que ella era suya, todo había sucedido como lo preveía. Pero lo que él no había imaginado era la necesidad desgarradora y casi violenta que se manifestaba en lo profundo de su propio ser, en el núcleo de su propia persona; algo que él no sabía que le faltaba hasta que ella había venido a satisfacerlo con su personalidad real, no con la muchacha de las fantasías y los sueños que lo había alimentado durante esos tres años.

Dijo con voz profunda, tan profunda y tierna que ella se sintió conmovida: -¿Y ahora permanecerás conmigo?

Ella apartó los ojos, y contempló los rayos relucientes del sol. Dijo una verdad, algo que ninguno de ellos podía negar: -No tendría dónde ir. Nesta y Alec ya no están en Boston.

-Es cierto, pero pronto viajarán a Northumberland, a Carrick Grange.

-No, no quiero ir con ellos. No deseo ser la parienta pobre, y como carezco de dinero ese sería mi papel.

Burke esperó. Ella al fin lo miró, y en sus ojos había una pregunta. Burke no sabía si la pregunta se refería a ella misma, o a él. -Creo -dijo Arielle al fin-, creo que deseo permanecer contigo.

Él extendió la mano, y las yemas de los dedos rozaron apenas el pecho femenino. Era muy suave, y lentamente él inclinó la cabeza y lo recibió en su boca. Lo succionó y acarició hasta que sintió la respuesta en Arielle. Sonrió, y sopló suavemente sobre la piel calenturienta, mirando con atención el pezón erguido. Erguido a causa del placer que él le dispensaba, a causa de lo que ella sentía hacia Burke.

-¿Sabes una cosa, Arielle? Si te hubiese tomado cuando tenías quince años, y me hubiera casado contigo -sin duda contrariando los deseos de tu padre, y ciertamente tú te habrías sentido muy culpable al respecto- y si te hubiese llevado conmigo al Continente para que vivieses como la esposa de un oficial, tú y yo nos habríamos comportado de modo muy distinto el uno con el otro. Tú habrías sido una persona franca y afectuosa y tierna, y muy, pero muy joven, y yo probablemente habría representado el papel de un padre benévolo, sin duda un padre que te habría amado, pero me habría creído responsable de tu crianza, de modo que te habría ordenado que hicieras esto y aquello, y te hubiera tratado más como una niña que como una mujer y una esposa.

-No creo que a ti eso te hubiese agradado mucho, por lo menos después de un tiempo. ¿Quién sabe? Quizá me hubieses arrojado de tu vida, y después de apoderarte de mi caballo te hubieras ido de la tienda y del lado de Joshua.

Ella se echó a reír, y de nuevo apreció cómo él podía mezclar la liviandad y el humor con los pensamientos más serios.

-No -dijo Arielle, con los ojos luminosos en su cara-, no te habría abandonado. Deborah -ella habría sido nuestra hijita y tú y yo habríamos permanecido en tu tienda de oficial, y yo hubiera continuado cocinando y cosiéndote la ropa, y rechazando a los restantes oficiales, que naturalmente se habrían enamorado de mí.

-Ciertamente. Y yo me habría mostrado desagradablemente posesivo y celoso, y tú me habrías dado un golpe en la cabeza, arrojándome a la cara tus deliciosos platos, y sin duda dejando sin coser ni remendar mis camisas.

-Ojalá no tuvieses razón con tanta frecuencia. En efecto, ella se habría sentido muy culpable por haber abandonado a su padre.

El percibió la amargura en la voz de Arielle. -¿Ella?

-A veces pienso en esa tonta, esa muchacha estúpida e irresponsable.

-¡No! Maldito sea, Arielle, ella y tú sois la misma persona; es parte de ti, y cuando ríes, es la risa de esa muchacha, la misma risa que tú muestras. Esa jovencita muy dulce e inocente todavía está aquí, pero ahora eres una mujer y has corregido a la jovencita, has logrado que ella crezca y se convierta en alguien especial, una persona a quien amo con todo mi ser.

El se inclinó y la besó. Deseaba continuar besándola hasta expulsar de su persona todo el sufrimiento, toda la amargura y el sentimiento de ofensa.

-Eres mi esposa -dijo-. Eres mía.

-Sí -dijo ella, y encerró entre sus manos la cara de Burke. El la besó de nuevo, y ahora sintió el calor del sol en su espalda y el calor de Arielle en su corazón.

Esa noche, cuando entraron en la sala, Burke observó atentamente a Arielle. No tuvo un éxito total en su intento de lograr que su cara no expresara regocijo. Para desdicha de Arielle, allí estaban solamente Nesta y Alec. Burke sabía que Arielle se sentía avergonzada; pero la joven consiguió sonreír a Nesta y saludarla con bastante desenvoltura. Con respecto a Alec Carrick, ella no pudo encontrar su mirada.

En cambio, Alec de ningún modo se sentía turbado por la vergüenza. Dijo con la voz más suave que Burke había escuchado jamás: -Hermoso día, ¿verdad, Arielle?

-Sí -dijo Arielle, con los ojos fijos en las botas de Burke, y no en su propio calzado.

-Y fue también una mañana hermosa y memorable, ¿no es verdad, hermanita?

Eso la obligó a erguir la cabeza, y abrió la boca pero la cerró de nuevo cuando vio la expresión burlona en la cara enormemente armoniosa de Alec.

-¿Qué es esto? -dijo Percy, entrando en la habitación, acompañado por Lannie-. ¿Hay problemas en este paraíso de las parejas?

-Alec está mostrándose grosero-dijo Nesta-. Nada fuera de lo común.

-Una dolencia bastante usual en los caballeros -dijo Arielle. Lannie rió.

-Como Percy todavía no está casado, yo me encargaré de ponerlo en su lugar.

Percy gimió.

-Pensaba declararme pronto, arrojarme a tus bellos pies, y ofrecerte mi mano, mi casa y mi carruaje. Ahora, no estoy tan seguro. ¿Qué le parece, Burke? ¿Usted volvería a casarse con Arielle?

-Eso es injusto -dijo Alec antes de que Burke pudiese contestar-. Lleva muy poco tiempo de casado. Todavía vive en una bruma de sentimientos conyugales y sexua... bien, dejemos eso. Hay que formular esas preguntas a un veterano del matrimonio como yo. Dios santo, ya llevo casi cinco años. Estoy al borde de la tumba. Esta mañana encontré una cana en mi cabeza, y todavía no he cumplido los veintisiete años.

-Como dije-comentó Nesta dirigiéndose a todos los presentes-, un individuo grosero.

Aquí intervino Arielle: -Pero usted todavía vive en esa... bien, lleva mucho tiempo de casado, y es evidente que la bruma no se disipa, por lo menos, no se disipó en su caso y en el de Nesta y... -A Arielle se le quebró la voz, y sintió que su esposo se reía y la abrazaba con fuerza.

-El celibato está a la vuelta de la esquina -dijo Alec, dirigiendo a Nesta una mirada sombría.

-¿Qué significa todo esto? -preguntó Knight desde la puerta. Se le veía inmaculado en su atuendo y, al mirarlo más de cerca, Burke pensó que parecía inmensamente complacido consigo mismo.

-Nada importante -dijo Burke-. Sólo las acostumbradas riñas conyugales. ¿Qué sucede, Knigth? Usted parece el gato que devoró la crema.

-Bien, mi estimado amigo, el viernes por la mañana los caballeros irán a una pequeña localidad llamada Chiddingstone. Hay una reunión, y yo comprometí habitaciones para todos en una posada cercana. Me encontré con Rafael Carstairs y Lyon Ashton, y decidimos celebrar la ocasión.

Sonrió dirigiéndose a todos.

Burke casi hizo un gesto negativo, pero se detuvo cuando Arielle dijo: -Hablan de una reunión, pero en realidad es un encuentro a puñetazos entre dos hombres.

-Sí, señora -dijo Percy-. ¿Qué me dices, Knight? -Uf -fue el comentario de Lannie.

-Te agradará ver eso, ¿verdad? -preguntó Arielle a Burke.

-Bien, sí, creo que sí. Pero no quiero separarme de ti. Ella le dirigió una sonrisa.

-No soy tu madre para tenerte sujeto a mis faldas. Y Burke, tampoco soy inválida.

-No, eres una mujer casada y...

Arielle oyó que Alec se reía detrás, y se apresuró a apoyar los dedos sobre los labios de Burke.

-Milord, estoy segura de que conseguirás sobrevivir a todo esto, y lo mismo puede decirse de mí. Como habrás observado, cuento con dos damas que me acompañarán. Te aseguro que lo pasaremos muy bien.

Él sujetó entre las suyas las manos de Arielle. -¿Estás segura?

-Otro síntoma -dijo Alec-. Está envuelto en una bruma tan espesa que no puede ver al mundo que se extiende fuera de su dormi...

-Suficiente -dijo Nesta.

-¿Quiénes son los luchadores? -preguntó Burke.

-El campeón, llamado Cribb, y Molyneux. Oí decir que Molyneux es más pesado... y sus brazos tienen unos cinco centímetros más que los de Cribb... pero ninguno de ellos supera los cien kilos. Por supuesto, me inclino por Cribb, pero no conviene desechar a la ligera a Molyneux.

-¿Por qué se inclinará por Cribb, cuando Molyneux tiene brazos tan largos que puede alcanzar a Cribb y no recibir golpes? -preguntó Arielle.

-Cuestión de ciencia -dijo Knight-. Experiencia e inteligencia y astucia y dureza.

-Sí, se trata de eso -dijo Burke.

Lannie dirigió una mirada bastante cómica a Arielle, y Nesta emitió un suspiro de mártir y preguntó: -¿Qué pensarían ustedes si las damas organizaran encuentros a puñetazos?

-No lo sé -replicó pensativa Arielle-, pero creo que tenemos una medida considerable de esa ciencia de la cual estaba hablando Knight.

Montague se aclaró la voz en el umbral de la puerta. -Señora, la cena está servida.

-Una parte importante de la ciencia es comer a horas regulares -dijo Percy, y ofreció su brazo a Lannie.

-Otra parte importante de la ciencia es un beso tierno antes de cada comida-dijo Burke, y besó a su esposa, y le tocó suavemente el mentón-. Facilita la digestión,

-La última parte y la más importante de toda esta ciencia -dijo Knight, en un tono de divertida tolerancia-, es la capacidad de mantenerse cuerdo cuando uno está rodeado por estos tediosos ritos de apareamiento.

-Te llegará el momento, viejo amigo -dijo Alec.

-Jamás -afirmó Knight con bastante vehemencia-. Yo no caeré. De ningún modo. Ni en un millón de años. Y ahora, tengo mucho apetito.

-Al fin acostados, que es lo que corresponde. ¿Has visto que nunca te hice el amor en una cama?

Arielle recordó la dulce fragancia de las hojas, el pasto y el musgo, y la visión de los hilos de luz que le tocaban la piel desnuda. Pensó en la dureza del cuerpo de Burke sobre ella, y comprendió que recordaría hasta el día de su muerte los sentimientos que él le había provocado esa primera vez.

-Fue muy agradable -dijo ella en un comentario bastante inapropiado-, allá en el bosque de arces.

-Oh, sí -dijo Burke, con voz muy profunda. Lentamente retiró la sábana y desnudó los pechos de Arielle.

-Burke, yo no había previsto que las cosas serían así.

El había estado examinando el busto de Arielle, pero ahora le miró la cara.

-¿Quieres decir que no creías que yo, un hombre, podía complacerte?

-Imagino que eso, y la sensación de satisfacción conmigo misma, y el hecho de que ya no siento miedo.

El sintió de nuevo esa sensación profunda que originaba en su corazón una necesidad casi frenética de amar a Arielle. Apoyó la palma abierta sobre los pechos de Arielle, y los acarició lentamente, ida y vuelta. Dijo, deseoso de mostrarse sincero con ella: -Pero todavía es un sentimiento muy frágil, ¿verdad, Arielle?

-No lo sé. -La respiración de Arielle era un tanto irregular, y él sonrió, pues sabía lo que su esposa estaba sintiendo.

-Eres muy suave -dijo Burke, e inclinó la cabeza para recibir en su boca el pecho de Arielle.

El sintió los dedos de Arielle que le retorcían los cabellos, y le acercaban la cara.

-Muy agradable -dijo, tocando apenas el pezón erecto-. Sí, muy agradable.

-Tú eres más agradable -dijo la joven, y le tiró de la oreja. Burke la besó en la boca, lo que ella deseaba, y volvió a besarla profunda y totalmente, entregándose una vez y otra vez ofreciéndole todo lo que él era, deseoso de que Arielle lo aceptara y lo comprendiese.

Arielle sintió que el dedo de Burke se deslizaba entre sus piernas, del mismo modo que la lengua de su esposo se introducía en la boca, y ahora ella gritó con la explosión de sensaciones que experimentó, y con las imágenes que todo eso originó en su mente. Las manos de Arielle ahora recorrían todo el cuerpo de Burke, apretándolo y acariciándolo, acercándolo, abrazándolo con toda su fuerza.

La respiración de Burke era cálida en la boca de Arielle, y ella tomó a su esposo y respondió a sus caricias, y ahora también respiraba jadeante.

Burke sintió que ella abría las piernas, y ese sencillo gesto de Arielle, esa actitud que significaba entregarse, abrirse, le provocó un temblor. Ahora ya no pudo detenerse. Estaba entre los muslos abiertos de Arielle, y la apretó y la acarició, y después entró en ella, con un movimiento profundo y total, y Arielle gritó.

Él estaba enloquecido por su propio deseo, fuera de sí mismo, y cuando sintió que estallaba en ella, gritó el nombre de Arielle y sintió que caía en la oscuridad, hasta que comprendió que ella lo acompañaba, lo sostenía y lo amaba y lo apremiaba. Y entonces, Burke lo olvidó todo, y sintió que la situación era perfecta.

Al fin, Arielle abrió los ojos. El continuaba profundamente en el interior del vientre de su mujer, y jadeaba, y su cabeza descansaba sobre la almohada, al lado de Arielle. Esta sonrió apenas, y con los dedos acarició la mejilla de Burke. De pronto, pareció que ella estaba paralizada.

No, pensó, ¡oh, Dios Santo, no!

Burke sintió que ella se ponía tensa. Inmediatamente se apartó de Arielle.

-¿Qué sucede? ¿Te peso demasiado y...?

Ella movió la cabeza y medio se incorporó en la cama. -¡Dorcas! -exclamó.

¡Dorcas! Burke trató de recuperar el control. ¿Qué demonios sucedía allí?

-Estaba de pie allí, en las sombras, junto a la puerta. Y nos observaba, Burke. ¡Nos observaba!

Burke salió de la cama.

-Quédate aquí, por favor-dijo, mientras se ponía la bata. Se ajustó el cinturón. Caminó descalzo hasta la puerta de comunicación, la abrió y entró en el dormitorio de Arielle.

Arielle no entendía. ¿Quizá Dorcas los había escuchado y creía que Burke estaba lastimándola? Sí, era eso. Era la única razón por la cual la anciana se atrevería a hacer una cosa así. Dios, ¿cuánto tiempo había estado observándolos?

Oyó que Burke se movía en el cuarto contiguo, y entonces él habló; pero Arielle no pudo entender sus palabras. Finalmente, Burke volvió a la cama.

-No pude encontrarla -dijo.

-Sé por qué entró -dijo Arielle-. Seguramente creyó que tú me lastimabas. Es la única explicación posible.

Burke parecía preocupado y colérico. Ella lo oyó maldecir en voz muy baja, y algunas palabras eran tan expresivas que la joven se echó a reír.

Él sonrió con cierto embarazo.

-Lo siento, pero esto es peor que demasiado. Ahora, mi querida esposa, te lavaré. Quédate quieta y traeré un lienzo. Mientras él pasaba el lienzo cálido y húmedo sobre ella, le decía: -¿Te duele?

-Está un poco sensible, pero nada más.

-Te mostré excesivo entusiasmo. Bien, ¿ahora estás mejor? Él apretaba el lienzo firmemente contra Arielle, y ella se sintió avergonzada. Era tonto; después de todo, él era su esposo, y Arielle imaginaba que debía conocer su cuerpo tanto como ella misma lo conocía, y sin embargo...

-Sí -consiguió decir.

El la secó, y antes de que Arielle pudiese contestar, se inclinó, la separó con los dedos y la besó.

-¡Burke!

-Calla.

El la acariciaba, y su lengua la tocaba y exploraba, y Arielle se sentía tan avergonzada que pegó un brinco, y se apartó de él. Él miró la cara sonrojada de Arielle y sonrió.

-Eres hermosa -dijo sencillamente. -¿Mi cara?

-También tu cara. -Oh.

-Vuelves a hablar con palabras de una sola sílaba. ¿Es mi influencia, querida?

-No lo sabía... bien, no sé si deberías hacer eso que... ¡ oh, Dios mío!

El rió, y de nuevo la besó dulcemente, y le acarició los hermosos rizos rojos, y fue a acostarse al lado.

-Ahora, hablemos. Creo que podré soportar cinco minutos de charla.

Arielle hundió su cara en el hombro de Burke. No había imaginado que un hombre haría eso. Era desconcertante, era... Y después recordó ciertas cosas de su propio pasado, ella arrodillada, recibiendo en su boca el miembro de un hombre, y entonces ahogó un sollozo.

-¿Qué sucede? -Burke pareció inquietarse. Había supuesto que ella se avergonzaría un poco, ¿pero tanto?-. Vamos, querida, ¿qué pasa?

-Estaba recordando que yo me arrodillaba, y entonces... No terminó su frase. Él la abrazó.

-Lo sé, lo sé. Está bien. Ahora calla. -Burke suspiró hondo y le besó los cabellos.

-¿Deseas hablar con Dorcas mañana, o lo hago yo?

Sintió que al oír la pregunta ella prestaba mucha atención. -Hablaré con ella, Burke.

-Quizá vino porque oyó tus gemidos de placer, y le pareció increíble.

-Eso -dijo sombríamente Arielle- es una posibilidad. Burke apagó las velas.

-Ahora, vamos a dormir, antes de que mis deseos se reaviven.

Burke oyó la risa suave de Arielle en la oscuridad y sonrió... Era apenas el alba, y una luz grisácea se filtraba en el dormitorio. Burke se volvió en sueños, apartándose del calor del cuerpo de Arielle, y sintió el aire frío en su piel, y despertó. Abrió los ojos y vio la cara de Dorcas.

Capítulo 19

Esos ojos -desenfocados, las pupilas como puntos de luz en la penumbra de la habitación- determinaron que Burke despertase en un instante. Vio el brazo levantado, y el cuchillo en la mano. Apuntaba a Arielle. Burke gritó, y golpeó ese brazo mientras rodaba sobre Arielle para alcanzar a Dorcas. La hoja se deslizó sobre la piel de Burke. El sintió un estremecimiento de frío donde el cuchillo lo había tocado, y después se le entumeció el brazo. El cuchillo salió disparado y la piel de Burke se abrió, formando en su recorrido un sendero frío. Burke había realizado antes la misma experiencia, y sabía lo que significaba.

Arielle despertó al sentir el peso y el grito de Burke. Volvió los ojos.

-¡Dorcas! ¡No! -Vio el cuchillo, y la sangre que goteaba de la punta. Vio que la anciana alzaba el brazo y el cuchillo descendía. Burke de nuevo intentaba desesperadamente proteger a Arielle, y ella sintió la sangre pegajosa, y comprendió que Burke estaba herido. Con una fuerza que ella misma desconocía, se enderezó en la cama, y se protegió con la almohada en el momento mismo en que el cuchillo descendió. El cuchillo se hundió en la almohada hasta el mango, y pasó a dos centímetros del cuello de Arielle.

Pero Arielle no temía por ella misma; le aterrorizaba que Burke muriese. Gritó enfurecida cuando Dorcas arrancó el cuchillo de la almohada. Se abalanzó sobre la anciana, y la arrojó sobre la mesita de noche que estaba al lado del lecho. El cuchillo salió disparado de la mano de Dorcas, y cayó al suelo de madera. Ahora, la anciana profería gritos, y decía maldiciones crueles y obscenas. Jadeaba intensamente, y sus puños caían sobre Arielle.

Arielle oyó el movimiento de Burke que estaba detrás, pero no le prestó atención. Alzó una pierna y descargó el pie en el estómago de la anciana. Dorcas gritó, y se dobló sobre sí misma.

Arielle descargó el puño en el mentón de Dorcas, y la anciana cayó al suelo.

Arielle permaneció de pie sobre Dorcas un momento, jadeando intensamente, todavía dominada por una fuerza incomprensible y un propósito belicoso.

-¡Arielle!

Se volvió bruscamente y vio que Burke estaba de pie junto a la cama, con una mano aferrada al poste para sostenerse y la otra sosteniendo el hombro herido. La sangre manaba entre los dedos y le caía sobre el pecho. Ella miró, y durante un momento no pudo comprender la situación.

Después, se apoderó de su bata, se la puso deprisa y salió al corredor gritando a todo pulmón: -¡Alec! ¡Knight! ¡Percy!

Repitió los nombres varias veces, y en el espacio de pocos segundos Alec, que estaba poniéndose su propia bata, abrió bruscamente la puerta que estaba enfrente.

-¿Qué demonios sucede? ¡Arielle!

-¡Deprisa! ¡Se trata de Burke!

Arielle volvió a su propio dormitorio. Burke ahora se apoyaba en la cabecera de la cama. Tenía el pecho y la mano teñidos de rojo. Había un charco de sangre en el suelo. Arielle vio confusamente que Burke tenía el pie manchado de sangre.

-¡Dios mío! ¿Qué demonios sucedió?

Arielle sintió que la poseía una extraña calma. No supo que era el shock, pero Alec lo comprendió enseguida. Le tomó las manos y comenzó a frotarlas rítmicamente. Ella dijo con voz pausada, como si hubiera sido una niña que recita un poema a un adulto: -Dorcas trató de matarme. Burke me salvó la vida. Está herido.

Ah, Knight, ya llegó. Por favor, que uno de los hombres llame inmediatamente al doctor Brody. Gracias.

Se volvió, pasó sobre la anciana desmayada, y se acercó a su esposo.

-Siéntate -dijo Arielle. Después, se acercó a la palangana humedeció una toalla y regresó a Burke, y apretó la toalla plegada sobre la herida.

Alec dijo con voz muy suave: -Deme eso, Arielle. Soy más fuerte, y necesitamos detener la hemorragia.

No añadió que ella no estaba presionando en el lugar justo. Arielle lo miró, y él sintió que se le retorcía el estómago al ver la expresión desvaída de Arielle.

-Está bien, hermanita. Sobrevivirá. Es un individuo duro. ¿Por qué no se sienta usted también? Ahora, Burke necesita que usted sea fuerte.

Arielle hizo lo que se le decía. Burke la apretó contra su costado sano, confiando en que el gesto ayudaría a calmar el shock de su esposa.

Nesta, Lannie y Percy entraron deprisa en la habitación, y miraron en silencio a la desmayada Dorcas, y a la gente que se inclinaba sobre Burke, junto a la cama. Nadie comentó que el conde estaba completamente desnudo.

-¿Qué sucedió, Arielle? -preguntó Nesta.

Arielle repitió cuidadosamente lo que había dicho a Alec. Percy levantó el cuchillo ensangrentado.

-Dios mío, ¿está loca?

-Parecería que sí -dijo Burke, tratando desesperadamente de concentrar la atención en algo que estuviese fuera de él mismo. El dolor de pronto se había acentuado. El período de entumecimiento había terminado. Un calor ardiente había ocupado el lugar del frío letal. Sabía lo que seguiría, y no le agradaba en absoluto. La ironía de que lo acuchillasen en su propia cama después de sobrevivir a años de combate contra los franceses no le parecía especialmente divertida en ese momento.

Knight volvió a la habitación.

-Envié a Geordie a buscar al doctor Brody. Joshua está aquí, lo mismo que todos los servidores de la casa.

Burke trató de dominarse. Necesitaba mantener el control; tenía que decir a todos lo que debían hacer. Pero el maldito dolor le amortiguaba la lucidez. Y de pronto, oyó asombrado que Arielle decía con voz autoritaria: -Por favor, digan a Joshua que venga aquí y que retire a Dorcas. Puede encerrarla en el cuarto de costura, al final del corredor. Que Montague envía a la señora Pepperall para vigilarla. El doctor Brody la examinará después que se ocupe de Burke. Con respecto a los restantes criados, que se vistan y bajen. Comenzaremos la Jornada. Dudo que ninguno de ellos desee regresar a su lecho. Oh, sí, que enciendan fuego inmediatamente en este cuarto.

Dios mío, pensó Burke, tratando de evitar que el dolor le entumeciera el cerebro, se comporta como la dueña de la casa. ¡Maravilloso!

-Ahora, Burke -oyó la voz de Alec-, quiero que te acuestes. Arielle te ayudará. Yo continuaré presionando sobre la herida.

Percy, ven a ayudarme.

Burke gimió... no podía evitarlo.

-Arielle -murmuró y extendió la mano hacia la joven.

-Estoy aquí -dijo Arielle, sosteniendo la mano de Burke-. Burke, te curarás. Te lo aseguro. -Hizo una pausa.- Lannie, por favor ordena a la cocinera que prepare un poco de café

y té para todos, y todo lo que te parezca conveniente. Gracias. Ahora, Burke, respira suavemente. Así. Excelente.

Alec retiró la toalla y vio que la hemorragia había disminuido bastante.

-Por favor, continúe, Alec -dijo Arielle, mirando la herida-. Casi no sangra.

Alec sonrió. Ella demostraba un aplomo considerable. Lo necesitaba. Burke necesitaría que ella actuase de ese modo. Alee comenzaba a creer que todos los habitantes de Ravensworth la necesitaban.

Arielle extendió la sábana y cubrió el cuerpo de Burke hasta la cintura. Deseaba hacer algo, lo que fuese. Él le había salvado la vida. La amaba tanto que estaba dispuesto a morir por ella. Sintió que algo se derrumbaba en su interior, que resurgían antiguos recuerdos, recuerdos oscuros y recuerdos amargos. Durante un instante, vio una extraña imagen en su mente. Era una vela y estaba encendida, pero la llama parpadeaba, agitada por el viento. El viento cobraba más intensidad, pero la llama no se apagaba. No se extinguía. El viento ahora era muy fuerte, pero la llama se había hecho más luminosa. De pronto, el viento cesó. Había desaparecido, para siempre. Y la vela ardía intensamente. En ese mismo instante, Arielle se sintió cálida y fuerte. Sintió que sonreía animosamente al decir a Nesta: -Por favor, enciendan velas. Cuando llegue el doctor

Brody, dirá que todo está muy oscuro. Y traigan agua caliente, además de toallas y vendas.

Nesta se apresuró a cumplir las instrucciones.

-Estoy orgulloso de ti -dijo Burke, y evitó que se le contrajera la cara cuando lo invadió una oleada de dolor.

Ella no sabía de qué hablaba Burke, pero no importaba. Le tocó apenas el mentón con los dedos.

-Necesitas afeitarte -dijo, y él sonrió, aunque con dificultad.

-Bien -dijo Alec-. La hemorragia ha cesado. Ahora, amigo, no te muevas. ¿El médico se llama Brody? -Arielle asintió, y Alec continuó: - Cuando venga ese hombre, quiero que se sienta impresionado con nuestra eficacia. Burke, necesito tu cooperación... no te muevas.

-Se sentirá impresionado -dijo Burke, y después se estremeció, y apretó los labios para evitar que se le escapara un gemido.

Oyó la voz de Arielle, tan suave y reconfortante, murmurándole, y comprobó que si se concentraba en el sonido de esa voz se sentía más tranquilo. Recordó esa tarde y esa noche de abril, después de la batalla de Toulouse, cuando él vacía atrapado bajo un caballo muerto. Había pensado entonces en ella, y revivido todos los momentos que ambos habían compartido, porque de ese modo podía cerrar los ojos al horror que lo rodeaba. -Gracias, Arielle -dijo.

Vio la sonrisa de su esposa; después, ella se inclinó y dulcemente lo besó.

-Te juro que te curarás. Eres mi esposo, y no permitiré que nada te suceda.

El esposo de Arielle. Le agradaba el sonido de la frase.

Cuando Mark Brody llegó, se habían ejecutado todas las órdenes de Arielle. Knight le explicó lo que había sucedido mientras los dos hombres subían la escalera.

Burke yacía tranquilamente, su esposa sentada al lado, en la cama. Consiguió exhibir el remedo de una sonrisa.

-Mark; necesito una reparación.

-Veamos un poco. -Mark levantó la toalla y exploró con la mayor suavidad posible.- Recuerdo bien el sablazo en el costado. Se curó con extraordinaria rapidez. Ah, la cuchillada no parece haber sido tan profunda. Creo que es un hombre afortunado. No hay lesiones mortales, y los músculos están bien. Creo que lo único que haré es limpiar bien la herida y aplicar unas pocas puntadas. Después, aplicaremos un buen vendaje. ¿Me oyó, Arielle?

Ella asintió, y Mark continuó, dirigiéndose a Burke: -Una vez que termine aquí, examinaré a la anciana, pero yo no conozco mucho de estas cuestiones. Puedo drogarla, y mantenerla tranquila y serena. ¿Ustedes creen que es un ataque de locura?

Arielle respondió: -Doctor, es muy complicado. Estuve pensando mucho en eso, y me temo que ella enloqueció en un proceso sumamente lento. Prefiero no hablar acerca de lo que la empujó a hacer lo que hizo. -Se interrumpió un momento, y Burke se sintió abrumado por el sufrimiento que percibió en los ojos de Arielle.

Burke y yo hablaremos del tema -dijo al fin- cuando él se sienta mejor.

El doctor asintió, y en silencio limpió la herida y después aplicó las puntadas. Finalmente, decidió vendarla. Una vez terminada la operación, Mark dijo: -Convendrá que beba un poco de láudano. El sueño y el descanso son lo mejor en este caso. No se levante, porque recomenzará la hemorragia. Arielle, ¿puede mantenerlo en esa cama?

-Ciertamente. No es estúpido. Me obedecerá. Alec sonrió, y Burke gimió.

-Me agradan las apuestas, y ahora apuesto por Arielle -dijo Knight.

Hacia el final de la tarde, el ambiente estaba húmedo y lluvioso. El dormitorio parecía tan grisáceo y sombrío como el panorama fuera de la casa. Knight estaba sentado en el sillón de respaldo alto, al lado de la cama de Burke. Habían pasado dos días desde el ataque de la anciana, y Burke estaba mejorando.

-Ah, al fin despertaste. Bien, dime cómo te sientes. O si no deseas conversar, puedes cerrar los ojos y adormecerte otra vez. Burke se sentía liviano y aturdido. Supuso que era el maldito láudano, y sacudió un poco la cabeza. El movimiento brusco le provocó dolor en el hombro, y él contuvo rápidamente la respiración, y permaneció inmóvil como una estatua de piedra.

-Estoy bien -dijo al fin.

Knight sonrió ante esa exageración.

-Burke, espero que esta sea tu última herida. Parecerás un guerrero cubierto de cicatrices, y los dos sabemos que el enemigo te hiere precisamente porque eres tan torpe.

-¡Gracias a Dios por tan buenos amigos! ¡Creo que volveré a dormir!

Knight rozó el brazo de su amigo. -¿Te traigo algo de beber?

-Sí, brandy...

-Lo siento, pero no puedes pedir eso. Tendrás que beber limonada.

Ordenes de Arielle.

-Bromeas. ¿Limonada? ¡No quiero esa maldita bebida para niños!

Knight no le prestó atención. Burke lo observó distraído mientras Knight se ponía de pie y se acercaba a la mesita de noche. Sirvió la limonada, se inclinó y ayudó a Burke a beberla sin derramarla.

-Bien -dijo Burke cuando terminó de beber el contenido de la copa-. Es muy bueno. No tenía idea de que era así.

-Es lo que dijo tu esposa. Dijo que protestarías y renegarías, pero acabarías bebiéndola si tenías bastante sed; y en definitiva, te agradaría.

Burke sonrió. Sintió que la cabeza comenzaba a aclarársele. El hombro le palpitaba regularmente, pero el dolor era tolerable. No necesitaba más láudano, al menos por el momento.

-Siéntate, Knight, y dime qué sucede. ¿Cuánto tiempo estuve fuera de combate?

-Estamos en domingo por la tarde. La anciana te apuñaló en la madrugada del viernes.

-Ah. Pobre diabla... vosotros no fuisteis a la reunión. -Supongo que habrá otros encuentros -Knight hizo una pausa, y vio que Burke miraba pensativo el hogar.

Esperó.

Finalmente Burke dijo, con una expresión súbitamente áspera: -Debo mejorar lo suficiente para salir de esta condenada cama. Mira, se trata de Arielle. No puedo permitir que ella enfrente a todos los criados en esta situación... sencillamente sería demasiado para ella.

Knight se echó a reír.

-¿No oíste cuando te dije que tu esposa fue quien ordenó que te preparasen la limonada?

-¿Y qué? Por Dios, eso no significa nada. ¡Knight! -El estallido le provocó un acceso de dolor que lo llevó a contener la respiración. Cerró los ojos, y sus labios se convirtieron en una línea delgada.

Burke finalmente consiguió reaccionar.

-Escúchame, Knight. Arielle todavía no está preparada para asumir el control. Como sabes, es una joven muy vulnerable. -Un momento, Burke. Te diré algunas cosas. No, quédate quieto y calla. Bien, fue ayer por la tarde, más o menos a esta hora. El tiempo era tan desagradable como en este momento. George Cerlew tuvo un problema y preguntó si podía hablarle. ¿Sabrás que tu esposa fue con él sin vacilar a la sala, y cerró la puerta? Estuve a un paso de interferir, pero gracias a Dios no lo hice. Los vi salir, y ella le impartía órdenes muy exactas y muy inteligentes. Asimismo, el sábado oí decir a una de las criadas que dijo a la señora Pepperall que necesitaba hablar con Lannie acerca de algo, y la señora Pepperall resopló y le contestó que la señora se ocuparía del asunto. Montague comenzó adoptando una actitud protectora frente a ella, y ahora está a su servicio, y ejecuta las órdenes que le imparte Arielle. Burke, el cambio ha sido increíble. No necesitas preocuparte.

Pero Burke movía la cabeza, sin dejarse convencer. -Knight, es el shock. Cuando reaccione, se sentirá aterrorizada e impotente.

-No lo creo. Se la ve muy serena, no como estaba cuando hacía poco que te habían herido. En ese momento estaba en shock, pero no es el caso ahora. Ahora, es el ama de Ravensworth.

Burke guardó silencio. Si en efecto todo eso era cierto, podía considerarlo increíble. Trató de evocar el curso de su vida durante los dos últimos días. Lo único que podía recordar, además del dolor y los períodos de confusión, era la cara de Arielle y la voz suave y dulce. Recordó la sensación de las manos frías sobre su frente, y cómo ella le sostenía la cabeza para ayudarlo a beber.

-Pero estuvo constantemente conmigo -dijo.

-Gran parte del tiempo. La mañana del viernes reunió a los criados y pronunció ante ellos una conferencia acerca del cuidado y la atención que se debía dar a un conde herido. Se comportó como un general, Burke. Es dura. Créelo. Yo no te mentiría.

-Increíble -dijo Burke, y de nuevo se sumió en un silencio meditativo. Había sido necesario que él cayese herido para que Arielle perdiese su miedo. Pero al parecer lo había perdido. Recordaba que Arielle siempre se había mostrado exquisitamente cortés con George Cerlew, y lo había esquivado, del mismo modo que había dejado las riendas de la administración de la casa en manos de la señora Pepperall. -Bien, bien -dijo-. ¿Cómo reacciona Lannie frente a todo esto?

-Mi querido amigo, Lannie se somete totalmente a Arielle, como si esta fuese la matriarca más antigua de Ravensworth. Ciertamente, dado el comportamiento de Arielle y los criados, uno diría que esa muchacha tiene por lo menos cincuenta años, y que ha estado a cargo de la casa cuarenta y nueve de esos cincuenta años. Como puedes imaginarlo, Percy apoya todo lo posible a su amada, y puedo asegurarte que de ese modo todos nos sentimos muy aliviados,

Burke aún sonreía cuando la puerta de su dormitorio se abrió silenciosamente y apareció Arielle. La seguía el doctor Brody, cuya presencia provocó una mueca en la cara de Burke.

-Por lo que veo estás despierto-dijo Arielle. Dirigió una mirada suspicaz a Knight-. Usted no lo despertó, ¿verdad?

Knight alzó las manos en un gesto defensivo.

-No, señora, no me acuse de nada tan censurable. Él despertó e insistió en relatarme toda clase de bromas dudosas. Yo las festejé, como era mi deber. Ahora a usted le toca el turno.

Arielle asintió, y sonrió apenas, y después se inclinó sobre Burke. El vio que la expresión de Arielle pasaba de la severidad a la más profunda ternura que él hubiese visto jamás.

-Hola -dijo Arielle, y apartó suavemente los cabellos de la frente de Burke.

-Hola, querida. Veo que permitiste que ese torturador te siguiese hasta aquí.

-Sí, pero te prometo que no te lastimará. Lo único que él tiene que hacer es examinar la herida y cambiar tu venda. Burke, no tienes motivo para preocuparte. Yo estaré aquí.

La actitud de Arielle lo sobresaltó tanto que un gemido de dolor que él hubiera debido reprimir si hubiese prestado atención, se escapó de sus labios cuando el médico involuntariamente tocó una esquina del vendaje. Arielle dijo bruscamente: -¡Mark, preste más atención! ¿Estás bien, Burke?

-Sí -dijo él, ofreciéndole una sonrisa embobada. Arielle tomó la mano de Burke entre sus dos manos, ciertamente más pequeñas.

Arielle continuó hablándole mientras el médico trabajaba, y aunque Burke sabía lo que ella estaba haciendo, de todos modos lo apreciaba.

-Sí, en efecto, tu color ha mejorado mucho hoy. Creo que te afeitaré si lo deseas. De todos modos, me agradas con barba. Bien, todavía no es exactamente una barba.

-¿Bigotes?

-Pero unos bigotes muy hermosos.

Ella sintió que Burke le apretaba los dedos a causa de una punzada dolorosa, y se apresuró a decir: -Mark afirma que si tu estómago está bien, puedes recibir algo más que sopa. ¿Te agradaría? ¿Quizá budín de arroz y tostadas? La cocinera ya lo preparó para ti. Por supuesto, yo cenaré contigo.

-Budín de arroz -repitió Burke con expresión de desagrado. -Yo lo probé, y dije a la cocinera que agregue un poco más de vainilla. Y te aseguro que ahora el sabor es delicioso.

Después de terminar su examen, el doctor Brody dijo -Burke, excelente progreso. Volverá a la actividad en unas dos semanas.

Tres o cuatro días más en la cama. Y un par de días más tarde le quitaré las puntadas. Arielle, ocúpese de que él obedezca mis órdenes.

-Muy bien. El conde es un hombre razonable.

Knight rió ante esa afirmación. -¡Sólo porque estuvo inconsciente!

Burke se limitó a sonreír y no dijo palabra. Miró a su esposa que salía del dormitorio en compañía de Mark. El modo de andar de Arielle era diferente. Tenía el cuerpo más erguido, los hombros más firmes, la cabeza en una postura que expresaba confianza. Todo en ella trasuntaba seguridad. Era extraño y tranquilizador. -Yo no hubiera podido lograrlo con tanta rapidez -dijo en voz baja para sí mismo.

Knight lo oyó.

-Todo salió muy bien, ¿verdad? No es que yo apruebe que permanezcas pasivamente en la cama. Pero Arielle... bien, tiene fibra. -Sí -dijo Burke-. Fibra.

-Antes de que Arielle regrese -se apresuró a decir Knight, atrayendo la atención de Burke-, debo informarte que la anciana Dorcas continúa aquí, encerrada en una habitación del tercer piso. Arielle ordenó que alguien la acompañe constantemente. Burke, está completamente loca. Reniega a propósito de las prostitutas, las putas y las trotonas. Ayer la vi un momento, y su lenguaje era tan desagradable que incluso yo me sentí impresionado. Creyó

que eras tú, y me llamó demonio y Satán y otros nombres por el estilo. ¿Sabes por qué intentó matar a Arielle, verdad?

-Sí -dijo Burke-. En realidad es muy sencillo. Entró en el dormitorio esa noche y nos vio haciendo el amor. Vio que Arielle no era víctima de la fuerza o del abuso. Vio que su pequeña víctima estaba pasándolo muy bien. En su mente, supongo que una mujer debe odiar a los hombres y a sus apetitos; una buena mujer nunca se somete voluntariamente. En cambio, es necesario que un hombre la castigue y abuse de ella. Arielle era perfecta para Dorcas hasta que se casó conmigo; hasta que finalmente me aceptó. En ese punto ella fue como las otras... una trotona y una puta, una criatura a quien había que destruir.

-Dios mío.

-Sí. Probablemente el asunto es más complicado, pero creo que en general ese es el sesgo del problema. -Desvió la mirada mientras hablaba y vio que Arielle estaba de pie junto a la puerta. Burke no la había escuchado al entrar. Ella lo miraba con el rostro pálido y los brazos cruzados en actitud defensiva sobre el busto.

Burke dijo con voz neutra: -Hola, querida. ¿Viniste para imponerme alguna lamentable medicina? En verdad, preferiría un beso, pero si debe ser algo desagradable, te mostraré que poseo el valor de un hombre.

Knight se sobresaltó al ver la expresión de Arielle y al oír las tonterías de Burke, y después impuso a su cara un gesto absolutamente neutro.

Arielle movió la cabeza, y trató de sonreír: -Milord, no habrá brebajes desagradables para usted.

-Magnífico. Ven aquí y siéntate a mi lado. Me duele la cabeza. La voz de Burke se convirtió casi en un gemido, y ella inclinó la cabeza hacia él. Knight parpadeó al oír ese tono, pero se abstuvo de emitir opiniones. En todo caso, dirigió a Burke una mirada de asombro.

-Está bien -dijo ella, y se sentó con mucho cuidado al lado del enfermo-. Cierra los ojos, y yo te masajearé las sienes.

-Me duelen -dijo Burke.

Knight dirigió otra mirada a Burke, y se limitó a decir: -Te veré después -y salió del dormitorio. Reía por lo bajo. Knight pensó que muy pronto él podría alejarse de Ravensworth.

-¿Así estás mejor?

La voz de Arielle era suave y cálida, y los dedos que presionaban suavemente tenían un carácter mágico, a pesar de que en realidad a Burke no le dolía en absoluto la cabeza.

-Sí, estoy un poco mejor -dijo.

-Oí que hablabas con Knight acerca de Dorcas y sus motivos. Ojalá no hubieses hablado tan claramente del asunto; pero creo que tienes razón.

Él abrió un ojo, miró atentamente a Arielle y dijo: -Por favor, no te avergüences, Arielle. Knight y yo nos conocemos desde que teníamos ocho años. Nos vimos por primera vez en el verano de 1794. El único tema de conversación entre nosotros -éramos muy sanguinarios- era Madame Guillotine. Robespierre murió hace años, ejecutado. Como puedes imaginar, nos sentimos muy satisfechos. Imagino que Knight es como un hermano, más que lo que fue jamás Montrose. Incluso recibimos nuestros grados al mismo tiempo.

-Entonces, conoce toda mi historia, ¿verdad? Se lo dijiste todo. La voz de Arielle revelaba tensión y nerviosismo, y él dijo con desenvoltura: -Sí, le dije bastante. Por supuesto, te aprecia mucho. Creo que ya había adivinado muchas cosas acerca de Dorcas. Yo aprecio su opinión, y abrigo la esperanza de que tú llegues a adoptar la misma actitud.

-Ella no podía aceptar que a mí me agradase el contacto con un hombre, el amor de un hombre... no podía aceptar que yo fuese una compañera bien dispuesta en el acto del amor.

-Eso creo. Ah, no interrumpas, me siento maravillosamente bien.

Arielle le sonrió, a pesar de que aún se sentía avergonzada por lo que Knight sabía. Las mejillas de Burke estaban erizadas de pelos, y tenía los cabellos en desorden. El vendaje

blanco contrastaba mucho con los cabellos rizados y oscuros y la piel olivácea del pecho. La sábana le llegaba únicamente hasta el estómago. Ella lo miró, bajo la cintura, y vio el perfil de su cuerpo a través de la sábana, y sintió una suavidad especial en su propio interior, un ansia, el comienzo de la necesidad. Eso la sorprendió. Durante los dos últimos días ella y Joshua lo habían cuidado, y habían atendido todas las necesidades de Burke. En realidad, ella no lo había visto como un hombre. Ciertamente, había sido Burke, su marido, pero también era su paciente. Sin embargo, ahora... Contuvo la respiración, y trató de concentrar los esfuerzos en el masaje.

-Arielle, ¿querrías rascarme el vientre?

Ella se apartó un poco, preguntándose si él había visto cómo lo observaba. Pero no, tenía los ojos cerrados. Eso no era posible. Ella apoyó la palma exactamente encima de la línea de la sábana. Con movimientos inseguros comenzó a rascarlo.

-Más abajo.

Los dedos de Arielle se deslizaron bajo la sábana. -Ah, sí, más fuerte. Así. No te detengas.

Ella pensó que el cuerpo de Burke era tan cálido y tan suave. Los dedos de Arielle descendieron un poco más, y se enredaron en el vello espeso. Su rascada llegó a ser más bien una caricia.

-Dios mío, es maravilloso. -Burke suspiró profundamente-. Pero no puedo hacer nada al respecto.

Arielle retiró la mano, y miró a Burke. Le pareció que la actitud de él era excesivamente sombría -ese era el único modo de describir su expresión.

-Aunque mi cuerpo te desea precisamente en este instante, sólo una parte de mí exhibe auténtica sabiduría. El resto de mi persona está más muerto que una piedra centenaria. Lo siento de veras. Por ti, pero creo que incluso más por mí.

-No, no -dijo Arielle-. Yo soy quien lo siente. No quise decir eso, o sea... oh, me lo haces a propósito, y creo que todo es muy ridículo!

-No, no es ridículo, y ambos lo lamentamos. Sé lo que puedes hacer. En la próxima visita del doctor Brody, puedes preguntarle cuánto tiempo pasará antes de que yo pueda hacer el amor a mi esposa.

Burke supuso que ella se sofocaría al escuchar una sugerencia tan insultante. También tuvo conciencia de que le parecía cada vez más difícil controlar el dolor. No lo deseaba, pero sabía que el descanso abundante y prolongado era necesario para curarse. Necesitaba un poco de láudano. Se lo pidió a Arielle. Cuando bebió la limonada con la droga, dijo: -Antes de que me adormezca, dime cómo están nuestros invitados.

Arielle habló en voz baja, y explicó que Alec, en un acceso de práctica anticipada de la paternidad, había jugado durante treinta minutos con Virgie y Poppet. Según la versión de Arielle, había salido del cuarto de los niños un poco aturdido, moviendo la cabeza. Cañones y batallones y bayonetas, dijo Alec, todo dirigido por dos niñitas con trenzas y vestidos fruncidos. Y una muñeca llamada Josefina había estado al frente suministrando consejos estratégicos a Wellington. Según le habían explicado, Josefina pertenecía en realidad al tío Burke, pero él -el tío Burke- había permitido que la muñeca continuase en el cuarto de los niños. Alec había contemplado el vientre de Nesta, había movido de nuevo la cabeza y había ido a cabalgar. Knight se había burlado implacablemente de Alec. Cuando se le pidió que explicase sus sentimientos con respecto a la paternidad y los hijos, Knight había rezongado en su estilo acostumbrado que arrancaría otra página del libro de su padre: Ignoremos a los hijos. Les irá mejor si no tienen que lidiar con todas nuestras malas costumbres. No deseaba tener la más mínima relación con ese heredero indefinido y mítico, que aparecería -si Knight se salía con la suya- durante el siglo siguiente.

Con respecto a Lannie y a Percy, el noviazgo se desarrollaba con rapidez, pues ahora disponían de más tiempo y habían quedado librados a sus propios recursos. Arielle incluso imaginaba que habían pasado la tarde del sábado en la glorieta, aunque ella no atinaba a imaginar qué habían estado haciendo. No volvió a hablar de Dorcas, lo cual agradó a Burke. En todo caso, él estaba excesivamente mareado y no podía concebir pensamientos inteligentes.

Burke se adormeció con la mano suave de Arielle apoyada en su mejilla.

Era un frío miércoles por la mañana. Con movimientos muy discretos, Joshua cerró la puerta del dormitorio de Burke y permaneció de pie allí. Arielle llegó en ese momento, lo miró y dijo: -¿Qué sucede, Joshua? ¿Su señoría se siente mal?

-¡Su señoría -dijo Joshua con voz agria- se comporta como un mestizo malcriado! Me arrojó a la cabeza su plato de comida. ¡A Mí!

Arielle frunció el entrecejo. Burke había comenzado a comportarse de un modo inaceptable desde el momento de despertar, la víspera. Se había mostrado exigente, irritable y grosero. Pero arrojar su potaje -de ningún modo desagradable, pues la propia Arielle lo había probado- a Joshua, era demasiado.

Arielle adoptó una actitud militante. -Joshua, le hablaré.

De pronto pareció que Joshua se sentía inquieto. -Señora, está de mal humor. No sé si usted debería...

-Está comportándose como un niñito malcriado. No se preocupe. Si me arroja algo, yo se lo devolveré. ¡El y sus interminables jaquecas! ¡Yo le provocaré una jaqueca!

Arielle, sin advertir que su conducta todavía impresionaba a los que apenas la conocían, entró en el dormitorio, en una actitud definidamente agresiva. Se detuvo al lado de la cama de Burke, con las manos en jarras, cuadrando los hombros y el ceño fruncido.

Burke enarcó el entrecejo y dijo con voz desagradable: -¿Qué quieres?

-Te muestras grosero y tienes esa actitud desde que despertaste ayer por la mañana. No lo toleraré. Tienes que cambiar de actitud.

Los ojos de Burke miraron entrecerrados la cara de su esposa. -¿Tú me das órdenes en mi propia casa?

-No le debiste arrojar la comida a Joshua. Estaba muy perturbado. No, querido, no debiste gritar a la pobre Joan, diciéndole que saliera "de tu dormitorio antes de que le arrancases las orejas". Llegó casi llorando, y me costó trabajo calmarla. Ahora, con respecto a tu comportamiento con el pobre George, cuando le gritaste que fuese a sacarse de la oreja la media que tenía metida allí, y que se llevase esos condenados papeles y se los metiese en su... bien, no puedo continuar.

-Tengo sed.

-Te serviré un poco de limonada después de que te haya explicado lo que siente George. Tu conducta absurda y completamente grosera con él.

-Quiero un brandy.

-Querido... Burke, no puedes...

-¡Quiero un brandy! ¡Tráemelo, porque de lo contrario iré a buscarlo yo mismo!

Arielle permaneció indecisa. El se mostraba irascible. A decir verdad, se comportaba atrozmente. Pero ella no estaba dispuesta a ceder. Finalmente, movió la cabeza.

-No, todavía no. El doctor Brody vendrá dentro de poco tiempo. Cuando llegue le preguntaremos.

-¿Te niegas a darme lo que quiero?

Arielle se limitó a sonreír ante la expresión amenazadora de Burke.

-Compórtate, Burke. Sé que debes sentirte impotente y hastiado, pero te aseguro que pronto estarás bien.

-¡No me trates como si fuese un idiota!

Él comenzaba a irritarse. Arielle se sentó al lado de Burke y apoyó las palmas de las manos sobre el pecho de su marido. Suavemente lo obligó a recostarse sobre la almohada, se inclinó y lo besó.

El gesto sorprendió a Burke tanto como a la propia Arielle.

El la miró con el entrecejo fruncido.

-Intentas aprovecharte de un hombre impotente.

-Sí -dijo Arielle-, imagino que así es.

Lo besó de nuevo, muy suavemente. Sintió que él separaba los labios, y que su lengua acariciaba el labio inferior de su esposa.

-Burke -dijo Arielle, levantando de nuevo la cabeza-, no debes hacer eso.

-¿Por qué no? Estoy mortalmente aburrido, ¡y tú vienes a ofrecerte, sabiendo que yo no puedo hacer nada al respecto!

Ella sonrió y volvió a besarlo.

-¿Realmente crees que yo podría ser tan cruel?

Capítulo 20

Knight se despidió dos mañanas después, pues había decidido que acompañaría a Lannie, a Percy y a las niñas en el viaje de regreso a Londres, a la residencia de lady Boyle.

Habló a solas con Burke antes de la partida.

-Ya cometiste un número suficiente de tonterías. Es hora de que goces de la paz y la tranquilidad, y de la vida en compañía de tu hermosa esposa.

-Tu percepción, Knight -rezongó Burke, mientras estrechaba la mano de su viejo amigo-, por supuesto me abruma. Es algo tan inesperado.

-¡Lo mismo digo de ti, Burke!

Burke se echó a reír; después, recobró inmediatamente la seriedad, y mantuvo el brazo derecho inmóvil sobre el pecho, los labios convertidos en una fina línea, hasta que por fin se calmó.

-A propósito -continuó diciendo Knight cuando vio que Burke había logrado controlar el sufrimiento-, me agradó mucho tu actuación como inválido dolorido, para beneficio de Arielle. Imagino que ella no advirtió que estabas representando intencionadamente el papel del estúpido perfecto.

Burke sonrió.

-¿Mi actuación era tan evidente?

-Sólo para quien te ha conocido durante veinte años. Me sorprendió que Joshua no lo descubriese antes, pero ahora ya sabe a qué atenerse, y ayer me dijo mientras se rascaba la cabeza: "Sí, el señor Burke es muy astuto. Consiguió que lady Arielle se ocupase de todo, se hiciera cargo de la situación, incluso le impartiese órdenes, y ella estuvo a un paso de estrangularlo con sus propias manos." Por supuesto, aseguré a Joshua que tú sabías exactamente hasta dónde podías presionar a tu esposa antes de que ella decidiera imponerte ese castigo.

Burke sonrió, ahora en una actitud muy contenida, y se vio recompensado. Advirtió muy aliviado que el dolor no era tan terrible. Mark Brody había retirado las puntadas la tarde de la víspera, pero Burke aún debía permanecer un día en la cama.

Estaba irritado, y su comedia con Arielle y todos los criados era cada vez menos una comedia a medida que pasaban las horas tan aburridas.

-Gracias por acompañar a Lannie y a Percy en el viaje de regreso a Londres, aunque dudo que ellos ni siquiera adviertan tu presencia. ¿Te ocuparás de Virgie y Poppet?

Knight pareció un tanto malhumorado.

-Alguien tiene que acompañarlos, pues de lo contrario acabarán en una zanja y ni siquiera lo sabrán. Santo Dios, se comportan de tal modo que uno siente que se le revuelve el estómago. Vigilaré que Lannie y las niñas estén debidamente instaladas en la casa de tu hermana, y después me iré. ¿Imagino que vendrás a la boda, en septiembre?

-Me alegro de que sea en septiembre. Si esperamos más tiempo, Lannie puede quedar embarazada.

-Si la sonrisa embobada en la cara de Percy es un indicio, tiene que ser así. Dios Santo, ¡sálvame de llegar a ser un estúpido tan total y absoluto!

-Un hombre saciado -dijo amablemente Burke-. Bien, Knight, es una situación de la cual pueden afirmarse muchas cosas buenas. -Respiró hondo.

-¡No te atrevas a cometer locuras hasta que el hombro esté curado! -se apresuró a decir Knight.

-En cierto modo -dijo Burke-, creo que mi hombro estará muy bien esta noche.

Knight se limitó a mover la cabeza. -Cuidarás bien de Arielle.

-Por supuesto. Esa mujer es mía.

Knight le dirigió una mirada extraña, y después movió de nuevo la cabeza.

Ah, otra cosa. Creo que Alec y Nesta partirán dentro de poco para Northumberland. Alee no desea esperar a que ella avance demasiado en su embarazo. De modo que al fin estarás solo con tu esposa.

-Amén -dijo Burke, y después agregó con un guiño-: Lo cual no significa que esta visita no me haya complacido inmensamente. ¡Tantos buenos amigos haciéndome compañía!

Knight expresó muy concisamente su opinión al amigo; utilizó la prosa más enérgica, le estrechó la mano y se retiró.

Arielle visitó a su marido en menos de treinta minutos después, con una copa de brandy -si los ojos de Burke no lo engañaban- en la mano.

-Sí -dijo ella, riendo ante la expresión esperanzada de Burke-, es brandy, y es para ti. Te comportaste muy bien, Burke, y llegué a la conclusión de que merecías una recompensa.

-Una esposa al mismo tiempo hermosa y compasiva.

Bebió el brandy, suspiró satisfecho y apoyó la cabeza en la almohada.

-¿Crees realmente que soy maravilloso? ¿Incluso después de que gemí y me quejé y protesté tanto que te inspiré el deseo de asesinarme?

Ella le dirigió una sonrisa muy afectuosa. Burke tragó saliva. Arielle se sentó al lado de su esposo y le alisó las mantas sobre el pecho.

-Estabas aburrido, y no sabías qué hacer con tu persona. No puede pretenderse que un hombre tan activo y físico se comporte como un santo cuando ha sufrido una herida tan grave.

Se inclinó sobre Burke y comenzó a besarlo.

Burke de pronto sintió que no sabía qué decir. Que ella lo besara y tomase la iniciativa aún lo sorprendía. Por supuesto, era sólo un beso. Ella no intentaba seducirlo. Lástima. Correspondió a los besos de Arielle, y después dijo con su habitual voz de queja: -Quiero que me frotes la espalda. Me duele por el exceso de cama.

-Está bien -dijo Arielle-. Iré a buscar mi crema.

No mencionó que era la crema que Dorcas usaba para frotarle la espalda después que Paisley la había castigado. Imaginaba que eso no era necesario. Burke no era estúpido. De todos modos, ella se sintió aliviada porque no tuvo que decir nada al respecto.

Cuando estaba boca abajo, con las mantas cubriéndolo sólo hasta la cintura, y las manos de Arielle distribuyendo la crema sobre su espalda, Burke llegó a la conclusión de que no podía haber un modo mejor de pasar una mañana. Gimió complacido. Las manos de Arielle se movían desde los hombros hasta la cintura, ida y vuelta.

-Más abajo -dijo Burke.

Arielle se detuvo sólo un momento, y después bajó un poco más la sábana.

-Ah -dijo él-. De buena gana seré tu esclavo si haces eso los próximos cincuenta años.

Sin que el gesto obedeciese a una decisión consciente, Arielle se inclinó hacia adelante y besó la base de la columna vertebral de Burke. Ella sintió que él se sobresaltaba, y después se estremecía. Lo besó de nuevo, y su lengua lo acarició suavemente. -Arielle...

Parecía que él sufría. Arielle se enderezó, un poco sonrojada, y reanudó el masaje. Le agradaba sentir los músculos profundos, la suavidad y la calidez de la carne de su esposo. La alegraba que él estuviese tendido boca abajo.

Él volvió a gemir cuando los dedos de Arielle descubrieron un músculo especialmente tenso, y lo masajeó intensamente.

Unos minutos después, Arielle dijo: -Burke, mis manos están cansándose, pero repetiré esto por la noche, ¿quieres? -Gracias -dijo él, con voz ahogada por la almohada.

-¿Te ayudo a volverte?

-No -dijo Burke, y se hubiera dicho que estaba soportando la tortura más terrible.

Ella se preocupó al oír esa voz. -¿Quieres un poco de láudano?

-No -repitió él, tratando de serenarse-. Creo que continuaré así un rato.

De nuevo le pasó la mano sobre la espalda.

-Ahora, tengo que irme. Necesito atender tantas cosas. Volveré a almorzar contigo.

No se movió durante un momento, y lo miró fijamente. Con un gesto lento, sin desearlo realmente, le cubrió la espalda con la sábana.

Después, le palmeó suavemente el trasero. Los ojos de Burke se agrandaron a causa de la impresión. No supo qué decir. Oyó las faldas de Arielle, el golpeteo de sus pasos sobre el suelo de madera, el sonido de la puerta del dormitorio cuando ella la abría y después la cerraba suavemente.

Se había mostrado tan natural con él. ¡Le había palmeado el trasero! No podía creerlo. Diez minutos después todavía sonreía. Y estaba silbando cuando ella regresó trayendo la bandeja con la comida.

Burke observó a Arielle en silencio mientras ella recogía su camisón y se deslizaba detrás del biombo ahora reparado, al fondo de la habitación. Qué cosa tan horrible, pensó, y después suspiró, pues recordó que el ataque de Dorcas había contenido un poco la naciente intimidad entre los dos. Pero Arielle lo había besado, no sólo en la boca sino en la base de la columna vertebral. Eso significaba algo. En realidad, significaba mucho.

-¡A Arielle! -¿Sí? -Date prisa. Estoy hastiado y solo.

Era el tono quejoso que él solía usar, y en efecto ella se dio prisa. Unos pocos minutos después, apareció con su camisón muy blanco, las cintas del cuello atadas bajo el mentón.

-Me agrada tu aspecto -dijo Burke. En realidad, si ella hubiese aparecido usando una armadura medieval, de todos modos a él le habría agradado-. Suéltate los cabellos. Me agrada ver cómo te los cepillas.

-De acuerdo. -Arielle comenzó a retirar los alfileres al mismo tiempo que hablaba.- ¿Quieres que te frote la espalda esta noche? -Sí, me agradaría mucho. -La mente de Burke casi sufrió un espasmo ante la idea.

Él la observó mientras se cepillaba los cabellos. El hermoso color de esa cabellera, con su rojo intenso, relució iluminado por la luz de las velas. Burke ansiaba tocarla, tocar esos cabellos y esa piel. Esperó, un tanto inquieto, y olvidó protestar.

Pronto Arielle se reunió con él, y se sentó al lado de Burke en la cama.

-Tengo que mirarte el hombro y cambiar el vendaje. -Le besó el extremo de la nariz.- Tendré muchísimo cuidado.

El sufrió en silencio, y no por el dolor de la herida. La lavanda que perfumaba a Arielle tenía una fragancia tan dulce. Ella se inclinó, mientras examinaba la herida, y tocó suavemente la piel que estaba alrededor.

-No está inflamado, y mi impresión es que todo está bien. Te curas con notable rapidez. Me limitaré a ponerte un vendaje suave.

Hecho esto, él la miró esperanzado. Arielle sonrió.

-Está bien -dijo ella, equivocando completamente el sentido de la mirada de su esposo-. Te masajearé la espalda. Vuélvete.

Con cuidado, con cuidado.

Él gruñó al volverse. Cuando ella bajó la sábana hasta la cintura de Burke, él sintió que se le endurecía el cuerpo; ahora, esperaba sentir sus manos sobre la espalda.

Continuó esperando.

Finalmente, con voz muy suave, ella dijo: -Eres tan hermoso, Burke. -Y después comenzó a frotarle la espalda.

El gimió complacido.

Ahora la voz de Arielle expresaba cierto regocijo, y un poco de burla.

-Milord, ¡usted es un gozador!

-En efecto -dijo Burke con un gemido de felicidad.

-Estuve tan preocupada por ti. -Los dedos de Arielle ahora lo acariciaban en lugar de masajearlo.- Temí que murieses y que yo no pudiera soportarlo. Me molestó que me hubieras salvado, porque sabía que si hubieses muerto eso no hubiera sido justo. Eres

una persona mucho mejor que yo y...

-¿Qué demonios dijiste?

El se volvió de costado.

-Cuidado, por favor, quieto. Por favor, Burke.

-¡Nunca vuelvas a decir nada tan estúpido! Mujer, eres mi esposa, y sucede que te amo más que a nada en este maldito mundo, incluido yo mismo. ¿Me comprendes?

Reinó un silencio total.

Ella se inclinó y comenzó a besarle la columna vertebral.

Descendió muy lentamente, explorando en forma minuciosa el cuerpo de su esposo.

-Oh, Dios mío -gimió

Sintió que las manos de Arielle retiraban la sábana, hasta debajo de las rodillas. El aire refrescó la piel caliente de Burke.

-Arielle -consiguió decir.

-Quieto.

Y ella continuó besándolo. Las manos la precedían, y palmeaban las nalgas, y rozaban suavemente los muslos.

La respiración de Burke era irregular, y él sintió que el cuerpo se le hinchaba y latía, y los músculos se ponían tensos, y se le formaba un nudo en el estómago.

Burke sintió que las manos de Arielle descendían por las piernas, y después se elevaban. Los dedos delgados de la joven se deslizaron entre los muslos de Burke, en una caricia suavísima, tan suave, que él llegó a preguntarse si la sensación tan intensa no lo destrozaría.

Le besó las nalgas, y después los muslos.

-Eres muy hermoso -dijo Arielle en un murmullo, y él sintió el aliento cálido en la cara interior del muslo-. Tan diferente de mí, yo no tengo tanto vello.

-Lo sé muy bien. ¡Arielle!

Los dedos de Arielle se habían deslizado entre las piernas de Burke y ahora ella continuaba con sus caricias tan suaves. El casi saltó de la cama, olvidando su hombro herido.

Él sintió que los dedos se apartaban, y que ella se movía sobre la cama.

-Milord, permíteme que te ponga de espaldas. -¿Por qué?

-Porque quiero ver tu cuerpo por delante. Quiero besarte. El no podía creer lo que oía. Seguramente la había interpretado mal.

Después, cuando se acostó sobré la espalda con los brazos a los lados, el pecho agitado por la respiración, vio que ella observaba cada centímetro de su cuerpo. Cuando vio que ella lo miraba fijamente, preguntó: -¿Crees que soy feo?

Ella movió la cabeza, con los labios apenas entreabiertos. -Oh, no. -Después lo tocó insegura, y lo aferró con la mano.- Eres cálido, Burke, muy cálido y vivo, y tan hermoso.

El no dijo nada, pues no tenía palabras. Vio cómo ella lo observaba. Cuando Arielle inclinó la cabeza, Burke contuvo la respiración. Eso era increíble. No deseaba que ella creyese que estaba obligada a hacerlo, no quería que... La boca suave de Arielle se cerró alrededor de Burke, y él gimió. No había imaginado que una cosa podía ser tan hermosa, tan refinada. Tenía los cabellos distribuidos sobre el vientre y los muslos de Burke. Deseaba verle la cara, y ver cómo lo acariciaba.

Ella tuvo que detenerse, no fuese que él perdiera el control.

Burke le aferró los cabellos con una mano y tiró.

-Debes detenerte -dijo, y lo desconcertó propia voz. -Por favor, Arielle. Por favor.

Ella alzó la cabeza. -¿Por qué?

-Porque quiero penetrarte. Por favor, ¿quieres ponerte sobre mí?

Ella lo miró, con la cabeza inclinada a un costado, y Burke comprendió que ella no estaba segura de lo que él deseaba.

-¿Deseas que yo me convierta en algo así como una manta?

-En cierto modo, sí.

-Burke, eso no está muy claro.

Ella continuaba sosteniéndolo, pasando los dedos sobre él.

Era difícil pensar, y también hablar con coherencia.

-Bien, en realidad, quiero que te sientes sobre mí y permitas que te penetre. Por así decirlo, serás el jinete... en eso me remplazarás.

-¡Oh, qué idea interesante! Estoy acostumbrándome a ejercer la dirección de las cosas.

Le dirigió una sonrisa maliciosa, acompañada por un despliegue de muslos blancos mientras se ponía a horcajadas sobre él.

El camisón virginal cubrió a ambos.

-La sensación es maravillosa-consiguió decir Burke-. Pero necesito tocarte, querida. No quiero lastimarte cuando te penetre.

-No me lastimarás -dijo Arielle, y se extendió sobre él y comenzó a besarle la boca. Burke creyó que podría arreglarse con un brazo, y lo levantó para jugar con los hermosos cabellos de Arielle.

Después, deslizó el brazo sobre la espalda de su esposa, y llegó a las nalgas. Encontró el ruedo del camisón y volvió a elevar la mano, fijando sus dedos sobre la carne tibia. Cuando la tocó, ella se sobre saltó y Burke sonrió. Arielle estaba preparada para él, toda ella tibia y húmeda.

-Arielle, yo... tómame con tu mano y guíame hacia tu interior. Pero creo que deberías enderezarte un poco.

El no sabía que podía pronunciar tantas palabras con cierta lógica. En realidad, estaba más allá del pensamiento racional. -¿Así, Burke?

-¡Oh, Dios mío!

Estaba penetrándola lentamente, al extremo de que temió desintegrarse a causa de la intensidad del goce. Sintió que los dedos de Arielle se cerraban sobre él, y lo soltaban poco a poco, tan lentamente que él quiso gritar.

-Burke, la sensación es maravillosa, pero... -¿Pero qué? ¡Dios mío!

-Quiero que... que me toques.

Burke no percibió una sensación de embarazo en la voz de Arielle. No estaba escuchando. Estaba sintiendo, y tenía la impresión de que ella lo cubría completamente. Después, la totalidad de Burke pareció penetrar en Arielle.

286

-Arielle, enderézate. Permite que te quite este camisón. Arielle se quitó el camisón, y lo arrojó al suelo. Después, él penetró tan profundamente, que pudo sentir las paredes interiores de la joven. Tuvo la sensación de que enloquecía. Levantó el brazo sano y le acarició los pechos, y después descendió la mano sobre el vientre.

-Ahora, ven conmigo, querida. -Se movía contra ella, pero Arielle comprendió que ella era la que mandaba. En realidad no importaba, pues ella sentía esos dedos maravillosos que la acariciaban, y por eso arqueaba la espalda, y gritaba.

-¡Arielle!

Ella se elevaba y descendía, mientras los dedos de Burke la llevaban al éxtasis, la alejaban y la acercaban, y acentuaban el placer que ella sentía. Le miró la cara al culminar, sintió sus músculos que apretaban el cuerpo de Burke, y gimió; no pudo evitarlo. Él penetró cada vez más, hasta llegar a una sensación increíble.

Arielle permaneció extendida sobre su esposo, los cabellos eran una masa de mechones distribuidos alrededor de la cabeza, sobre la cara de Burke, sobre la almohada. La mano de Burke la acariciaba suavemente.

El continuaba profundamente hundido en Arielle. Arielle se estremeció al sentirlo, y oyó que él gemía como respuesta al movimiento instintivo.

Finalmente, consiguió incorporarse un poco. El la miraba, y sus hermosos ojos parecían enturbiados, la boca estaba entreabierta, y aún jadeaba.

-Gracias, Burke. -¿Qué?

-Te he dado las gracias. El placer ha sido intenso, casi demasiado. Espero no haberte lastimado.

-Casi me destruiste, y me encantó.

Ella se sonrojó y se echó a reír, y le tocó apenas el estómago. -Bien, no correremos riesgos.

Antes de que él pudiese protestar, Arielle se apartó y yació junto a Burke.

El emitió un suspiro de saciedad. -Cubrámonos con las mantas, querida.

Cuando fue a buscar las mantas, Arielle se detuvo al lado del vientre de Burke, y lo acarició suavemente. Después, sus dedos se deslizaron sobre los cabellos de Burke, y descendieron sobre el tronco hasta llegar a la ingle.

-Las mantas -dijo Burke, y oyó una voz que sonaba muy fina.

Ella lo besó en la boca y dijo: -Ciertamente. Mi señor, no deseo agotarte, ¡no eres más que un hombre!

El le golpeó suavemente las caderas con la mano abierta. Arielle emitió una risita. Burke se sentía maravillosamente bien. Había tenido éxito. Arielle no se había rehusado. Y unos minutos antes ella lo había acariciado con su boca, y lo había tomado con la mano para llevarlo al interior de su cuerpo de mujer. No había vacilado. Había llegado a la culminación. De modo que Burke se sentía el hombre más feliz del mundo.

-La vida -anunció al dormitorio en sombras-. La vida es tener por esposa a Arielle y amarla hasta que ella se aturda, y lograr que me cuide. Hablando de cuidados, ahora que has abusado de mí, ¿estás dispuesta a masajearme la espalda?

Arielle se echó a reír.

A la mañana siguiente, la señora Pepperall entró en el dormitorio. Arielle estaba despertando, y la visión de la formidable ama de llaves de la casa determinó que en el acto despertase del todo.

Burke aún dormía, y Arielle llevó rápidamente la mano a sus propios labios. Se apresuró a salir de la cama, levantó del suelo el camisón, y se lo puso sobre la cabeza. No se enojó con la inoportuna aparición de la señora Pepperall. Sabía que anunciaba problemas.

Arielle se calzó las chinelas, y después de dirigir una última mirada a su esposo dormido, salió de la habitación, y cerró detrás la puerta.

-¿Qué sucedió? -preguntó sin preámbulos. -¡Oh, señora! ¿Qué haremos?

-Dígame lo que sucedió.

-¡La anciana, su vieja niñera Dorcas, escapó de la casa!

La noticia era inesperada, y Arielle guardó silencio un rato. Finalmente preguntó: -¿Cuándo descubrió que faltaba? ¿Y cómo consiguió salir de ese cuarto?

La señora Pepperall se retorció las manos, y dijo a Arielle que había ido a la habitación unos minutos antes. Charlie, uno de los lacayos, yacía desmayado del lado interior de la puerta, y había recibido un golpe en la cabeza.

-Es decir -observó con voz pausada Arielle-, que Dorcas lo atrajo al interior de la habitación, y después lo golpeó. ¿Charlie está bien?

-¡Oh, Charlie! Yo diría que se lo merece. Siempre mirando a las mujeres sin atender a su trabajo. ¡Y ahora esto! ¡Qué individuo estúpido y descuidado!

-Por supuesto, usted tiene razón, señora Pepperall. De todos modos, ¿Charlie necesita la atención del doctor Brody?

La señora Pepperall, ahora más controlada, dijo: -No. El está bien.

-Quiero que uno de los lacayos busque a Geordie. Tenemos que encontrar a Dorcas. Si Charlie continuaba inconsciente, quiere decir que ella se fue hace poco tiempo. Me reuniré con Geordie en la sala dentro de veinte minutos.

Arielle se vistió en su propio dormitorio, y un rato después estaba en la planta baja, esperando a Geordie.

Geordie entró, acompañado por Joshua y Montague. Arielle les informó rápidamente lo que había sucedido.

-Tenemos que encontrarla. Está muy enferma. Puede lastimarse ella misma; o perjudicar a otros.

Geordie murmuró algo por lo bajo, y Arielle dijo: -¡No hay que lastimarla! No tiene la culpa de su enfermedad. ¡Ahora, deprisa!

Desvió la mirada, un gesto de preocupación en la cara, y vio a Burke de pie en el umbral de la puerta. Se había puesto una bata y calzaba pantuflas. Arielle se acercó deprisa a su esposo, dispuesta a reprenderlo.

Él le dirigió una sonrisa y levantó una mano.

-No, hoy puedo abandonar esa condenada cama. Y quiero una taza de té. ¿Me acompañarás, Arielle?

Mientras desayunaban con huevos y jamón y bebían té, él dijo: -Bien, háblame de Dorcas.

Arielle relató lo que sabía.

-De modo que Geordie y Joshua pronto la encontrarán. O por lo menos eso espero.

Arielle se volvió al oír una tos desde la puerta.

-¿Qué pasa, señora Pepperall?

-Agnes descubrió esto.

Agnes, una criada de muy pocas luces, estaba de pie en el corredor, a la salida del comedor. Arielle aceptó el collar de la señora Pepperall. Era antiguo, y las piedras estaban alisadas por el uso.

-¿Dónde estaba? ¿A quién pertenece?

-Agnes lo encontró con las cosas de Dorcas. Señora, pertenecía a Mellie. Estoy segura de eso.

Arielle cerró los ojos. -Oh, no -murmuró.

-Había pertenecido a la abuela de Mellie. Estaba muy orgullosa de esta joya. Decía que era su dote, y que cualquier hombre de buena gana la aceptaría.

Arielle sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Oyó la voz de Burke que le decía: -Gracias, señora Pepperall, por traernos esto. Sé que Mellie todavía tenía una tía viva. Le enviaremos el collar.

-Me ocuparé de eso, milord -dijo la señora Pepperall. -Eso es todo, gracias.

Burke se puso de pie y se acercó a Arielle. -Lo siento, querida.

Arielle miró a Burke.

-Burke, ella fue seguramente la que mató a Mellie. Sin duda creyó esos rumores maliciosos acerca de la inmoralidad de Mellie. Ahora recuerdo que estaba muy segura de eso. Me sorprendió su actitud... más aun, me enojé con ella porque la vi tan estrecha. ¡Dios mío!

-Calla -dijo Burke-. Ya la encontraremos, y después... -¿Después qué? Está enferma. Nadie puede ayudarla... ya oíste lo que dijo el doctor Brody. No es más que una vieja loca que anda sola por el mundo.

-Arielle, la encontraremos -repitió Burke con voz firme.

Arielle apretó la cara contra el cuerpo de Burke.

-Ven, querida, aquí están Alec y Nesta.

-¿Qué pasa? -preguntó Alec, mientras entraba en el comedor. -Montague está afuera retorciéndose las manos artríticas, y la señora Pepperall está realmente muy pálida.

-Tomen asiento y les diremos.

-Burke, ¿no tendrías que estar acostado? -preguntó Nesta.

Él sonrió, con esa sonrisa seductora que le permitía obtener todo lo que deseaba.

-Nesta, mi esposa, me arrancó de la cama tirándome de la oreja. Dios sabe que todavía estoy muy débil. Dijo que era un sujeto perezoso e inútil y que...

-¡Eres terrible! Ahora, termina con eso y diles lo que sucedió.

Burke obedeció, y todas las sonrisas desaparecieron.

Capítulo 21

Alec y Nesta partieron de Ravensworth la mañana del viernes. Prometía ser un día claro, no demasiado cálido; es decir, un día perfecto para viajar, según aseguró Alec a su esposa.

-Eso dices -afamó Nesta, mirando con cierta prevención el interior del carruaje-. Tú viajarás al aire libre, y yo estaré metida en ese artefacto.

-Sí --lijo Alec con su voz profunda mientras rozaba apenas el vientre abultado de su esposa-, pero tú llevarás contigo a mi hijo. -Vaya compañía este supuesto hijo tuyo. Creo más bien que tendremos una hijita. Y yo le explicaré cómo manejar a los padres arrogantes y engreídos.

Burke y Arielle permanecieron de pie frente a la entrada de la casa, y saludaron con la mano hasta que el carruaje desapareció de la vista al tomar un recodo.

-Ale- parece satisfecho, ¿no crees? -preguntó Arielle.

-¿Satisfecho? ¿Con qué?

-Oh, con Nesta y su embarazo. No sé... con lo que la vida le ha deparado.

Burke rodeó con el brazo la cintura de Arielle, y la apretó contra su cuerpo.

-Te diré la verdad, por lo menos lo que yo veo. Alec está inquieto. Necesita vivir cosas nuevas, visitar lugares diferentes. Tiene que hacer. No es hombre de sentarse en la biblioteca y contemplar los devaneos de los filósofos.

-¿Como mi padre?

-Sí. Alec estaba actuando incluso aquí, y examinando todos los aspectos de nuestro trabajo. Debo reconocer que dio buenos consejos a George mientras yo me recuperaba. No dudo que volcará todas sus energías en Carrick Grange, allá en Northumberland, y que conseguirá que funcione como un reloj en muy poco tiempo. Por desgracia, después necesitará otra cosa para ocupar su mente y las manos.

-Tendrá a su hijo.

-Estarán también Nesta, una niñera, una ayudanta, una gobernanta o un tutor.

-¿Crees que ama a Nesta? Lo mismo que tú, Nesta cree que Alec aprecia el cambio, y el sexo. Me dijo que de ese modo consiguió retenerlo.

Burke echó hacia atrás la cabeza y rió de buena gana.

-Arielle, ella estaba bromeando. Alec es un hombre honorable. También es un caballero. Jamás abandonaría a su esposa.

-No -dijo en voz baja Arielle, con la mirada perdida en el horizonte-, pero podría dejar de amarla.

-¿Ves alguna prueba en ese sentido? ¿Por mínima que sea?

Arielle movió la cabeza.

-Por supuesto, tienes razón. Sucede únicamente que ella me preocupa.

-Sé que Alee hará todo lo posible para lograr que todo se desenvuelva bien. Dijo que nos enviaría un mensajero apenas nazca el niño. -Advirtió que ella parecía un poco deprimida.- ¿Por qué te sientes tan triste? Pronto volverás a ver a Nesta y a Alec. Y a esa altura de las cosas ya tendrás un sobrino.

-Sí, así será, ¿verdad? -dijo, reanimándose un poco. Volvió a callar un momento, y después dijo-: En realidad, pensaba en Dorcas, y me preguntaba adónde habría ido. Burke, ¿crees que todavía está viva?

-Si no fuera así, ya habríamos encontrado su cuerpo. Sí, está viva. Continuaremos buscándola hasta encontrarla.

Más entrada la mañana pareció que Arielle desechaba esos pensamientos. Yacía de espaldas con las piernas abiertas, Burke sobre ella, los dedos de su esposo acariciándola y sus ojos clavados en la cara expresiva de Arielle.

-Arielle.

Ella contuvo un gemido de placer y abrió los ojos.

-Querida, creo que esto es algo que siempre te agradará. En realidad, en poco tiempo más gozarás de tal modo que... -El sencillamente cesó de hablar, sostuvo las caderas de Arielle con sus manos grandes, y las acercó a su boca.

La lengua cálida de Burke concentró todas las sensaciones de Arielle. Era una sensación áspera y dulce al mismo tiempo, y muy próxima al dolor. Y ella comprendió que moriría si él interrumpía la caricia. Pero él no aminoró el ritmo de sus movimientos, ni los modificó. Y de pronto ella gritó, incapaz de contenerse, y sus dedos se hundieron en los hombros de Burke. Él gozaba con cada grito de Arielle, con cada convulsión de su cuerpo, y cuando al fin ella se tranquilizó, Burke la penetró profunda y totalmente, y ella volvió a gritar, y esta vez él recibió el grito en su propia boca.

-Dios mío -dijo Arielle.

-Sí, de acuerdo. -Él la besó con más fuerza.- Caramba, déjame que acomode mejor tu cuerpo. Así, ahora está mejor.

-No debes mostrar tanto entusiasmo en tus... maniobras.

Él sonrió.

-Te sentirías decepcionada si yo no actuase así. Tienes que reconocerlo.

En cambio, ella le besó el hombro y lo apretó contra su cuerpo. Dijo con voz confusa: -No sé, Burke. A veces creo que estoy viviendo en un sueño. Me siento segura de mí misma y fuerte, quizás arrogante, y percibo incluso cierto exceso de confianza. Y después...

Burke sintió que ella movía la cabeza, y se limitó a esperar, y con la mano le acariciaba suavemente los cabellos.

-Y después tengo miedo -en lo profundo de mí misma- y sé que el temor es lo real y que yo no soy nada más que una apariencia, una cobarde, débil e incapaz.

-Espero que ahora digas que piensas en mí.

-¿En ti? Muy bien, y después pienso en ti.

-¿Y qué piensas cuando piensas en mí?

-Eres mi problema más difícil -dijo reflexivamente Arielle-. No sé si eres parte del sueño. Probablemente sí. En realidad, un hombre jamás permitiría que yo -que no soy más que una mujer- gozara de tanta libertad, y no fomentaría la independencia de mi pensamiento y acción. No, tú eres parte de mi sueño. Me aportaste un sueño perfecto. Y te lo agradezco.

La voz de Burke cobró más fuerza.

-¿Y cuando mi simiente crezca en tu vientre? ¿Dirás que nuestro hijo es también parte de este sueño?

Ella se acercó y Burke sintió la presión del busto de Arielle sobre su propio pecho.

-No lo sé -dijo ella, mientras le besaba suavemente los labios. -Un niño... expresa nuestra unión. Eso suena muy real. ¿No lo crees?

-Sobre todo cuando el niño despierta y comienza a pedir que lo alimenten. Arielle, no te muevas tanto. Estoy muy cerca del punto culminante y...

-Está bien. -¿Qué?

-El punto culminante. No quiero que te niegues esa experiencia, o para el caso que me la niegues.

Él penetró en Arielle mientras estaban uno frente al otro, y poco a poco los dos cuerpos se unieron más y más, hasta que el aliento de Arielle, tibio y dulce, fue el aliento de Burke; y la piel del hombre, cálida y tensa, se convirtió en la piel de Arielle.

Cuando ella gimió sobre la boca de Burke, sus brazos estaban tan apretados contra la espalda del hombre, que él supo que después la herida acabaría doliéndole terriblemente, Burke se volcó en ella con los dientes apretados y el cuerpo reluciente de sudor. Y oyó lo que ella le dijo en voz tan baja, que durante un momento él dudó del testimonio de sus oídos.

-Te amo, Burke.

Geordie pensó que todo era por culpa de esos malditos gansos, y se limpió las manos en los pantalones mientras maldecía profusamente. La señorita Arielle había comprado una docena de esas criaturas, seis gansas y seis gansos, pues no deseaba mostrarse injusta con las hembras formando una especie de harén; y ahora, después de un solo día de residencia en Ravensworth, un ganso que tenía elevada opinión de sí mismo había huido acompañado por dos gansas -todo, en el mayor silencio.

Geordie oyó un graznido, se volvió y maldijo incluso más fluidamente a uno de los restantes gansos, que parecía dispuesto a saltar la valla en una fuga más dramática que la de sus hermanos y hermanas.

-¡Atrás, bicho maligno! -gritó Geordie, agitando las manos-. ¡Maldición, cierren la boca!

Arielle rió alegremente. Geordie se volvió, y el entrecejo fruncido era imponente; pero Arielle se limitó a reír con más fuerza.

-No es divertido-dijo Geordie, con los brazos cruzados sobre el pecho.

-Lo sé -dijo Arielle, tratando de contener la respiración-. Por lo menos, Geordie, usted está a salvo. Su señoría salió con el grupo en busca de Aníbal y sus damas:

-¿Aníbal?

-Bien, ¿le agrada el nombre?

-Señorita Arielle, me parece que usted nunca podrá ordenar que les retuerzan el cuello para comerlos... sobre todo, si está dándoles nombres a todos.

-Es lo que el conde afirma. Creo que ambos tienen razón. Bien, ahora saldré yo a buscar. Geordie, traiga a Mindle. Me atrevo a decir que ha engordado tanto que estornudará en lugar de galopar conmigo.

-Más o menos. Se limitó a comer y a descansar mientras el señor estuvo en cama.

Arielle sonrió a Geordie. Se sentía muy bien. La tarde era cálida y soleada, y la lluvia matutina había acentuado el verdor del pasto. Confiaba en que Burke no exageraría. Había salido con tres hombres en busca del "condenado" Aníbal, con grandes risas. De todos modos, habían pasado sólo dos semanas desde que Dorcas lo había apuñalado. Parecía estar muy bien, y su energía era más que suficiente para un hombre como él. Arielle dirigió una sonrisa pícara a Geordie, y él la ayudó a montar en Mindle.

-No tardaré mucho. Si su señoría regresa antes que yo, dígale que me uní a la persecución. Por ahora, no retorceremos ningún cuello. Comienzo a creer que para la cena de Navidad tendremos salmón ahumado.

-Señorita Arielle, creo que debo ir con usted. Ya sabe lo que dijo el señor.

Ella vaciló un momento, y después dijo con firmeza.

-Lo sé, pero no puedo continuar siendo prisionera toda mi vida. Y además, ¿por qué Evan o Etienne pueden interesarse por mí? Tranquilícese, Geordie, yo estaré bien.

Obligó a Mindle a iniciar un galope, y enfiló hacia los prados del este. Geordie la miró con una sonrisa, oyó el escándalo que comenzaba a armar una de esas detestables aves, y se volvió, preparado para desgranar otro rosario de maldiciones.

Arielle sintió el viento que sacudía su sombrero de montar, y alzó el mentón. Se le desprendieron algunos mechones de cabello, y le cruzaron la cara. Trató de recogerse los mechones sueltos, La señora Pepperall había informado a Arielle en términos inequívocos que la atendería hasta que pudiesen elegir una doncella y la educasen. Pero la señora Pepperall no era tan eficaz como Dorcas para peinar al ama. Otro alfiler se desprendió.

Pobre Dorcas. Por mucho que Burke intentase alentarla, Arielle estaba convencida de que la anciana había muerto. Y si no estaba muerta, ¿dónde se encontraba? Una vieja que había perdido el juicio no podía desaparecer sin más. La gente recordaba a los insanos, y comentaba lo que hacían. La noticia hubiera debido llegar a Ravensworth.

Arielle frenó a Mindle y llamó a Aníbal. Sonriendo se preguntó: ¿Cómo hace uno para llamar a un ganso o a una gansa?

No oyó el graznido de respuesta, y no vio ningún cuello largo, revestido con plumas blancas.

Espoleó a Mindle y continuó hacia el este. No sabía adónde iba, pues no había prestado mucha atención a los lugares, hasta que a lo lejos vio las chimeneas de Rendel Hall. Cerró los dedos sobre las riendas de cuero. No había estado allí desde que había retorna

do a Ravensworth, como la esposa de Burke.

¿Sueño o realidad?

Pensó en lo que había dicho a Burke la víspera. Si ella iba a Rendel Hall, ¿eso no demostraba que todo lo que ella ahora sabía era real? ¿Que ella era real, y su vida con Burke también era real?

Enderezó los hombros y galopó hacia su antiguo hogar. Parecía descuidado, como si hubiese estado vacío algo más que dos meses. Nadie había cortado el pasto en los prados del frente o los costados. Las persianas que cubrían las ventanas determinaban

que pareciese un refugio de fantasmas.

Arielle pensó: No temeré. De ningún modo. No soy una niña.

Ahora todo es distinto. Yo soy diferente. Pero, ¿esto es real o un sueño? En Ravensworth era diferente, y nada más

Cosa extraña, sintió que las manos se le humedecían bajo los finos guantes de cuero. Apretó los dientes, y avanzó con Mindle directamente hacia la puerta principal.

Era evidente que la casa estaba abandonada. De las chimeneas no brotaba humo. No había indicios de movimiento en ninguna de las ventanas. Ni luces. Nada.

Mientras desmontaba pensó: Rendel Hall se convertiría en una ruina si no la compraban pronto. Ató las riendas de la yegua a la rama de un árbol, y después le palmeó el hocico.

-No tardaré mucho. Solamente deseo refutar la existencia de los sueños.

Sonrió ante su propia tontería. Sí, soy una estúpida, pero en realidad no me importa. Deseaba imponerse a esa casa miserable y a sus recuerdos desagradables. Sabía que Burke habría aprobado su actitud. Habría dicho que ella ejecutaba una depuración mental, que estaba desembarazándose del exceso de residuos que eran la materia prima de los malos recuerdos.

Las puertas del frente estaban bien cerradas. Pero era un inconveniente provisional. Pasó los dedos sobre el borde del alféizar, en una de las ventanas de la biblioteca. Por supuesto, había una llave. Estaba oxidada y sucia, y ella la limpió en su falda de montar.

La llave giró en la cerradura de la puerta principal después de algunas maniobras, y ella entró en el vestíbulo. Lo primero que advirtió fue que allí hacía frío. El lugar era húmedo y frío. Se estremeció, retrocedió un paso, y con un esfuerzo de voluntad se detuvo. Estaba allí, y allí continuaría hasta que demostrase que... ¿Demostrase qué? No estaba muy segura de lo que deseaba demostrar.

Sólo sabía que si se obligaba a recordar cómo eran las cosas en esa casa, si se imponía afrontar la situación, lograría exorcizar el pasado.

Se pasó las manos sobre los brazos. Antes no había sentido esa humedad, o ese frío que le penetraba los huesos. Arielle se acercó a la sala. Las puertas corredizas estaban cerradas, y ella las abrió. Todos los muebles estaban cubiertos con fundas blancas de

apariencia fantasmal. Miró el hogar, y vio de pie a Paisley, sonriéndole, esa sonrisa de superioridad que decía que lo único que importaba era su capricho. Por supuesto, el capricho de Paisley. Se estremeció. Comprendió que estaba de pie rígida como una piedra, presa del temor. Movió la cabeza. Allí no había nada que pudiese perjudicarla. Absolutamente nada. Paisley había muerto, estaba muerto desde hacía mucho tiempo, y con él su maldad había descendido a la tumba.

Se le paralizó el cuerpo. Oyó de nuevo el ruido. Un sonido arrastrado desde el piso alto. Pensó que eran ratones. Sí, se trataba de eso. No quiso subir por la escalera. Permaneció en la base, mirando hacia arriba, esforzándose para escuchar de nuevo el ruido. La casa estaba sumida en el silencio. Arielle apoyó el pie derecho en el primer peldaño.

Dios mío, tengo miedo.

-Basta, Arielle. -El sonido de su propia voz le devolvió la razón. Estaba en su vieja casa, completamente sola, y allí lo único importante que podía hacer era comprobar si los ratones habían invadido el piso alto. Se trataba solamente de eso.

Pero Rendel Hall nunca fue tu casa. Fue de Paisley. Únicamente de Paisley.

Echó hacia atrás la cabeza y gritó: -¡Y estás muerto, miserable y viejo canalla!

Ascendió deprisa los peldaños; subió casi a la carrera. Cuando llegó al descanso se volvió, y miró hacia abajo, hacia el vestíbulo principal. Era un lugar sombrío, melancólico y silencioso. Una casa vieja y estúpida, con una atmósfera tenebrosa porque nadie vivía allí.

Arielle se volvió para mirar el largo corredor. Al fondo, a la derecha, estaba su antiguo dormitorio, y al lado el dormitorio de Paisley. Se impuso caminar por ese corredor. No miró ni a derecha ni a izquierda, pero cada pocos pasos se detenía para escuchar.

Nada.

En silencio abrió la puerta de su dormitorio y entró. También aquí todos los muebles estaban cubiertos con lienzos blancos. La habitación tenía un aire extraño y un tanto temible. Si Burke la hubiese acompañado, no habría sentido el más mínimo temor. El pensamiento determinó que se enojase con ella misma. No era una tonta débil e impotente. No, era una mujer fuerte. Sólo en el sueño. Aquí no. Aquí todo es real, y lo real es peligroso.

-¡Basta! -El sonido de su voz, potente y un poco aguda, le arrancó una sonrisa.

-Aquí no hay nada de qué alarmarse. ¿No lo ves, miedosa? Se acercó deprisa a la puerta de comunicación y la abrió bruscamente, haciendo todo el ruido posible. Espió el interior del dormitorio de Paisley. Estaba colmado de sombras y formas extrañas y un frío rancio. Oyó de nuevo el extraño ruido, y se detuvo. -¡Idiota, son sólo los ratones!

Entró en la habitación. Alcanzó a oír los latidos de su corazón. ¡Dios santo, ese cuarto! Cuánto miedo, cuánta impotencia y cuánto sufrimiento había sentido allí. Pero la culpa no era de la habitación. La culpa era de Paisley. Sólo de él. Paisley era la expresión de la maldad. Arielle miró hacia el hogar y vio allí algo; no, allí había alguien, una persona vestida con prendas ligeras, con ropas abullonadas y vaporosas.

-¿Quién está allí? -La voz de Arielle era un hilo delgado. ¿Quién es usted? ¿Quién está allí?

La figura se movió.

Arielle no pudo evitarlo. Adelantó las manos para rechazar esa presencia. Gritó.

La figura saltó hacia ella y Arielle se volvió, deseosa únicamente de llegar a la puerta de comunicación y escapar. Sintió los dedos que se cerraban sobre el brazo y volvió a gritar, y se volvió para enfrentar a su atacante.

Antes de que pudiese siquiera mirarlo, sintió algo duro y rígido que le golpeaba el costado de la cabeza. Vio chispazos brillantes de luz blanca, y después nada.

Cayó silenciosamente al suelo, desmayada.

No habían encontrado a Aníbal ni a sus damas, pero aún se advertía que habían consumido mucho alcohol. Incluso George Cerlew, normalmente el más severo y reticente de los hombres, reía después de escuchar el relato de Joshua acerca de sus aventuras con Burke en Portugal. Ciertamente, Joshua exageraba espantosamente todo.

-Y lo que les digo es cierto -afirmó Joshua, paseando la mirada sobre su apreciativo público, antes de dar el golpe definitivo-. El chivo lo mordió. Lo mordió justo en el trasero, del lado izquierdo.

Burke continuaba riendo cuando entraban en el patio que se extendía frente al establo.

-¡No tuvimos suerte! -dijo a los ayudantes del establo-. Descansaremos un poco antes de intentarlo otra vez.

-No creo que debamos molestarnos -dijo Joshua-. A estas horas alguien atrapó a esos estúpidos, y ahora los destina a la olla. George lanzó otra carcajada.

-Una buena cepillada para Cenizas -dijo Burke a Harry, el nuevo ayudante del establo.

-¡Milord!

-¿Sí, Geordie? No encontramos a Aníbal, si eso querías saber. -No, se trata de la señora Arielle.

Burke se puso tenso. -¿Qué hay con ella?

-Todavía no regresó. También ella salió a buscar a Aníbal. Eso fue hace dos horas, y estoy preocupado.

-¿Salió sola?

-Sí, insistió en eso, dijo que no debíamos preocuparnos, y que no deseaba que la tratasen como si estuviese encarcelada. Dios mío, pensó Burke. No, no podía ser. En voz alta dijo con la voz más serena que pudo encontrar: -¿Dos horas? Bien, seguramente perdió la noción del tiempo. No nos preocuparemos hasta que... -Se interrumpió, y lanzó una

maldición.- Geordie, ensille a Khan. Cenizas está muy fatigado y no puede salir otra vez. Diez minutos más tarde Burke, George, Geordie y Joshua enfilaban hacia el este.

-¿Está seguro, Geordie? -preguntó de nuevo Burke. -Milord, ella se dirigió hacia el este -dijo Geordie con voz firme.

Era un olor horrible. Algo descompuesto, pegajoso, húmedo y descompuesto. Arielle sintió náuseas. Eso era tan cerca. Arielle abrió los ojos. Permaneció perfectamente inmóvil, tratando de recuperar los sentidos. Yacía sobre un suelo duro y frío. Tenía las manos atadas a la espalda, y también le habían asegurado los tobillos. Volvió lentamente la cabeza, consciente del dolor que partía de un lugar que estaba detrás de la oreja izquierda.

Contuvo un grito. Aníbal, el cuello limpiamente cortado, yacía a su lado, sobre una mesa. El largo cuello y la cabeza colgaban por un costado de la mesa. La sangre goteaba lenta, rítmicamente, y caía sobre el suelo, junto a la cabeza de Arielle.

Arielle gimió y trató de apartarse.

-Calla, mi niña. Ahora todo está bien. Dorcas está aquí. De nuevo estás a salvo.

Dorcas. Arielle no se movió. Sintió un miedo tan profundo, tan paralizador, que no pudo hablar. Dorcas estaba de rodillas, al lado, y sus dedos acariciaban los dedos de Arielle.

-Dorcas -murmuró Arielle-. Estás bien. Me sentía muy preocupada por ti.

-Lo sé, lo sé, niña. Estoy bien. Lo mismo que tú.

La anciana se inclinaba hacia adelante y hacia atrás. Arielle vio que parecía realmente una vieja bruja. Tenía los cabellos sucios y pegados a la cabeza. Su cuerpo olía, y las ropas estaban manchadas de comida y grasa. Y los ojos tenían una expresión extraviada. Estaba loca.

Arielle se dijo que tenía que razonar con ella; pero no abrigaba muchas esperanzas. ¿Razonar con una loca? Dorcas la había atado y arrastrado a la cocina. Había cuchillos de cocina por todas partes. Había degollado a Aníbal: Mataría a Arielle. Quizás en poco rato más, como había hecho con el ganso.

-Dorcas, ¿no quieres desatarme?

-Sí, te desataré, pero a él le temo. Puede volver a lastimarme.

La anciana se puso de pie, y miró furtivamente alrededor. -Veré si está aquí -dijo en un murmullo. Y salió de la cocina, arrastrando los pies.

Arielle pensó que esa anciana ya no era Dorcas. ¿Y quién era él?

-Por favor, regresa y desátame -murmuró Arielle, pero ahora sólo escuchó el silencio, el silencio y el goteo de la sangre.

Los brazos se le entumecían. Trató de liberar las muñecas. Durante cinco minutos forcejeó y se movió, pero fue inútil. ¡Piensa, Arielle!

Necesitaba cortar las cuerdas. Vio un cuchillo sobre un estante, por lo menos a un metro y medid sobre ella. Se agazapó, y después tomó impulso para arrodillarse. Con gestos lentos, tratando de mantener el equilibrio, consiguió incorporarse. Tenía los tobillos fuertemente atados; necesitaría brincar para llegar al estante. Consiguió dar dos pasos cortos, y cayó al suelo de costado, sin aliento. Yació allí un momento, tratando desesperadamente de contener el dolor en su cadera. De nuevo logró ponerse de pie. Esta vez saltó tres veces antes de caer de nuevo. Cinco caídas después, finalmente llegó al estante. Extendió las manos atadas para llegar al cuchillo.

No lograba atraparlo. Unos ocho centímetros. Eso era lo que la separaba del maldito cuchillo, y de la libertad.

Casi se le descoyuntan los brazos en el intento de llegar al condenado cuchillo. Era inútil. Buscó frenéticamente otro cuchillo. Había tres, cada uno más lejos que el otro. Respiraba agitada, y sentía una oleada de desesperanza que la dominaba. No estaba dispuesta a renunciar. Burke jamás habría renunciado.

Volvió los ojos hacia la mesa y vio a Aníbal. En ese momento pensó que debía dejar en libertad a todos los gansos y las gansas. Estaban encerrados, y no tenían posibilidades ni esperanzas, debían sentirse tan impotentes como ella. Era tonto, pero su promesa la reanimó un momento.

¿Había alguien en esa condenada cocina? Entonces, Arielle vio la suciedad, los restos de comida descompuestos sobre todas las superficies, las capas de polvo y suciedad y grasa. Dorcas seguramente había ido inmediatamente a ese lugar. Había vivido allí la última semana y media. Como un ser que no llegaba a ser humano. Como un animal. Arielle sintió que se le ponía la piel de gallina. Y entonces vio el cuchillito sostenido entre una olla y una sartén, sobre la mesa más lejana. Utilizó el borde de la mesa para mantener el equilibrio mientras avanzaba hacia el cuchillo con temible lentitud. Jadeaba cuando al fin el cuchillito quedó en su mano. Lo aferró fácilmente. Ahora el corazón le latía con fuerza, con una mezcla de miedo, excitación y esperanza.

Era difícil mover el cuchillo para que la punta afilada cortase las cuerdas. En el intento Arielle se lastimó dos veces. Finalmente, consiguió establecer cierto ritmo. Adelante y atrás. Adelante y atrás. Sintió dolores que le recorrían las muñecas, pero insistió. Las cuerdas comenzaron a aflojarse.

Entonces oyó ruidos de pasos. No se arrastraban ni eran torpes. Eran pasos firmes y rápidos. Los pasos de un hombre.

Oyó una voz que venía de un lugar fuera de la cocina. Una voz de hombre. Miró hacia la puerta de la cocina, incapaz de desviar los ojos.

Capítulo 22

-Caramba, caramba. Y yo que creía que la anciana estaba inventando. Hola, querida muchacha.

A decir verdad, Arielle no se sorprendió.

-Etienne -dijo, moviendo apenas los labios resecos. Sintió que las cuerdas comenzaban a ceder. Mantuvo las manos perfectamente inmóviles, y también el cuerpo, temerosa de que él sospechase, de que viese algo en su cara.

-¿Qué estás haciendo, si puedo preguntarlo? -Nada. No podía permanecer allí, oliendo la sangre. -Entiendo -dijo Etienne.

-Y tú, ¿qué haces aquí?

Él sonrió. Comprendió que ella tenía miedo. Y el miedo le sentaba bien. Etienne había pensado, planeado y conspirado, hasta que tanto él como Evan se habían emborrachado más veces que lo que él atinaba a recordar. ¿Cómo atraparla? ¿Cómo arrancarla de esa fortaleza armada que era Ravensworth? ¡Y allí estaba, atada de pies y manos, esperándolo en la cocina de Rendel Hall! Se echó a reír, incapaz de contenerse. Entró en la habitación y se apoyó en la mesa de la cocina, los brazos cruzados sobre el pecho.

-Llevo varios días aquí. Realizo lo que podrías denominar un inventario. Después de todo, mi padre era el dueño de Rendel Hall y de todos sus muebles y adornos, lo mismo que su padre antes que él. Me llevaré lo que me agrade. Es lo justo y equitativo. Con respecto a tu medio hermano, bien... creo que el viejo Evan ha renunciado a atraparte. Nunca lo vi tan enfurecido como cuando regresó a Leslie Farm, con la nariz hinchada y lastimada. Tu marido le pegó un buen golpe,

-Yo castigué a Evan en la nariz. Etienne pareció sobresaltado.

-¿Tú? -Se echó a reír.- Por todos los santos, eso es maravilloso. Bien, me alegro de que estés conmigo y no con tu hermano.

El no es un caballero. No, Arielle, él no es un caballero.

-¿Obligaste a la pobre Dorcas a venir aquí?

-¿Yo? En absoluto. Cuando vine descubrí que estaba viviendo en esta casa. No me opuse a compartirla con ella, porque me suministró ideas y renovó mi esperanza. Suponía que tú vendrías a buscarla. Oí decir, lo mismo que todos, que tu precioso marido está buscándola con sus hombres desde hace una semana y media. De modo que le permití quedarse aquí. No en el primer piso; esa mujer es demasiado sucia para tenerla tan cerca, sino en la cocina. Ella está bien aquí. -Etienne miró el ganso muerto.- Imagino que ahí está nuestra cena -agregó-. Hubiera debido decirle que lo sacrificara afuera. El olor es ofensivo.

-Etienne, mi marido pronto vendrá aquí. Tú debes liberarme, y tendrás que permitir que me lleve a Dorcas. Está enferma.

Necesita cuidado.

Arielle tiró de nuevo de las cuerdas. Se habían deslizado, y ahora estaban incluso más flojas. La joven casi se había liberado.

-¿Qué significa esto? ¿Quieres que compadezca a esa vieja loca? ¿Después que intentó matarte y casi envía al otro mundo a tu querido esposo? Arielle, me parece que ese exceso de bondad es nauseabundo, si quieres saber la verdad. No, querida. No permitiré

que salgas de aquí. Serás mi invitada. Sí, me agrada el sonido de la palabra. Mi invitada. Por supuesto, a su debido tiempo aceptaré el pago de rescate por tu persona. Tu marido es un hombre rico. Pagará mucho por ti... por lo menos, creo que es lo que le conviene hacer.

-¡No! ¿Me oyes, Etienne? ¡No hagas eso!

-Arielle, te excitas. ¿Tal vez él ya se cansó de ti? ¿Todavía goza con tus habilidades de prostituta? No me agradó saber que él estuvo gozando de ti, llevándote a donde se le antojó, obligándote a atenderlo de acuerdo con sus caprichos. No, me he enfurecido siempre que te imaginé arrodillada frente a él.

Arielle gimió, y después se mordió con fuerza el labio inferior, abrumada porque permitía que él la aterrorizara con sus palabras. Porque se trataba sólo de eso: eran meras palabras. -Querida muchacha, ¿te agradaría saber lo que haremos antes de que pida rescate a tu marido? ¿No sientes curiosidad? Bien, te lo diré, para que puedas acostumbrarte a la idea. Al fin te convertirás en mi amante. Me acariciarás y besarás como hiciste antes.

La voz le temblaba levemente antes de terminar su discurso. Arielle lo miró fijamente. En el fondo de su corazón sabía que Etienne no estaba dispuesto a renunciar tan fácilmente. ¡Pero eso era insensato! Dijo ahora: -¡No te comprendo! En mi vida jamás te hice daño. Tu padre me obligó a hacerte eso. Yo lo odié. ¿Por qué tienes que ser tan cruel? ¿Por qué quieres herirme? Lo repito, Etienne: ¿Por qué haces esto?

Él adoptó una actitud reflexiva, y los ojos azul grisáceos se entrecerraron en esa cara pálida.

-Te lo dije una vez, pero veo que no me escuchaste. Mi padre te entregó a mí. Yo te tomaré y plantaré mi semilla en tu vientre. Engendrarás a mi hijo. Por desgracia, él no será el amo de Rendel Hall, pero será el futuro conde, un hombre adinerado y poderoso. Y tú habrás sido mía, exactamente como lo planeó mi padre. Cuando tu marido pague por tu devolución, saldré de Inglaterra. Creo que me agradará vivir en Nápoles. Sí, allí hace calor, y las mujeres son tan sensuales como la fruta madura, o por lo menos eso me dijo Evan. Declara que ha recorrido Italia de un extremo al otro, aunque no sé si creerle. Las mujeres no muestran simpatía por tu hermano. Su personalidad no es precisamente muy amistosa.

-Etienne, tienes que dejarme en libertad. Burke te matará si no lo haces.

-¿Burke? Ah, sí, Burke Drummond. Dime, Arielle, ¿él aprecia la exquisita educación que mi padre te impartió?

-¡Basta! ¡Maldito sea, déjame ir!

El se enderezó, y Arielle presionó contra la mesa. El se acercaba con expresión decidida, y en un esfuerzo febril ella tiró de las cuerdas con la máxima intensidad. Sintió que se partían. Estaba libre.

Cuando Etienne extendió la mano hacia ella, Arielle avanzó la derecha, empuñando el cuchillo. Ella le tiró una puñalada, pero él la esquivó, inclinándose a un costado. El cuchillo le rasgó la camisa, y rozó el brazo. Etienne amagó hacia la derecha, avanzó sobre Arielle y la lanzó contra la mesa. Le aferró la muñeca y la retorció hasta que ella soltó el cuchillo. Etienne le dio un puntapié y lo envió lejos.

-¡Perra! -La abofeteó. Los tobillos de Arielle aún estaban fuertemente atados, y el golpe la derribó. Etienne cayó sobre ella, encerrándola entre sus piernas, y la abofeteó de nuevo.- De modo que querías apuñalarme, ¿verdad?

Ella no emitió un solo sonido. Etienne la había dejado sin aliento. El dolor le recorrió la espalda y el hombro a causa del golpe contra el suelo de piedra. Le ardía la mejilla a causa de las bofetadas. Etienne alzó la mano, miró la cara de Arielle, y después descendió lentamente el brazo.

-No -dijo Etienne, más para sí mismo que para Arielle-. No, todavía no. -Se puso de pie, obligando a Arielle a incorporarse, y sosteniéndola.- ¡Dorcas! -grito-. ¡Ven aquí, vieja bruja!

Arielle oyó los pasos arrastrados. Dorcas había estado de pie frente a la puerta de la cocina, escuchando cómo él insultaba a Arielle. Cuando entró, miró a Arielle y lentamente movió la cabeza.-Está bien, señora Arielle. Me ocuparé de usted, como

siempre hice. Ahora nada debe temer.

Su voz era un canturreo, blando y neutro.

-Cállese -ordenó bruscamente Etienne-. Quiero que traiga agua caliente. Su ama necesita un baño. Deseo que ella se bañe arriba, en el dormitorio del amo. ¿Me comprende?

-Sí, comprendo.

-¡Dorcas, un momento! ¡No!

Etienne comenzó a apretarle las costillas, hasta que el dolor la agobió. Pero ella podía controlar el dolor. Había visto cómo lo hacía Burke. También ella podía. Necesitaba concentrarse y respirar hondo. Tenía que orientar todos sus esfuerzos hacia ese objetivo.

-¡Maldito sea, no intentes escapar de nuevo! -Etienne la abofeteó de nuevo.- Quiero que veas todo lo que te hago. Lograré

que sientas, Arielle, que sientas realmente. No será como fue con mi padre. No te me escaparás. Yo no lo permitiré.

La atrajo hacia él, le aferró el mentón entre los dedos y la besó una sola vez, con fuerza. Se la echó al hombro, y cuando ella quiso resistirse, le palmeó con fuerza las nalgas.

Etienne se detuvo bruscamente al pie de la escalera. Arielle lo oyó maldecir.

-Acabo de recordarlo... ¡el maldito caballo! Bien, muchacha, tendrás un breve descanso. Debo ocuparme de tu yegua. Si alguien se acerca, no quiero que la vea. -Etienne depositó a Arielle sobre el primer peldaño, se desprendió de su cinturón de cuero y ató a Arielle a la baranda.

-Espérame un momento -dijo, y le palmeó la mejilla y salió de la casa.

Arielle inclinó la frente sobre las muñecas atadas. ¿Qué podía hacer? Un tirón al cinto le demostró que liberarse era imposible. Sintió las lágrimas que le ardían en los ojos. No, eso no resolvería nada. Oyó a Dorcas descender la escalera, y trató de elevar la mirada.

-Está bien, señora Arielle -Sintió los dedos de la anciana que le acariciaban los cabellos en desorden. Me ocuparé de usted, como hice siempre. Quisiera saber qué hice con la crema. Tengo que encontrarla. -No quiero que a usted se le formen cicatrices. Oh, no.

Pasó al lado de Arielle, atravesó el vestíbulo y se dirigió a la cocina.

Arielle trató de ignorar las palabras de Dorcas. Quiso concentrar la atención en Burke. Sin duda él sabría que había desaparecido, y recorrería el campo buscándola. No renunciaría a sus esfuerzos por hallarla. ¿Geordie recordaría que ella había llevado a Mindie hacia el este?

¿Y cuando al fin te encuentre? ¿Y si fuiste violada por Etienne? ¿Usada por Etienne? ¿Él continuará amándote? ¿Qué dirá si se entera de que estás embarazada con el hijo de otro hombre? ¿Te odiará?

Sintió un sonido ronco que brotaba de su propia garganta. -Todo en orden, mi querida muchacha. -No miró a Etienne, que entró por la puerta principal y la cerró con fuerte golpe.

Etienne se frotó las manos. Se sentía bien, realmente bien.

Al fin las cosas se desarrollaban como él lo había planeado. Se acercó a Arielle y le palmeó suavemente la mejilla. Ella se apartó, hasta donde se lo permitieron las ligaduras.

-Arielle, no soy un hombre tan desagradable. Tienes que reconocerlo. A diferencia de mi padre, no soy obeso y no tengo la dentadura en mal estado. Las mujeres me han dicho que soy un buen amante. Quizá no puedo compararme con tu eficacia como prostituta, pero no te fallaré. Vamos, no me trates así.

-Suéltame.

-Ya veremos cuánto dura tu obstinación. -Mientras hablaba, desató el cinturón de la baranda y dejó libres las muñecas de Arielle. Ella se inclinó hacia las ligaduras que le sujetaban los tobillos.

-0h, no, querida, todavía no. -La obligó a ponerse de pie, y de nuevo la cargó al hombro.- Eres liviana, Arielle. Pronto veré si eres demasiado delgada. Te recuerdo muy bien aquella noche, en que tu cuerpo relucía bajo la luz de las velas. Eras muy esbelta, pero no delgada. Y recuerdo que tus pechos me parecieron muy abundantes por tratarse de una joven tan apuesta. Y Arielle, esas largas piernas... Muchas noches soñé que sentía tus muslos cerrándose sobre mi cuerpo.

Ella no pudo soportarlo. Reaccionó, y descargó los puños sobre la cabeza de Etienne. Él la miró muy atentamente.

-Repite eso, y lo lamentarás. ¿Me comprendes, Arielle? -La sacudió, y ella sintió que le crujían los huesos.

Arielle le entendía y le creía. Permaneció inmóvil en el mismo lugar. Esta vez él no la cargó al hombro. La obligó a dar pasos cortos avanzando al mismo tiempo que él por el largo corredor que llevaba al dormitorio principal.

-Bien, ahora puedes concentrarte en evitar una caída, en lugar de irritarte por lo que digo. Bien, ¿dónde estaba? Querida muchacha, te repetiré que no soy un bruto como mi padre. No hablaremos de castigo. -Se detuvo un momento, y después agregó con voz que parecía casi soñadora: - Por supuesto, a menos que tú me obligues.

-De nuevo Arielle sintió esa extraña resonancia que provenía de lo más hondo de su propio ser.

-Ah, aquí estamos. Ojalá que esa vieja bruja te haya preparado el baño. Querida, hueles lo mismo que tu caballo. Incluso se te ha pegado parte del hedor de ese condenado ganso.

Etienne la obligó a entrar en el dormitorio principal. Habían arrancado de las ventanas todas las cortinas. La luz intensa del sol estival inundaba la habitación. Había una bañera de cobre al costado del hogar. A diferencia de las restantes habitaciones, en esta no había fundas blancas; pero era visible el polvo sobre el suelo de madera y el olor rancio.

-Creo que volveré a atarte las muñecas. Te prometo que no te lastimaré. ¿Recuerdas ese gancho que está allí? Mi padre me dijo que te ataba de ese gancho con una cuerda larga y te miraba. Según me dijo, a veces durante varias horas. Y tú estabas allí, desnuda, para él y sólo para él.

-No, por favor, Etienne. ¡No!

-Al fin me hablas. Bien, preferiría escuchar otras palabras de tan hermosa boca. Arielle, haré lo que se me antoje. Acéptalo. Etienne encontró una cuerda larga y delgada en el armario.

Ató las muñecas de Arielle, y después se encaramó en una silla y pasó el extremo de la cuerda por el gancho empotrado en el techo. Lo ajustó hasta que ella pudo mantenerse cómodamente de pie, con los brazos sobre la cabeza.

-Ahora -dijo Etienne. Se inclinó y desató los tobillos de Arielle. Arielle sintió un dolor que la entumecía, pues Dorcas la había atado muy fuertemente.

Etienne le frotó los tobillos hasta que el restablecimiento de la circulación le provocó una sensación demasiado intensa. Pero no emitió el más mínimo sonido.

Etienne se mantuvo en cuclillas un momento; y sin reflexionar, sin tener en cuentas las consecuencias, Arielle le envió un puntapié, que lo alcanzó en la ingle.

Él la miró fijamente un instante, con una expresión incrédula en los ojos. Después, lanzó un alarido de dolor y cayó hacia atrás. Se inclinó sobre sí mismo, sosteniéndose el vientre.

Arielle lo miró fijamente. Estúpida, mil veces estúpida. No podía hacer nada, y pese a todo había lastimado a ese hombre. Cerró los ojos y esperó.

No tuvo mucho que esperar. Etienne recuperó el control de sí mismo. La náusea intensa se atenuó. Consiguió incorporarse, y finalmente se enderezó del todo. La miró. Supo que ella había advertido que su gesto era estúpido. Le dirigió una sonrisa.

Se acercó y con los nudillos le frotó suavemente la mejilla pálida.

-Pobre muchacha, qué estúpida eres. Envíame otro puntapié y lo lamentarás más de lo que puedes imaginar. Ahora mismo estoy pensando si debo vengarme del sufrimiento que me provocaste. Intenta golpearme otra vez, y te aseguro que tú serás la que aúlle de dolor. ¿Me comprendes?

Los ojos de Arielle estaban completamente cerrados. La joven no hizo ningún movimiento.

-¿Me comprendes? -Le aferró el mentón con la mano y le sacudió la cabeza hasta que ella abrió los ojos.- ¿Y bien?

-Sí -murmuró Arielle-. Comprendo.

-Bien. -Ahora, la besó. Ella contuvo una exclamación, intentando apartarse de él, pero fue inútil. La besó hasta que se hartó. Intentó meterle la lengua en la boca, pero ella mantuvo los labios muy apretados. Etienne retrocedió. Parecía sumido en una profunda meditación.- Ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos la última vez. No sé qué parte de ti deseo ver primero. ¿Tienes alguna sugerencia, mi querida muchacha?

Ella apartó la cara y no dijo nada. -Bien, en ese caso comenzaré por abajo.

Se arrodilló frente a ella y le quitó las botas de montar, y las arrojó por encima del hombro.

-Creo que ahora es el turno de tu falda. -Arielle sintió que los dedos de Etienne le abrían la chaqueta de montar, buscando el cierre de la falda. Consiguió abrirlo fácilmente. Empujó hacia abajo la falda, y retiró primero un pie y después el otro, y al fin la prenda quedó en el suelo. -Encantador -dijo. Desató el cordel de la enagua, y ella sintió el aire frío que le acariciaba los muslos-. Ahora las medias -dijo Etienne. Bajó cada media, y al hacerlo acarició suavemente las piernas de Arielle. Pronto ella estuvo frente a Etienne vestida únicamente con una enagua corta, la blusa y la chaqueta de montar.

-Serías un cuadro realmente exquisito. En efecto, puedes creerme.

-Encontré la crema, señorita Arielle.

Tanto Etienne como Arielle miraron a Dorcas. La mujer entró en la habitación con su paso lento y arrastrado, sosteniendo una jarra en la mano derecha.

-¿Qué quieres, vieja bruja?

-La crema -dijo Dorcas, con el tono exageradamente paciente que usaba a veces con Arielle cuando era pequeña-. No quiero que la señorita Arielle tenga cicatrices. Usted la ató. Y ella siempre detestó eso. Lloraba. Siempre. Ahora no llora, y yo no la entiendo.

-¡Fuera, vieja cretina!

Dorcas pareció confundida.

-Está bien. Señora Arielle, la esperaré

Tengo la crema. La cuidaré, como hice siempre.

Arielle gimió.

-¡Dios mío, esta vieja está completamente loca!

Etienne acompañó a Dorcas hasta la puerta de comunicación, y Arielle oyó que él ordenaba a la anciana que trajese los cubos de agua caliente. Vio cómo Dorcas, con la cabeza inclinada, arrastraba los cubos de agua hasta la bañera de cobre, y vertía el líquido. Varias veces, hasta que la bañera quedó repleta. Entonces, Etienne la acompañó hasta la puerta y cerró esta después de que Dorcas saliera.

-Ahora -dijo, sonriendo a Arielle-, me temo que tendré que, sacrificar tu blusa y la chaqueta. No te harán tanta falta. Mi padre me dijo que estabas completamente acostumbrada a presentarte en su dormitorio ante él tan desnuda como el día en que naciste. Seguramente eras un hermoso espectáculo... desnuda, cuando él no te usaba; de ese modo, podía gozar mirándote. ¿No recuerdas esos tiempos, Arielle?

-Etienne, tu padre estaba loco. Terriblemente loco, y además era perverso y maligno. Me dijiste que no eras como él. ¡Pero escucha tus propias palabras! Por favor, acaba con esto. Debes permitir que me vaya.

-No creas que te trataré como él lo hacía. ¿Cuántas veces debo repetirlo? Por favor, no hables más de eso. Comienzas a molestarme.

Etienne se acercó al escritorio de Paisley y abrió el primer cajón. Retiró un cortapapeles. El mango era de carey muy blanco, y la hoja tenía a lo sumo siete u ocho centímetros de longitud.

Arielle tembló al ver ese cuchillo. No pudo evitarlo. Pero Etienne se limitó a cortar las mangas de la chaqueta desde la muñeca hasta el hombro. Después, cortó las costuras del hombro y retiró la chaqueta. Ejecutó la misma operación con la blusa. Finalmente, ella quedó protegida sólo por una fina camisa de batista. Él la miró un momento, y sus ojos la devoraron desde la cara hasta los dedos de los pies. Con las yemas de los dedos acarició un pezón, palpándolo a través de la camisa.

Ella contuvo la respiración y trató de retroceder.

-Está bien, Arielle. Ya hemos perdido mucho tiempo. Déjame verte ahora. -Y el cuchillo cortó las tiras de encaje. Etienne retiró lentamente la camisa, deteniéndose un momento en la cintura, y después tirando con fuerza, hasta que la prenda formó un suave montón blanco a los pies de Arielle. Etienne retrocedió un paso, y con los dedos se frotó el mentón.

-Maravilloso -dijo.

Humillación. Humillación pura y sin mezcla. Había pasado mucho tiempo, pero las sensaciones cayeron sobre ella como una avalancha. Allí estaba de nuevo, con Paisley, sintiendo los ojos de ese hombre clavados en ella, y sintiendo su mano que le palmeaba la nalga, mientras pasaba frente a ella, quizá con la intención de ir a buscar un cigarrito.

-Lo siento, pero no quiero que te veas obligada a tomar un baño de agua fría. Arielle, ahora te desataré. Si me traes dificultades, me veré obligado a usar el látigo.

Etienne desató las muñecas de Arielle y la empujó hacia la bañera de cobre.

-Siéntate, y quítate ese olor a caballo.

Le puso sobre las rodillas una esponja y una barra de jabón con olor a lavanda. Se acercó a la silla que estaba junto al hogar, la movió de manera que mirase hacia Arielle, y se sentó, cruzando las piernas a la altura de los tobillos.

-Un espectáculo muy agradable -comentó.

Arielle estaba acurrucada en la bañera, sujetando las rodillas con los brazos, inmóviles.

-Báñate, porque de lo contrario lo haré yo.

Arielle hizo un esfuerzo y enjabonó la esponja. Con movimientos lentos, la cabeza apartada para mirar hacia otro lado, comenzó a pasarse la esponja sobre el cuerpo.

-Muy bien -oyó la voz de Etienne-. No te molestes con los cabellos. Si te queda allí un poco de olor a caballo, sencillamente usaré un poco del perfume que encontré en el escritorio de mi padre. Pensé que podía ser tuyo, Arielle. Perfume de lavanda, exactamente como el jabón.

Arielle comprendió que él había cambiado. Se veía que tenía más confianza en sí mismo, que se sentía más seguro que antes. Aunque pareciera extraño, se asemejaba más a su padre. Su acento francés casi había desaparecido. Arielle se estremeció, cuando oyó que él decía: -Arielle, ¿el agua ya está fría? ¿Deseas que ahora te ayude a salir?

Ella movió la cabeza. No deseaba mirar a Etienne ni hablar con él. Quería ignorarlo, porque creía que de ese modo quizás él desapareciera. Se dijo que era una muchacha tonta. Se pasó sobre el estómago la esponja enjabonada.

-Más abajo, Arielle.

Ella tragó saliva y le obedeció. ¿Qué podía pasar? ¡Tenía que pensar en algo! Ser una víctima pasiva... no, no podía, no volvería a caer en esa actitud. Pero, ¿si ella era la más fuerte? ¿Si ella lograba controlarlo?

Con movimientos lentos, Arielle se puso de pie en la bañera.

Estrujó la esponja, y dejó que el agua se deslizara sobre sus pechos.

-Dame una toalla -dijo, y su voz era tan fría como el agua.

Etienne arqueó el entrecejo. Se puso de pie, tomó una gruesa toalla del respaldo de una silla y la entregó a Arielle. Le miró los pechos, y las gotas de agua, y los pezones suaves.

-¡Apártate de mí, estúpido!

Él pegó un respingo, incapaz de creer en el testimonio de sus oídos.

-¿Qué demonios dijiste?

-Etienne, me oíste. Vete, sé bueno. Quiero secarme.

Confundido, Etienne retrocedió hasta su silla y se sentó. Vio cómo ella se secaba minuciosamente, como si no tuviese la más mínima preocupación en el mundo, como si él no estuviese allí mirándola, esperándola para atarle de nuevo las muñecas con la cuerda.

-Qué tonto eres -dijo Arielle, mientras se envolvía con la toalla y la aseguraba sobre sus pechos-. Por lo menos tu padre no era así. Era cruel, y obeso, y malvado, pero no era tonto. En cambio, tú eres un niñito tonto.

El se puso bruscamente de pie, con la cara enrojecida. -¡Cómo te atreves a hablarme de ese modo!

Ella esbozó un encogimiento de hombros, con una evidente expresión de hastío en su cara.

-Bien, ¿no es así? ¿Tratas de robar la esposa de otro hombre? ¿Intentas mantener relaciones sexuales con la esposa de tu padre muerto? ¿No puedes encontrarte una mujer? ¿Tienes que arreglarte con las mujeres de otros hombres? Reconócelo, no eres muy eficaz. Sin duda, Inglaterra no es un lugar conveniente para ti. Aquí pareces incluso más... tonto.

Ahora él se acercaba, con la cara manchada por la cólera. -¡No te atrevas a tocarme, miserable bastardo francés!

El se detuvo ante el desprecio absoluto que se manifestaba en la voz de Arielle. En lugar de tocarla, la miró fijamente. Ella trató de sostener la mirada del otro.

-Sí -dijo al fin, la voz cargada de desprecio-, Etienne, eres un caso lamentable. Vuelve a Francia. Encuentra una mujer. O mejor todavía, búscate una joven. Después de todo, no eres un hombre.

Etienne tembló. Evan lo había calificado de loco cierta vez, porque él insistía en que Arielle le pertenecía. La miró fijamente, y percibió el intento que ella hacía para despreciarlo, y sintió que algo se encogía en su interior. Recordó claramente la cara de esa prostituta en Calais, poco antes de viajar a Inglaterra. Se había reído de Etienne, de su abortado intento de penetrarla.

Deseaba huir y no detenerse jamás. Se apartó bruscamente de Arielle, agobiado por la desesperación y el desprecio de sí mismo.

De pronto, Dorcas apareció entrando por la puerta de comunicación.

-Señora Arielle, ¿todavía me necesita? Pobre muchacha, ¿no tiene demasiado frío con esa toalla húmeda alrededor del cuerpo? ¿Ese hombre terrible la obliga a permanecer de pie en este lugar? Sé que es malvado, pero yo tengo la crema.

Arielle sintió deseos de gritar. Vio la cara de Etienne, su cuerpo, mientras Dorcas hablaba. Había recuperado el control. Incluso sonrió. Se parecía a su padre.

-Está bien, Dorcas -dijo-. Estoy obligando a tu pobre niña a permanecer aquí de pie porque eso me agrada. Pronto ella hará también otras cosas. Te llamará cuando te necesite. Ahora, sal de aquí.

-No, Dorcas -se apresuró a decir Arielle-. Quédate aquí. -Pero la anciana ya se había vuelto al oír la orden de un hombre. -Bien -dijo Etienne cuando al fin la puerta de comunicación quedó cerrada-. Ahora, mi querida muchacha, ¿qué haré primero?

Capitulo 23

La bravata de Arielle vaciló, y después se derrumbó. Vio el resplandor en los ojos de Etienne, y también que él de nuevo tenía conciencia de su poder sobre ella; comprendió que él deseaba que llegara el momento de ejercer ese poder, y de ejercerlo del modo más degradante posible. Quería la obediencia de Arielle, el sometimiento total. Si no lo conseguía, la lastimaría. Como hacía su padre.

Ahora ella sabía que Etienne era perfectamente capaz de vengarse. Y él consideraba que el intento de Arielle de arrebatarle el poder era la excusa perfecta para abusar de la joven. Dios Santo, casi había tenido éxito. Casi había conseguido intimidarlo. De no haber sido por Dorcas, que había aparecido para decirle exactamente que él era el amo.

Dios mío.

Permaneció de pie en silencio, esperando.

Etienne dijo con voz serena y amable: -Me pregunto qué me aportará más placer. ¿Sentarme en una silla como solía hacer mi padre, y mirarte colgando desnuda de esa cuerda? ¿Qué haré primero?

Etienne sonrió. Se acercó a ella, le arrancó la toalla, y cuando Arielle comenzó a debatirse, le asestó un fuerte golpe. La cabeza de Arielle cayó hacia atrás, y sintió un intenso dolor en el mentón. Adivinó que él la sacudía, y después la alzaba y la trasladaba. La apoyó sobre los pies y de nuevo le ató las muñecas con la cuerda. Arielle sintió que él le elevaba los brazos sobre la cabeza. Cuando de nuevo estuvo maniatada, Etienne retrocedió.

-Magnífico -dijo. Vio la expresión confundida en los ojos de Arielle, y frunció el entrecejo-. Sí, espero no haberte lastimado la cara, querida. Sería una lástima. De todos modos, tienes

que comprender que no puedes lastimar a tu amo, que no puedes desafiarlo sin recibir un castigo rápido y adecuado.

Arielle no contestó. Todavía veía mal, y tenía la mente enturbiada. Le dolía la cabeza y su boca estaba seca.

De pronto sintió la mano de Etienne sobre su vientre, apretándola, masajeando la carne. Se estremeció, y él sonrió. -Como seda -dijo Etienne-. Y esto. -Cerró los ojos mientras sus dedos descendían. Encontró lo que buscaba y comenzó a acariciarla.

Se detuvo bruscamente, y retiró la mano al mismo tiempo que abría los ojos.

-No, no debo echarte a perder. Mis dedos te dan mucho placer, ¿verdad?

-No -dijo ella muy claramente-. Me provocan deseos de vomitar. Eres sucio, Etienne. Eres...

-¡Cállate! -gritó Etienne, alzando la mano pero sin golpearla-. ¡Cállate o te castigo!

Él jadeaba fuertemente. Dios, no deseaba lastimarla así. Pero ella lo empujaba, lo obligaba a comportarse como su padre. Se apartó de ella, trajo una silla y se extendió. Ahora estaba frente a Arielle con las piernas extendidas hacia adelante. Arielle lo vio flexionar los dedos y estirarlos rítmicamente.

-Eres encantadora. Ahora comprendo por qué mi padre trataba de contemplarte largas horas. Desnuda, vulnerable, tan bella e indefensa. No te daré más placer con mis dedos. Y no, no me digas que el contacto conmigo te parece repulsivo. No te creeré. Te dije que conozco a las mujeres y que soy buen amante. Sé lo que hace que vengas a rogarme.

Arielle se maravilló ante la evidente convicción de Etienne en relación con su capacidad masculina. Un momento antes lo había visto tan inseguro, tan desconcertado, tan vacilante en su condición de hombre. Arielle deseaba echarse a reír, pero tenía demasiado miedo. No pronunció palabra, no hizo ningún movimiento. Que Etienne hablase, que él continuase pavoneándose hasta morir. Ya llegaría Burke.

-No tienes nada que decir, ¿eh? Bien, Arielle, el silencio es reconfortante. Ahora eres demasiado independiente como mujer, demasiado astuta, demasiado exigente. Antes me agradabas mucho más. Sabías lo que eras, lo que debías ser, lo que se te exigía. No, esta nueva personalidad no me agrada, pero creo que puedo ayudarte a retornar al pasado. Querida, volverás a ser como fuiste.

En efecto, ella había cambiado. Burke la había ayudado a convertirse en una persona distinta. No debía olvidarlo, no importaba lo que sucediese. No importaba lo que Etienne la obligase a hacer.

-El deber fundamental de la mujer es complacer al hombre. Arielle, creo que deseo que ahora me complazcas. Quiero que me recibas en tu boca y me acaricies y me beses.

Ella lo miró. Si él deseaba exigirle eso, tendría que liberarla. Tendría libres las manos y los pies. Se le ofrecería una oportunidad. -¿Piensas atacarme? Por supuesto, podrías lograrlo. Pero más vale que entiendas que si intentas algo contra mí, lo lamentarás más que lo que puedes imaginar. Si tratas de herirme, Arielle, te castigaré con un látigo de montar. Un látigo de montar deja feos cardenales. Estoy seguro de que lo recuerdas. Y el dolor es muy intenso. Sabes, recuerdo tus gritos. Y bien, ¿qué me dices?

-Etienne, no te lastimaré, por la sencilla razón de que me niego a tocarte.

Arielle comprendió que él no había considerado ni siquiera la posibilidad de que ella se negase. La miró, enfurecido. Después, pareció desconcertado un momento. No sabía qué hacer. Arielle esperó, sin mover un solo músculo.

-Lo harás -dijo Etienne, con voz petulante. -No, no te tocaré. Quiero que me sueltes.

El se incorporó bruscamente. Arielle necesitó todo su valor para mantenerse firme.

Etienne se acercó, le aferró la cabellera, y tiró hacia atrás. Ella cerró los ojos para no mirar el dolor.

-¡Mírame, maldito sea!

Arielle abrió los ojos. Se le habían llenado de lágrimas a causa del dolor en el cuero cabelludo.

-¡Harás lo que te diga, o usaré ahora mismo el látigo de montar!

-Etienne, eres un cobarde. Me golpearás sólo porque estoy atada e impotente. Sólo un cobarde haría eso. No es lo que haría un hombre, un hombre honrado.

Arielle pensó que él volvería a golpearla, pero Etienne se limitó a tirarle nuevamente de los cabellos, y después se apartó. Ella creyó durante un momento que había vencido. Pero fue sólo un momento. Etienne se acercó al armario que estaba al fondo del dormitorio. Pronto regresó, y en la mano sostenía un látigo de montar.

-¡Maldición! Esto es increíble. ¿Dónde está? ¿Dónde pudo haber llevado a Mindle?

-Como ya le dije, milord, la vi enfilar hacia el este -contestó Geordie.

Burke movió la cabeza. Se sentía frustrado y temeroso. Sabía que algo le había sucedido. Lo sentía en las entrañas. No contempló la posibilidad de desconfiar de sus intuiciones; en el ejército siempre le habían servido. El y sus hombres habían estado buscando desde hacía casi una hora. Y ni rastros de Arielle.

No sabía a qué atenerse. Si el caballo la había desmontado, era posible que ella yaciera entre los arbustos, inconsciente. O algo peor.

Maldijo por lo bajo mientras Joshua, a la izquierda de Burke, volvía a repetir el nombre de Arielle.

De pronto, Burke pensó en Evan Goddis. Detuvo bruscamente a Cenizas.

-Vamos a Leslie Farm -gritó, y obligó a virar a su corcel, y lo lanzó al galope en dirección contraria.

No mucho después Turp, el mayordomo de Leslie Farm, miraba despectivamente a Burke, y trataba desesperadamente de recordar quién era ese caballero con las ropas cubiertas de polvo.

-Su antigua ama, Arielle Leslie, ¿está aquí? ¡Conteste, hombre!

-No, oí decir que se casó con el conde de Ravensworth, al norte, en la casa grande. Hace mucho que no viene, apareció una sola vez después de la muerte del vizconde, y no permaneció aquí mucho tiempo.

-Soy el conde de Ravensworth, y...

-¿Y perdió a su esposa, milord? Un descuido de su parte. ¿O quizá mi media hermanita se cansó de usted y buscó nuevas... diversiones?

Evan Goddis estaba de pie en la puerta de la casa, con la postura negligente y la expresión regocijada.

-Bien, ¿acaso habría venido aquí por otros motivos? Burke apenas podía contener su rabia y su ansiedad. -Sí, mi esposa desapareció. ¿Usted no la vio, Goddis? -¿Yo, milord? ¿Qué puedo tener que ver con esa pequeña?... bien, no, ciertamente no la he visto. Burke llamó a Geordie y a Joshua. -¡Revisen la casa, deprisa!

-¡Milord! -exclamó Turp cuando Joshua sin mucha ceremonia lo empujó a un costado y caminó hacia la escalera.

-¡Le pediré cuentas por esto! -dijo Evan, indignado -Con mucho gusto -dijo Burke, entrecerrando los ojos. Después de la breve búsqueda, fue evidente que Arielle no estaba allí.

-¿Dónde está el francés? -preguntó Burke.

-Partió la semana pasada. Lo envié fuera de aquí. Ya estaba molestándome.

-Por desgracia, milord, no he visto prueba de que haya otro hombre en la residencia -dijo Joshua.

-Está bien -dijo Burke. Se volvió hacia Evan y declaró con voz muy suave-: Goddis, si usted me mintió, le juro que lo mataré.

Etienne agitó el látigo de montar, y después besó con fuerza a Arielle.

-Quizá desee poseerte así, de pie. ¿Qué dirías? Arielle no contestó palabra.

-Recuerdo que mi padre nunca te castigaba con el látigo mientras te tenía colgada allí. Lo complacía más verte arrodillada, tratando de cubrirte, de apartarte de él. Le agradaba ver cómo te intimidaba.

Etienne dejó a un costado el látigo de montar cuerda que ataba las muñecas de Arielle.

-Te comportarás como hiciste con mi padre.

Ella lo escupió en la cara.

Etienne retrocedió un poco, y en cólera. Pero consiguió controlarse. -¿Ahora me complacerás? -Etienne, ahora te mataré.

Él retrocedió un paso y descargó el látigo sobre Arielle. Ella se inclinó, desviándose hacia la izquierda, de modo que el látigo apenas le tocó el brazo.

-¡Maldito sea, arrodíllate! ¡Ruega! ¡Llora!

-¡Vete al infierno, canalla! -Arielle se arrojó sobre él, los dedos curvados como garras. Etienne se apartó y alzó de nuevo el látigo de montar. Incluso así, ella lo atacó, gritándole y descargando puntapiés.

Arielle oyó el silbido del látigo, pero cuando en efecto recibió el golpe, apenas sintió el ardor en la carne. Etienne consiguió aferrarle el brazo con la mano izquierda, y la arrojó al suelo. Pero ella se incorporó en un instante, y continuó gritándole.

Las uñas de Arielle alcanzaron el cuello de Etienne, y ella sintió que lo lastimaba. El pegó un alarido, y volvió a castigar a Arielle con el látigo.

-¡Te someteré! -gritó. ¿Cómo era posible que ella no se asustara? ¿Por qué no se mostraba obediente, y le rogaba como había rogado a su padre? Con movimientos lentos e inexorables, él la obligó a retroceder contra la pared. Arielle se inclinó a un costado, con los ojos fijos en la puerta de comunicación, pero él le cortó el paso. Pronto la tuvo atrapada. Los músculos del brazo le ardían. Finalmente, en lugar de atacar a Etienne, ella se cubrió la cara con los brazos.

El no la golpeó de nuevo. Arrojó al suelo el látigo de montar y bajó el brazo. Jadeaba. La apretó contra la pared, sujetándole los hombros con las manos.

Respiraba jadeante.

-¿Y ahora, Arielle? ¿Harás lo que te ordeno? No volveré a golpearte si me obedeces. No soy un hombre caprichoso. Sólo tienes que responder afirmativamente.

Ella bajó lentamente los brazos. Después, cerró la mano y con el puño lo golpeó en el mentón con toda su fuerza. El cayó hacia atrás, tropezó con el látigo de montar y aterrizó sobre las rodillas.

Ella jadeaba tratando de respirar mientras lo miraba. -Moriré antes de volver a ser la víctima de nadie. ¿Me oyes, Etienne?

Miró el látigo de montar que estaba al lado de Etienne, y se preguntó si podría recogerlo antes de que él se lo impidiese. Pero no, él se apoderó del látigo y ahora se puso de pie, con una expresión dolorida, frotándose el mentón con la mano. Sostuvo el látigo mientras caminaba hacia la puerta de comunicación, la abría y llamaba a gritos a Dorcas.

Oyó el paso arrastrado de Dorcas, y el grito de la anciana. -¡Dios mío, Dios mío! De nuevo la lastimó. ¡Viejo miserable! Oh, mi pobre niña.

Los brazos delgados de Dorcas la rodearon, y Arielle sintió que la anciana la abrazaba y acunaba. Se sentía derrotada, y de pronto advirtió que le dolía el cuerpo. Pero reunió la fuerza suficiente para desprenderse de la anciana. De pronto, Etienne la aferró y la obligó a entrar en el antiguo dormitorio. La arrojó sobre la cama, boca abajo.

-¡Maldito sea, Arielle! ¡No quería lastimarte! Y no te hice mucho daño. Y tú jamás golpeaste siquiera a mi padre, ¿verdad? ¿Por qué a mí? ¿Por qué, maldito sea?

Ella consiguió levantar apenas la cabeza. -Porque ahora soy fuerte.

El la miró, desconcertado.

-Cuídala -dijo a Dorcas. Y después salió de la habitación. Dorcas canturreaba constantemente.

-Ahora, mi niña, Dorcas te cuidará. No permitiré que te lastime. Quédate quieta, yo te bañaré. Y después la crema, mi niña. Pronto te sentirás mejor. El es un hombre cruel. Ah, los cardenales no son muy graves, gracias a Dios. Si quieres puedo matarlo de nuevo.

Arielle sentía las oleadas de dolor. Pero oyó las últimas palabras de Dorcas. Movió la cabeza.

-¿Qué dijiste, Dorcas? -murmuró. -Dije que volvería a matarlo si lo deseas.

Arielle trató de hablar serenamente, de mantener una actitud razonable.

-Paisley se ahogó con una espina de arenque.

-Quizás en ese momento estaba masticando un trozo de arenque, pero no, yo fui quien le administró una buena dosis de arsénico. Te salvé de él, y puedo hacerlo otra vez. Aunque no comprendo...

Arielle sintió los dedos de la anciana que distribuían suavemente la crema entre los cardenales.

-¿Qué es lo que no comprendes?

-No murió. De nuevo está aquí, lastimándote como antes. Sí, es el dominio del mal. No muere como debería suceder. Qué lástima.

Arielle cerró los ojos. Era demasiado. Realmente demasiado.

Comprendió algo antes de sumirse en la inconsciencia. No había cedido. Ahora sabía que jamás volvería a ceder. Ni siquiera permitiría que la convirtiesen en víctima. Nunca.

Mataría con sus propias manos a Etienne.

Arielle despertó sobresaltada. En el dormitorio todo estaba en penumbra. Atardecía. ¿Cuántas horas habían pasado? ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿O había permanecido inconsciente? No sabía qué sucedía. El cuerpo le dolía.

De pronto, la llama de una vela se acercó a su cara.

-¿Cómo te sientes? -Era Etienne, con la cara en sombras, la voz suave.

-Me duele. ¿Qué pretendes, miserable gusano?

El contuvo la respiración.

-No quise lastimarte. Deseaba amarte, poseerte. Arielle, tú me obligaste.

Ella vio las marcas de las uñas en la cara y el cuello de Etienne, y se sintió complacida. Lo había lastimado, quizá tanto como él a ella. Realizó un nuevo intento.

-Etienne, escúchame. Estoy casada. Estoy casada con un hombre a quien amo, aunque te parezca extraño. -Aunque eso no la sorprendía. Era cierto. Amaba a Burke. Una situación extraña, que le infundía calidez y fuerza.

-¡No me importa! Vine para hacerte el amor. No puedo esperar.

-Escúchame, Etienne. Si me tocas, te mataré. Lo prometo.

El se echó a reír, aunque fue una risa nerviosa.

-No seas tonta, Arielle. -Ella vio que depositaba la vela sobre la mesita, junto a la cama. La vela estaba cerca del bote de crema. Vio que él comenzaba a desnudarse.

Sintió las manos de Etienne sobre los brazos, y adivinó que apartaba la única sábana que la cubría.

-Eres tan bella —dijo Etienne, y se acomodó al lado. Sintió el cuerpo desnudo de Etienne apretándole el costado, y los dedos del hombre que se curvaban bajo su mentón, y la obligaban a acercar la cara.

-No me toques. Ella besó.

-Calla, izo te opongas. No quiero lastimarte. Por favor, Arielle, no te muevas.

La obligó a acostarse sobre la espalda. Estaba separándole las piernas, y doblándole las rodillas. Vio que Etienne se elevaba sobre ella. Arielle intentaba desesperadamente de reunir fuerzas, apartarlo de su cuerpo.

De pronto, vio a Dorcas detrás de Etienne. Sostenía en alto un cuchillo, apuntando a la espalda de Etienne.

Arielle gritó.

-¡Dorcas, no! ¡Etienne, detrás de ti!

Vio cómo el cuchillo se hundía en la espalda de Etienne, y él se enderezaba. Abrió la boca. Movió los labios, pero sólo se oyó un sonido gorgoteante.

Etienne cayó hacia adelante, la cabeza apoyada en los pechos de Arielle. El cuchillo sobresalía obsceno de su espalda.

Dorcas dijo con voz suave: -Ahora veremos si retorna. Un hombre realmente perverso. Sabía que tú odiabas lo que él estaba haciendo. Siempre lo odiaste. Y yo no quería que tú continuases sufriendo. No lo mereces. Ese perverso medio hermano te casó con este viejo malvado. Evan Goddis es otro hijo de Satán.

El...

-¡Dorcas, quítamelo de encima!

-No, tengo que asegurarme que está realmente muerto.

Me alegro de no haber usado veneno esta vez. Me agrada la sensación del cuchillo. Querida, la carne es tan blanda, y el cuchillo se hunde fácilmente. Pero es necesario que muera. Tendré que apuñalarlo otra vez. Es tan malo...

-¡Por favor, quítamelo de encima!

Sabía que estaba a un paso de la náusea. Manifestando una fuerza de cuya existencia no tenía la más mínima sospecha, Arielle consiguió apartar el cuerpo de Etienne. Descendió de la cama y se arrodilló sobre el suelo de madera. Acercó el orinal que estaba bajo la cama. Vomitó hasta que no tuvo absolutamente nada en el estómago.

Ya no era cuestión de determinar si se trataba de un sueño o de la realidad. Era el último círculo del infierno. Rodó de costado y se arrodilló frente a su arcón. Dorcas la llamaba, pero ella no atinaba a entender lo que decía. De todos modos, no habría podido contestarle.

Burke vio el humo.

-Un momento -dijo a Joshua y a Geordie. Ahora estaba oscuro, pero gracias a Dios había luna llena.

Señaló hacia el lugar.

-Miren. Es Rendel Hall, ¿verdad?

La pregunta era meramente retórica. Un instante después espoleó a su caballo. Joshua y Geordie lo imitaron.

Burke experimentó una sensación de frío en sus entrañas. El frío provocado por el miedo. Las llamas se elevaban violentas, recortando el cielo. La casa estaba incendiándose.

Burke no dudó que Arielle estaba allí. En el interior de la casa. Y podía morir.

Se inclinó sobre el cuello del caballo, y lo obligó a correr más velozmente. Cuando se acercaron a la casa, el calor los golpeó como una cosa viva; pero Burke no vaciló. Saltó del lomo del corcel y corrió hacia la entrada de la casa. Las llamas provenían del piso alto, y las espesas bocanadas de humo brotaban por las ventanas. -¡Milord! ¡Espere, yo iré!

Burke no prestó atención a Joshua. Abrió bruscamente la puerta y corrió hacia el interior. El vestíbulo estaba saturado de humo. Echó hacia atrás la cabeza y gritó: -¡Arielle!

No hubo el más mínimo sonido.

Corrió hacia la escalera. De pronto tropezó con algo caído en el suelo. Recuperó el equilibrio y miró. Era un ganso muerto. Movió la cabeza y volvió a correr hacia la escalera.

Repitió constantemente el nombre de Arielle. Oyó el movimiento de los hombres que venían detrás. Al final de la escalera, ordenó que revisaran el corredor oeste, y él se dirigió hacia el otro.

De pronto de una habitación salió una mujer, inclinada y tosiendo.

-¡Arielle!

Pero era Dorcas, y en la mano tenía un cuchillo manchado de sangre. Burke sintió un retortijón en las entrañas, y un miedo tan terrible que, cuando oyó el grito quebrado y angustiado, comprendió que había brotado de su propia garganta.

Corrió hacia ella.

-¿Dónde está? -Le gritó, sacudiéndola como a una rata.- Maldito sea, ¿dónde está?

Dorcas lo miró con sus ojos acuosos.

-Yo sabía que el mal no podía morir. Lo intenté... dos veces, pero está aquí otra vez, y usted quiere herir a mi niña. ¡No se lo permitiré! ¡No se lo permitiré! -Burke reaccionó instintivamente. Descargó el puño en la mandíbula de Dorcas. El cuchillo se desprendió de los dedos ensangrentados y cayó al suelo del corredor. Burke la dejó desmayada en el suelo y corrió hacia el dormitorio de donde ella había salido.

Primero vio el cuerpo de Etienne, yaciendo medio en el suelo, medio sobre la cama. Tenía una horrible herida en la espalda. Estaba desnudo, y había muerto. Después vio a Arielle. Se apoyaba en las manos y las rodillas, y tosía violentamente. Vio la pila ardiente de harapos en el dormitorio principal, a un costado.

¿Quizá Dorcas había intentado destruir el mal incendiando la habitación? ¿Y la casa?

-Amor -dijo Burke, y se apresuró a envolver el cuerpo de Arielle con una manta-. Ahora estás a salvo. Te lo aseguro. Ven, salgamos de aquí.

Arielle lo miró con los ojos enrojecidos. -¿Burke?

La voz era muy débil, pero por lo menos ella estaba viva. Burke la alzó en brazos.

-Está bien, querida.

-Sabía que vendrías. Lo sabía.

-Sí, vine. Está bien... ahora todo está bien.

Salió al corredor lleno de humo. Se inclinó para mirar a la anciana loca. Estaba muerta.

Movió la cabeza, dolorido por el desastre. Besó a su esposa y la sostuvo con fuerza contra su cuerpo.

-Me mostré fuerte, Burke, me mostré fuerte.

Epílogo

Londres, Inglaterra Septiembre de 1814

-¡Gracias a Dios, todo ha terminado!

Burke sonrió a Knight, que acababa de pasarse un hermoso pañuelo sobre la frente.

-Knight, no tuviste nada que ver. ¿Por qué transpiras así? ¿Te sientes como un zorro perseguido por los perros?

Knight pareció dolorido.

-El exceso de bebida me ayuda. A decir verdad, es la última defensa de un hombre, ¿y qué sucede? Mira a Percy. El pobre tipo sucumbe con una sonrisa idiota en la cara. Eso es suficiente para lograr que un hombre pierda toda esperanza.

-Ya verás, te llegará el turno. Querrás que llegue tu hora. -No me domesticarán como a ese estúpido gato de mi tía Sally. Me paraliza nada más que pensar en ello. Burke, por lo menos tú te has beneficiado en algo. Ya no eres responsable por Lannie y las niñas.

-Extrañaré a Virgie y a Poppet. -De pronto, Burke pareció un tanto sorprendido.- En realidad, incluso extrañaré a Lannie. -¿Dónde está tu bella esposa?

Burke había estado preguntándose lo mismo.

-Creo que arriba, con la novia. -Pero no estaba seguro. No había permitido que se alejara de él desde aquella noche terrible, tres semanas atrás. Todavía se le helaba la sangre en las venas al pensar en ello. Aún veía las violentas llamas anaranjadas, y veía cómo el techo de Rendel Hall se derrumbaba mientras él se alejaba de la casa. Arielle se aferraba al cuello de Burke. El aún podía ver esa cara pálida, y los ojos colmados de dolor. No había preguntado nada a su esposa. Sencillamente, la había abrazado con fuerza, sin decir palabra incluso mientras la atendía. Se había preguntado brevemente si Etienne había conseguido violarla antes de que Dorcas le hundiese el cuchillo en la espalda. Más aun, si esa era la razón por la cual Dorcas lo había apuñalado.

Tampoco le había formulado preguntas al respecto. No importaba. Lo único que importaba era que ella estaba a salvo; aunque no gracias a él, su supuesto protector.

Y ella era fuerte. Arielle lo había repetido constantemente esa noche, incluso mientras él la bañaba y suavemente le frotaba la crema sobre los cardenales.

-¿Quieres probar el ponche de champán de Corinne? Burke retornó al presente y movió la cabeza.

-Ante todo, trataré de encontrar a Arielle. Si está con Lannie, probablemente se siente agotada a causa de toda la charla. -Mira la situación del pobre Percy. Se diría que no tiene nada en la cabeza. Ya ves, ese es el efecto del matrimonio en un hombre. Le entumece el seso. Como te sucede a ti, Burke. Solamente puedes pensar en Arielle.

-Knight, es una dolencia no del todo ingrata -dijo Burke-. Más aun, es agradable. -Y terrible, quiso agregar, y dolorosa, sobre todo cuando uno le fallaba al otro, y el otro quedaba herido a causa de ese fallo.

-Puedo conseguir todos los placeres del mundo con mi amante. Digamos de pasada que Laura te extraña. Ella misma me lo dijo.

-Qué bueno -dijo distraídamente Burke, y Knight se limitó a mover tristemente la cabeza.

-Dijo que yo era mejor amante. -Notable -dijo Burke.

Knight se echó a reír, le palmeó la espalda y se acercó al lugar en que estaba Percy, rodeado de amigos, con su quinta copa de ponche de champán en la mano. Burke había propuesto que Virgie y Poppet viviesen con él en Ravensworth mientras Percy y Lannie realizaban su viaje de bodas; pero Corinne había insistido en que las muchachas fuesen con ella a Londres. Quizá, pensó Burke, él también debía salir con Arielle en viaje de bodas. Un cambio de escenario, lejos de la ruina ennegrecida que ahora era Rendel Hall, lejos de Evan Goddis, y de todos los recuerdos dolorosos.

El cuerpo de Arielle había necesitado a lo sumo tres semanas para curar; y en ese lapso los cardenales y las raspaduras habían desaparecido. Ella no había aceptado que Burke la viese, y él no insistió. Apenas dos noches atrás él finalmente la había visto desnuda en la bañera. Descubrió en ella una piel tan suave y tan bella que quiso tocarla y sumergirse en ese cuerpo de mujer, y abrazarla. Pero no lo hizo. Quizás el cuerpo de Arielle había curado, pero él no estaba seguro con respecto a la mente. Comprendió que tenía miedo. Miedo de apresurar las cosas, miedo de presionar con excesiva fuerza y lastimarla.

Suspiró y caminó hacia la escalera. Estaba sumido en sus pensamientos, cuando oyó la voz suave de Arielle.

-Hola, Burke.

Él sonrió de oreja a oreja al verla.

-¿Estás aturdida con toda la charla de Lannie?

-No, pero como sabes ella está muy entusiasmada. -Arielle descendió por la escalera y apoyó los dedos en el brazo de Burke. Él exploró la cara de su esposa, buscando signos de tensión, de fatiga, incluso de dolor.

-¿Te sientes bien?

-Sí.

Esa era la respuesta permanente de Arielle. El no tenía idea del carácter real de la verdad. ¿Acaso podía esperar otra cosa? El no se había mostrado muy franco a la hora de revelar a Arielle sus propios pensamientos. Por lo tanto, ¿podía exigirse que ella se mostrase menos reticente con él?

-Me agradaría un poco de ponche de champán. Creo que Lannie bebió abundantemente, y te aseguro que ella se siente en el colmo de la felicidad.

-Sospecho que más o menos como Percy.

Arielle sonrió y tocó con los dedos la mejilla de Burke. En un gesto súbito, él la besó. Arielle lo miró fijamente.

-Burke...

Él la besó de nuevo, una caricia leve, no intentaba forzarla; pero en todo caso, expresaba la posesión. Burke lo sabía, y no podía controlarse. Se preguntó si era eso lo que la inquietaba tan profundamente.

-No te inquietes tanto -dijo Burke, y le tocó suavemente el mentón con los nudillos-. No es más que un beso. De tu marido. Es el hombre que se siente tan orgulloso de ti. El individuo que cree que eres tan maravillosa, y desea decirlo al mundo entero.

Burke oyó un carraspeo y vio a su hermana de pie en la escalera, detrás de Arielle.

-Hola, Corinne. Todo está muy bien. Has sido maravillosamente eficaz.

-¡Vosotros dos os parecéis a Percy y a Lannie! Digo que eso es más de lo que una persona puede soportar... y me refiero a una persona que ha vivido veintidós años con el mismo hombre.

-Veintidós años -repitió Burke, sonriendo a su esposa-. Cuando hayan pasado dos décadas, ¿te interesaré tanto como ahora?

Arielle le correspondió la sonrisa, pero la suya era un gesto forzado y nervioso.

-Venid a reuniros con el resto -dijo Corinne, y con la sublime certeza de que sus órdenes serían obedecidas, se alejó sin mirar hacia atrás.

-Mi hermana es un sargento -comentó Burke-. Ven, querida, bebamos un poco de champán.

Pasaron quince minutos más antes de que Burke consiguiese hablar a solas con Arielle. Ella sorbía su ponche, de pie a la sombra de la frondosa palmera en maceta, traída para la boda.

-¿Estás bien? -preguntó de nuevo Burke. -Sí -contestó Arielle.

Ese sí fue el que inclinó la balanza. La voz de Burke trasuntaba una sarcástica irritación cuando dijo: -Por supuesto, tenías que contestar que sí, ¡y francamente, estoy cansado de que a cada momento me contestes "Sí, Burke"! -Hizo una pausa, pero no hubo respuesta. El se dominó. Su estallido no guardaba proporción con ninguna provocación.- Arielle, deseaba hablarte. ¿Desearías hacer un viaje de bodas?

Él la observaba atentamente. Vio que palidecía y cerraba los ojos un momento. Burke dijo con voz muy tranquila: -Por favor, dime lo que piensas. No te muestres reticente. -Ella guardó silencio. Te amo, Arielle. Soy tu esposo. No tienes que ser fuerte como si estuvieras sola. Puedes apoyarte en mí; puedes usarme.

-¿Usarte? Creo que te usé muchísimas veces. La última vez me salvaste la vida. Si tú no hubieses llegado, bien, habría terminado como el pobre ganso Aníbal.

-¡Basta! -Es cierto. -¡Maldición, mi ayuda no fue muy eficaz puesto que me llevó tanto tiempo encontrarte! Si por lo menos hubiese pensado con más claridad, si no hubiese perdido tiempo yendo a Leslie Farm, si...

Los dedos de Arielle le rozaron los labios.

-Tú no podías saber que yo estaba en Rendel Hall. No tenías modo de saber. Viniste. Eso es lo que importa. Me salvaste la vida. De pronto, él le quitó la copa de champán y volcó el contenido en la maceta de la palmera.

-Regresaremos a nuestro hotel.

-Eso me agradaría -dijo Arielle. El no se había molestado en abrir la casa de los Drummond en la ciudad, durante esa breve visita a Londres. Se alojaban en el Pulteney de Picadilly, en la suite que durante el verano había usado la gran duquesa de Oldenburgo, hermana del zar Alejandro.

Arielle se despidió cortésmente, y salió con su esposo de la residencia de los Kinnard en la ciudad.

Burke llamó a un coche.

Él comentó la temperatura demasiado baja para la época, las interesantes formaciones de nubes que se desplazaban hacia el este, en dirección a Purfleet, y el paso cómodo de la yegua que tiraba del carruaje. Nada importante, hasta que estuvieron solos en la suite.

El se apoyó en la puerta cerrada. Miró a Arielle y dijo en voz muy baja: -Arielle, ya no puedo soportar esto. Sé que estás lastimada, terriblemente lastimada, pero si hablas conmigo podré ayudarte a pasar el mal momento. Por lo menos, puedo intentarlo. ¿No simpatizas conmigo lo suficiente como para dar ese paso?

¿Si simpatizaba con él? Arielle se echó a reír, con una risa áspera y ronca.

Las manos de Arielle batieron el aire.

-Me agradas, Burke. En realidad, te amo. Creo que te lo dije hace tiempo.

Ella había hablado deprisa, con voz aguda. De todos modos, él deseaba oírlo de nuevo.

-¿Qué? -preguntó-. No te oí.

-¡Dije que te amaba! Mucho más que esa tonta niña de quince años que te miraba embobada. Oh, sí, ella te veneraba, creía que eras un valeroso guerrero que, gracias a un milagro inexplicable, había descendido a la tierra para conocer a la muchacha. Y creía que una bendición recaía sobre ella cuando atinabas a sonreírle.

Ella se interrumpió, irritada por la sonrisa lenta y burlona de Burke.

-¿Todo eso? -preguntó él-. Pensaba que era yo el que estaba enamorado de esa niña de quince años. Creí que era yo el que recibía una maravillosa bendición cuando ella me sonreía. No tenía idea de que esa muchacha me adoraba. Por supuesto, era una actitud lógica en ella, pero yo estaba demasiado absorto en su belleza para prestarle atención.

-¡Ella era tonta e ingenua! -Tonta o no, me sedujo.

-¡Oh, calla! Ella no es la que está aquí ahora. Lo que sentía por ti no significa nada comparado con lo que siento ahora. Caramba, te amo, Burke Drummond -un hombre que es bueno y valiente y...

Ella se detuvo, abrió las manos, se volvió y quiso alejarse. Él la siguió, la aferró del brazo y la obligó a volverse. La apretó con fuerza y oprimió la cara de Arielle contra su hombro. -Eres una tonta. Podría pasar dos vidas enteras contigo y aun así no me parecería bastante.

Ahora, él la besó, y ella aceptó de buena gana ese gesto posesivo.

-Burke, te extrañé terriblemente.

Se puso de puntillas, apretando su cuerpo contra el de Burke.

El la sostuvo con fuerza, acariciándole la espalda. Todo lo que deseaba decirle ahora lo expresó con palabras.

-Eres tan bella, tan suave y tierna. Casi te fallé, y por eso me odié más de lo que puedo explicarte. Tengo retortijones en el vientre y transpiro como el soldado más cobarde bajo el fuego, cuando recuerdo esa noche. Haré todo lo posible para evitar que de nuevo te separen de mí. Santo Dios, te necesito, Arielle.

Ella se abrazó con más fuerza, y lo miró con el entrecejo fruncido.

-¿Me necesitas? Burke, eso suena muy extraño.

-¿Por qué? ¿Crees que soy invencible? ¿Un ser lejano y distante?

Ella se apretó contra el cuerpo de su marido y sintió sobre su vientre la virilidad fuerte e inflamada.

-No -dijo-, no eres un ser lejano. Aquí, él sonrió.

-Eres una coqueta, y por eso recibirás tu castigo. -La alzó en brazos y la llevó hacia el dormitorio, una habitación tan opulenta que Arielle sencillamente la había contemplado unos buenos cinco minutos la primera vez que entró allí.

Cuando él al fin yació desnudo al lado de Arielle en la cama, dijo con su voz grave e intensa: -Eres la mujer más fuerte que yo conozco. Orgullosa y valiente. Tienes mucho que darme, mucho que enseñarme y enseñar a nuestros hijos. ¿Volverás a mí?

-Jamás te abandoné. -Ella lo miró directamente a los ojos Jamás. Sucede únicamente que me aparté un momento. -¿Puedes traducirme eso, por favor?

Ella rió, un poco avergonzada.

-Incluso a mí me parece un tanto extraño. Pero Burke, había que considerar tantas cosas, que resolver tantos asuntos. Tú fuiste el factor que me salvó con Etienne, que me ayudó a ser fuerte. Tú fuiste quien me ayudó a ser lo que soy ahora. Tú conseguiste que cesara de ser víctima. Y no lo fui. Al contrario, lo castigué. Si no hubiera sido por Dorcas, podría haberlo controlado. Fue muy extraño sentir que ejercía cierto poder sobre él y que yo era la vencedora -hasta que ella le recordó que tenía más fuerza, que era el amo y que yo no era nada más que la pobre e impotente Arielle.

Arielle se interrumpió y cerró los ojos.

El no dijo nada, se limitó a esperar. Los dedos de Burke acariciaron el mentón y la oreja de Arielle, y apartaron de su frente los cabellos rojizos.

-Burke, no quise excluirte, y comportarme como si tú no fueses importante para mí. Eras importante y siempre lo serás. Sucede únicamente que...

-Tenías que alejarte un momento.

-Sí. Etienne no me violó -agregó-. Lo intentó, y habría tenido éxito, porque yo ya carecía de fuerza para resistir. Pero entonces Dorcas lo apuñaló.

-Eso ha terminado. -Sí. Al fin.

Mientras Burke hablaba, sus dedos descendían, y ella lo interrumpió con un breve grito. Burke le miró la cara, vio que el deseo le ensombrecía los ojos, y sonrió.

-¿Eso significa que has retornado a mí? ¿Que me deseas? ¿Quieres que te penetre, que te acaricie hasta que te deshagas en mis manos?

-Sí. Supongo que eso es más o menos lo que deseo. Además de ser bueno y valeroso, también eres bello, y te deseo. Al menos durante las próximas dos décadas.

-¿No me abandonarás de nuevo?

-Sólo si no me dices lo que Montrose hizo para quitarte ese pony, al que llamaban Víctor.

Él la miró.

-¿No recuerdas todas esas historias maravillosas que me relataste cuando yo estaba enferma? Me hablaste de tu pony Víctor, y de que Montrose lo deseaba, y que el pony quería a Montrose.

-¿Estás pensando en un maldito caballo que vivió hace muchos años, cuando quiero hacerte el amor?

-¿No me lo dirás?

El adoptó una postura, y confiaba en que era impresionante.

-Te lo diré...

-¿Sí?

-Si quitas la mano de ese lugar. Estás consiguiendo que pierda el control de mis actos.

-Ah -dijo Arielle, y bajó la mano por el vientre tenso, para tocarlo y acariciarlo. El respiró hondo. Arielle sonrió, y dijo-: Burke, me agrada.que pierdas la calma.

-¿No quieres saber acerca de Víctor? -preguntó Burke, consciente de que estaba casi en el limite.

-Después.

Ahora, él la besó, lenta y minuciosamente. Se detuvo un momento, con los ojos fijos en los pechos de Arielle.

-Quizá durante el desayuno -dijo Arielle-. Hablaremos de Víctor y comeremos una rebanada de jamón.

-Arielle, eso parece muy romántico.

-Parece -dijo ella- algo que sucedió hace mucho tiempo.

Burke Drummond, tendrás que hacer muchas cosas antes del desayuno.

-Sí -dijo él, mirándola atentamente-. Ahora, calla, pues soy un hombre ocupado, y no quiero que me distraigan.

-Está bien -dijo ella, y lo atrajo hacia su cuerpo.